

A close-up, high-contrast photograph of a person's face, focusing on the eye and nose. A finger is visible near the eye, suggesting a forensic or medical examination. The lighting is dramatic, with deep shadows and bright highlights.

Sueño profundo

Mark
Billingham

El maestro británico del *thriller forense*

Lectulandia

Alison Willetts sufre la desdicha de continuar con vida. Sobrevivió a una apoplejía, provocada deliberadamente por una diestra manipulación sobre ciertos puntos sensibles de la cabeza y el cuello. Puede ver, escuchar y sentir; percibe todo lo que sucede a su alrededor, pero está totalmente incapacitada para moverse o comunicarse...

La policía piensa que el asesino cometió su primer gran error al dejar a Alison Willetts con vida, pero el detective Tom Thorne descubre la horripilante realidad: el error no es el cometido con Alison, sino con las tres mujeres que ya ha asesinado. Hay un «premeditado margen de error» en el modo en que el asesino ha acabado con ellas y Thorne está convencido de que habrá más víctimas. Debe encontrar al hombre que posee esa terrorífica agenda y Alison es la única persona que tiene la clave para descubrirlo.

Lectulandia

Mark Billingham

Sueño profundo

Tom Thorne - 1

ePub r1.0

Titivillus 13.02.18

Título original: *Sleepyhead*
Mark Billingham, 2011
Traducción: Juan Miguel Lobo Pérez

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

*Para Claire.
Por todo.
Eres chocolate.*

RECONOCIMIENTOS

Debo expresar mi más sincero agradecimiento a muchas personas por una amplia variedad de razones:

Al Dr. Phil Coburn por su experto asesoramiento, su mente retorcida y sus momentos de champán; a Carol Bristol por su ayuda en todo lo relacionado con los procedimientos policiales; al profesor Sebastian Lucas del hospital de St. Thomas; a Nick Jordán, Bernadette Ford y David Holdstock, todos ellos de la oficina de prensa de la policía metropolitana; a Carolina Allum; a Hilary Hale, mi brillante editora y, a todos en Little y Brown por un entusiasmo sin límite; a Sarah Lutyens, mi agente, por el mobiliario; a Rachel Daniels del London Management; a Peter Cocks por las fotos; a Howard Pratt por los sonidos; a Mike Jun por sus chistes; a Paul Thorne por sus lecturas de a bordo.

Y a mi madre, Pat Thompson, por treinta y nueve años. Recuerda lo que dijiste de chillar en las librerías...

PRÓLOGO

Roger Thomas. F.R.C. Path

Dra. Angela Wilson
HM Coroner
Southwark

26 de junio de 2000

Estimada Angela,

Según lo acordado en nuestra reciente conversación telefónica, le escribo para enumerar ciertos aspectos que quizá le interesaría incluir, como apéndice de mi informe de la autopsia (PM2698/RT) de la Sra. Susan Carlish, la víctima de apoplejía descubierta en su casa el 15 de junio.

La autopsia se realizó en el hospital de St. Thomas el 17 de junio. La difunta murió a consecuencia de un infarto cerebral causado por la oclusión de la arteria basilar, a resultas de lo que parece ser una disección espontánea de la arteria vertebral. El examen se realizó doce horas después del óbito y me fue imposible comprobar si había deficiencias en la proteína C y la proteína S. Dejando a un lado esta observación y, teniendo en cuenta que la Sra. Carlish era fumadora ocasional, todo hace indicar que sigue habiendo ausencia de factores convencionales de riesgo de apoplejía. También he descubierto un trauma menor en el cuello con daños en los ligamentos vertebrales en los niveles C1 y C2, aunque esto podría ser consecuencia de un traumatismo cervical o lesión deportiva. Se han descubierto restos de benzodiazepina en la sangre. Una investigación posterior revela la prescripción de Valium a la compañera de piso de la Sra. Carlish hace dieciocho meses. Aunque me mantengo firme en mi convicción de la causa de la muerte y reconozco que las investigaciones policiales han sido estériles. Estoy consultando, sin embargo, a bastantes colegas y les estoy enviando copias de esta carta a todos los departamentos de patología y juzgados de instrucción en el área metropolitana de Londres. Me resultaría de gran interés entrar en contacto con cualquier profesional que haya atendido el cuerpo de una víctima de apoplejía (preferentemente, de edad comprendida entre los 20 y 30 años) que presente las siguientes particularidades:

Ausencia de factores de riesgo convencionales.

Ligamentos del cuello fracturados.

Presencia de benzodiazepinas en el torrente sanguíneo.

Si le interesa discutir mis conclusiones, con la posibilidad abierta de una segunda autopsia, estaría encantado de mantenerme en contacto con usted en el futuro.

Saludos cordiales,

Roger Thomas
Dr. Roger Thomas FRC Path.
Especialidad en Patología.

P.S. Como ya le comenté, las extrañas condiciones en las que se encontraba el cuerpo (que, al tacto, emitía un sonido parecido al de unas botas de goma recién lavadas), que no llamaron la atención de las autoridades pero deleitaron a los forenses me parecen, cuando menos, algo desconcertantes.

PRIMERA PARTE

EL PROCEDIMIENTO

«Levántate, dormilona...».

Y luces, voces y una máscara y la sensación del fresco oxígeno en la nariz...

¿Y antes de eso?

Las chicas y yo unimos nuestros brazos para cantar a grito pelado Sobreviviré y ahuyentamos a todos esos Casanovas de Camherwell, con sus medias blancas, que quedan en el club...

Y de pronto me encuentro bailando sola, ¡junto a un cajero automático, por el amor de Dios! Irremediablemente borracha. Vaya una noche.

Y lucho por meter la llave en la cerradura.

Y observo a un hombre, sentado en un coche, con una botella de champán. ¿Qué estará celebrando? Un trago más no me va a hacer daño, después de beberme un cubo de tequila.

De pronto estamos en la cocina. Huelo algún tipo de sopa. Y hay algo más, algo que me sugiere desesperación.

El hombre está detrás de mí y yo estoy de rodillas. Si no me estuviese sujetando me desplomaría en el suelo. ¿Estoy tan pasada de copas?

Tengo la cabeza y el cuello entre sus manos. Es muy delicado, me dice que no me preocupe.

Entonces..., la nada...

CAPÍTULO UNO

A Thorne le fastidiaban los polis curtidos. Un poli curtido era inútil, como la pintura atemperada, simplemente... resignado. Resignado a un vagabundo con el cráneo fracturado y la palabra «basura» tatuada en su pecho, a media docena de chicas decapitadas bajo un puente, por cortesía de un conductor de autobuses. Y lo peor: resignado a mirar a los ojos a una mujer que acaba de perder a su hijo, royéndose el labio inferior, con ojos vidriosos, mientras se prepara un té con aire ausente. Thorne se había resignado a todo eso y, también, se había resignado a Alison Willetts.

—Un golpe de suerte, señor.

Se había resignado a tener que pensar en esta cosa, con forma de mujer joven, embutida en un kilómetro de spaghetti médico; un gran descubrimiento para la medicina, un caso de buena fortuna, un golpe de suerte. Y ella apenas se encontraba ya entre nosotros. Lo que sería innegablemente afortunado era que ellos la hubiesen encontrado en primer lugar.

—Entonces, ¿quién la ha jodido? —El detective David Holland había oído hablar de que Thorne iba siempre al grano, pero no estaba preparado para responder a esa pregunta justo al llegar junto a la cama de la chica.

—Bueno, para serle franco, señor, la chica no cumplía con el perfil. Quiero decir, estaba aún viva y era tan joven.

—La tercera víctima solo tenía veintiséis años.

—Sí, lo sé, pero échele un vistazo.

Tenía veinticuatro años y parecía tan desamparada como una chiquilla.

—En principio, se trataba simplemente del caso de una persona desaparecida, hasta que los chicos empezaron a seguir la pista de un novio —Thorne levantó una ceja.

Holland cogió instintivamente su cuaderno de notas:

—Hum... Tim Hinnegan. Es lo más cercano a un pariente que hemos encontrado. Tengo una dirección, vendrá más tarde. Creo que la visitaba todos los días; llevaban juntos dieciocho meses. Ella se mudó aquí desde Newcastle hace dos años para tomar posesión de un puesto de puericultora.

Holland cerró su libreta y miró a su jefe, que mantenía los ojos fijos en Alison Willetts. Se preguntaba si Thorne sabía que el resto del equipo le llamaba el Wíbol y era fácil suponer por qué. Thorne medía... ¿cuánto?, ¿uno cincuenta y cinco?, ¿uno sesenta? Y tenía el centro de gravedad tan bajo y una anchura tal que parecía imposible que se cayera si se tambaleaba. Había algo en sus ojos que indicaba inequívocamente que nada conseguiría hacerle caer.

Su viejo había conocido a algunos polis como Thorne, pero él era el primero de ese tipo con el que Holland trabajaba. Decidió que sería mejor no soltar el cuaderno todavía; parecía que Wíbol tenía muchas más preguntas que hacerle. Y ese puñetero

tenía la manía de formular las preguntas sin apenas abrir la boca.

—Ah, así que volvía a casa después de una noche de juerga... hum, el martes de hace una semana... y acaba en el ala de Accidentes y Emergencias del Hospital Royal London.

Thorne se estremeció. Ya conocía ese hospital. Recordó el dolor que siguió a su operación de hernia de hacía seis meses y que todavía estaba desagradablemente fresco. Se quedó observando cómo una enfermera, con un uniforme azul, asomaba la cabeza por la puerta; les miró y luego echó un vistazo al reloj. Holland fue en busca de su identificación pero la enfermera ya se había retirado cerrando la puerta tras de sí.

—Cuando llegó parecía un caso de sobredosis, entonces se encontraron con la extraña circunstancia del coma y la transfirieron aquí. Pero incluso cuando descubrieron que era una apoplejía no vieron una relación obvia con *Backhand*. Tampoco consideraron necesario buscar benzodicepinas, ni avisarnos.

Thorne seguía contemplando a Alison Willetts. Necesitaba que le recortaran el flequillo. Parecía que los ojos se habían dado la vuelta dentro de las cuencas. ¿Se daría cuenta de que estaban allí? ¿Podría escucharles? ¿Y podría recordar?

—Señor, si quiere mi opinión, el único tipo que está bien jodido es el asesino.

—Trae un par de tazas de té, Holland.

Thorne mantenía su mirada fija en Alison Willetts y solo el crujido de la puerta le indicó que Holland se había marchado.

El inspector Tom Thorne no había deseado trabajar en la operación *Backhand*, pero estaba contento de que lo hubieran transferido de la pomposa recién creada Brigada Criminal. La reestructuración tenía a todo el personal desorientado; así que, al menos, la operación *Backhand* se trataba de un típico caso policial a la antigua usanza. De todas formas, no lo ambicionaba aunque, evidentemente, era un caso muy llamativo; pero él era uno de esos tipos que nunca se hacía cargo de un caso que no supiera, a ciencia cierta, que podía resolverse. Y este caso era bastante raro, eso seguro. Por lo que sabían hasta entonces, había ya tres víctimas de asesinato, todas a causa de una fuerte presión ejercida sobre la arteria basilar; había algún maníaco suelto que se estaba dedicando a seguir a las mujeres a sus casas, atiborrarlas de drogas y provocarles un derrame cerebral.

Provocarles un derrame cerebral.

Hendricks era uno de los patólogos más accesibles del laboratorio hasta hacía una semana. A Thorne no le hizo demasiada ilusión que Hendricks le aprisionara la cabeza y el cuello con sus manos para demostrarle la técnica del asesino.

—¿Qué diablos crees que estás haciendo, Phil?

—Apagarte la cara, Tom. Tu cara está desconectada por los tranquilizantes, puedo hacer contigo todo lo que quiera. Puedo doblarte la cabeza así y aplicar presión sobre este punto de aquí, para pinzar la arteria. Es un procedimiento delicado, se necesita un conocimiento experimentado... No sé. ¿El ejército? ¿Artes marciales, quizá?

Además, es un cabrón muy listo no deja marcas que puedan identificarle. Es virtualmente indetectable.

Virtualmente.

Christine Owen y Madeleine Vickery presentaban factores de riesgo: una era de mediana edad y la otra era una fumadora empedernida y tomaba la píldora. Ambas se encontraban en sus casas, en extremos opuestos de Londres. Ambas se habían lavado recientemente con jabón carbólico, como pudieron comprobar más tarde los patólogos y, aunque el marido de Christine Owen y la compañera de piso de Vickery lo habían considerado bastante extraño, nada podía negar o explicar la presencia de una barra de carbólico en el baño. Se encontraron restos de tranquilizantes en ambas víctimas y se atribuyeron, en el caso de Owen, a una prescripción en un caso de depresión y en el de Vickery a un hábito ocasional de drogadicción. No se encontró conexión alguna entre estas muertes trágicas aunque aparentemente naturales.

Pero en el caso de Carlish no se daban factores de riesgo de apoplejía y, los tranquilizantes que se encontraron en el apartamento de una sola habitación, en Waterloo, en una botella sin etiquetar, constituían todo un misterio. Solo gracias a la fractura de los ligamentos del cuello y a un patólogo jodidamente listo pudieron empezar a tener alguna idea de la causa de su muerte. Ni siquiera Hendricks podía evitar sentir admiración por esa particular línea de trabajo. Un trabajo muy fino.

Pero no tan fino como el trabajo del asesino.

—Está jugando a un juego de porcentajes, Tom. Hay un montón de gente ahí fuera con un alto factor de riesgo de derrame cerebral. Tú, por ejemplo.

—¿Qué quieres decir?

—¿Todavía tienes la tarjeta dorada de ese club de amantes de los vinos?

Thorne había empezado a protestar pero se lo pensó mejor. Ya había estado cabreado con Hendricks demasiadas veces.

—Elige tres áreas diferentes de Londres, sabiendo que las posibilidades de que las víctimas se conozcan sean mínimas. Hace su trabajo y nosotros aquí pasmados sin tener ni idea de lo que ocurre.

Thorne escuchaba ahora el resoplido persistente del aparato de ventilación artificial de Alison. Lo llamaban síndrome de bloqueo. No podían estar completamente seguros, pero pensaban que no podía oír, ver o sentir nada. Alison era, casi con toda probabilidad, consciente de todo lo que pasaba a su alrededor y, era total y definitivamente incapaz de moverse. Ni el músculo más insignificante.

Denominarlo síndrome no era del todo apropiado. Era más bien una sentencia. ¿Y quién era el bastardo que había dictado esa sentencia? ¿Un colgado de las artes marciales? ¿Un miembro de los cuerpos especiales? Esa era la posibilidad que consideraban más lógica, era la única posibilidad con que contaban, no tenían ni idea...

Tres áreas distintas de Londres. Vaya follón se había montado. Tres comandantes sentados alrededor de una mesa, jugando al juego de «¿quién está más perdido de los

tres?» y tratando de coordinar la operación Backhand.

Thorne no tenía dudas en lo que concernía al equipo. Tughan era, al menos, eficiente y Frank Keable era un buen detective, aunque demasiado prudente a veces. Debería tener unas palabras con él acerca de Holland y su libreta. Nunca soltaba la maldita libreta. ¿Es que no había en toda la división un oficial de policía que tuviese algo más de memoria retentiva que un pescadito de colores?

—¿Señor?

El chico pescadito volvía a la sala, con el té.

—¿Quién nos avisó de lo de Alison Willetts?

—Fue el especialista en neurología... el doctor...

Holland carraspeó y tragó saliva. Tenía una taza de té en cada mano y no podía sacar su libreta. Thorne decidió ser amable y le cogió una de las tazas. Holland se apresuró a sacar la libreta.

—Doctora Coburn. Anne Coburn. Hoy imparte una clase práctica en el Royal Free. Le he concertado una cita para esta tarde.

—Otro médico al que tendremos que estar agradecidos.

—Sí y otro golpe de suerte. Resulta que su marido es especialista en patología, un tal David Higgins. Hace algo de trabajo forense. Ella le cuenta cosas de Alison Willetts y él le responde: «Eso es muy interesante, porque...».

—¿Qué es eso? ¿Y él dice? ¿Y ella dice? ¿Es esa su cháchara informal después de echar un polvo o qué?

—No lo sé, señor, eso tendrá que preguntárselo a ella.

Thorne se echó a un lado para permitir que una enfermera de pelo anaranjado le cambiara la sonda a Alison y decidió que ese era el mejor momento para su cita. Entonces, le devolvió la taza de té intacta a Holland.

—Quédate aquí y espera hasta que aparezca Hinnegan.

—Pero, señor, la cita no es hasta las cuatro y media.

—Mejor, así llegaré temprano.

Recorrió una maraña de pasillos, buscando el camino más rápido hasta la salida y procurando escapar de aquel olor que él, y cualquier persona en sus cabales, detestaba tanto. La Unidad de Cuidados Intensivos estaba situada en un ala nueva del Hospital Nacional de Neurología y Neurocirugía, pero conservaba ese olor. Lo tenía perfectamente identificado: desinfectante. Usaban un producto parecido en los colegios y eso le trajo a la memoria la visión de gimnasios olvidados y el horror de la Educación Física en calzones. Este olor era diferente.

Diálisis y muerte.

Tomó el ascensor para bajar hasta la recepción donde observó el impresionante contraste de su arquitectura victoriana con el estilo moderno de las partes recién construidas del hospital. Perduraba cierto aire de grandeza decadente en las planchas de piedra de las paredes y en las inscripciones en placas de madera con los nombres de los especialistas del hospital. El orgullo del lugar se concentraba en un retrato a

tamaño real de Diana, la princesa de Gales, antigua patrona del hospital. El retrato estaba bastante logrado, a diferencia del busto de la princesa que habían colocado cerca de allí en un pedestal. Thorne se preguntaba si no sería obra de un paciente.

Al acercarse a la salida, el murmullo de palabrotas y los paraguas empapados que se acercaban, le hizo comprender que el verano había terminado. Una semana y media de agosto y se acababa el verano. Permaneció unos instantes bajo el elaborado pórtico rojo de ladrillo del hospital y entrecerró los ojos para intentar distinguir, entre la lluvia, el lugar en donde había aparcado el coche, junto a la verja de hierro de Queen Square. La gente corría bajo la lluvia, con la cabeza gacha, cruzando los jardines o dirigiéndose a la estación de metro de Russell Square. ¿Cuántos de ellos serían doctores o personal sanitario? Había una docena de hospitales y centros de salud en el radio de un kilómetro. Desde allí podía ver el gran hospital infantil de Ormond Street, el lugar donde nació.

Se subió el cuello del abrigo y se preparó para salir corriendo de allí.

Al principio pensó que se trataba de un tique del aparcamiento y lo quitó bruscamente del limpia parabrisas. En cuanto quitó la cuartilla de tamaño A4 de la bolsita de plástico que la contenía y la desplegó, se dio cuenta de que aquello era algo distinto. La volvió a introducir cuidadosamente en la misma bolsa protectora, le sacudió las gotas de lluvia y comenzó a leer el mensaje cuidadosamente mecanografiado. Después de las primeras cuatro palabras ya no era consciente del agua que le resbalaba por el cuello.

QUERIDO INSPECTOR THORNE. ¿QUÉ PODRÍA DECIRLE? LA PRÁCTICA CONDUCE A LA PERFECCIÓN, ¿NO SIENTE ENVIDIA POR ELLA, A ESA PERFECTA... DISTANCIA? LE INVITO A CONSIDERAR EL CONCEPTO DE LIBERTAD. LA AUTÉNTICA LIBERTAD. ¿LO HA CONSIDERADO SERIAMENTE ALGUNA VEZ? SIENTO MUCHO LO DE LAS OTRAS. SINCERAMENTE. NO INSULTARÉ A SU INTELIGENCIA CON CHÁCHARA SOBRE EL FIN Y LOS MEDIOS, PERO COMO COMPENSACIÓN, LE OFREZCO MI REFLEXIÓN ACERCA DE QUE LAS GRANDES TAREAS, A MENUDO REQUIEREN UN APROPIADO MARGEN DE ERROR. TODO ESTÁ RELACIONADO CON LA PRESIÓN, INSPECTOR THORNE, YA SABE USTED LO QUE ES ESO. EN SERIO, TOM, QUIZÁ LE LLAME UN DÍA DE ESTOS.

Presión...

Thorne miró a su alrededor, sintiendo los fuertes latidos de su corazón. Quienquiera que hubiese dejado esa nota debía estar muy cerca, el coche no llevaba allí demasiado tiempo. Todo lo que veía eran caras sombrías, empapadas por la lluvia y a Holland que se dirigía hacia él sorteando los charcos de la calle.

—Señor, el amigo acaba de llegar. Debe haberse cruzado con él cuando salía.

El gesto desencajado de Thorne lo dejó plantado en el sitio.

—Lo de Alison no ha sido una cagada, Holland.

—Por supuesto que no, señor. Yo solo me refería a...

—Escucha. Esto es lo que quiere conseguir —dijo señalando hacia el hospital—, ¿comprendes?

Tenía la camisa pegada al cuerpo, empapada de lluvia y sudor. Casi no podía entender lo que él mismo trataba de decir. Apenas podía creer las palabras que luchaban por salir de su boca. Holland se quedó mirando a Thorne, con la boca abierta, como ayudándole a pronunciar esas palabras que le estaban costando tanto esfuerzo. Palabras que, nada más formarse entre sus labios, le revelaban que nunca debía haber accedido a trabajar en este caso.

—Alison Willetts no es el primero de sus errores. Ella es la primera víctima en la que todo ha salido de acuerdo a sus planes.

Tim no está llevando esto demasiado bien. Tenía esa extraña sequedad en la garganta mientras hablaba con Anne. ¿Anne? Ese es su nombre del colegio y nunca nos hemos visto. De todas formas, parece una chica agradable. Me gustan nuestras charlas de la tarde. Obviamente es una apreciación parcial pero, al menos, alguien sabe que algo pasa aquí, todavía hay alguien que sigue aquí.

A propósito, ¿he mencionado lo de las pruebas? Absolutamente excelentes. Bueno, alguna de ellas. Básicamente, existe un juego de herramientas, tal como suena, que vienen recogidas en un estuche especial y sirven para comprobar si eres o no un completo vegetal. Para probar si estás en Estado Vegetativo Crónico. EVC. Que, constantemente, confundo con el VPL, aunque el EVC es bastante más serio. Examinan todos tus sentidos, golpeando entre sí pequeñas piezas de madera, para comprobar si puedes oír, si reaccionas. Yo no estoy completamente segura de todo lo que he hecho pero parecían bastante satisfechos. Podrían haber prescindido de los pinchazos y de esa mierda que te hacen respirar por la nariz, que se parece a eso que se inhala cuando tienes un buen resfriado. Pero la prueba del gusto es la mejor. Te dan whisky, varias gotas de whisky en la lengua. Este es mi hospital favorito.

Anne hizo las pruebas. Parece bastante atractiva para su edad. No puedo verla bien, pero esa es la imagen que me he formado de ella. En serio, ni siquiera puedo distinguir las siluetas. Es más como la sombra de las siluetas. Y algunas de esas sombras de siluetas son, sin duda, de policías. Tim parecía bastante nervioso mientras hablaba con uno de ellos. Calculo que debe ser bastante joven.

El hombre de fuera de la casa, con la botella de champán, hizo... ¿qué? Me había convertido en una conversadora bastante aburrida, pero ¿y qué más podía hacer? Puedes herirme donde quieras pero nada puede hacerme sentir la herida.

Todo mi cuerpo parece una cicatriz.

¿Qué si me tocó? ¿Será la última persona que me toque?

Vamos, Tim. Estoy viva. Sigo siendo yo, más o menos. Tú te estás viniendo abajo y a mí me toca cantar La chica del Coma en solitario...

Me ha alegrado que hayan venido Carol y Paul. Por Dios, espero que este asunto no haya arruinado la boda.

CAPÍTULO DOS

—¿Estamos tratando con un médico?

En cuanto hizo la pregunta Thorne ya se imaginaba lo que Holland estaría pensando. Era innegable que Anne Coburn era el tipo de doctora a la que muchos hombres no podían dejar de mirar. A la que muchos hombres dedicaban molestos chistes sobre sus manos expertas y sus habilidades en la cama. Era alta y delgada. Elegante, pensó Thorne, como esa actriz que aparecía en *Los Vengadores*, haciendo de mala en algún episodio. Thorne calculó que tenía unos cuarenta años, quizá uno o dos más que él. Aunque sus ojos azules sugerían que su pelo había sido rubio alguna vez, en el pasado, a ella le gustaba más así, corto y plateado. Allí, sentada sobre el borde de una pequeña mesa, tomando una taza de café, parecía casi relajada. Por lo menos, comparándola con el día anterior.

Le había obligado a salir del Royal Free, con las orejas gachas. Thorne podía oír todavía la risa de los treinta estudiantes de medicina mientras se retiraba por el pasillo. Evidentemente, era todo un lujo interrumpir la disección de los cráneos para contemplar cómo la profesora dejaba absolutamente planchado a un oficial de policía de alto rango. A Anne Coburn no le gustaba que la interrumpiesen. Se disculpó del incidente por teléfono, cuando Thorne la llamó para arreglar su cita en Queen Square, donde trabajaba; donde estaba tratando a Alison Willetts.

Tomó otro sorbo de café y repitió la pregunta de Thorne. Su discurso era ágil, eficiente y fácil de oír. Sin duda, era una voz que hechizaba a los impresionables estudiantes de medicina y que asustaba a los policías de mediana edad.

—¿Qué si estamos tratando con un médico? Indudablemente, se trata de alguien que posee un alto grado de experiencia médica. Para bloquear la arteria basilar y provocar un derrame cerebral se requiere cierto conocimiento de los procedimientos médicos. Pero causar el tipo de apoplejía que induce al síndrome de bloqueo, es ir mucho más lejos. Incluso si alguien supiera lo que hace, es muy difícil que pudiera conseguirlo. Podrías intentarlo una docena de veces sin éxito. Estamos hablando de fracciones de un centímetro.

Estas fracciones le habían costado la vida a tres mujeres. A Thorne se le pasó de repente por la cabeza la imagen de Alison Willetts. Ella hacía la número cuatro. Quizá deberían considerar las consecuencias y dar gracias a Dios por la pericia de este lunático. O, más bien, preocuparse de que, ahora que pensaba que había depurado su técnica, estaría dispuesto a intentarlo de nuevo. La doctora Coburn no había terminado.

—Además, por supuesto, hay que considerar los detalles del traslado de la víctima.

Thorne asintió con la cabeza. Ya había empezado a considerarlos. Holland parecía desconcertado.

—Según la información de que dispongo, supongo que Alison sufrió el derrame

cerebral en casa, en el sureste de Londres —dijo Coburn—. El asesino tuvo que mantenerla viva hasta que pudo trasladarla al Royal London que está al menos...

—A ocho kilómetros de allí.

—Cierto. Tuvo que pasar por delante de otros hospitales durante el trayecto. ¿Por qué quiso traerla precisamente al Royal London? —Thorne no tenía ni idea, pero había hecho algunas comprobaciones—. De Camberwell a Whitechapel tuvo que pasar, al menos, por tres grandes hospitales, incluso si hubiera tomado el camino más directo. ¿Cómo pudo mantenerla viva todo ese tiempo?

—Una bolsa y una máscara parece el método más obvio. Tendría que haber parado cada diez minutos para presionar la bolsa media docena de veces, pero es bastante factible.

—Entonces, ¿se trata de un médico?

—Sí, eso creo. Posiblemente, un estudiante de medicina frustrado; un quiropráctico, quizá... un fisioterapeuta bien documentado y con muy mala leche. No tengo ni idea de por dónde podrían empezar.

Holland dejó de escribir en su libreta.

—¿Cómo buscar una aguja hipodérmica en un pajar?

La expresión en la cara de Coburn le indicó a Thorne que había encontrado el comentario tan gracioso como él.

—Será mejor que empieces a buscarla entonces, Holland —le dijo Thorne—, te veré mañana. Vuélvete en un taxi.

Cada paso que recorría junto a la doctora Coburn hacia la habitación de Alison, llenaba a Thorne de algo parecido al terror. Era un pensamiento terrible, pero le habría resultado mucho más fácil si Alison hubiera sido uno de los *pacientes* de Hendricks.

No podía evitar preguntarse si habría sido mucho más fácil también para Alison. Entraron en el ala Chandler del hospital y tomaron el ascensor hasta la UVI, en la segunda planta.

—No le gustan mucho los hospitales, ¿verdad, inspector?

Una pregunta muy extraña. Thorne no podía entender que a alguien pudieran gustarle los hospitales.

—He pasado demasiado tiempo en ellos.

—¿Profesionalmente, o...?

No terminó la pregunta porque no se le ocurrió cómo hacerlo. ¿Cuáles serían las palabras apropiadas? ¿Como *amateur*?

Thorne la miró unos instantes.

—Sufrí una pequeña operación el año pasado —pero eso no era todo—. Y mi madre estuvo mucho tiempo hospitalizada, antes de morir.

Coburn sacudió la cabeza:

—Derrame cerebral.

—Tuvo tres. Hace dieciocho años. ¿Y realmente sabes cómo funcionan los

cerebros?

Ella sonrió y él le devolvió la sonrisa. Después, salieron del ascensor.

—A propósito, era una hernia.

Los carteles de las paredes dejaron fascinado a Thorne: «Movimiento y Equilibrio», «Senilidad», «Demencia». Incluso había una Clínica de la Cefalea. El lugar estaba atestado, pero la gente entre la que se abrieron paso no correspondía con la imagen del paciente convencional. No vio sangre, ni vendas, ni cédulas de escayola. Los pasillos y salas de espera parecían repletos de personas que se movían deliberadamente despacio. Parecían perdidos o desorientados. Thorne se preguntaba qué impresión le causaría a ellos.

Muy similar, casi seguro.

Siguieron caminando en silencio por delante de la cafetería, repleta de la cháchara informal que Thorne hubiera asociado con una gran fábrica o un edificio de oficinas. Se preguntaba si la comida siempre olía igual allí.

—¿Qué pasa con los doctores? ¿Es que no aparecemos en su lista negra?

Por un ridículo instante, se preguntó si ella estaba procurando ser complaciente con él. Entonces recordó las caras de esos malditos estudiantes de medicina. Esta no era una mujer con la que se pudiera dar nada por supuesto:

—No, al menos, de momento. Muchos doctores son responsables de haber aportado cierta luz sobre el caso. Como usted, para empezar.

—Creo que mi marido tiene parte de responsabilidad en eso —dijo con tono enérgico, sin un ápice de falsa modestia.

Coburn observó que Thorne miraba de reojo hacia donde debería haber un anillo de compromiso.

—Mi futuro exmarido, debería decir. Es la costumbre. Fue durante uno de los pocos momentos civilizados de una maldita sesión de *a ver-cómo-vamos-a-solucionar-este-divorcio*.

Thorne siguió mirando al frente, sin decir nada. ¡Por Dios, era tan inglés!

—¿Qué hacemos con la porcelana china? ¿Quién se va a quedar con el gato? ¿Te has enterado de lo del lunático que está provocando apoplejías a las mujeres por todo Londres? Ya sabes, ese tipo de cosas...

Fobia, muerte, divorcio. Thorne se preguntaba si quizá debería cambiar de tema y hablar de la crisis en Oriente Medio.

Cuarenta y ocho horas después de que la trajeran, sometimos a Alison a una resonancia magnética. Encontramos un edema en los ligamentos del cuello, señalados como manchas blancas en el escáner. Se suelen encontrar en las lesiones de latigazo cervical, pero en el caso de Alison, me pareció bastante inusual, teniendo en cuenta lo que mi marido me había dicho sobre el tema...

—¿Y qué se ha descubierto del Midazolam?

—¿Sobre el tipo de benzodiazepina que se eligió? Fue una elección muy acertada, especialmente si tenemos en cuenta la alta probabilidad de que fuera la misma droga

que le suministraron cuando ingresó en el ala A/E. ¿Qué, esto complica un poco más las cosas?

Thorne se detuvo. Estaban ya frente a la puerta de la habitación de Alison.

—¿Podemos comprobar eso?

—Ya lo he hecho y es correcto. Conozco al anestesista que estaba de guardia esa noche en el Royal London. El informe toxicológico mostraba Midazolam en el torrente sanguíneo de Alison, pero hubiera aparecido de cualquier manera: es la sustancia que se usó para sedarla tras su ingreso en el hospital. Pero también tomamos muestras de sangre rutinariamente al admitir un nuevo paciente, así que estudié la muestra. También aquí se apreciaban rastros de Midazolam. Fue entonces cuando decidí llamar a la policía.

Thorne asintió con la cabeza. Un médico. Tenía que serlo.

—¿Para qué más se utiliza el Midazolam?

La doctora meditó la respuesta unos instantes:

—Es un fármaco bastante especializado. Se utiliza en la Unidad de Cuidados Intensivos, en el ala A/E, como anestésico y poco más.

—¿De dónde cree que lo habrá obtenido? ¿De algún hospital? ¿Se pueden conseguir este tipo de sustancias por Internet?

—No en esas cantidades.

Thorne era consciente de que esto conllevaría contactar con todos los hospitales del país para pedir información sobre algún robo de Midazolam en el pasado.

No estaba seguro del margen de tiempo transcurrido que deberían investigar: ¿Seis meses? ¿Dos años? El exceso de cautela podía conducirle a error y, por otra parte, estaba convencido de que Holland no le ayudaría demasiado a tomar esa decisión.

Coburn abrió la puerta de la habitación de Alison.

—¿Puede oírnos? —preguntó Thorne.

La doctora le apartó delicadamente el pelo de la cara y sonrió a Thorne indulgentemente:

—Pues, si no puede, no será porque tenga algún problema con sus oídos.

Thorne sintió cómo se ruborizaba, se sintió un poco idiota. ¿Por qué la gente siempre susurra junto a las camas de los hospitales?

—Si le soy franca, no estoy segura. Los síntomas que muestra son positivos. Parpadea cuando se produce algún sonido brusco pero, todavía tenemos que hacerle muchas pruebas. De todas formas, yo siempre hablo con ella y ya sabe qué funcionario es un alcohólico y qué médico especialista se lo está haciendo con tres de sus estudiantes.

Thorne levantó una ceja inquisitivamente. Coburn se sentó y cogió la mano de Alison.

—Lo siento, inspector, son conversaciones de mujeres.

Thorne no podía hacer otra cosa que observarla entre el entramado de cables y

maquinaria. Cables y maquinaria conectados a una chica joven. Escuchó el resoplido de la ventilación asistida de los pulmones de Alison y sintió la vibración de su pulso computerizado y pensó en que había un médico, en alguna parte, que definitivamente sí estaba en su lista negra.

Se sentó en el asiento del metro, intentando adivinar cuánto tiempo de vida le quedaba al hombre de negocios que se había sentado frente a él. Era un juego que le divertía mucho.

Aquel momento del día anterior, en que Thorne le había mirado directamente, había sido maravilloso. En realidad no le había visto: ocurrió en poco más de medio segundo y él no era más que un paseante con una capucha, pero había sido plenamente gratificante. La cara del policía le indicó que había entendido la nota. Ahora podría relajarse y disfrutar de lo que tenía que hacer. Cuando llegase a casa, se sumergiría en el baño y pensaría un poco más en ello. Pensaría en la cara de Thorne y echaría unas horas de sueño; después, había trabajo por hacer.

El hombre de enfrente parecía agobiado. Otro mal día en la oficina. Tenía la típica cara de un fumador, pálida y con manchas en la piel. Las venas rotas de las mejillas indicaban, seguramente, una mala circulación y exceso de alcohol. Las pequeñas placas grasientas bajo los párpados hinchados, Xantelasma, revelaban una alta tasa de colesterol y que sus arterias se estaban colapsando.

El hombre de negocios apretaba los dientes mientras pasaba las hojas de su periódico.

No le daba más de diez años de vida.

Su Mondeo azul, curtido ya en mil batallas, inició la marcha suavemente entre el tráfico matutino de la carretera de Marylebone. Thorne introdujo la cinta de Massive Attack en el radiocasete y se reclinó sobre el asiento. Si hubiera querido relajarse y desconectar, hubiera puesto algo de Johnny Cash o, Gram Parsons o Hank Williams; pero no había nada como el hipnótico ritmo machacón, del que se había pasado ya veinticinco años de la edad, para poder concentrarse en sus pensamientos. Como siempre, cuando el ritmo electrónico de Unfinished Sympathy empezaba a retumbar por los altavoces, se imaginaba la mirada atónita de la dependienta en la tienda de música. La jovencita imbécil petulante se le había quedado mirando, como si fuera un viejo sádico que pretendía hacer creer que seguía teniendo mucha marcha.

De repente, la cara llena de granos de la adolescente se transformó en el rostro, infinitamente más atractivo, de Anne Coburn. Se preguntaba qué tipo de música le gustaría. Clásica, probablemente, pero seguro que guardaba uno o dos discos de Hendrix entre los de Mozart y Mendelssohn. ¿Qué pensaría de su afición al *trip-hop* y al *speed-garage*?. Seguro que ella se sumaría a la teoría del viejo sádico. Se detuvo en el semáforo y bajó la ventanilla para inundar de ritmo machacón a una rubia pija, a bordo de un Saab, junto a su coche. Thorne se le quedó mirando y, cuando el

semáforo se puso en verde, le guiñó un ojo y reemprendió suavemente la marcha.

¿Qué ocurriría cuando volviese a la comisaría central? El gorgojeo convincente de voces, supuestamente eficientes, el trasiego de informes y los timbres y zumbidos de faxes y módems. Thorne seguía el ritmo, aporreando el volante. El seguimiento de todo este montaje de procedimiento efectivo se llevaría en la pared: una pizarra con todos los nombres, fechas y ACCIONES; debajo de estos, una fila alineada de fotografías: Christine, Madeleine y Susan. Mostrando el mismo tono de inerte palidez en sus rostros; pero, cada una de ellas, según apreciaba Thorne, con la impronta de un trágico instante final, evidenciando una extraña emoción, confusión, terror, remordimiento. Todo llevado al extremo. Subió un poco el volumen de la música. En las fábricas y las oficinas de todo Londres, los trabajadores dedicaban miradas furtivas a las chicas del calendario: a la descarada Sandra, la traviesa Nina, la picara Wendy. Los días, semanas y meses que seguían, se contarían, para Thorne, con las caras de reproche de la muerta Christine, la muerta Madeleine y la muerta Susan.

—*¿Qué tal va eso, Tommy?*

Christine Owen, de treinta y cuatro años de edad, tirada sobre los escalones...

—*¡Dales fuerte, Tom, por lo que más quieras!*

Madeleine Vickery, de treinta y siete años de edad. Muerta sobre el suelo de la cocina. Una sartén de espaguetis resacos al fuego...

—*Por favor, Tom...*

Susan Carlish, de veintiséis años de edad. Su cuerpo se descubrió en un sofá, viendo la televisión...

—*Cuéntanos qué piensas hacer, Tom.*

Harían muchas listas, sin duda, largas listas que se cruzarían entre sí. Los detectives harían las mismas preguntas a cientos de personas y mecanografiarían sus anotaciones, que se cotejarían y se clasificarían y que quizá, tras recopilar material suficiente para empapelar la comisaría, podrían dar algo positivo...

—*Lo siento, chicas, de momento no tenemos nada.*

No conseguirían coger a este tipo usando el procedimiento convencional. Thorne estaba seguro de ello. Sabía que esto no se iba a solucionar con un oportuno presentimiento del típico policía de una novela de suspense. Cabía la posibilidad de que el asesino se dejase atrapar. Sí, había posibilidades de que eso ocurriese. Los expertos en estudiar perfiles psicológicos coincidían en que, en el fondo, estos sujetos querían que los atrapasen. Tenía que preguntar a Coburn su opinión al respecto, la próxima vez que la viese, no le molestaría que eso ocurriese más pronto que tarde.

Thorne se metió en el aparcamiento y cortó la música. Se quedó mirando el sucio edificio marrón que se había convertido en la sede de Backhand. La antigua comisaría de Edgeware Road estaba destinada al cierre desde hacía meses y estaba ahora lejos de parecer desierta. Las oficinas vacantes de arriba eran perfectas para albergar una operación como Backhand. Perfectas para los afortunados que no tenían que trabajar allí cada día. Una gigantesca planta diáfana; una enorme pecera para los

pececitos de agua dulce con unos cuantos recipientes, situados en los extremos, para los peces gordos.

De repente, le embargó un profundo miedo a entrar allí. Se apoyó en el capó del coche hasta que pasó ese difícil momento.

Al acercarse vacilante hacia la puerta, tomó una decisión. No iba a permitir que nadie pusiera una foto de Alison en la pared.

Catorce horas después, Thorne llegó a casa y telefoneó a su padre. Hablaban tan a menudo como Thorne podía pero se veían poco. Jim y Maureen Thorne habían cambiado North London por St. Albans hacía diez años pero, desde que su madre murió, Thorne sentía que la distancia entre su padre y él aumentaba constantemente. Ahora los dos vivían solos y sus conversaciones telefónicas eran siempre desesperadamente triviales. Su padre estaba siempre dispuesto a contarle las historias más sucias o los chistes del *pub* y Thorne siempre se mostraba encantando de escucharlos. Le gustaba dejar que su viejo le hiciera reír y le gustaba oírle reír. Aparte de la forzada alegría de estas conversaciones, sospechaba que su padre no se reía demasiado a menudo. Su padre sabía bastante bien que no lo hacía.

Te voy a contar dos bien buenos, Tom.

—Vamos a por ellos, papá.

—¿Qué es lo que tiene un gancho de un centímetro y cuelga boca abajo?

—No sé.

—Un murciélago.

No era uno de sus mejores chistes.

—¿Qué es lo que tiene un gancho de quince centímetros y se cuelga boca arriba?

—Ni idea.

Su padre colgó el teléfono.

Se sentó y, durante algunos minutos, permaneció allí sin decir nada. Comenzó entonces a hablar muy suavemente.

—Quizá, ahora que lo pienso, la nota del parabrisas era un poco jactanciosa. No es mi estilo, en realidad. Yo no soy ese tipo de persona. Supongo que, únicamente, quería disculparme por las otras. Bueno, si soy sincero, debo admitir que una parte de mí quería vanagloriarse un poco. Y creo que Thorne es un hombre con el que se puede hablar. Parece el tipo de hombre capaz de entender lo orgulloso que me siento de haber hecho las cosas bien. La perfección lo es todo, ¿no es cierto?, ¿no es lo que me han enseñado desde siempre? Puedes estar segura, me han enseñado muy bien. Ha sido un esfuerzo muy grande y no pretendo decir que no voy a volver a cometer más errores; aunque la difícil tarea que realizo me da el derecho de errar, ¿no crees? Lo único que me frustra es que solo puedo imaginarme qué se siente conectado a esas

máquinas. Seguridad y limpieza. Libertad para relajarse y dejar volar la imaginación. Sin complicaciones. Y si me siento orgulloso de liberar un cuerpo de la tiranía de lo zafio y lo mezquino, nadie puede condenarme por ello, eso es seguro. Es la única y auténtica libertad por la que vale la pena luchar. Sentirnos libres de nuestros torpes movimientos, de nuestras heridas, de nuestra sensibilidad. Libres de la monotonía del día a día, debidamente aseados y alimentados, observados y cuidados. Liberados de todos nuestros repugnantes fluidos corporales. Y, por encima de todo, la sensación de *saber*. Ser consciente de que todas esas maravillas están sucediendo. ¿Qué sabe un cadáver de su lavado y cuidados? Debe ser maravilloso conocer y sentir todas esas cosas.

Dios, ¿en qué estoy pensando? Lo siento mucho. No debería contarte todo esto. ¿No crees, Alison?

Ayer vinieron a verme Sue y Kelly, de la guardería. Mi visión ha mejorado ya bastante. Pude distinguir que Sue llevaba puesto más contorno de ojos de lo habitual. Se cuentan muchos cotilleos. Obviamente, no se cuentan tantos cuando estoy yo delante, pero aun así, me he enterado de algunos muy buenos. Mary, la encargada, tiene a todo el mundo cabreado. Planta su culo en la silla y se dedica a corregir los mensajes de todos los niños. Daniel sigue siendo un poco diablillo. Dicen que estuvo llorando por mí la semana pasada. Le contaron que me había ido a España de vacaciones. Me contaron que, en cuanto saliese, iríamos todos a emborracharnos y que preferirían quedarse aquí cada día que seguir cambiando pañales cagados a tres libras sesenta la hora...

No pasó mucho más después de eso.

Y, por fin, un poco de auténtica agitación. Una especie de palangana o escupidera, o algo así, se atascó. Sí, ya sé que no es un acontecimiento impresionante, pero todo se llenó de agua y las enfermeras se cabrearon muchísimo.

Supongo que la agitación es relativa.

Soñé con mi madre. Ella era muy joven, como cuando yo iba al colegio. Me estaba vistiendo y yo discutía con ella sobre la ropa que quería llevar y ella lloraba y lloraba...

Y soñé con el hombre que me hizo esto. Soñé que estaba en esta habitación, hablándome. Reconocí enseguida su voz. Era también la voz que reconocí después de que todo pasara. Mi mente está hecha papilla. Se sentó en mi cama, me cogió de la mano y trató de explicarme por qué me había hecho esto. Pero no le entendí demasiado bien. Me decía que debía sentirme feliz. Es la voz que me dijo que me divirtiera, mientras me pasaba la botella de champán y yo le daba un buen buche.

Debí invitarle a que pasara. Seguro que lo hice. Supongo que la policía lo sabe. ¿Se lo habrán dicho a Tim?

Ahora que los sueños son lo más cercano que tengo a las sensaciones, se han vuelto bastante intensos. Sería fantástico que pudieras pulsar un botón y elegir el sueño que te gustaría tener. Obviamente, alguien debería presionar el botón por mí,

pero me encantaría que eligiese una selección de familia y amigos, con una buena dosis saludable de historias picaronas.

En serio, una vez que te han jodido hasta este extremo, un buen polvo es del todo irrelevante, ¿no es cierto?

CAPÍTULO TRES

Thorne se había equivocado con lo del verano: después de tomarse una quincena de descanso, había vuelto con aires de pegajosa venganza y la llamada de alarma de la lavandería no podía ignorarse por mucho más tiempo. Era horriblemente consciente del olor que despedía al sentarse, abochornado por el calor, en la oficina de Frank Keable. Estaban hablando de las listas.

—Nos estamos centrando en los médicos que están rotando actualmente en la zona central de Londres, señor.

Frank Keable era solo uno o dos años mayor que Thorne, pero parecía que tenía cincuenta años. Esto se debía más a un problema genético que a un exceso de estrés. Los chicos opinaban que empezó a perder pelo en el momento que alcanzó la pubertad, teniendo en cuenta la proximidad de la línea del cabello a la nuca. Parece como si las pocas hormonas que le quedaran activas para estimular el crecimiento del cabello se hubieran redirigido erróneamente a sus cejas, que se cernían sobre sus ojos azules claros como grandes orugas grises. Eran unas cejas muy expresivas, que le proporcionaban cierto aire de sabiduría, lo cual era una sensación, por decirlo de manera suave, bastante afortunada. Nadie le envidiaba por esa porción de suerte. Era lo menos que podías esperar si tenías el aspecto de un búho sobrealimentado y con alopecia. Keable le dio un buen uso a una de sus orugas, levantándola inquisitoriamente.

—Sería mejor extender un poco el radio de búsqueda, Tom. En el peor de los casos, recurriremos a nuestro personal de base. Ahora no estamos escasos de mano de obra.

Thorne se mostraba escéptico, pero Keable parecía bastante seguro de lo que decía.

—Este es un gran caso, Tom, ya lo sabes. Si necesitas más efectivos para ampliar el cerco, puedo arreglarlo.

—Pidamos esos efectivos de todas formas, señor, es una lista enorme. Pero estoy convencido que ese tipo es de aquí.

—¿Lo dices por la nota?

Thorne sintió otra vez las pesadas gotas de lluvia deslizándose por su espalda a través el cuello de la camisa. Aún podía sentir el plástico entre sus dedos, mientras leía las palabras del asesino y el agua le goteaba por los ojos como si fueran lágrimas.

El asesino sabía dónde habían ingresado a Alison. Estaba bastante claro que estaba siguiendo el caso al detalle. Tanto a ellos, como a ella.

—Sí, por la nota y por la ubicación. Creo que quiere mantenerse cerca, para tenerlo todo vigilado. *Para monitorizar su obra.*

—¿Es necesario mantener vigilado el hospital?

—Con todo el respeto, señor, ese lugar está atestado de médicos, no veo la más mínima utilidad a eso —desvió la mirada hacia el calendario que colgaba de la sucia

pared amarilla con imágenes del oeste del país. Keable era originario de Bristol... El calor hacía muy difícil concentrarse. Thorne se desabrochó otro botón de la camisa. Poliéster. No había sido una elección muy inteligente—. ¿Sería posible poner a funcionar ese ventilador un poco?

—Oh, perdona, Tom.

Keable conectó el enchufe de su ventilador negro y este comenzó a moverse de derecha a izquierda, regalando a Thorne una bocanada de aire fresco cada treinta segundos, más o menos. Keable se dejó caer sobre el respaldo de la silla y suspiró.

—No crees que podamos resolver esto, ¿verdad, Tom?

Thorne cerró los ojos al sentir la corriente de aire en su dirección.

—Tom, ¿tiene esto que ver con el caso Calvert?

Thorne miró al calendario. Hacía dos semanas que habían encontrado a Alison y no habían llegado a ningún sitio. Dos semanas golpeándose la cabeza contra un muro y sin conseguir otra cosa que dolores de cabeza.

La preocupación, o algo que se le parecía, se apoderaba de la voz de Keable.

—En casos como este, es absolutamente comprensible...

—No seas necio, Frank.

Keable se incorporó rápidamente en su silla. Con autoridad:

—No soy insensible a la desesperación, Tom. Este caso muestra cierta inclinación hacia ella. Nada en este caso es normal. Incluso yo puedo sentirlo.

Thorne soltó una risotada. Eran antiguos colegas.

—¿Incluso tú, Frank?

—En serio, Tom.

—Calvert es agua pasada.

—Eso espero. Necesito que estés bien centrado y por centrado no quiero decir obsesionado.

Keable no estaba muy seguro, pero pensó que Thorne asentía con la cabeza. Continuó hablando, como si la conversación previa no hubiera tenido lugar.

—Creo que solo resolveremos el caso cuando le cojamos. Deberíamos empezar por identificar el tipo de máquina de escribir que se utilizó para escribir el mensaje.

Keable dejó escapar un suspiro y asintió. El uso de una anticuada máquina de escribir era un golpe de suerte, mucho más fácil de identificar que las impresoras láser; pero, de todas formas, aún necesitaban contar con algún sospechoso. Se habían encontrado en esta misma posición muchísimas veces. Era muy difícil parecer entusiasmado con una prueba que solo podía ser de utilidad con alguien al que tuvieran bajo vigilancia. El procedimiento debía seguirse, pero al final del día, tenían que atrapar a alguien. Keable sabía que el procedimiento era su punto fuerte. Era un buen coordinador. Esta convicción fue la que le permitió prosperar por encima de otros oficiales, incluyendo a Thorne. También contribuyó a que esos oficiales no le guardaran ningún resentimiento. Tenía facilidad para reconocer el talento en los demás y sus propias carencias. Era único elevando la moral de equipo. Era bastante

popular. Ayudaba cuanto podía y aparcaba el trabajo en la oficina, al final de la jornada. Dormía bien y llevaba un matrimonio feliz, a diferencia de otros oficiales. Incluyendo a Thorne.

—Cometerá un error, Tom. En cuanto localicemos el robo de los fármacos, comenzaremos a estrechar el cerco.

Thorne se apoyó contra la pared, junto al ventilador.

—Me gustaría volver por Queen Square, si te parece bien. Hace ya algún tiempo que estuve allí y me gustaría ver qué tal le va a Alison.

Keable asintió. Quizá no había sido su tentativa más hábil de responder apropiadamente a tal gesto humanitario, pero no esperaba ese golpe de Tom Thorne. Se aclaró la garganta y, Thorne se levantó, se dirigió hacia la puerta y se volvió hacia él.

—Esa nota era impecable, Frank. Es el informe forense más escueto que haya visto en mi vida. Y no lava los cuerpos de manera ritual. Simplemente, es muy, muy cuidadoso.

Keable giró el ventilador en su dirección. No estaba muy seguro de lo que Thorne esperaba que le dijera.

—Me pregunto si deberíamos enviar a los muchachos a por un ramo de flores o algo así. He pensado en ello, pero...

Thorne asintió con la cabeza.

—Sí, señor, lo sé. Pero ya no creo que valga mucho la pena.

—Son muy bonitas. Ha sido una idea preciosa —Anne Coburn terminó de organizar las flores en el jarrón y recorrió los estores de la habitación de Alison. El sol se estaba colando por la ventana, sonrojando levemente la cara de la chica.

—Quería haber venido antes, pero...

Coburn asintió, con un gesto de comprensión.

—También podías haber escrito una nota con un mensaje de felicitación.

Thorne miró a Alison y comprendió enseguida. Era difícil ver que había una máquina menos entre el entramado de dispositivos para mantener sus constantes vitales. Estaba respirando. La respiración era pesada, casi indecisa, pero era su propia respiración. Ahora había un tubo que se introducía por un agujero practicado en la tráquea, cubierto por una máscara de oxígeno.

—Ayer por la noche la desenganchamos de la máquina y le practicamos una traqueotomía.

Thorne estaba impresionado.

—Una noche excitante.

—La excitación nunca desaparece aquí. Tuvimos una pequeña riada hace unas horas. ¿Has visto alguna vez una enfermera con botas de goma?

Esbozó una tímida sonrisa.

—Las he visto en algunas películas no demasiado recomendables...

Aquella era la primera vez que la oía reírse: era una risa indecente.

Thorne asintió, moviendo la cabeza en dirección a las flores que había recogido de camino. No eran tan bonitas como había dicho Anne Coburn.

—Me sentí como un idiota la última vez, cuando hablé entre susurros. Pensé que si podía oír, posiblemente también podría olerías...

—Seguro que podrá olerías.

De repente, Thorne volvió a notar cierta pegajosidad bajo los brazos. Se volvió a mirar a Alison:

—Y hablando de olores... lo siento, Alison, discúlpame si apesto. Se sintió incómodo ante el silencio que recibió en lugar de una respuesta. Deseaba acostumbrarse a hablar con esta mujer con un tubo en el cuello y otro en la nariz. Ella no podría aclararse la garganta. Era incapaz de levantar la mano que yacía pálida sobre el edredón rosa estampado. Era incapaz. Aun así, Thorne deseaba egoístamente caerle bien, gustarle. Quería hablar con ella. Incluso empezaba a sentir que *debía* hablar con ella.

—Simplemente, rellena los silencios —dijo Coburn—, es lo que suelo hacer. Tenemos conversaciones muy interesantes.

La puerta se abrió y entró un hombre de mediana edad, con un traje immaculado, llevando algo en la cabeza que, a primera vista, se asemejaba a un algodón dulce.

—Oh... —Thorne observó cómo el gesto de Coburn se endureció enseguida—. David, ahora estoy ocupada.

Cruzaron la mirada y Coburn, finalmente, rompió el incómodo y hostil silencio.

—Te presento al inspector Thorne. David Higgins.

El futuro exmarido. El patólogo que nos ha sido de tanta utilidad.

—Encantado —Thorne le tendió la mano, que tomó el del traje immaculado, sin mirarle a la cara, ni a Alison.

—Dijiste que este sería un buen momento —dijo el trajeado, medio riéndose.

Obviamente, se estaba conteniendo para parecer amable frente a Thorne, pero no estaba funcionando demasiado bien. Al mirarlo con mayor detenimiento, el algodón dulce resultó ser una mata de pelo, impregnado en gomina y levantado en un tupé de color vainilla. Un ridículo adorno en un hombre que podía superar los cincuenta y cinco años de edad: parecía recién sacado de un episodio de *Dinastía*.

—Bien, pues podría haberlo sido —dijo fríamente Coburn.

—Es culpa mía, señor Higgins —dijo Thorne—. No había arreglado una cita.

Higgins se aproximó a la puerta, arreglándose la corbata.

—Bueno, pues me aseguraré de pedir cita en el futuro, entonces. Te llamaré más tarde, Anne y podremos concertar una.

Cerró la puerta suavemente tras de sí. Se oyó ruido al otro lado de la puerta y una enfermera volvió a abrirla. Era la hora del baño de Alison.

Anne Coburn se volvió hacia él:

—¿Dónde sueles ir a almorzar?

Se sentaron en la parte trasera de una pequeña sandwichería, en Southampton Row. Un pan francés con jamón y queso y una botella de agua mineral. Un sándwich de queso y tomate y un café. Dos profesionales muy ocupados.

—¿Qué posibilidades tiene Alison de recuperar significativamente algo de...?

—Me temo que ninguna. Supongo que depende de lo que entiendas por *significativamente*, pero debemos ser realistas. Hay casos documentados de pacientes que han recuperado la suficiente capacidad de movimiento para conducir una sofisticada silla de ruedas. Están haciendo grandes avances en los Estados Unidos en el diseño de unos ordenadores controlados por varillas fijadas a la cabeza pero, siendo realistas, las perspectivas son bastante deprimentes.

—¿No había alguien en Francia que dictó un libro entero con el movimiento de sus pestañas, o algo así?

—*La escafandra y la mariposa*. Deberías leerlo. Pero es un caso bastante aislado. La mirada de Alison reacciona a las voces y parece tener la habilidad de pestañear, pero es difícil concretar por ahora si lo hace de manera controlada. De momento no me la imagino haciéndole una declaración a la policía.

—No es por eso por lo que lo preguntaba... No es la *única* razón —Thorne le dio un enorme bocado a su sándwich.

Anne había estado hablando casi todo el tiempo, pero ya se había terminado el suyo. Le miró, entornando los ojos con complicidad.

—Bueno, has sido testigo de mi desastrosa situación doméstica. ¿Qué tal va la tuya?

Tomó un sorbo de agua mineral y contempló cómo masticaba su último bocado, arqueando teatralmente las cejas. Serió al verle intentar articular una respuesta dos veces, haciendo grandes esfuerzos por engullir el último bocado y dándose por vencido en las dos ocasiones.

—¿Qué...? ¿Quieres saber si es desastrosa?

—No, solo... ¿hay alguien?

Thorne no tenía calada a esta mujer en absoluto. Muy mal genio, una risa obscena y una gran afición a hacer preguntas muy directas. No parecía tener mucho sentido andarse por las ramas.

—Ha pasado, sin demasiado esfuerzo, de *desastrosa* a simplemente *gris*.

—¿Esa es la progresión normal?

—Eso creo. A veces, se pasa por un periodo de *lamentable* pero no siempre.

—Muy bien, estaré preparada.

Thorne la observó mientras hurgaba en su bolso buscando los cigarrillos. Sacó una cajetilla:

—¿Te importa?

Thorne dijo que no y se lo encendió. Se quedó mirando cómo exhalaba el humo por un extremo de la boca, alejándolo de él. Había pasado mucho tiempo desde que

se fumó su último cigarro.

—Fuman muchos más médicos de los que te imaginas y un número sorprendente de oncólogos. Siendo sincera, me sorprende que no haya muchos más adictos entre nosotros. ¿No fumas, entonces? —Thorne sacudió la cabeza—. Un policía que no fuma. Supongo que beberás, entonces.

Thorne sonrió:

—Pensé que trabajabas demasiadas horas como para ver la televisión.

Coburn dejó escapar un suave gemido de placer al aspirar una larga calada.

Thorne habló despacio, aún sonriente, al responder la pregunta.

—Me gusta tomar más de una copa...

—Me alegra oír eso.

—En cuanto al resto, sigo bastante los tópicos. No soy religioso, odio la ópera y no puedo completar un crucigrama, aunque me vaya en ello la vida.

—Debes tener mucho autocontrol, entonces o estar muy obsesionado, ¿me equivoco?

Thorne intentó mantener la sonrisa e incluso consiguió producir una sonrisilla entre dientes, al volverse a mirar hacia la barra del bar. Cuando consiguió cruzar la mirada con la camarera, levantó su taza de café y le hizo señas para que le trajera otra.

—¿Y *desesperado y gris* incluye niños?

—No. ¿Y tú?

Esbozó una enorme sonrisa y tan contagiosa como el sarampión:

—Una. Rachel. Dieciséis años y muchos problemas.

—¿Dieciséis? —dijo Thorne, arqueando las cejas—. ¿Le sigue molestando a las mujeres que les pregunten la edad?

Dejó caer el codo sobre la mesa y apoyó la barbilla en la palma de la mano, haciendo un intento por parecer seria.

—A esta mujer, sí.

—Lo siento —Thorne se esforzó por parecer arrepentido—. ¿Cuánto pesas?

Coburn soltó una risotada. No solo obscena, decididamente lasciva. Thorne rio también y dedicó una sonrisa a la camarera cuando le trajo su segunda taza de café. Acababa de depositar la taza en la mesa cuando sonó el busca de Coburn. Lo miró, apagó el cigarro y cogió el bolso del suelo.

—No soy una adicta, pero me tomo muchísimas pastillas antiácidas.

Thorne recogió la chaqueta del respaldo de la silla.

—Te acompaño.

Las cosas recuperaron un extraño tono formal en el camino de vuelta a Queen Square. La charla intrascendente sobre el veranillo de San Martín dio paso a un incómodo silencio, antes de llegar a la mitad del camino. Cuando llegaron a la oficina de Coburn, Thorne permaneció indeciso en la puerta. Tenía la impresión de que debía irse, pero ella levantó la mano para que esperase un momento e hizo una rápida

llamada. El aviso del busca no era urgente.

—Cuéntame, ¿cómo va la investigación?

Thorne entró en la oficina y cerró la puerta. Ya había imaginado que esto llegaría después del almuerzo. Hubo un tiempo en que su capacidad para tirarse faroles había sido infinita. Pero se había pasado tanto tiempo ejercitando esta habilidad con sus superiores que ya no le importaba emplearla también con otras personas a las que no tenía nada que ocultar.

—Es un siniestro pronóstico.

Coburn sonrió.

—Cada día aparece alguna estúpida historia en los periódicos sobre robos a mano armada de gente que cava túneles, desde la tienda de la puerta contigua, hasta la sociedad constructora, o de ladrones que se quedan dormidos en la casa que acaban de asaltar, pero la simple realidad es que la mayoría de la gente está convencida de que no los van a condenar por ello. Con los asesinos solo hay alguna posibilidad si son locales o si incurren en agresión sexual.

Al escucharle, se reclinó sobre su asiento y tomó un sorbo de un vaso de agua.

Thorne la observó:

—Discúlpame, no quería soltar un discurso.

—No. Me interesa, en serio.

—Cualquier tipo de compulsión sexual puede hacer descuidada a la gente. Asumen riesgos innecesarios y, eventualmente, cometen algún error. No puedo imaginarme que este tipo cometa un error. Sea cual fuere su motivación, no es sexual.

Su mirada se tornó fría y llana.

—¿Seguro que no?

—No es nada físico. Es perverso... pero...

—Lo que hace es grotesco.

La evidencia de esta afirmación era tal, que Thorne no encontró argumentos para contestarle. Lo que le llamó más la atención era que había conjugado el verbo en presente. Había gente que pensaba o esperaba (y, por Dios, él quería aferrarse a esa esperanza) que no hubiera necesidad de colgar más fotografías en la pared. Pero sabía que no sería así. Sea cual fuere la misión en la que el asesino creía estar embarcado, lo que esperase conseguir, en realidad, lo que hacía era acechar mujeres y matarlas en sus propias casas. Y se estaba divirtiendo. Thorne sintió que comenzaba a ruborizarse.

—No sigue ningún patrón convencional. Las edades de las víctimas parecen irrelevantes, tan solo importa que estén a su alcance. Escoge a las mujeres y si no consigue lo que desea las abandona. Brillantes y lustrosas, desplomadas sobre una silla, o sobre el suelo de la cocina, para que sus seres queridos se las encuentren en ese estado. Nadie ve nada. Nadie sabe nada.

—Excepto Alison.

Un incómodo silencio volvió a inundarlo todo, más denso que el aire atrapado

dentro de la minúscula habitación.

Thorne sintió que la réplica de su arranque de ira rebotaba por las paredes, como una bala perdida. No sintió la irritación habitual cuando sonó el timbre del móvil. Se apresuró a cogerlo, aliviado.

El inspector Nick Tughan dirigía la oficina de Backhand: se dedicaba a organizar y filtrar la información; era otro amante del procedimiento. Su suave acento de Dublín apaciguaba o persuadía a oficiales de mayor rango. A diferencia de Frank Keable, Tughan tenía la misma conciencia que un tocón de madera y poco tiempo que dedicar a personajes como Tom Thorne. La forma en la que había discurrido la operación hasta el momento evidenciaba que aquello era lo suyo y la dirigía con imperturbable eficiencia. *Nunca* perdía los nervios.

—Hemos detectado un robo importante de Midazolam. Hace dos años, en el hospital Leicester Royal, desaparecieron cinco gramos.

Thorne se estiró sobre la mesa, hasta alcanzar un trozo de papel y un bolígrafo. Anne le acercó una carpeta, para que lo apoyase sobre ella. Comenzó a anotar todos los detalles. Quizá había tenido un patinazo, después de todo.

—Muy bien, enviaremos a Holland a Leicester para que recopile todos los detalles; necesitaremos el listado de todos los turnos del personal del hospital desde, digamos, el noventa y siete en adelante.

—Noventa y seis en adelante. Ya lo hemos comprobado. Lo han enviado por fax.

Tughan le llevaba la delantera y se regocijaba de ello. Thorne supuso lo siguiente que habría hecho.

—La pregunta es obvia, entonces... ¿alguna concordancia?

—Un par de ellos en el sureste y media docena en Londres. Pero hay un caso interesante. Trabaja en el Royal London.

Ciertamente, era interesante. Anne Coburn ya había llamado la atención acerca de ese detalle. Si se acepta que Alison sufrió el ataque en su propio domicilio, entonces, ¿por qué llevarla al Royal London?, ¿por qué no al hospital más cercano? Thorne anotó el nombre, recogió el obligatorio resumen de instrucciones, de aire desagradablemente condescendiente y colgó el teléfono.

—Parecen buenas noticias —dijo, sin disculparse por haber escuchado la conversación sin permiso.

A Thorne empezaba a gustarle cada vez más. Se levantó y recogió la chaqueta.

—Eso espero. Cinco gramos de Midazolam. ¿Es mucho?

—Es una barbaridad. Generalmente se utilizan cinco miligramos para anestesiar a una persona adulta de talla media. Por vía intravenosa, por supuesto.

Se levantó y rodeó la mesa para verle salir de la habitación. Al caminar hacia la puerta echó un ojo al trozo de papel, que todavía no había recogido Thorne y se paró en seco.

—Dios mío —dijo, intentando coger el papel a la vez que Thorne. No debió dejarla ver el papel, pero una discusión habría sido inapropiada. ¿Qué mal podría

hacer? Abrió la puerta.

—¿Es este hombre tu... concordancia, inspector? Volvió a su lado de la mesa y se dejó caer sobre la silla.

—Lo siento, doctora, seguro que lo entiendes. Sabes que no debo...

—Lo conozco —dijo—. Lo conozco extremadamente bien.

Thorne permaneció en la entrada. Todo esto comenzaba a parecer extraño. El procedimiento dictaba que debía retirarse enseguida y mandar a alguien de vuelta, para tomarle una declaración. Aguardó a que continuase.

—Sí, efectivamente, trabajaba en Leicester, pero no hay ninguna posibilidad de que estuviera involucrado en el robo de los fármacos.

—Doctora...

—Y tiene una coartada irrefutable, en lo que concierne a Alison Willetts.

Thorne cerró la puerta. Continuaba escuchándola.

—Jeremy Bishop era el anestesista de guardia en el ala A y E en el Royal London, la noche que trajeron a Alison. La estuvo tratando. ¿No lo recuerdas? Te dije que le conocía. Me habló acerca del Midazolam.

Thorne pestañeó lentamente. Muerta Susan. Muerta Christine. Muerta Madeleine.

Vamos, Tommy, seguro que tienes algo con lo que empezar a investigar.

Abrió los ojos. Anne sacudía la cabeza. Había visto la dirección en el trozo de papel.

—Lo siento, inspector, pero por mucho que detestes al detective Holland...

Thorne abrió la boca, y volvió a cerrarla.

—Es una pérdida de tiempo mandarle a Leicester. El hombre que buscas es bastante listo y, no existe ningún tipo de evidencia que garantice que haya trabajado alguna vez en el hospital Leicester Royal.

Thorne dejó caer la bolsa y volvió a sentarse.

—¿Por qué estoy empezando a sentirme como el doctor Watson?

—El primero de agosto es día de rotaciones. Sería bastante razonable suponer que para robar una gran cantidad de fármacos de un hospital, deberías estar trabajando allí. Sí, el personal del hospital está sobrecargado de trabajo y es ocasionalmente ineficiente; pero con relación a los fármacos peligrosos hay un procedimiento que seguir bastante estricto —de nuevo, aparecía la palabra favorita de Thorne—. Pero todo se relaja un poco el día de las rotaciones. He trabajado en hospitales donde, el día uno de agosto, podías sacar una cama por la puerta principal, con una máquina de diálisis acoplada. Lo siento, pero sea quien fuere el que robó esos medicamentos, podría venir de cualquier sitio.

Susan. Christine. Madeleine. *Algo, Tommy. Una pista. Algo...*

Thorne sacó su teléfono móvil para volver a llamar a Tughan.

Era la primera ronda de bebidas que pagaba Helen Doyle, pero ya se empezaba a preocupar del dinero que se estaba gastando. Algunas botellas de diseño y un par de cubatas de ron y ya había gastado más de lo que ganaba en una hora de trabajo.

A la mierda. Era el cumpleaños de Nita y esto no lo hacía muy a menudo.

Puso las bebidas en una bandeja y lanzó una mirada a sus amigas sentadas en la mesa de la esquina. Conocía a tres de ellas desde el colegio y, a las otras dos, casi desde entonces. El bar no estaba demasiado lleno y la poca gente que allí había debía sentirse bastante molesta con el ruido que estaban haciendo. De pronto, todas empezaron a reírse, sobresaliendo entre todas la sonora y socarrona risotada de Jo. Seguro que se trataba de otro chiste verde de Andrea...

Helen caminó despacio hasta la mesa y, cuando depositó las bebidas sobre la mesa, las chicas las recibieron con gran entusiasmo y se abalanzaron sobre ellas, como si fueran las primeras que tomaban esa noche.

—¿No has traído patatas fritas?

—Se me han olvidado, lo siento...

—Jodida borracha.

—Cuéntale el chiste...

—¿Pero cuánto puto hielo me han puesto en la copa?

Helen tomó un trago y miró la etiqueta de la botella. En realidad, no decía qué contenía. Ya se había tomado unos cuantos. Aguardiente de garrafa, licor destilado, brebaje alcohólico. Nunca podía estar segura del todo de qué extraña pócima bebía, pero le gustaban los colores que lucía la estilizada botella y se sentía muy sofisticada llevándola en la mano. Sofisticada. Nita engulló la mitad de su cubata. Jo vació lo que quedaba de una jarra de cerveza y eructó ruidosamente.

—¿Por qué bebes eso? ¡Es como la gaseosa!

Helen se ruborizó.

—Me gusta cómo sabe.

—Se supone que no debe saber bien. Por eso te lo digo.

Nita y Linzi se rieron. Helen se encogió de hombros y tomó otro trago. Andrea la empujó suavemente con el codo.

—¡Sabe a lo que tú ya sabes!

Se oyó un gemido. Jo se metió dos dedos en la garganta. Helen sabía de qué estaban hablando, pero una parte de ella deseaba que dejaran de hacerlo. El sexo era prácticamente el único tema de conversación de Andrea.

—Cuéntanos otra vez cómo era la verga de ese tipo, Jo. Lo del *stripper* había sido idea de Andrea y a Nita pareció gustarle. Helen pensó que tenía bastante buena planta, todo cubierto de aceite, pero lo del poema sobre Nita no le había gustado tanto. Pudo observar que el chico se sintió igual de avergonzado que ella cuando Jo le puso la mano en la entrepierna. Por un segundo, pareció muy molesto, pero después

se rio y recogió su ropa del suelo, mientras todas gritaban y silbaban Helen también gritó y silbó, pero hubiera preferido haber estado más borracha.

—¡Suficientemente grande!

—Más de lo que cabe en la boca es demasiado.

Helen se inclinó hacia Linzi.

—¿Qué tal va el trabajo?

Quizá fuera con Linzi con la que tuviera más relación, pero no habían hablado casi nada durante toda la noche.

—Mierda. Voy a mandarlo al diablo... y a hacer algo que realmente me seduzca.

—Bien.

A Helen le encantaba su trabajo. Pagaban muy mal, pero la gente era agradable; incluso, aunque tuviera que dar algo de dinero a papá y mamá, aun así, seguía siendo barato vivir en casa. No encontraba sentido mudarse a otra casa, al menos, hasta que encontrase a alguien. ¿Qué sentido tenía alquilar un cuchitril como el de Nita? Andrea aún seguía viviendo en casa de sus padres. Sabe Dios dónde desarrollaba la intensa vida sexual de la que tanto alardeaba.

Empezó a sonar *Let Me Entertain You*. Era una de sus canciones favoritas. Empezó a cabecear, siguiendo el ritmo y canturreó la letra en voz baja. Recordaba una discoteca, cuando estaba en quinto curso y, a un chico con un pendiente, tristes ojos marrones y aroma a sidra en el aliento. Cuando llegó el estribillo, las demás chicas comenzaron a cantar y Helen se calló.

Sonó una campana y el camarero gritó algo incomprensible. Andrea y Jo fueron por otra ronda. Helen sonrió pero sabía que debía marcharse. Se sentiría fatal por la mañana y su padre tendría que esperarla. Empezaba a sentirse mareada y sabía que debería haber ido por casa a tomarse su taza de té antes de salir. Además, también podría haberse cambiado de ropa. Se sentía desaliñada y avergonzada, con su falda negra y su recatada blusa del trabajo. Se compraría una bolsa de patatas para el camino de vuelta y, un poco de pescado para su padre.

Andrea se puso en pie y anunció que todas se apuntaban a una ronda más. Helen la vitoreó, junto a las demás, vació la botella y sacó algunas monedas de su monedero.

Thorne estaba sentado, escuchando a Johnny Cash, con los ojos cerrados. Movía la cabeza en círculos, disfrutando de cada pequeño crujido de los cartílagos del cuello. Ahora el Hombre de Negro, con la voz siniestra y peligrosa, insistía en que iba a escaparse de su enmohecida jaula. Thorne abrió los ojos y contempló su apartamento, coqueto y acogedor; nada que ver con una jaula, pero sabía a qué se refería Johnny.

El apartamento, con una sola habitación y un jardín, era indudablemente pequeño, pero fácil de mantener y lo suficientemente cerca del bullicioso Kentish Town Road,

como para asegurarse de que nunca se quedaría sin leche, té o vino. La pareja que vivía en la planta de arriba era tranquila y nunca le molestaba. Llevaba viviendo aquí menos de seis meses, después de decidirse finalmente a vender su casa de Highbury, pero ya se conocía cada centímetro de esta casa. Había conseguido amueblar toda la casa después de un horrible domingo en IKEA, empleando las siguientes tres semanas en ensamblar los muebles y los siguientes cuatro meses en arrepentirse de haberlo hecho.

No podía decirse que hubiera sido infeliz desde que se fue Jan. ¡Dios!, se habían divorciado hacía tres años y, ella se había ido hace cinco, pero todavía, todo parecía fuera de sitio. Pensaba que abandonar la casa que habían compartido, para mudarse a este flamante apartamento nuevo, cambiaría algo las cosas. Había sido demasiado optimista. Por muy cerca que tuviera los objetos que le rodeaban, no tenía una auténtica conexión con ellos. Todo era funcional. Podía moverse de su silla a la cama en cuestión de segundos, pero la cama era demasiado nueva y, por desgracia, aún no conocía el pecado.

Se sentía como un hombre de negocios anónimo, en una anónima habitación de hotel.

Quizá hubiera sido más fácil que Jan se hubiera ido por culpa del trabajo. Ya había presenciado esa situación muchas veces y era el argumento de interminables series policíacas de televisión: la mujer de un poli no aguanta que su trabajo la deje en un segundo plano y, bla, bla... Jan nunca había sido una esposa de policía convencional y se había largado por sus propias razones. El único trabajo relacionado con todo este asunto era el que ella tenía cada miércoles por la tarde con su profesor del curso de escritura creativa.

Hasta que les sorprendió un día. A mediodía y con las cortinas echadas.

Habían puesto velas alrededor de la cama, por amor de Dios...

Jan le dijo más tarde que nunca comprendió porque Thorne no golpeó a su amante. Incluso en el momento en que ese bastardo enclenque saltó de la cama, con la verga agitándose al viento, buscando a tientas las gafas, Thorne supo que no iba a hacerle daño. Mientras dejaba que le atenazase el dolor, supo que no podría soportar oír los gritos de Jan, descubrir el odio en su mirada, verla correr hacia ese mequetrefe para consolarlo, encogido junto al armario, quejándose e intentando parar la sangre.

Algunas semanas más tarde le esperó a la salida del colegio y le siguió. Fue de tiendas, charlando con algunos estudiantes por la calle. Su casa era un pequeño apartamento en Islington, con bicicletas multicolores aparcadas en la puerta y, láminas pegadas en las ventanas. Eso le había bastado.

Simplemente saber eso.

Eres mío, por si alguna vez decido ir por ti.

Pero algo más tarde incluso eso le parecía vergonzoso. Le dejó en paz. Ahora todo quedaba en noches de insomnio y vino tinto y, cantantes de voz siniestra y

peligrosa.

Sí, se había traído el trabajo a casa sobre todo después de Calvert, cuando las cosas se le fueron de las manos durante algún tiempo pero se habían casado siendo demasiado jóvenes. Eso era todo, en realidad. Quizá si hubieran tenido niños.

Thorne hojeó la programación de televisión. Era martes por la noche y solo ponían mierda. Peor aún, habían retransmitido el partido de fútbol de su equipo favorito a las ocho y se le había olvidado completamente. Jugaban en casa, así que debían tener los tres puntos asegurados. El teletexto, el mejor amigo del aficionado al fútbol, le dio las malas noticias.

Se había desplomado con la espalda apoyada contra sus pies, el trasero sobre sus talones y los nudillos posados en el suelo de madera. Él permanecía en pie, detrás de ella, apoyando ambas manos en la parte posterior de su cuello, preparándose. Inspeccionó la habitación con la mirada. Todo estaba en orden. El equipo de trabajo estaba a su alcance.

La boca de la chica se abrió y emitió un húmedo gorjeo. Aunque con delicadeza intensificó la presión sobre su cuello. No tenía ningún sentido intentar hablar; además, ya la había escuchado bastante.

Una hora y media antes, había estado observando cómo se deshacía el grupo de chicas. Un par de ellas se habían ido en dirección al metro y las otras dos hacia la parada del autobús.

Una se había retirado tambaleándose por Holloway Road. Será de aquí, pensó. Quizá quiera acompañarle a tomar una copa.

Giró a la izquierda y rodeó la manzana con el coche, apareciendo a unos veinte metros por delante de ella. Se quedó esperando en el cruce hasta que se acercó a un par de metros; entonces, salió del coche.

—Disculpa, perdona, pero creo que estoy completamente perdido —componía las palabras con mucho cuidado. Haciendo que sonaran como si estuviera educadamente molesto.

—¿Dónde quieres ir?

Recelosa. Además, con razón. Pero, por ahora, nada de lo que preocuparse. Se escucha el rumor de gritos y risas en la cercana rotonda Archway. Se quita las gafas, aparentando tener problemas para enfocar la vista...

—Hampstead, perdona, creo que he bebido demasiado. Debería dejar de beber, en serio.

—No te preocupes, tío. Yo también voy bastante perjudicada.

—¿Has ido de discotecas?

—No, he estado solo en el bar, celebrando el cumpleaños de una colega. Muy divertido.

—Eso está bien —se alegraba de que ella estuviese contenta. Mejor, más ganas de vivir. Así que...

—¿Te apetecería una copita antes de irte a dormir? —dijo, metiendo el brazo por

la ventanilla del coche y sacando ceremoniosamente una botella.

—Caray, ¿qué celebras?

Joder, ¿qué tendrá el champán, que vuelve tan locas a estas chicas? Es como el reloj de oro de un hipnotizador.

—Lo he cogido de una fiesta —entonces llegaron las risas—, ¿una copita para el camino?

Una media hora, más o menos. Pasaron treinta minutos de cháchara informal, sin demasiado sentido, antes de que decidiera seguir su camino. Había hablado sin parar con ese extraño. El novio de Nita, los problemas laborales de Linzi, un par de chistes verdes. Él no había parado de sonreír, asentir y reír y, trataba de imaginarse lo difícil que era haber estado menos interesado por toda aquella verborrea. Después de todo ese tiempo de afirmar con la cabeza a su balbuceo incesante de palabras, llegaba el momento de que aquel hombre, de aspecto inofensivo, montase a su amiga borracha en el asiento de atrás para llevarla a su casa.

Hizo una llamada telefónica y la puso en posición.

Ahora, Helen ya no estaba tan parlanchina.

De nuevo sonó el gorjeo desesperado, que emergía desde lo más profundo de su ser.

—Sssh, Helen, tranquila. No durará mucho.

Apoyó los pulgares a cada lado de la protuberancia ósea de la base del cráneo y comenzó a palpar, en busca del músculo, sin parar de hablarle durante el proceso.

—¿Sientes estos dos músculos, Helen?

Se oyó un gorjeo como respuesta.

—El esternocleidomastoideo. Ya sé, es una palabra absurdamente larga, no te preocupes. Estos músculos bajan por aquí hasta llegar a la clavícula. Pero lo que estoy buscando está un poco más abajo —dijo, dando un suave grito ahogado al encontrarlo—. Aquí.

Lentamente fue cerrando los dedos sobre esa posición alrededor de la arteria carótida y comenzó a presionarla.

Cerró los ojos y comenzó a contar mentalmente los segundos. Con dos minutos sería suficiente. Sintió algo parecido a un estremecimiento que surgía del cuerpo de la chica y alcanzaba sus dedos atravesando los finos guantes de látex.

Asintió respetuosamente con la cabeza, mostrando admiración por el esfuerzo hercúleo que, incluso ese pequeño movimiento, debía haber supuesto.

Empezó a pensar en su cuerpo y en cómo podía haberlo acariciado. Ella era completamente suya y podía hacer con ella lo que quisiera. Podía haber deslizado las manos por delante de ella y por debajo de su falda en un solo segundo. Podía darle la vuelta y penetrarla por la boca y sentir sus dientes. Pero no iba a hacerlo. También lo había pensado con las otras, pero esto no tenía nada que ver con el sexo.

Después de considerar todos estos pensamientos, decidió que se trataba de un impulso perfectamente normal y saludable. ¿No sentiría lo mismo cualquier otro

hombre que tuviese a una mujer a su merced? ¿Tan a mano? Desde luego. Pero no era una buena idea. No quería que ellos clasificaran esto como un crimen sexual.

Eso sería bastante sencillo, sacarían demasiada información de la escena. Él lo sabía todo sobre el ADN.

Un gruñido surgió del interior de la garganta de Helen. Podía sentirlo todo, era consciente de todo y aún seguía luchando.

—No queda mucho... Por favor, estate quieta.

Percibió un martilleo y, sin mover la cabeza, bajó la mirada hacia donde los dedos de Helen golpeaban convulsivamente el suelo. La adrenalina la empujó a hacer una última tentativa desesperada contra el efecto de la droga. Podría conseguirlo, pensó, tiene muchas ganas de vivir.

Un minuto cuarenta y cinco segundos. Sus dedos siguieron presionando, se inclinó un poco, hasta poner los labios a la altura de sus oídos y comenzó a susurrar.

—Hasta mañana, dormilona...

Helen dejó de respirar.

Este era el momento crítico. Debía actuar rápido y con precisión. Relajó la presión sobre la arteria y empujó bruscamente la cabeza hacia delante, hasta que la barbilla tocó el pecho. La dejó en esa posición varios segundos y tiró de la cabeza hacia atrás, de manera que podía ver su cara desde lo alto. Tenía los ojos abiertos, la mandíbula flácida, la baba le resbalaba por la barbilla. Descartó el impulso urgente de besarla y volvió a dejar la cabeza en posición central. En su posición natural. Sus dedos agarraron firmemente la enmarañada melena castaña, para girarle la cabeza sobre su hombro izquierdo.

Y la mantuvo así unos instantes.

Repitió la misma operación sobre el hombro derecho. Cada movimiento iba fragmentando el interior de la arteria vertebral. Ahora dependía de ella.

La empujó suavemente hacia atrás, hasta recostar el cuerpo boca arriba, sobre el suelo. El esfuerzo le había hecho sudar mucho, así que se sirvió un vaso de agua fría y se sentó en la silla a observarla. A esperar que comenzara a respirar.

Tenía la mente en blanco, mientras centraba la mirada en la cara y el pecho, sin pestañear. Las respiraciones deberían de ser cortas y dificultosas. Siguió observando, deseando que se produjese el más mínimo movimiento. Cada pocos segundos, se inclinaba sobre ella y le tomaba el pulso.

El cuerpo de Helen permanecía inerte.

Fue por la bolsa y la mascarilla. Era el momento de intervenir. Estuvo apretando la bolsa frenéticamente durante diez minutos, gritándole.

—¡Vamos, Helen, ayúdame! —vociferándole a la cara—. Necesito que seas fuerte.

No fue lo suficientemente fuerte.

Se dejó caer sobre el respaldo de la silla, casi sin respiración. Se quedó mirando el cuerpo sin vida. Se le había descosido un botón de la camisa. Observó sus sencillos

zapatos negros, ordenadamente dispuestos, uno junto al otro, a su lado. Su pequeña pila de joyas, amontonadas sobre un plato de acero inoxidable. Bisutería barata y enormes y horribles pendientes.

Se compadecía de ella y la odiaba.

Necesitaba actuar rápido. Ahora tocaba deshacerse de ella. Rápida y fácilmente. Comenzó a desnudarla.

Thorne levantó la botella de tinto que había junto a la silla y se sirvió otra copa. Quizá los hombres cuarentones estuviesen mejor en sus pequeños, aunque bonitos y cómodos, apartamentos. Cuarentones con malos hábitos, con más cambios de humor que Glenn Millar y veintitantos años fuera de circulación; no decía demasiado a su favor. Tampoco ayudaba demasiado la afición por la música country-western.

Johnny cantaba a sus recuerdos. Thorne se programó mentalmente para saltarse ese tema del CD la próxima vez que lo escuchara. ¿Tendría razón Frank cuando preguntó si el caso Calvert seguía siendo parte de la ecuación?

Coge un cadáver fresco y tierno...

Quince años eran demasiados para seguir arrastrando esa carga. De todas formas, no era la suya. No podía recordar cuándo se la traspasaron a él. Solo tenía veinticinco años. Todos sus superiores habían pagado el pato, como era su obligación. Nunca tuvo la oportunidad de una huida honrosa. Pero ¿lo hubiera hecho si esta se presentase?

Un hombre, en libertad...

No había tenido nada que ver en dejar marchar a Calvert, después del interrogatorio. Lo que ocurrió en ese pasillo y más tarde, en esa casa, parecían simplemente cosas sobre las que había leído, como cualquier otro ciudadano. ¿Había sentido realmente el pálpito de que Calvert era su hombre? ¿O era un detalle que emergió más tarde de su imaginación, tras lo que presencié ese lunes por la mañana? De todas formas, una vez que todo salió a la luz, su participación fue completamente olvidada.

Cuatro niñas muertas...

Además, ¿qué era su trauma —Dios, vaya estupidez de palabra— comparado con el de los familiares de esas niñas, que aún deberían estar entre nosotros? ¿Que, a estas alturas, debían tener sus propios niños?

Los recuerdos se forjan así.

Cogió el mando a distancia y paró la canción. Estaba sonando el teléfono.

—Tom Thorne.

—Soy Holland, señor. Creemos que hay otro cuerpo.

—¿Creéis?

Le dio un vuelco el estómago. Sonreía Calvert mientras salía de la sala de interrogatorios. Alison mirando a la nada. La muerta Susan, la muerta Christine y la muerta Madeleine cruzan los dedos.

—Todo parece igual, señor. Ni siquiera creo que nos hayan traspasado aún este caso, pero creo que no se observan marcas en su cuerpo.

—¿Cuál es la dirección?

De nuevo en marcha, a estas horas de la noche. Vacío el resto de la copa de un trago.

—Será mejor que mandes un coche, Holland, he estado bebiendo.

—Lo mejor de todo, señor...

—¿Lo mejor?

—Tenemos un testigo. Alguien le vio deshacerse del cuerpo.

Podía sentir la curiosidad de Tim por saber de dónde venían las flores. No dijo nada, pero sé que no paraba de mirarlas. No me preguntó. Quizá porque era una pregunta para la que necesitaba una respuesta y no una conversación sin sentido con su exnovia, convertida en una espástica con retraso.

Lo siento, Tim. Pero nada podía prepararte para esto, ¿no es cierto? Pasas por la rutina habitual, vacaciones juntos, cada uno conoce los amigos del otro. Nunca tuvo que pasar por conocer a mis padres, el jodido afortunado. ¡Los suyos eran una pesadilla! Pero eso nunca entró en el trato, ¿verdad? «¿Cómo te las ibas a arreglar si yo estaba conectada a una máquina y absolutamente incapaz de moverme o comunicarme?». Ese tema nunca sale en nuestras últimas charlas íntimas, ¿no es cierto?

Ah, me han puesto un colchón de aire. Dicen que para evitar ulceraciones en la piel. Probablemente sea súper cómodo, aunque arma mucho jaleo. De autoinflado eléctrico. A veces me despierto en mitad de la noche pensando que hay alguien pasando la aspiradora en la habitación de al lado.

Creo que a Anne le gusta ese poli. Parece un tipo agradable, de verdad. Mucho más agradable que su exmarido, que parece un poco gilipollas. En cambio, el poli es un tipo divertido.

Me estaba meando cuando se disculpó por oler un poco mal. Escuché a Tim preguntarle a la enfermera por las flores. No había ninguna tarjeta y la enfermera salió a preguntarle a alguna compañera. Ahora pienso que Tim sospecha que mantengo un romance con un policía. Obviamente, debe ser un policía muy extraño, al que le gusten los camisones amarillos cutres y las novias extremadamente complicadas que nunca te responden.

¿Cómo era ese chiste sobre la mujer perfecta? Si fuera una ninfómana y mi padre tuviera una fábrica de cerveza, sacaría mucha pasta con.

CAPÍTULO CUATRO

El Ford Sierra se detuvo tras la furgoneta. En cuanto Thorne se bajó del coche se percató de que aquello iba a ser complicado. Aunque eran las dos de la mañana, el ambiente seguía siendo de bochorno si bien se sentía la proximidad de la lluvia. Las pruebas se perderían rápidamente en cuanto la lluvia llenase de barro el escenario del crimen. La policía científica y los fotógrafos se dedicaban a su trabajo con intachable eficacia. Sabían que no disponían de demasiado tiempo. Las evidencias más útiles se solían encontrar durante la primera hora de rastreo. La hora de oro. Pero, de todas formas, a Tughan le gustaba tenerlo todo controlado: había telefoneado al servicio meteorológico. Esta era su primera aparición en la escena del crimen y no se iban a correr riesgos.

Thorne bajó el empinado tramo de escaleras que llevaba hasta la estación de metro de Highgate y que conducía hasta Queens Wood, la porción de arboleda que bordeaba Archway Road. Mientras caminaba, observaba el resplandor de las lámparas de arco, que se abrían paso entre las ramas de los árboles. Divisó también las figuras de los efectivos de la policía científica, embutidos en sus monos blancos de plástico, rodeado lo que se suponía que era el cuerpo, en busca de restos de fibras o cabellos en la ropa de la chica. Escuchó cómo se distribuían a gritos las instrucciones, los *flashes* de las cámaras y el ruido constante del generador portátil. Había presenciado muchas escenas como esta en el pasado, demasiadas; pero esto era como si observara al *Equipo A* en plena tarea. Todo el proceso se estaba llevando con una impecable determinación, que solo había visto antes en una ocasión. Había una notable ausencia de silbidos en la oscuridad. Nada de humor negro. Ni un solo termo de té a la vista.

Hasta que no pasó por debajo del pasamanos y se enfundó los protectores de plástico para los zapatos que le dio la policía científica, no cayó en la cuenta de la dificultad que entrañaba examinar una escena del crimen como esta. También comprobó lo cruel que había sido el asesino en su elección del sitio donde abandonar a la víctima. El cuerpo estaba colina abajo, empotrado contra las altas verjas de hierro que bordeaban la acera. Por una parte estaba la carretera principal y por la otra, unos cien metros de matorral espeso y arboleda, que bajaban por una empinada colina, hasta llegar a la estación de metro de Highgate. El único acceso al cuerpo era desde lo alto de la colina, atravesando los árboles. Aunque se distinguía claramente un camino, aún sería un lento proceso atravesar la maleza hasta llegar al cuerpo. El suelo estaba duro y seco, pero diez minutos de lluvia bastarían para convertirlo en un lodazal. No habría valido la pena el enorme esfuerzo de los hombres para proteger el área con tiendas de polietileno. Thorne deseaba que consiguieran todas las pruebas necesarias rápidamente. Deseaba que hubiese algo que conseguir.

Dave Holland bajó correteando la pendiente hacia donde se encontraba. Su silueta hacía un bello contraste con las luces de las lámparas de arco. Thorne distinguió

claramente la forma de la libreta en su mano. No parece un policía, pensó, parece más bien un oficial en jefe. Incluso sin afeitado, su bien peinado pelo rubio y su complexión rubicunda le convertían en el objetivo de los comentarios del tipo *has-visto-lo-jóvenes-que-son-los-policías-últimamente*. Los jubilados le adoraban. Thorne no estaba seguro. El padre de Holland había servido en la policía y, por la propia experiencia de Thorne, eso generalmente daba problemas. Ni siquiera se movía como un poli, pensó. Los polis no saltan colina abajo, como si fueran cabras. Los polis se mueven como ambulancias.

—¿Una taza de té, señor?

Vale, a lo mejor había sido un poco inocente. Siempre había té.

—No. Háblame de ese testigo.

—De acuerdo, no se ilusione demasiado.

El corazón de Thorne se encogió. Obviamente, aquello no iba a hacer que temblara la tierra.

—Tenemos una descripción física muy vaga, nada impresionante.

—¿Cómo de vaga?

—Altura, complexión, un coche oscuro. El testigo, George Hammond... —Otra vez la puta libreta. Sintió deseos de arrebatársela y metérsela por el culo a ese gallito bocazas— estaba en lo alto del camino, a unos cien metros cuesta arriba, por la calle principal. Pensó que ese tipo estaba tirando una bolsa de basura.

Eso es lo que Thorne había deducido ya. Debe haber levantado el cuerpo con gran esfuerzo, para tirarlo al otro lado de la verja, como si hubiera sido una bolsa de basura.

—¿Y eso es todo? ¿Altura y complexión?

—Hay algo más sobre el coche. Dice que cree que era bastante bueno. Caro.

Thorne asintió suavemente con la cabeza. Testigos. Era otra cosa a la que había tenido que acostumbrarse. Incluso los más perspicaces daban versiones contradictorias de los mismos hechos.

—El señor Hammond no tiene muy buena vista, señor. Es un hombre mayor. Estaba paseando a su perro. Le hemos dicho que espere en el coche.

—Un momento, esas verjas tienen un metro ochenta de altura. ¿Qué altura dice que tenía este hombre?

—Metro ochenta y tres, metro ochenta y cinco. La chica no es demasiado alta, señor.

Thorne miró las luces, entrecerrando los ojos.

—Muy bien, tendré unas palabras con el cegato señor Hammond en unos minutos. Terminemos primero con esto.

Phil Hendricks estaba de cuclillas junto al cuerpo, con su pelo recogido en una cola bajo su gorro protector amarillo. Los científicos habían terminado de rasparlo y

analizarlo todo y ahora era el turno de Hendricks. Thorne observó la tan familiar rutina del patólogo de tomar la temperatura del cuerpo y realizar todos los procesos que, hasta que procediesen al levantamiento del cadáver, constituirían el primer estudio superficial. Cada minuto, más o menos, se ponía de cuclillas, dejando escapar un leve gemido y dictando los datos registrados a su grabadora de bolsillo. Como era habitual, cada tedioso detalle del proceso quedaba inmortalizado en soporte audiovisual por el cámara de la policía. A Thorne siempre le había llamado la atención estos tipos. Algunos se creían auténticos directores de cine. Una vez tuvo que echarle una bronca a uno por gritar «¡corten!». Otros tienen esa mirada inquietante, como queriendo decir «deberías venir a casa a ver el material que voy a mostrarles a las nenas durante la Navidad». No podía evitar pensar que algunos esperaban la oferta de algún canal avaricioso de televisión, ávido de sensacionalismo. Quizá estaba siendo demasiado duro. También era muy duro con Holland. A lo mejor, lo que no le gustaba eran sus immaculados pantalones chinos y sus impecables mocasines. Quizá tan solo que Holland era un joven detective con ganas de agradar a los demás.

¿No había sido él igual? Quince años atrás. De camino al desastre.

Hendrick comenzó a recoger su equipo y miró a Thorne. Era una mirada que habían intercambiado en muchas ocasiones. Para un observador poco entrenado esta *transferencia de responsabilidades* habría parecido tan superficial como dos jugadores de billar pasándose un taco. Se supone que los patólogos eran los más imperturbables de todos; pero, a pesar de la frivolidad, tonos nasales y humor negro propios de Manchester, Thorne sabía lo que sentía Hendricks. Lo había visto llorar, bastantes veces, con una cerveza en la mano. Thorne nunca le había correspondido de la misma forma.

—Si me preguntas mi opinión, creo que se está volviendo jodidamente despreocupado.

Hendrick comenzó a jugar con uno de sus muchos pendientes. Ocho, la última vez que Thorne se los contó. Sus gruesas gafas le daban cierto aire intelectual, pero los pendientes sin mencionar el discreto, aunque famoso tatuaje y su gusto por la ropa estrafalaria, le convertían en un personaje poco convencional, por decir algo. Thorne conocía a este patólogo, gótico y sociable, desde hacía cinco años. Era diez años menor que él y terriblemente eficiente; Thorne lo apreciaba de veras.

—No te he preguntado, pero gracias por la observación.

—No me extraña que estés tan susceptible, colega. ¿Dos a uno en casa contra el Bradford?

—Nos robaron el partido.

—Por supuesto.

El cuello de Thorne seguía aún terriblemente rígido. Echó la cabeza hacia atrás y se quedó observando el claro cielo nocturno. Podía localizar la Osa Mayor. Siempre la buscaba: era la única constelación que reconocía a simple vista.

—Ha sido él, ¿verdad?

—Lo sabré con seguridad por la mañana. Creo que sí. ¿Pero que hace ella aquí? Esta es una carretera muy concurrida. Había bastantes posibilidades de que le hubieran sorprendido.

—Alguien lo hizo. Don Cegatón, por desgracia. En cualquier caso, no creo que se entretuviese aquí demasiado tiempo. Simplemente se detuvo y tiró el cuerpo.

Hendricks se apartó a un lado y Thorne observó a la mujer que, horas más tarde, sería identificada como Helen Theresa Doyle. Era solo una niña. Dieciocho, diecinueve años. Su camisa estaba algo levantada, revelando un *piercing* en el ombligo. Llevaba enormes zarcillos circulares. Tenía la falda rajada y se apreciaba un corte profundo en la parte superior de la pierna.

Hendricks cerró su maletín.

—Creo que la herida es de cuando se quedó enganchada con la verja cuando ese cabrón la tiró por encima.

Algo llamó la atención de Thorne y miró hacia su derecha. A unos veinte metros, más o menos, mirándolo fijamente, se agazapaba un pequeño zorro. Una hembra, pensó. Se quedó completamente quieta, observando la extraña actividad. Habían invadido su territorio. Thorne sintió una peculiar punzada de vergüenza. Había escuchado hablar a granjeros y defensores de la caza del zorro del comportamiento despiadado de estos animales cuando mataban, pero dudaba de que una criatura que mataba para alimentarse y alimentar a sus crías, disfrutase de ello. La sed de sangre alimentaba a un tipo de inteligencia bastante particular. Se oyó un grito desde lo alto de la colina y la zorra se sobresaltó, preparada para huir, pero volvió a relajarse. Thorne no podía apartar los ojos de ese animal que observaba la realidad, artificialmente iluminada, de una muestra distorsionada de lujuria sangrienta humana. De una inusitada brutalidad. Pasó medio minuto antes de que la zorra, una vez satisfecha su curiosidad, olisqueara la tierra y se internase en la maleza.

Thorne miró a Hendricks. Él también había estado observado. Thorne respiró profundamente y volvió la vista a la chica.

Conflicto de emociones.

Sintió repulsa ante la visión del cuerpo, ira ante la pérdida, solidaridad con los familiares y, terror ante la perspectiva de tener que hablar con ellos y sentir su furia y su consternación.

Pero también sentía un zumbido.

La agitación del escenario del crimen. El primer escenario del crimen. La circunstancia que podría abrir de par en par la investigación podía encontrarse ante sus narices, esperando, deseando que la encontrasen.

Si estaba allí, la encontraría.

El cuerpo...

Había hojas enredadas en su largo pelo castaño. Tenía los ojos abiertos. Thorne podía ver que tenía una bonita figura. Intentó desterrar ese pensamiento de su cabeza.

—Siempre se había tomado su tiempo hasta ahora, ¿no es cierto? —musitó Hendricks—, sutil y fino. Se tomaba el trabajo de dejar preparados los cuerpos, como si hubieran sufrido una apoplejía mientras veían la tele o cocinaban. Parece que esta vez no se ha preocupado demasiado. Un trabajo bastante precipitado.

Thorne le lanzó una mirada inquisitiva.

—Una hora o dos, como mucho. Ni siquiera se ha enfriado, todavía.

Thorne se inclinó sobre el cuerpo y tomó la mano de la chica. Hendricks se quitó el gorro protector y se sacó los guantes levantando una humareda de polvo de talco. Cuando Thorne se dispuso a cerrarle los ojos, el ronroneo del generador se le quedó aprisionado en la cabeza. La voz de Hendricks parecía venir de la lejanía.

—Aún se huele el ácido carbólico.

Anne Coburn permanecía sentada en la oscura habitación, después de un horrible día que debía haber finalizado tres horas antes. Los trámites burocráticos que generaban los médicos novatos no dejaban de crecer durante interminables horas, pero los médicos veteranos tampoco ayudaban demasiado. La reunión con el administrador, que debía resolverse en una hora pero duró tres, le había provocado un dolor de cabeza que, por fin, empezaba a apaciguarse. Había tenido que luchar contra dos clases prácticas, una ronda de tutoría, una discusión con el jefe de admisiones y un enorme montón de papeleo pendiente. Y David seguía en pie de guerra...

Se reclinó en su asiento, masajeándose las sienes. Dios, qué incómodas eran estas sillas. ¿Se habrían diseñado así a propósito para alentar a las visitas a soltar rápido sus penas y largarse?

Si David estuviera aún en casa, quizá podría haberla ayudado con el papeleo, pero eso se había acabado. La casa debía estar tranquila ahora. Rachel estaría metida en la cama, viendo en la MTV a alguna escuálida víctima de las drogas, embadurnada con perfilador de ojos, brincando frenéticamente.

Se quedó un rato pensando en su hija.

Últimamente no se llevaban demasiado bien. Sus notas habían tensado mucho las relaciones entre ambas. Rachel estaba simplemente dejando escapar la presión, eso era todo, después de haber realizado un gran esfuerzo. Anne había decidido comprarle un regalo cuando le dieran los resultados, como recompensa por el duro trabajo realizado. Un ordenador nuevo, quizá. Estaba considerando adelantarle el regalo y dárselo ahora.

De pronto, empezó a pensar en Tom Thorne.

Desvió la mirada hacia las flores que había traído y sonrió al recordar sus disculpas ante Alison porque... ¿qué palabra había usado? Apestaba. Ella pensaba que olía bien. Olía a hombre honesto. No era difícil encontrarle atractivo. Posiblemente tuviera algunos años más que él, pero tenía la certeza de que no era el tipo de hombre que le daría demasiada importancia a eso. Era un tipo fornido. No...

sólido. Un tipo que venía de vuelta de muchas cosas. Siendo honesta consigo misma, era el tipo de hombre por el que se había sentido atraída desde que empezaron los problemas con David, hace ya muchos años.

Le gustaba el tono cenizo de su pelo, más acusado en la zona izquierda de la cabeza. Y siempre le habían gustado los ojos marrones.

De repente, Anne se dio cuenta de que estaba pensando en voz alta. Las conversaciones nocturnas con Alison se estaban convirtiendo en una rutina. Las enfermeras estaban acostumbradas a su parloteo de medianoche. Empezaba a sentir necesidad por esas charlas con Alison. Estimular la mente de Alison era una parte vital de su tratamiento, pero también le encontraba una utilidad terapéutica. Era extraño y excitante poder abrir tu mente a alguien sin ser juzgado. Era como confesarse, pero sin miedo. Quizá, de alguna manera, Alison sí la estuviese juzgando. Seguramente tendría muchas cosas que decir: «¡Al cuerno con el poli malhumorado! Búscate un estudiante de medicina joven y guapo».

Un día de estos, Anne averiguaría exactamente lo que pensaba Alison. Por ahora, el ronroneo de la máquina le estaba dando sueño. Se levantó y vertió suavemente unas gotas de lágrima artificial sobre los ojos de Alison, antes de cerrárselos para dormir. Se quitó la chaqueta, hizo un ovillo con ella y se la colocó detrás de la cabeza mientras se sentaba de nuevo. Cerró los ojos, susurró a Alison las buenas noches y casi inmediatamente se quedó dormida.

Sobre las siete y media de la mañana siguiente tenían ya identificado formalmente el cuerpo. Los padres de Helen Doyle habían telefonado para denunciar que no había vuelto a casa, casi a la misma hora en que George Hammond presenciaba cómo la tiraban por encima de la verja de Queens Wood. Pocas horas después de esa primera llamada, Thorne se apoyaba en la pared y observaba cómo se acercaban desde el final del pasillo, tras salir del depósito de cadáveres. Michael Doyle sollozaba, su mujer, Helen, se aferraba al brazo de su marido con la mirada perdida. Sus zapatos de tacón alto resonaban rítmicamente al bajar los escalones de piedra que conducían al exterior, donde le saludaba el resplandeciente, fresco y absolutamente ordinario amanecer del primer día sin su hija.

Ahora Thorne apoyaba la espalda en una pared diferente. La muerta Helen había tomado su lugar entre las demás. No había hablado todavía, pero era cuestión de tiempo. Unos cuarenta oficiales de policía, de distinto rango, junto con personal auxiliar y civiles aguardaban sentados a que Thorne les hablara. Más que nunca, se sentía como el desaliñado director adjunto de un colegio venido a menos. Su audiencia intercambiaba aburridos cumplidos de cortesía o comentarios jocosos de chavales. Las pocas mujeres que había en el equipo se habían sentado juntas, haciendo frente común ante los comentarios sexistas de algunos colegas, que parecían desconocer el significado de la palabra *hostigar*. El humo de más de una docena de

cigarros se elevaba hasta los tubos fluorescentes. Thorne había vuelto de nuevo al paquete al día.

—El cuerpo de Helen Doyle se descubrió esta mañana en Queens Wood, en Highgate, poco después de la una de la mañana. La última vez que la vieron fue saliendo del bar Marlborough Arms, en Holloway Road, a las once y cuarto. La autopsia se está llevando a cabo esta mañana pero, de momento, estamos barajando la posibilidad de que la asesinara el mismo responsable de las muertes de Christine Owen, Madeleine Vickery y Susan Carlish.

Las chicas muertas: *Venga ya, Tommy. Sabes de sobra que ha sido él.*

—... así como del intento de asesinato de Alison Willetts.

Pero no era intento de asesinato, ¿verdad? El asesino intentaba hacer algo distinto. Thorne no encontraba la palabra exacta para definirlo. Probablemente tendrían que inventársela si alguna vez lo cogían. Se aclaró la garganta y continuó.

—George Hammond, que fue quien descubrió el cuerpo, nos ha proporcionado una vaga descripción del hombre al que observó sacando el cuerpo del coche y tirándolo en la escena del crimen. Metro ochenta y tres u ochenta y cinco, complexión media. Posiblemente, pelo oscuro. Quizá lleve gafas. El coche es un turismo de color azul o quizá negro, no ha dado descripción del modelo. La víctima fue secuestrada en algún punto del camino entre el bar y su casa, en Windsor Road, a menos de un kilómetro de distancia, entre las once y cuarto y las once y media. Nadie dice haber visto nada, pero seguro que hay algún testigo más. Debemos dar con él. Necesitamos una descripción decente y saber más de ese coche.

Thorne hizo una pausa. Podía ver a un par de oficiales intercambiando miradas. Había tardado menos de un minuto en dar la información que tenía sobre este caso, los míseros datos que se suponía que debían poner en marcha la operación.

Frank Keable se puso en pie.

—Ya sé que no es necesario, pero os recuerdo que hay que observar la habitual precaución con la prensa.

Los medios aún no sabían demasiado de los asesinatos; desde luego, ignoraban que fueran obra de una misma persona. El hecho de que los asesinatos no se hubieran concentrado en la misma zona y de que hubieran sido cuidadosamente disimulados, los había despistado completamente. A la misma policía le había llevado bastante tiempo llegar a las conclusiones con las que trabajaban en este momento. Aun así, Thorne estaba sorprendido: La operación Backhand había estado en marcha durante semanas y, generalmente, disponían de fuentes del más alto nivel. En poco tiempo habría alguna fuga de información y, entonces, comenzaría la algarada de siempre. La prensa amarilla se inventaría algún apodo morbosos para el asesino, los políticos ávidos de fama gimotejarían, pidiendo ley y orden y Keable le soltaría un sermón acerca de «llevar la presión hasta los límites». Pero, al menos de momento, la situación no se había descontrolado.

Keable hizo un gesto con la cabeza a Thorne. Podía continuar con su

intervención.

—Helen Doyle tenía dieciocho años... —Se detuvo y observó a sus colegas asentir con la cabeza, con el natural gesto de repulsa. No había hecho la pausa para conseguir ese efecto. Sentía que se encogía aún más el nudo que le atenazaba el estómago—. Helen no era mucho mayor que la chica de mayor edad del caso Calvert. A diferencia de las otras víctimas no sufrió el ataque en su propia casa. Parece razonable suponer que tampoco ocurrió en plena calle y, el modo en que actuó el asesino nos sugiere que no pudo hacerlo en un coche. ¿Adónde se la llevó entonces?

Thorne dijo algunas cosas más. Lo normal en estos casos. Obviamente, seguían esperando los resultados del equipo de forenses. Estas eran las primeras pruebas reales que habían conseguido hacer hasta ahora y se sentía esperanzado. Todos debían mantener la esperanza. Esto iba a ser un avance decisivo; era el momento de echar el resto. Iban a cogerle. Vamos, muchachos...

Se llevó a cabo la asignación de los efectivos a cargo de las pesquisas, casa por casa. Se habló de hacer una reconstrucción por televisión. Al acabar, se oyó el ruido de las sillas, arrastrándose contra el suelo, se pidieron unos bocadillos y ordenaron a Frank Keable que se presentara en la oficina del superintendente en jefe.

—¿Qué querrá? Sabe que no puedo contarle una mierda hasta esta tarde.

—A lo mejor solo quiere compartir un buen desayuno contigo. Pero parece que ya has tomado el tuyo —dijo Thorne, señalando con el dedo una mancha de tomate en la camisa de Keable.

—¡Joder! —Se escupió en la yema del dedo e intentó limpiársela.

—Volvió a equivocarse ayer por la noche y eso no le gusta —dijo Thorne.

Keable le miró, frotándose la mancha con una mano mientras sacaba un pañuelo del bolsillo con la otra.

—Se deshizo del cuerpo apresuradamente. Simplemente quería quitársela de encima, Frank. Pensaba que ya lo tenía después de Alison y cuando volvió a cagarla se cabreó muchísimo. Se está volviendo impaciente y muy arrogante. Asumió un gran riesgo asaltándola en mitad de la calle. Estas mujeres, estas chicas, son solo cuerpos para él, vivos o muertos. Se limita a seguir el procedimiento y, si algo sale mal, les echa la culpa a ellas. No hay violencia real, pero está furioso.

—Si tiene tanta prisa por deshacerse de ellas, ¿por qué se entretiene en lavarlas?

—No lo sé. Es muy... clínico.

—Probablemente ese cabrón sea muy aseado —gruñó Keable. Thorne le miró fijamente—. Venga ya, Tom. Escúchame, ¿no es esto lo que queríamos? Si se está impacientando tiene más posibilidades de cagarla y ofrecernos lo que necesitamos para atraparle.

—O de empezar a matar más deprisa. Han pasado veinte días desde que Alison Willetts sufrió el ataque. Lo de Susan Carlish sucedió seis semanas antes.

Keable se rascó la coronilla:

—Ya lo sé, Tom.

Era una declaración de eficiencia, una reafirmación de competencia, pero Thorne vio algo más: una velada instrucción de conservar la calma, un aviso. Era lo que había visto tantas veces oculto tras una pregunta discreta o una mirada de preocupación. Lo veía más, por supuesto, cuando había un sospechoso por medio. Cualquier sospechoso. Le irritaba, pero lo entendía. El caso Calvert era parte de una historia popular. Casi parte del folclore, como Jack el Destripador. Una culpa que todos heredaron, en mayor o menor medida. Pero él había formado parte de ello y los demás no. Había estado en medio de todo.

Keable se dio la vuelta y se dirigió hacia el ascensor. Un coche debía estar esperándole para llevarle a través de la ciudad, a reunirse con su superior. Pulsó el botón para ir a la planta baja y se volvió para mirar a Thorne.

—Avísame cuando Hendricks se ponga en contacto contigo.

Thorne se quedó mirando cómo Keable entraba en el ascensor y ambos aguardaron unos incómodos quince segundos hasta que se cerraron las puertas. Keable le diría al superintendente que, aunque era obvio que debían esperar los resultados de las pruebas, había una posibilidad bastante cierta de que se hicieran avances decisivos. Alguien debía haber visto al asesino cuando secuestró a la chica. Este era, definitivamente, el punto de inflexión que buscaban para el caso.

Thorne se preguntaba si se habrían preocupado por mencionar el asunto que flotaba en el ambiente desde que apareció esa nota en su parabrisas. Podía estar intentando decirles «venid a atraparme» y deshacerse tan torpemente del cuerpo de Helen Doyle podía haber sido una provocación. Pero una cosa estaba clara: el asesino ya no se preocupaba por intentar ocultar lo que hacía, porque sabía que iban tras él. Si el ser consciente de que la policía había descubierto su juego le hacía ser más descuidado, entonces Thorne se alegraba de que lo supiera. Pero lo que realmente le preocupaba era cómo se había enterado.

¿Por qué coño no saben qué hacer conmigo? Pueden implantar una oreja humana en un ratón y clonar una puta oveja. Clonan ovejas, por el amor de Dios, que es la cosa más inútil del mundo, porque ¡cómo diablos pueden saber que una jodida oveja es igual que otra y DICEN QUE NO ME PASA NADA!

Realmente, no me pasa nada.

Un ataque de apoplejía. Parece tan dulce, tan discreto. No tengo la sensación de haber sido atacada por nada. Me siento como si me hubieran golpeado con un martillo neumático. Mi abuelita sufrió un derrame cerebral pero podía hablar. Hablaba entrecortadamente y las drogas la desorientaban un poco. Antes de aquello, solo parloteaba de... ya sabes, cosas de gente mayor. Nunca llegaba hasta el extremo de decirle su edad a extraños en la parada del autobús, pero puedes imaginártelo. Las drogas que le daban la convirtieron en una especie de poetisa geriátrica. Se pasaba el día hablando de motoristas que conducían de noche por los pasillos del hospital y de enfermeros que querían sexo con ella. En serio, era para morirse de risa, ¡tenía ochenta y seis años! Pero al final ha conseguido que la entienda. Ese

hombre me provocó una apoplejía. Anne me contó lo que me hizo. Me enredó una arteria y me provocó una apoplejía. ¿Por qué no pueden den desenredarla? Debe haber especialistas que se dediquen a eso. Aquí estoy tirada, gritando y chillando y, las enfermeras pasan junto a mí y me miran como si estuviera echándome una siesta al sol. Ya deben haber terminado todas las pruebas. Deben saber que aún sigo aquí, hablando sola, echando sermones y despotricando. Mi cabeza no para de funcionar, ¿no lo veis? Aún conservo el sentido del humor, joder.

Estaba en lo cierto con lo de Anne y el poli, Thorne. Me he encontrado antes con gente como Anne. Siempre van por dos tipos de hombre: los que tienen algo interesante en el cerebro y los que lo tienen en la entrepierna. ¿Un hombre que tenga las dos cosas? Olvídalo. Creo que está bastante claro en qué categoría entra su exmarido. Ha llegado la hora del cambio. Si quieres mi opinión, creo que el poli se llevará el gato al agua.

Creo que, a partir de ahora, me liaré solo con los cerebritos.

Tim se sentó junto a la cama esta mañana y me cogió de la mano. Ni siquiera se molesta ya en hablar conmigo.

CAPÍTULO CINCO

Thorne se sentó al borde de la mesa de Tughan, en la diáfana sala de operaciones. Mientras Tughan manoseaba el ratón y aporreaba el teclado, Thorne pudo observar claramente su rigidez típicamente irlandesa. Sabía que le estaba molestando.

—¿No tienes nada que hacer, Tom?

Phil Hendricks había estado trabajando toda la noche, por lo que Thorne había recibido ya toda la información que necesitaba, incluso antes de que Keable se sentara con el superintendente en jefe a tomar un café con cruasanes. A Helen Doyle la habían drogado con una fuerte dosis de Midazolam y murió a causa de un derrame cerebral. A pesar de la localización del cuerpo y de la aparente variación en la rutina habitual, no cabía duda de que era la quinta víctima del asesino. Eso era prácticamente todo lo que sabía, además de que los forenses habían recogido algunas fibras de la falda y la blusa de Helen Doyle para su estudio. Thorne cogió el teléfono.

—¿Se ha sacado algo positivo de esas fibras?

—Danos un puto respiro.

—Está bien, dame entonces tu jodida opinión.

—Son fibras de una alfombra, probablemente del maletero del coche.

—¿Puedes deducir de qué marca?

—¿Quién te crees que somos? ¿El jodido FBI?

—¿Cómo?

—Olvídalo. Seguiremos trabajando. Sería muy útil conseguir material con el que compararlo...

El cambio en el procedimiento preocupaba a Thorne, pero ambos se hacían las mismas preguntas. ¿Cómo habría convencido a esas mujeres para que le dejaran entrar en sus casas o, en el caso de Helen Doyle, para que se metiera en su coche? El cuerpo de Helen Doyle, al igual que el de Alison Willetts y el de Susan Carlish, no mostraba ninguna marca, aunque estaba abarrotado de alcohol y drogas. El tranquilizante debía administrarse con la bebida pero cómo. ¿Había permanecido el asesino observando a Helen toda la noche, hasta que abandonó el bar? Eso habría sido complicado; estaba con un numeroso grupo de amigas y, además, el cronometraje exacto de los tiempos habría sido imposible. ¿Cómo podía saber con exactitud cuándo iba a empezar a hacer efecto la droga? En cualquier caso, seguía siendo la opción más posible, así que Thorne se dedicó a interrogar a todos aquellos que estuvieron en el Marlborough a la misma hora. Eso, junto con la lona que cercaba todo el camino de vuelta de Helen, indicaba que sería absolutamente imprescindible estudiar cualquier pista que pudiese hallar Frank Keable. Si es que podía encontrar alguna. Thorne tenía la esperanza de localizar a alguien que hubiera visto a Helen después de abandonar el bar. Aún no podía entender por qué había sido tan descarado el asesino, pero se sentía mucho más optimista ahora.

—¿Puedo hacer algo para ayudarte?

Tughan sonreía mucho, pero sus ojos parecían guisantes en un plato. Era escuálido como un galgo y terriblemente inteligente. Tenía una voz que cortaba como un escalpelo a quien se pasara de listo. Thorne se imaginaba los delgados labios de Tughan, susurrando a través del auricular, a cualquier lunático que llamase a Scotland Yard para dejar alguna amenaza. No es que Thorne no apreciara el trabajo de Tughan o lo que había aportado a la investigación: Thorne podía escribir un informe, si era necesario, pero era incapaz de pasarlo al ordenador y se sentía extrañamente hipnotizado por los protectores de pantalla. Cuando aparecían nuevas pruebas, Tughan era el encargado de dar sentido a todo, con sus programas para encontrar y cotejar archivos. Thorne sabía que si hubieran tenido a Nick Tughan hace quince años, en lugar de mil clasificadores de color vainilla... si hubieran tenido un sistema computarizado Holmes, en vez de los anticuados archivadores, Calvert no habría podido hacer lo que hizo.

Oye, Tommy, a la mierda el caso Calvert, ¿qué pasa con nuestro caso?

—¿Tom?

—Sí... perdona, Nick. ¿Tienes a mano alguna copia del informe comparativo de Leicester y Londres?

Tughan articuló un sonido, movió el ratón e hizo doble clic. La impresora que había en el otro extremo de la oficina comenzó a emitir un zumbido. Thorne pensaba que Tughan tendría alguna copia en papel disponible. Habría sido más rápido que recorriese su pequeña pecera y cogiese un ejemplar del informe de su escritorio, pero no le molestaban los pequeños alardes de eficiencia. Lo que realmente le fastidiaba de él era, virtualmente, todo lo demás. El sentimiento era mutuo.

Thorne observó la lista. Media docena de doctores que habían estado rotando en el hospital Leicester Royal el día del robo del Midazolam y que ahora trabajaban en hospitales locales. La información que le había dado Anne Coburn sobre la particularidad de la fecha había contaminado el entusiasmo por esta línea de investigación; el descubrimiento del cuerpo de Helen Doyle había capturado la atención de todos, pero Thorne aún seguía pensando que aquello podía ser importante. También podía considerarse significativa la fecha del robo de la droga desde otra perspectiva. ¿No podría haber elegido adrede esa fecha el asesino (si es que, en realidad era él el asesino) para que pareciese que venía de cualquier otro sitio cuando, *en realidad*, trabajaba allí? Por otra parte, aún seguían elaborando la lista, mucho más extensa, de todos los médicos locales, actualmente en rotación, y tarde o temprano, tendrían que examinarla.

El nombre de Jeremy Bishop era el segundo en la lista.

Thorne observó lo que podría describirse como una sonrisita en la cara de Holland, mientras bajaban en el ascensor hasta el aparcamiento.

—¿No es el amigo de la doctora Coburn?

—Lo conoce, sí. Y, en teoría, su coartada se confirma, sí.

Incuestionablemente, Jeremy Bishop era el responsable que trató a Alison Willetts en el ala A/E.

—Pero llevaron a Alison Willetts al Royal London por alguna razón —explicó, como si estuviera hablando a un chiquillo—. Quiero comprobar el tiempo que pasó desde que Bishop se incorporó al turno hasta que la atendió.

La sonrisita seguía en la cara de Holland. Lo sabía todo sobre la visita de Thorne a Queen Square. ¿Visitaba a Alison Willetts o a la doctora que la estaba tratando? Tenía bastante claro que podían haber comprobado lo de Bishop con una simple llamada telefónica o, en último caso, enviando allí a alguien.

Thorne no se sintió en la obligación de dar más explicaciones a Holland. Mientras salía del ascensor y caminaba hacia el coche, intentó convencerse de que la amistad entre Bishop y Anne Coburn, en la que estaba pensando mucho más de lo que debía, no era la razón principal para que deseara eliminarlo de la investigación lo antes posible.

Mientras se zampaba un tardío desayuno pensó en el aspecto cansado de Thorne cuando volvió al trabajo, a las ocho de esa mañana. Lo había estado observando, desde la grasienta cafetería que hay frente a la comisaría, cuando se apoyó contra el coche durante unos instantes, antes de decidirse a entrar, con paso lento y pesado. No había considerado a Thorne un hombre que se dejara vencer por el cansancio. Por eso se alegró tanto cuando descubrió que le habían asignado el caso. Se alegró por eso y por la otra razón obvia. Thorne, había decidido, era un hombre definitivamente obstinado y testarudo. Esas eran cualidades que apreciaba; además, por supuesto, de la capacidad de ser demasiado listo, para su propio bien. Ciertamente, necesitaba esas cualidades. Por todo ello, Thorne era perfecto. Pero le había preocupado verle tan exhausto. Deseaba que la fatiga fuera únicamente física y no que el inspector estuviera definitivamente quemado. No, estaba justificadamente exhausto después de las exigencias de la noche anterior. La habían encontrado muy rápido. Estaba impresionado. Así que Thorne había tenido una noche bastante agitada. Pues con él ya eran dos.

Uno entre cinco. Entre el veinticinco y el veinte por ciento. Lo había sabido enseguida, por supuesto. Había hecho la preceptiva llamada telefónica y después había vuelto a sus obligaciones; pero enseguida quedó patente que le había defraudado. Estúpida borracha. Su corazón, que había estado palpitando con fuerza durante la carrera apresurada hacia el hospital, con otra paciente más para las máquinas, había retornado rápidamente a su habitual ritmo regular. El inútil corazón de la chica, empapado de colesterol ya no tendría que preocuparse en absoluto por latir. Ella había permitido que su triste y anodina vida se le escapara poco a poco. Casi seguro que le habían descubierto deshaciéndose de ella. Ya deberían tener una descripción aproximada. ¿Y qué? Podían incluso haber visto el coche. Tanto mejor.

Masticó su tostada y contempló la imagen de Londres tras la ventana. La niebla comenzaba a disiparse. Sería otro día espectacular. Helen había sido tan fácil de preparar como las otras. Más, incluso. Estaba mejorando mucho. Aún recordaba aquel desastroso par de intentos del principio, pero entonces no se lo tomaba tan en serio.

Christine y Madeleine habían sido inicialmente muy cautelosas. Se habían mostrado reacias a dejarle entrar, pero eran mujeres solitarias y él era un hombre atractivo. Querían hablar y más cosas. Él podía ser muy persuasivo. Susan y Alison le habían invitado a entrar casi instantáneamente y se emborracharon hasta perder la conciencia. Hablando literalmente. Soltó una risilla ante su ocurrencia. El champán había sido una idea bastante inspirada. Había pensado en una inyección, pero habría sido más complicado y no quería ningún tipo de resistencia. La espera era más amplia con el champán, naturalmente, pero le gustaba observarlas tranquilamente. Saboreaba el escalofrío de su inminente maleabilidad. La otra, cuyo nombre no había tenido tiempo de averiguar, acabó con la botella enseguida. Pero tuvo que dejarlo, porque la sincronización no había sido juiciosa. De todas formas, estaba seguro de que ella no habría contado nada de lo ocurrido. Lo habría pasado fatal intentando explicarle a su marido o novio o compañera, cuando llegara a casa, por qué estaba borracha como una cuba. Seguro que no habría mencionado que había invitado a un extraño a entrar en casa.

Había sido un alivio poder trabajar con Helen en su propia casa. Odiaba tener que ocultarse. Odiaba tener que colarse en esas casas deprimentes. Le hervía la sangre tener que dejar las pastillas de jabón y los botes de píldoras en esos sucios y grasientos cuartos de baño. Las palanganas rellenas de medias y bragas sucias. Odiaba tener que ponerles las manos encima. En la cabeza. Aunque llevaba los guantes, podía sentir la suciedad y la grasa en el pelo. Juraría que incluso sentía cosas moviéndose. Pero ahora podía trabajar en un ambiente cómodo y limpio. Ahora sabía que *ellas* sabían que *él* sabía que...

Comenzó a silbar la melodía que acababa de inventarse, como acompañamiento a esta reconfortante cantinela, mientras se esforzaba por mantenerse despierto. Thorne no era el único que estaba bajo presión. Necesitaba más café. Por un momento cerró los ojos y pensó en Alison. Ella no le había defraudado. Ella sí quería vivir. Pensó en volver a visitarla, pero quizá fuera demasiado arriesgado. La vigilancia en la UVI era bastante estricta estos días. La pequeña inundación había sido una buena idea, pero posiblemente solo funcionaría una vez. Su pensamiento comenzó a dispersarse. Sí, necesitaba pensar en algo distinto si quería volver a ver a Alison sin que le cogieran.

Sin toparse con Anne Coburn.

—¿Te duele algo, Alison? —Los doctores Anne Coburn y Steve Clark observaban intensamente el rostro pálido y sereno. No hubo respuesta. Anne volvió a

intentarlo—. Guíñame un ojo para indicar que sí, Alison —unos segundos después, se produjo un minúsculo movimiento, como una remota insinuación de movimiento alrededor del ojo izquierdo de Alison. Anne dirigió la mirada al terapeuta, que no paraba de anotar datos en su tablilla. Asintió en su respuesta. La doctora continuó con sus preguntas—. Sí, estás sufriendo. ¿Era eso un sí, Alison? —nada— ¿Alison? — Steve Clark soltó el bolígrafo. El párpado del ojo izquierdo de Alison se agitó en rápida sucesión—. Muy bien, Alison.

—Quizá esté cansada, Anne. Estoy seguro de que tienes razón. Simplemente, va a depender de que vaya recuperando el control necesario.

Anne Coburn siempre tenía tiempo para Steve Clark. Era un brillante terapeuta y un hombre agradable pero mentía muy mal. No estaba convencido en absoluto. Pero ella sí.

—Me siento como alguien que llama al reparador de la televisión y después se encuentra con que no le ocurre nada al aparato; solo que, en este caso, ocurre todo lo contrario... Mierda, Steve, ya sabes a qué me refiero.

—Simplemente, creo que estás precipitando un poco las cosas.

—Estoy siguiendo un protocolo perfectamente establecido, Steve. Los resultados del electroencefalograma muestran una actividad cerebral completamente normal.

—Nadie lo discute, pero no significa necesariamente que tenga habilidades comunicativas. Estoy de acuerdo en que se aprecia movimiento, pero no he observado nada que me convenza de que no es involuntario.

—No soy solo yo, Steve. Puedes hablar con el personal de enfermería. Estoy convencida de que está preparada para comunicarse.

—Podría estar preparada...

—Y está capacitada para hacerlo. Yo lo he visto. Me indicó que estaba sufriendo, que estaba cansada. Me saluda, Steve.

Clark abrió la puerta. Estaba impaciente por salir de allí.

—Quizá no se sienta cómoda bajo la presión de tener que actuar.

Más tarde, cuando consiguió calmarse, Anne cayó en la cuenta de que Steve había intentado sinceramente ser comprensivo. En aquel momento, se había sentido irritada y frustrada, por ella y por Alison.

—No está actuando y esto no es una representación teatral barata.

Pero eso es exactamente lo que parecía.

Holland conducía el Rover camuflado por una tranquila calle, flanqueada por árboles, de Battersea. De pronto, cogió un bache a velocidad suficiente para rayar los bajos del coche y despertar a su jefe con un sobresalto.

—Coño, Holland.

—Lo siento, señor.

—¡Ya sé que es un coche público, pero por amor a Dios!

El sol brillaba con fuerza y Thorne podía sentir el peso de cada una de las veintiocho horas que llevaba sin dormir. ¡Incluso Holland le había abierto la puerta! Thorne pensó que más que una muestra de respeto por la diferencia de rango, se trataba de una muestra sutil de que los quince años que le llevaba, comenzaban a hacerse bastante evidentes.

Jeremy Bishop vivía en una elegante casa de tres pisos, con un pequeño jardín, aunque muy bien cuidado. Posiblemente tuviera cuatro habitaciones. Posiblemente decoradas con buen gusto, suponía Thorne, y equipado con lo que el más empalagoso de los agentes inmobiliarios, si es que se pudiera cuantificar tal aspecto, llamaría «profusión de detalles arquitectónicos». Probablemente costaría una insignificante millonada. Todo esto y el maravilloso Volvo que había aparcado en la puerta. Estaba claro que a Bishop no le iban mal las cosas.

Holland tocó el timbre de la puerta. Thorne observó las ventanas. Las cortinas estaban echadas todavía. La puerta se abrió, después de esperar uno o dos minutos. Holland hizo las presentaciones y un Jeremy Bishop de aspecto somnoliento les invitó a pasar.

Aunque Holland permaneció en pie, con aire eficiente y preparado para usar su cuaderno de notas, Thorne se dejó caer sobre una silla, aceptó encantado una taza de café y comenzó a darle vueltas a la cabeza, intentando recordar por qué Jeremy Bishop le parecía tan familiar. Thorne supuso que debía andar por los cuarenta y muchos y, a pesar de la barba sin afeitar y los ojos rojos, parecía diez años más joven. Era alto, sobre un metro ochenta y cinco y le recordaba al doctor Richard Kimble, el personaje que representaba Harrison Ford en *El Fugitivo*. Su pelo corto mostraba un tono cenizo, pero eso, junto con sus gafas de alambre, le conferían un aspecto *distinguido*. Esto irritaba a Thorne enormemente. Su pelo canoso simplemente le hacía parecer *viejo*. Seguro que el muy cabrón ni siquiera tenía canas en el vello púbico. Era incuestionable que Bishop podría formar parte de las fantasías sexuales de muchas estudiantes de medicina: «¡Oh, doctor! ¿Aquí, en la lavandería?». Pensó en Anne Coburn. Intentó no imaginársela desnudándose en la lavandería. ¿Por qué los médicos habían dejado de ser feos? Le vino a la memoria la practicante rancia y fea que tenía que visitar regularmente cuando era niño: una vieja bruja, con bigote y el pelo cortado como un hombre, que olía a queso y siempre llevaba un cigarrillo barato en la comisura de los labios, mientras decía algo ininteligible en su acento de Europa del Este. Nada que ver con Jeremy Bishop. Su tono modulado de voz podría calmar a un epiléptico en un instante.

—Supongo que habrán venido a hablar de Alison Willetts —dijo.

Holland miró a Thorne, que dio un sorbo a su café. Dejemos que trabaje el agente de policía.

—¿Y qué le hace pensar eso, señor?

Thorne se quedó observando a Holland, a través del vapor que salía de su taza de café. Buen comienzo: sarcasmo, superioridad y un toque de agresividad. Hace que el

sospechoso se sienta cómodo.

Bishop no se inmutó.

—Alison Willetts sufrió un ataque y resultó gravemente herida. Yo la traté y no mandan inspectores de policía a tu casa cuando te saltas un semáforo —sonrió a Holland, que no pudo hacer otra cosa que cambiar al punto dos del manual de autoaprendizaje del entrevistador.

—Estamos investigando un crimen muy serio, que...

—¿Ha vuelto a hacerlo?

Thorne casi derrama el café al incorporarse en la silla. Holland lo miró directamente, completamente desconcertado. El gesto divertido de Bishop ante la mirada atónita de Holland no pasó desapercibido para Thorne. Supuso que Bishop había visto esa mirada muchas veces, cada vez que un médico novato se veía desbordado y buscaba el respaldo o, preferentemente, ayuda manual de sus colegas experimentados. Thorne prefería la ayuda manual:

—¿Hacer qué, señor?

—Mire, lo siento si se supone que no debo saber nada de las otras víctimas. Por lo que a mí respecta, es una simple cuestión de contextualizar las condiciones de mi paciente. Me han informado de que ha habido otros ataques. Anne Coburn y yo somos viejos amigos, inspector, como supongo que usted ya sabrá.

Thorne sabía muy bien que, a pesar de las buenas intenciones de Frank Keable, iba a ser imposible mantener tapado este caso durante mucho tiempo. Y no es que pensara que los casos tuvieran tapa... las sartenes tenían tapas... las maletas tenían... ¿qué?... ¿pestillos?... Bueno, esos que se abren y se cierran. ¿Habría algún punto de un caso que no pudiera abrirse o cerrarse? Dios, estaba tan cansado.

—Siento que le hayamos levantado de la cama, señor.

Bishop estiró los brazos sobre la parte posterior del sofá.

—Bueno, debo parecer igual de cansado que usted, inspector —Thorne arqueó una ceja—. Paso mucho tiempo con gente que, por una u otra razón, no duerme lo suficiente. Los ojos se resienten enseguida. He estado de guardia toda la noche. ¿Cuál es su excusa? —La risa que esbozaba estaba entre el rictus y el resoplido.

Thorne le respondió con una risa, que daba la impresión de ser un bostezo.

—Sí, ha sido una noche laboriosa. ¿Qué tal ha ido la suya, señor?

Bishop le miró a los ojos.

—No ha sido excesivamente complicada. Tuve que tratar un caso de sobredosis, sobre las tres de la mañana y volví a casa cerca de las cinco y media. Pero, aunque no te llamen, es difícil relajarse cuando tienes conectado el busca. Gracias a Dios, tengo televisión por cable.

—¿Algo interesante?

—Me temo que soy un adicto confeso al mando a distancia. Muchas series cómicas, películas antiguas en blanco y negro y un montón de programas indecentes —elevó la vista hacia Holland y le dirigió una sonrisa de incredulidad—. ¿De verdad

que está anotando todo esto, oficial?

Thorne se había estado haciendo la misma pregunta:

—Solo lo que concierne a los programas indecentes. La vida del detective Holland está ávida de excitaciones fuertes —Thorne observó atónito como Holland se ruborizaba.

Bishop se levantó y estiró los brazos.

—Voy a servirte otro café. ¿Alguien más quiere?

Thorne le siguió hasta la cocina y conversaron bajo el murmullo incesante de la cafetera.

—¿A qué hora de la noche atendió a Alison Willetts?

—El busca sonó sobre las tres de la mañana, creo. Un terrón de azúcar, ¿verdad? —Thorne asintió con la cabeza y aguardó a que Bishop continuase—. El retén de la puerta encontró a la paciente en el exterior, estoy seguro de que ya sabe todo eso, y la llevaron directamente al ala de Accidentes y Emergencias.

—¿Llamó por teléfono cuando recibió el aviso?

—No hacía falta. Era un aviso de traumatismo grave. Simplemente hay que acudir. A veces te dan el número de una extensión para que llames, otras veces te dejan el mensaje para que respondas; pero con un aviso de traumatismo grave tienes que saltar corriendo al coche.

—¿Fue usted la primera persona que atendió a Alison cuando la trajeron?

—Efectivamente. Examiné las pupilas, que comenzaban a reaccionar, le puse la máscara de oxígeno, la entubé, le administré Midazolam para sedarla, encargué que le hicieran un TAC craneal y un encefalograma y se la traspasé al anestesista de guardia —Bishop tomó un sorbo de su café—. Lo siento, debo sonar igual que un episodio de *Hospital*.

Thorne sonrió:

—Más bien, como uno de *Urgencias*. En *Hospital* lo solucionan todo con una taza de té caliente y un par de aspirinas.

Bishop se rio.

—Es cierto. Y las enfermeras no son tan atractivas.

—Si le avisaron sobre las tres de la mañana, llegaría allí sobre... ¿las tres y media?

—Más o menos, supongo que sí.

—¿A Alison, la paciente, la trajeron sobre las cuatro menos cuarto? —Bishop tomó un sorbo y asintió con la cabeza—. ¿Cómo se explica que le avisaran a usted con tanta antelación?

—No sabría decirle. No es inusual, a veces no consigues averiguar por qué te han avisado. Otras veces, me han avisado sin tener que hacerlo. En cuanto a esa noche en particular, no había reparado en ello. Si hubiera sabido exactamente lo que había ocurrido o, mejor dicho, lo que descubriríamos después tendría un recuerdo más exacto de la secuencia temporal de los acontecimientos durante aquella noche. En

aquel momento, se trataba simplemente de seguir el protocolo de emergencia. Lo siento.

Thorne dejó su taza de café sobre la encimera.

—No se preocupe, señor, seguro que podremos averiguarlo.

Bishop sonrió al recoger la taza de Thorne, vació el contenido restante en el fregadero y abrió la puerta del lavavajillas.

—¿Por qué me avisaron al busca hace cuatro martes? Buena suerte, inspector.

Mientras el coche se abría camino torpemente entre el tráfico del puente Albert, Holland decidió no trasladar a su superior una serie de preguntas que se hacía mentalmente. ¿Para qué nos habíamos molestado en ir hasta allí? ¿Cree que Jeremy Bishop está liado con Anne Coburn? ¿Por qué se mete conmigo a todas horas? ¿Por qué se cree mejor que todo el mundo?

Miró de soslayo a Thorne que reposaba en el asiento del pasajero con los ojos cerrados. Estaba completamente despierto.

Thorne solo habló una vez para decirle a Holland que todavía no iban a volver a la oficina. Sin abrir los ojos le dijo que torciera a la derecha y cruzara el puente hacia Whitechapel. Iban a pasarse antes por el hospital a comprobar si la coartada de Jeremy Bishop era tan sólida como parecía.

¡Llamadme la Portentosa Actriz del Párpado Móvil! Mi único fallo es que no puedo actuar demasiado bien, ¿no os parece?

Una vez salí con un actor. Me contó un sueño recurrente que tenía en el que estaba en escena, preparado para hacer su parte del guión y, de pronto, las palabras se derramaban por su cabeza como si fuera una corriente de agua, fluyendo hacia el desagüe. Así me sentí yo cuando Anne me pidió que pestañeara. Dios, yo quería pestañear por ella. No, quería pestañear por mí. Puedo hacerlo, sé que puedo. He estado haciéndolo cuando me ha dado la puta gana cuando no había nadie en la habitación y lo he hecho antes, cada vez que Anne me lo pidió. Me preguntó si me dolía y yo pestañeeé una vez para decir que sí. Un pestañeo. Una fracción de movimiento en un ojo y me sentía como si me hubiese tocado la lotería, me hubiera tirado a Mel Gibson y me hubieran abastecido gratis de chocolate durante un año.

En realidad, me sentía como si hubiese corrido el Maratón de Londres. Un par de pestañeos y me quedo hecha polvo. Pero no pude hacerlo mientras me observaba ese terapeuta.

Estaba gritando con mis pestañas. Era como si la señal estuviera saliendo de mi cerebro, pero muy despacio. Como tener un antiguo y destartado Volkswagen escarabajo arrastrándose por mis circuitos o como se llamen. Neuro-autopistas o algo así. Iba por la vía correcta y se quedó atascado en alguna parte, por obras en la carretera. Es como si hubiera perdido interés. Sé que puedo hacerlo, pero no tengo ningún control sobre ello. Si no lo intento me pongo a pestañear como una chiflada; pero cuando quiero intentarlo me quedo inmóvil como un fiambre.

Si pestañear es el único recurso que me queda, voy a convertirme en la mayor

jodida pestañeadora que hayas visto en tu vida. Quédate conmigo, Anne. Hay tantas cosas que quiero contarte. Seré una gran pestañeadora, te lo juro.

Pude sentir la decepción en su voz. Querría llorar, pero ni siquiera puedo hacer eso.

CAPÍTULO SEIS

¿Adónde vamos, señor?

—A Muswell Hill, por favor.

—Muy bien, señor. ¿Y dónde está eso?

Thorne suspiró profundamente al comprobar que el simple desplazamiento desde su piso en Kentish Town se convertía, de repente, en una propuesta de alto riesgo. Era culpa suya por haber llamado un minitaxi. ¿Por qué tenía que ser siempre tan tacaño?

Intentaba no pensar en el caso, esta era su noche libre. Consiguió engañarse tan solo durante el tiempo que empleó el taxi en llegar al final de su calle. Le hubiera encantado disfrutar de una tarde sin sus chicas de calendario, pero eso iba a ser harto difícil, sobre todo, considerando adónde iba y con quién. El asunto de Jeremy Bishop podía ser terreno prohibido con Anne Coburn. Cada vez quedaba más claro que eran bastante allegados. ¿Habría algo más entre ellos? Thorne intentó descartar esa posibilidad. Sea como fuere, su relación enrarecía bastante las cosas en todos los ámbitos, sobre todo en el procedimiento.

Thorne odiaba el estereotipo de poli instintivo casi tanto como el de poli duro. Pero sabía perfectamente que el de poli instintivo era tan solo un estereotipo porque contenía un germen de verdad. Los presentimientos no traían otra cosa que problemas. Si no eran acertados causaban vergüenza, dolor sentimiento de culpa y muchas más cosas. Pero los presentimientos que se confirmaban eran aún peor. Los Policías... los buenos policías, no nacían con esos instintos; los desarrollaban. Después de todo, a los contables se les daban tan bien los números porque trabajaban a diario con ellos. Incluso el poli más mediocre podía saber cuándo alguien mentía. Algunos desarrollaban un sentido, un gusto, un olfato para la gente.

Esos eran los más desafortunados.

—Usted dirá, señor.

El conductor del minitaxi le pasó una vieja agenda con un mapa. Joder, pensó Thorne, ¿quieres que conduzca yo por ti?

—No necesito el callejero. Le iré indicando el camino. Siga derecho por Archway Road.

—Muy bien, señor. ¿Por dónde está eso?

Thorne miró a través de la ventanilla. Otra cálida tarde de finales de agosto y un montón de amantes del sábado noche en camiseta hacían cola para entrar en el auditorio. Al pasar a su altura, estiró la cabeza para ver el nombre de la banda que daba el concierto, pero solo distinguió la palabra «Maniacs». ¡Qué bonito!

Ahora vivía a menos de un kilómetro del lugar donde creció. En su época de adolescente este había sido su territorio: Kentish Town, Carden, Highgate y Archway. Había trabajado junto a la estación de Holloway durante seis meses. Conocía la calle donde había vivido Helen Doyle. Había tomado copas en el Marlborough Arms. Al menos, deseaba que ella se lo hubiera pasado bien esa noche.

Jeremy Bishop.

Sí, había empezado como una extraña familiaridad, que aún no podía comprender, pero se había convertido en algo más. Durante los pocos días que transcurrieron desde que vio a ese hombre por primera vez, sus sentimientos hacia él comenzaban a asentarse en pilares cada vez más sólidos.

Thorne no había tardado en descifrar la sonrisa de Bishop cuando le dijo que iba a averiguar por qué le habían avisado a él la noche que ingresaron a Alison. Se sorprendió al comprobar que era imposible seguir el rastro de las llamadas a los busca de los médicos. No existía un registro oficial. La llamada podía haberse efectuado desde cualquier sitio. Era incluso posible que uno se mandase un aviso a sí mismo. Ninguno de los posibles candidatos recordaba haber llamado al busca de Bishop la noche que trajeron a Alison Willetts. Habló con el director del hospital, el secretario de admisiones y el anestesista de guardia y su memoria sobre los hechos que rodeaban esa noche era tan imprecisa como había imaginado Bishop. Quedaba bastante claro que ya estaba allí cuando la llevaron al ala A/E, pero su coartada, en lo relativo al momento en que sufrió el ataque y en el que la abandonaron en la puerta del hospital, no era tan sólida como había imaginado Anne Coburn en un principio.

Aún no podía ensamblar las piezas, ni mucho menos, pero había otros detalles.

El cerco de la zona en la que había desaparecido Helen empezaba a dar sus resultados. Al menos tres personas la habían visto después de que abandonara el bar. Una de ellas era un vecino que la conocía bien. Todos los testigos dijeron que le vieron hablar con un hombre al final de la calle. En sus descripciones dijeron que «parecía contenta», «hablaba muy alto» y «parecía como si estuviera borracha». Las descripciones del hombre variaban un poco, pero coincidían en una serie de aspectos.

Era alto, tenía el pelo corto y gris y llevaba gafas; posiblemente tendría poco menos de cuarenta años. Pensaron que se trataba del nuevo novio de Helen Doyle. Bastante mayor que ella.

Todos los testigos coincidían en algo más. Helen bebía de una botella de champán. Ahora ya sabían cómo se administraba la droga. Tan simple, tan insidioso. Cuando la capacidad de resistencia de la víctima se esfumaba, todas se sentían... ¿Qué? ¿Especiales? ¿Sofisticadas? A Thorne le daba la impresión de que el asesino pensaba en sí mismo exactamente en los mismos términos.

El conductor encendió la radio. Una canción antigua de los Eurythmics. Thorne se incorporó rápidamente en su asiento y le dijo que la apagara.

El taxi salió de la A1 y se dirigió hacia Highgate Woods.

—Está justo al salir de Broadway, ¿vale?

—Broadway...

Thorne observó el reflejo de la mirada del taxista en el espejo. Era un gesto de disculpa pero sin que, en realidad, le importara lo más mínimo.

—Si los taxistas negros presumen de saberlo todo, ¿de qué presumís vosotros?

—¿Decía algo?

—Nada, no importa.

Había dejado pasar un día antes de hablar con Fran Keable.

Mientras entraba en la oficina del inspector repasa a mentalmente el relato de sus sospechas: los detalles que señalaban a Bishop. Diez minutos más tarde, salía de la oficina, cargado de frustración.

—Debo ser honesto contigo, Tom. No, no tiene una coartada sólida como una roca, pero...

—No para todos los asesinatos, señor. Lo he comprobado con...

—Pero lo que tienes son un montón de datos que, de acuerdo, no nos permiten descartarle. ¿Y qué pasa con la descripción? Dos testigos dicen que tiene poco más de treinta años.

—El dato de la altura coincide, Frank. Bishop aparenta ser mucho más joven de lo que es en realidad.

En ese preciso instante, Thorne comenzó a darse cuenta de que todo empezaba a parecer poco convincente. Decidió parar antes de que pudiera decir algo que le hiciera parecer vagamente desesperado. *¡Y es médico! Y no me gusta, en absoluto...*

Esa misma noche entró en su piso y escuchó la voz de una mujer que provenía de la salita.

—... en la oficina. Dios, cómo odio estos chismes, lo siento. Bueno, llámame, por favor, estoy deseando hablar contigo.

Thorne sonrió. ¿Cómo una mujer que se dedicaba a sonsacar información de los cerebros podía sentirse tan intimidada por un contestador automático? Le parecía un detalle muy simpático. Más tarde se enteró de que pensaba que estaba siendo condescendiente con ella. Levantó el auricular.

—¿Tom?

¿Qué preguntaba? ¿Eres Tom o puedo llamarte Tom? En cualquier caso, la respuesta era la misma.

—Sí. Hola.

—Soy Anne Coburn, lo siento, solo quería charlar un rato. He intentado dar contigo en tu oficina, espero que no te aporte.

Thorne le había dejado el número de teléfono de su casa en el reverso de la tarjeta que le dio. Tiró el abrigo sobre el sofá y arrastró el teléfono junto a la silla.

—No, está bien. Acabo de entrar en casa ahora mismo. Bueno, ¿de qué estabas deseando hablar conmigo?

—¿Cómo?

—Eso es lo que acabas de decir. Lo he escuchado en el contestador automático mientras entraba en casa.

—Ah, sí. Es sobre Alison. Creo que está comenzando a comunicarse.

Se inclinó a un lado intentando alcanzar la botella de vino medio vacía, junto a la silla, pero volvió a sentarse erguido.

—¿Qué? Eso es fantástico.

—No tan aprisa, he dicho que está empezando y, debo decir que hay gente que no está tan convencida como yo de que sus movimientos no son involuntarios, pero creo que deberías venir a verlo por ti mismo.

—Sí, por supuesto...

—Ha matado a otra chica, ¿verdad?

Thorne se reclinó sobre el respaldo de la silla, se colocó el auricular entre la oreja y el hombro y se sirvió un gran vaso de vino. ¿Habría salido en los periódicos? Él no había visto nada. Suponiendo que hubiera sido así, no había ninguna conexión con las otras muertes. ¿Cómo habría conseguido ella...?

Bishop obviamente le había hablado de su última visita. ¿Cuánto le habría contado Anne sobre los otros asesinatos? Necesitaba preguntárselo, con mucho tacto.

—Escucha, entiendo que no quieras comentar nada del caso, Tom.

—No es eso, es que le estaba dando vueltas a algo en la cabeza. Sí, hemos encontrado otro cuerpo.

Ahora fue ella la que guardó silencio.

—Ya sé que te dije que Alison no haría ninguna declaración y lo mantengo; al menos en el sentido convencional, pero quizá... Verás, no quiero levantar falsas esperanzas.

—¿Crees que podría ser capaz de responder preguntas?

—De momento no, pero creo que lo hará, más adelante. Preguntas simples. Sí y no. Quizá podamos inventarnos un sistema apropiado. Lo siento, pero otra vez estoy parlotando sin mucho sentido. Es evidente que necesitamos conversar relajadamente sobre esto, pero quería que lo supieras...

—Me alegro de que me lo hayas dicho.

Anne, seguidamente, le invitó a cenar.

Le ofreció una bolsa de plástico con una botella de su tinto favorito en cuanto Anne abrió la puerta.

—Gracias, pero no era necesario.

—No te emociones demasiado, solo es una bolsa de plástico.

Anne se rio y avanzó un poco para darle un beso en la mejilla. Exhalaba una fragancia hipnotizadora. Llevaba una camiseta sin mangas de color marrón, pantalones de lino de color crema y zapatillas de deporte. A Thorne le llamó la atención y parecía no desagradarle en absoluto que Anne fuera algunos centímetros más alta que él. Es algo a lo que estaba acostumbrado. Tenía la impresión de que iba a disfrutar mucho. Sus buenas expectativas se esfumaron al instante cuando vio, al otro lado del pasillo por encima de su hombro, la silueta de un hombre en la cocina.

Jeremy Bishop permanecía apoyado sobre la encimera abriendo una botella de champán.

Anne se apartó a un lado para dejar entrar a Thorne y cruzó con él la mirada.

—Lo siento —dijo en voz baja, encogiéndose de hombros.

Mientras Thorne se quitaba la chaqueta y hacía un gesto de aprobación ante la

exquisita decoración del piso, se preguntaba que había querido decir. ¿Lo siento? No podía tener ni idea de lo que pensaba acerca de Bishop, así que, ¿de qué se disculpaba? Al entrar en la cocina llegó a la alentadora conclusión de que Anne sentía que no pudieran estar a solas. Bishop le ofreció la mano sonriéndole. Thorne le devolvió la sonrisa. «¿Lo siento?». Ahora que lo pensaba, no estaba muy seguro de que él se lamentara, en absoluto.

—Justo a tiempo, inspector —Bishop le ofreció un vaso de champán.

Thorne sintió un escalofrío al aceptarlo. Bishop parecía encontrarse en casa, moviéndose con soltura por una cocina que, obviamente, le resultaba muy familiar. Llevaba un pantalón chino y una camiseta sin cuello. Tenía aspecto de ser de seda. Probablemente, él la definiría como una blusa. De repente, Thorne se sintió inapropiadamente vestido con su corbata, e instintivamente se desabrochó el botón del cuello de la camisa que él, categóricamente, definía como una camisa.

Bishop vació su vaso de un trago.

—¿Le ha estado dando más problemas esa hernia?

—¿Cómo dice?

—Me vino a la cabeza cuando usted y el oficial abandonaron mi casa. Vamos, no me diga que usted no le ha estado dando vueltas a la cabeza también. Su hernia del año pasado. Yo era su anestesista —sin esperar respuesta (podía haber estado esperando bastante tiempo), se volvió hacia Anne—. Acabo de mover la comida, Jimmy, voy al baño —le dio el vaso a Anne y pasó junto a Thorne, hacia las escaleras.

Se quedaron en silencio hasta que escucharon cerrarse la puerta del cuarto de baño.

—¿Es una situación violenta para ti, Tom? Dime si lo es.

—¿Por qué debería serlo?

—No lo he invitado.

Un poco de buenas noticias. Thorne sonrió con agrado.

—No te preocupes.

—No tenía ni idea de que iba a venir. Apareció por aquí y hubiera sido muy desconsiderado por mi parte no haberle invitado a pasar. Sé que le has interrogado hoy, lo cual es bastante ridículo...

Thorne tomó un sorbo de champán. No era una bebida que le agradase demasiado.

—¿Y?

—¿Y qué?

—¿Es una situación incómoda?

Lo de «situación incómoda» era bastante suave. Thorne no podía recordar la última vez que compartió una agradable cena con un primer sospechoso.

Recordaba la escena en la oficina de Keable. Convirtiéndolo en su sospechoso principal.

Por otra parte, podría ser interesante. Ya conocía los datos básicos. Los dos chicos, la esposa que falleció. Pero era incuestionable que sería útil buscar otro enfoque distinto. Anne le miraba fijamente. No había respondido a su pregunta. En vez de eso, le hizo otra pregunta:

—¿Jimmy?

—Es un apodo de mis tiempos de estudiante de medicina. James Coburn. Ya sabes, de *Los Siete Magníficos*. Era el que llevaba los puñales.

—Ya. ¿Era bueno también con los bisturíes?

Anne rio divertida:

—Sea cual fuere la razón equivocada que te haya llevado a interrogar a Jeremy, puedo comprender perfectamente que esta situación te esté poniendo en una posición incómoda, pero hay dos buenas razones por las que deberías quedarte a cenar —Thorne no tenía intención de irse a ningún sitio, pero le agradaba que intentase persuadirle—. Una, me encantaría que lo hicieras y dos, hago los mejores espaguetis carbonara de todo Londres Norte.

La cena estaba fantástica. Indudablemente, era la mejor cena que Thorne había tomado en bastante tiempo, aunque su apreciación crítica no tenía demasiado valor; que sus hábitos alimenticios se habían vuelto descuidados quedaba patente. Cuando recibía en casa a familiares y amigos bien podrían enviarle una tarjeta de agradecimiento que dijera: «¡Eres un cabrón miserable!». Los diez números que marcaba con mayor frecuencia no eran precisamente los de sus parientes y amigos. Tenía la esperanza de no ganar el viaje de la oferta. Dos semanas en Lanzarote con el gerente del restaurante Bengal Lancer y con un séquito de repartidores de *pizza* en motocicleta, no era una perspectiva demasiado halagüeña.

—Espero que mi interrogatorio resultara provechoso, inspector detective —por la forma en la que Bishop enfatizó el rango de Thorne, daba la impresión de que lo había leído de la lista del reparto de una obra policíaca de teatro *amateur*. Su evidente regodeo ante la situación indicó a Thorne que estaba más que dispuesto a representar su papel, pero Anne se apresuró a intentar desviar la atención del caso.

—Vamos, Jeremy, estoy seguro de que Tom no quiere hablar de ello. Probablemente no podría, aunque quisiera.

Aquello satisfizo a Thorne. No tenía necesidad de hablar del caso. Quería dejar hablar a Bishop y no quedó decepcionado, una vez que se establecieron los límites. Bishop tenía muchas historias que contar. Parecía estar permanentemente divertido, no solo con su propia palabrería, sino también ante el acogedor grupo que formaban los tres. De nuevo, a Thorne le parecía bien. El anestesista dominaba la conversación, haciendo esfuerzos ocasionales por enganchar al policía en la cháchara.

—¿Dónde vive, Tom?

—Kentish Town. Ryland Road.

—No conozco esa zona. ¿Es bonita?

Thorne agitó la cabeza. *No, no especialmente.*

Probablemente, Bishop era un anecdotista ingenioso Y ameno... Thorne hizo un esfuerzo por reírse cuando debía, aunque se sentía torpe y patoso cuando observaba a los otros comensales enredar los espaguetis con destreza y delicadeza profesionales.

—... y allí estaban los dos sentados, hablando de la crisis de las vacas y de que iban a ejercitar sus derechos como consumidores contra los franceses.

—¿Política en el ala de A/E? —dijo Anne, volviéndose hacia Thorne—. Allí, generalmente, solo se charla de fútbol, telenovelas o «ya sé que es un corte bastante feo, pero él nunca me había pegado antes, de verdad».

—Pero atención a lo mejor —Bishop se acabó el vaso de vino, dejando a los demás esperando el remate del chiste. ¡Les escuché decir que iban a boicotear las patatas fritas a la francesa!

Thorne sonrió. Bishop arqueó las cejas ante Anne y ambos dijeron, a la vez:

—¡TDN!

Sofocando la risa, Anne se inclinó hacia Thorne.

—Típico de Norfolk.

Thorne sonrió:

—Cierto. Estúpidos o endémicos —Bishop asintió con la cabeza.

Thorne se encogió de hombros. *Solo soy un poli. Muy duro de mollera.*

Anne seguía riéndose. Ya se habían pulido dos botellas de vino y aún no se habían terminado la pasta.

—Siempre hay algún médico con demasiado tiempo en sus manos para inventarse estos chistes. Hay un montón, y generalmente no tan suaves.

—Vamos, Jimmy, son divertidos. Seguro que Tom tiene que vérselas a veces con algunos GAPEPA, ¿no es cierto, Tom?

—Oh, seguro que sí. ¿Y esos son...? —Thorne arqueó las cejas.

—«Gente A Punto de Estirar la Pata» —explicó Anne—. Cuando un paciente va a morir. Odio ese chiste —se sirvió otra copa de vino y se recostó en la silla, apartándose momentáneamente de la conversación, mientras Bishop seguía con su tema.

—Jimmy se pone muy susceptible y aprensiva con algunos de los chistes más macabros que escuchamos cada día. Aunque, hablando en serio, usamos algunas abreviaturas para entendernos rápidamente entre colegas.

—¿Y mantener a los pacientes en la ignorancia, al mismo tiempo?

Bishop se encajó bien las gafas con la yema del dedo índice. Thorne observó que sus uñas estaban perfectamente cortadas y esculpidas:

—Absolutamente cierto. Otra de las manías de Jimmy, pero es el método más útil, si quiere mi opinión. ¿Qué sentido tiene decirles cosas que no van a entender? Si se las dices y las entienden corres el riesgo de meterles el miedo en el cuerpo.

Anne comenzó a retirar los platos.

—¿Así que es mejor un paciente en las sombras que un GAPEPA?

Bishop levantó las gafas hacia Thorne, parodiando un saludo burlón:

—Y eso no es lo mejor. Tengo que tratar con muchos GAPEPA, pero Jimmy, especializada como está en todo tipo de casos, se ha convertido en la santa patrona de los TJ PTV —dijo, esgrimiendo una sonrisilla y dejando ver una hilera de dientes perfectos—. «Totalmente Jodidos, pero Todavía Vivos».

Thorne podía oír a Anne en la cocina, cargando el lavavajillas. Thorne recordó la mirada de suficiencia de Bishop al poner las tazas del café en su lavavajillas, hace algunos días. Ahora tenía la misma expresión en la cara. Thorne le devolvió la misma risilla:

—¿Qué pasa entonces con Alison Willetts? ¿Es una TJ PTV?

Thorne comprendió enseguida que sí, por un momento, había pensado que conseguiría poner nervioso a Bishop lo estaba subestimando seriamente. La reacción del doctor fue de claro y manifiesto regocijo. Archeó las cejas y lanzó un grito a Anne, a la cocina:

—Dios, Jimmy, estoy en desventaja —se volvió hacia Thorne y mostró, de repente, cierto temple de acero tras su displicencia—. Vamos, Tom, ¿es la indignación moral la que rezumaba el último comentario, queriendo sugerir que le preocupan más sus víctimas, que a nosotros nuestros pacientes? ¿Qué somos simples monstruos sin sentimientos, mientras que el Departamento de Investigación Criminal está plagado de almas sensibles como usted?

Dios, Tommy, vaya un bastardo petulante...

Susan, May, Christine, y Helen...

—No estoy sugiriendo nada. Es que me ha parecido un poco duro, eso es todo.

—Es solo un trabajo, Tom. No demasiado agradable, a veces; y sí, está bastante bien pagado, después de sudar tinta durante siete años de formación y de haber besado algunos culos para llegar a un nivel decente —esto, definitivamente, hizo sonar la campana—. Nos pagan para tratar a la gente, no para que nos importe. La simple verdad es que el Servicio Nacional de Salud no puede permitirse que le importe, en el sentido amplio de la palabra.

Anne puso un enorme plato de pastel de queso en el centro de la mesa:

—La cara y la cruz, me temo. Soy muy buena con la pasta, pero un desastre con los postres —se volvió a la cocina, permitiendo a Bishop seguir con su ataque.

—Siempre digo a los estudiantes que tienen que tomar una decisión. Pueden pensar en los pacientes como John o Elsieo Bob o quién sea y, perder el poco tiempo de sueño que les queda.

Thorne acercó su plato para servirse una porción de pastel de queso.

—¿O...?

—O pueden decidir ser buenos doctores y tratar con cuerpos. Vivos o muertos, son cuerpos.

¿Qué le había dicho antes Thorne a Keable?

¿Vas a permitir que se escape con toda esta mierda, Tommy?

No estoy seguro de lo que voy a hacer. ¿Por qué no me ayudas? ¿Es él? ¿Es este nuestro hombre?

Esa es la pregunta a la que nunca encontraban respuesta.

Thorne comenzó a comer.

—¿Qué suelen decidir principalmente sus estudiantes?

Bishop se encogió de hombros y se metió en la boca un gran trozo de pastel. Se rio entre dientes.

—Aquí hay otro.

—¿Cómo?

—DEMO. Otro acrónimo.

Thorne sonrió a Anne cuando volvió a sentarse y le sirvió una porción. Bishop carraspeó, demandando la atención de su audiencia. Parecía obvio que iba a decir algo muy ingenioso. Thorne se volvió hacia él y esperó. Vamos, dispara...

—«Detectives Mal Organizados».

Bishop fue el primero en abandonar la casa. Le dio la mano a Thorne y... ¿le había guiñado un ojo? Anne le acompañó hasta la puerta y le dio su chaqueta, dejando a Thorne sentado en el sofá, con un vaso de vino y escuchando cómo se despedían. Su obvia familiaridad le incomodaba desde cualquier ángulo en que quisiera analizarla. Lo que quedaba de la tarde, fuera como fuese, debería manejarse con mucha sutileza. Sus voces bajaron el tono, pero se percibía claramente el murmullo de satisfacción de Bishop al darle un beso de despedida a Anne. Thorne se preguntaba si seguiría siendo igual de ocurrente y charlatán con el puño de un detective incrustado en su garganta. Se preguntaba si sería tan petulante en una asfixiante sala de interrogatorios. Se preguntaba qué tendría que hacer para arrastrarle hasta una.

Escuchó el ruido de la puerta principal al cerrarse y suspiró profundamente. Ahora quería estar a solas con Anne y no solo por lo que esta pudiera decirle acerca de Bishop.

Anne volvió a la salita de estar y se encontró a Thorne con la mirada perdida y una amplia sonrisa.

—¿A qué viene esa risa? —Thorne se encogió de hombros. No quería empezar con mal pie y decirle que acababa de inventarse su propio acrónimo para Jeremy Bishop. Uno bastante apropiado: PC.

Presunto Culpable.

—¿Dónde está Rachel esta tarde? ¿La has encerrado en su habitación con un vídeo de las Spice Girls?

—Está por ahí, celebrando sus notas.

—Dios, claro que sí, era hoy —había aparecido en todos los periódicos. El incremento en el porcentaje de aprobados. El desnivel, cada vez más acusado, entre las chicas y los chicos. Chavales de seis años con sobresaliente en matemáticas—. ¿Celebrando? ¿Debe haberlo hecho muy bien?

Anne se encogió de hombros:

—Bastante bien, supongo. Quizá podía haber estudiado más en dos asignaturas, pero estamos bastante contentas.

Thorne sacudió la cabeza, sonriendo.

—¿*Estamos?* Hum..., una madre exigente.

Anne se rio, dejándose caer en el sofá que había frente al suyo y cogiendo su copa de vino. Thorne se incorporó en el asiento para rellenar su copa.

—Háblame de la mujer de Jeremy.

Anne suspiró profundamente.

—¿Me preguntas como policía?

—Como amigo —mintió.

Pasaron algunos segundos antes de que respondiera:

—Sarah era una amiga muy íntima. Los conocí a los dos en la facultad de medicina, soy la madrina de sus niños; es por lo que creo que tu interés por él es una completa pérdida de tiempo y no quiero que sigas con esto; está empezando aparecerme un poco insultante.

Thorne no quería mentirle, pero lo hizo de todas formas.

—Solo es rutina, Anne.

Anne se quitó los zapatos y se sentó sobre sus pies.

—Sarah se mató hace diez años, creo que deberías saberlo.

—Algo sé de eso.

—Fue horrible. Nunca consiguió superarlo. Sé que puede parecer un poco seguro de sí mismo, pero eran muy felices y nunca ha vuelto a estar interesado en nadie más.

—¿Ni siquiera en ti?

Anne se ruborizó:

—Bueno, al menos ahora estoy segura de que esta no es una pregunta oficial.

—Absolutamente extraoficial y horriblemente entrometida, lo sé, pero me preguntaba...

—Estuvimos juntos una vez, hace ya mucho tiempo, cuando éramos estudiantes.

—¿Y nunca más desde entonces? Lo siento...

—Eso también lo pensaba mi marido, si eso hace que te sientas menos entrometido. David siempre ha tenido una fijación con Jeremy, pero se trataba en realidad de rivalidad profesional, que disfrazaba de otra cosa.

Como su pelo, pensó Thorne.

Había intentado controlarse y Anne había bebido bastante más que él, pero, definitivamente, empezaba a sentirse mareado.

—¿Qué hacen sus hijos?

James, veinticuatro y, Rebecca, veintiséis, otra médica. Estos detalles y muchos más rellenaban tres páginas de una libreta que había en el cajón de su escritorio.

—Rebeca es ortopedista. Trabaja en Bristol.

Thorne asintió con la cabeza, con aspecto de estar muy interesado. *Cuéntame algo que no sepa.*

—En cuanto a James, bueno, le han pasado un montón de cosas en los últimos años. Ha tenido bastante mala suerte, siendo un poco blanda.

—¿Y siendo dura?

—Digamos que está viviendo a costa de su padre. Jeremy es un poco blando. Tienen una relación muy estrecha. James iba en el coche cuando ocurrió, cuando tuvieron el accidente. Estuvo una temporada bastante afectado —suspiró lenta y profundamente—. No hablaba de esto desde hacía una eternidad...

De repente, Thorne se sintió fatal. Quería abrazarla, sin embargo, se ofreció a prepararle otra taza de café. Ambos se levantaron a la vez.

—¿Solo o...?

—Escucha, Tom, debo decirte algo —Thorne creyó percibir que empezaba a sonar algo enfadada—. No sé lo que piensas de Jeremy, no sé por qué has tenido que ir a interrogarle, en realidad, me da miedo incluso pensarlo; pero, sea lo que sea, me gustaría que dejaras de malgastar tu tiempo. Estamos hablando de uno de mis amigos más antiguos y sé que le gusta hacerse pasar por médico duro y cínico, pero solo es un numerito que suele interpretar. Se lo he visto hacer cientos de veces. Se preocupa mucho por sus pacientes. Está muy interesado por los progresos de Alison...

Alison. La única persona de la que se suponía que iban a hablar y que no lo habían hecho.

—En realidad, quería hablar contigo unas palabras acerca de ese tema. ¿Sabes que estamos intentando poner algunos datos fuera del alcance de los periódicos?

El rostro de Anne se ensombreció.

—¿Estoy a punto de escuchar que cierre la boca? —dijo, sin parecer molesta, en absoluto.

—Parece que sabe mucho del caso y me preguntaba si...

Avanzó un paso hacia él, sin rehuir la pelea:

—Sabe mucho del caso médico, sí. Hablamos de Alison con regularidad y, obviamente, conoce los otros ataques, porque guardan relación entre sí.

—Lo siento, Anne, no quería...

—Es un colega a cuyo consejo doy mucho valor y con cuya discreción se puede contar. Empeñaría mi palabra por él, pero parece que no tiene mucho valor.

Se quedó mirándole fijamente, haciéndole recordar lo terrorífica que le pareció aquel primer día, en el aula. Evidentemente, él no tenía la misma capacidad de intimidarla a ella. Algo en su cara, que ignoraba completamente, pareció divertirla de repente y sus facciones se suavizaron.

—Bueno, ¿cuánto tiempo ha sido? ¿Unas cuantas semanas? Y ya hemos tenido nuestra segunda gran riña. Esto no augura nada bueno, ¿verdad?

Thorne sonrió. Esto le dio muchos ánimos.

—Realmente, yo calificaría más bien la primera como una reprimenda, si queremos ser precisos.

—¿Vas a traer ese café, o qué?

Mientras rellenaba las tazas de la cafetera, le escuchó gritar desde la salita:

—Voy a poner algo de música. ¿Clásica? No, déjame adivinar qué te gusta...

Thorne añadió la leche y pensó, no acertarías ni en un millón de años. Respondió con otro chillido:

—Pon lo que quieras... soy fácil de complacer.

Al volver con los cafés, casi suelta una risotada cuando la vio sujetando una copia en vinilo, bastante sobada, del *Electric Ladyland*.

Mientras el taxi —uno negro, no iba a volver a cometer el mismo error de nuevo — le llevaba de vuelta a Kentish Town, las conversaciones de la tarde tintineaban en su cabeza como monedas en un sobre. Podía recordar cada palabra que se habían dicho.

Bishop se había estado riendo de él.

El taxi pasó por Archway Road, en dirección a Suicide Bridge; se asomó por la ventanilla al pasar junto a Queens Wood. Se imaginó a la zorra, moviéndose rápida y silenciosamente entre los árboles, en dirección a su madriguera. Llevando a casa entre sus mandíbulas el cuerpo, aún con vida, de un conejo y dejando a su paso un rastro de sangre sobre la hojarasca y las ramas caídas. Una camada de hambrientos cachorros desmembrando su cena, despedazando pálidos trozos de la carne de Helen Doyle, mientras su madre los observaba, montando guardia...

Thorne observaba los escaparates que se iban sucediendo rápidamente ante sí. Tienda de muebles, librería, *boutique*, centro de belleza. Cerró los ojos. Hombres tristes y empapados y, mujeres frías y crispadas, juntos durante unos minutos que ambos tratarían de olvidar más tarde. No era una imagen agradable pero, al menos, algo mejor. Por ahora.

Sabía que Helen y Alison y el resto estarían de nuevo con él por la mañana, hurgando en su resaca, pero por ahora, solo quería pensar en Anne. Su beso en la puerta había parecido el principio de algo y eso, junto con la agradable sensación de tener a Bishop fuera de su vista, le hacía sentir tan bien como no se había sentido en mucho tiempo.

Decidió que, aunque fuera ya tarde, llamaría a su padre en cuanto llegara a casa. Era ridículo. Tenía cuarenta años. Pero quería hablarle de esta mujer que había conocido, esta mujer con una hija adolescente, por amor de Dios. Rachel había vuelto a casa justo cuando él se iba. Dijo un fugaz hola antes de hacer una rápida escapada

cuando empezó la inevitable discusión acerca de lo tarde que había vuelto.

Quería decirle a su padre que «quizá», con una buena dosis de «tal vez» y una medida decente de «olvídalo, de eso nada», uno de ellos dejaría de pasar tanto tiempo solo.

Añadió dos libras de propina al cargo de seis libras y caminó en dirección a la puerta de entrada con una sonrisa de bobo en los labios. Siempre era un asunto arriesgado para los taxistas recoger a clientes borrachos. ¿Una buena propina o un vómito en el asiento trasero? Esas eran las opciones. Bueno, uno había tenido suerte esta noche.

Thorne tarareaba *All Along the Watchtower* mientras metía la llave en la cerradura y, percibió vagamente la oscura figura que emergió de las sombras y recorrió el camino de la entrada detrás de él. Se revolvió a tiempo para oír el gruñido salvaje que escapó de la boca, tapada por un pasamontañas y el brazo bajó sobre él. Se sintió enfermo instantáneamente cuando el dolor estalló en su cabeza.

Y, de repente, era mucho más tarde.

Los objetos de su salita de estar estaban apilados en el fondo. El equipo de música, el sillón y la botella de vino medio vacía resplandecían y se bamboleaban frente a él. Trató desesperadamente de centrar la atención, de recuperar el equilibrio, pero todas sus pertenencias mundanas yacían boca abajo, pareciéndole testarudamente desconocidas. Levantó la mirada. El techo se le venía encima. Hizo acopio de fuerzas y se giró, quedándose boca abajo sobre la alfombra y vomitó. Después, se quedó dormido.

Una voz le despertó. Tosca y abrasiva.

Pareces un tipo fuerte, Tom. Vamos, compañero.

Al levantar la cabeza comprobó que había mucha gente en la habitación. Madeleine, Susan y Christine permanecían sentadas en el sofá, con las piernas elegantemente cruzadas. Secretarias esperando una entrevista de trabajo. Ninguna de ellas le miraba. De pie, a un lado, se encontraba Helen Doyle mirando al suelo y mordiéndose nerviosamente las uñas. Apiñadas en un sofá había tres niñas jóvenes. Tenían el cabello delicadamente cepillado y sus camisones habían sido lavados con esmero. La niña más pequeña, de unos cinco años de edad, le sonreía pero su hermana mayor la apretaba bruscamente contra su pecho como una madre. Una mano le agarró y le ayudó a incorporarse sobre las rodillas. La cabeza le iba a estallar. La garganta estaba abrasada por la bilis. Se humedeció los labios, saboreando el aroma a vómito en la boca.

Vamos arriba, Tom, buen chico. Abre bien los ojos. Muy bien.

Bizqueó hasta enfocar la figura que se apoyaba sobre la repisa de la chimenea.

Francis Calvert levantó una mano para saludarle.

—*Hola, detective* —el sucio pelo rubio, ennegrecido por el humo del tabaco, era más escaso ahora pero la sonrisa era la misma. Cálida, acogedora y completamente terrorífica. Tenía demasiados dientes, todos en mal estado—. *Ha pasado mucho tiempo, Tom. Te preguntaría que cómo te va, pero ya veo que... Has tenido un poco de acción, ¿verdad?*

Intentó hablar, pero tenía la lengua pesada y estropajosa; inerte en la boca, como un pescado podrido.

Calvert caminó hacia él, sacudiendo la ceniza del cigarrillo sobre la alfombra y sacando su arma en un movimiento terriblemente rápido. Thorne dirigió la vista desesperadamente hacia las niñas del sofá. Ya no estaban allí.

Al menos, no tendrían que presenciarlo.

Sabiendo lo que inevitablemente seguiría, volvió su atención hacia Calvert, cuya cabeza oscilaba rítmicamente sobre sus encorvados hombros, lenta y pesada como una bola de demolición. Calvert le sonrió maliciosamente, dejando al descubierto sus dientes podridos y haciéndolos rechinar teatralmente contra el cañón del arma.

—*Butaca de primera fila esta vez, Tom. En fantástico technicolor. Espero que ese traje no sea nuevo.*

Intentó cerrar los ojos, pero los párpados le pesaban como lonas empapadas de lluvia.

La explosión fue ensordecedora. Observó cómo la parte posterior de la cabeza de Calvert se emplastó contra la pared y comenzó a descender, despacio, como un juguete viscoso para niños. Movié la mano, para limpiarse las cálidas lágrimas, que le resbalaban por las mejillas. Sus manos se impregnaron de una sustancia roja, salteada con trozos de cerebro, entre los dedos. Al desplomarse en el suelo, distinguió vagamente a Helen, que se desplazó hasta el sofá y se unió a las demás, liderándolas hacia un cerrado y educado, aunque sincero, aplauso.

Aquello era como estar terriblemente borracho y tremendamente resacoso a la vez. Sabía que no volvería a desvanecerse. Las caras seguían amontonándose en su cabeza, como un chiquillo hojeando rápidamente un libro de fotografías, pero la velocidad iba decreciendo. Casi había vuelto el equilibrio, pero el dolor seguía siendo insoportable.

Estaba solo, había vuelto en sí y se arrastraba por la alfombra manchada de vómito, avanzando agónicamente, centímetro a centímetro. No tenía ni idea de qué hora era. No entraba luz por la ventana. Era noche cerrada o primera hora de la madrugada.

Sus dedos se aferraron a las fibras de nailon de la alfombra. Respiró profundamente. Apretando los dientes y emitiendo un ahogado grito de agonía, intentó hacer avanzar las rodillas algunos centímetros, a través de los despiadados tres metros que le separaban del teléfono.

SEGUNDA PARTE

EL JUEGO

No he hablado con Anne en los dos últimos días. Ya sabéis, no me refiero a hablar en sentido literal. Bueno, dejemos esto claro. Quizá estoy presentando estas conversaciones como juergas con muchas bromas, plagadas de interesantes chismes y de chistes desternillantes. No seamos ilusos. Básicamente, ella habla sin parar y yo parpadeo ocasionalmente. No me malinterpretéis, esos parpadeos son pura dinamita, pero no creo que aún sea una buena candidata para asistir a un programa de entrevistas.

Probablemente, esté pasando conmigo todo el tiempo libre que le dejen su dócil policía y su dura cachiporra. Podría hacer muchos más chistes con el contenido de sus relatos y con el casco del policía, pero tengo demasiada clase como para eso.

Tengo la cabeza llena de chistes picantes, pero bueno, ¿qué otra cosa puedo hacer? Tengo un montón de tiempo en mis manos y no estoy agobiada por el exceso de trabajo, ¿no es cierto?

Ni siquiera puedo suicidarme. ¡Es un chiste!

Ojalá no hubiera perdido la fe en mí. Me refiero a Anne. No estoy colaborando en que los médicos vayan correteando de un lado para otro hablando de los milagros de la medicina. Eso ya lo sé. Hay días en los que me siento tan entera que es como si estuviese sujeta con chinchetas o agujas o algo así; y tan pronto como se caigan, podré levantarme, vestirme y salir a por Tim.

Pero también hay otros días.

Solía hacer esto hace años, cuando estaba en la cama e intentaba pensar en un color nuevo con todas mis fuerzas; uno que no existía o un sonido completamente nuevo que nadie hubiera oído antes. Creo que leí algo sobre eso en una estúpida revista de mujeres que trataba de la paz interior y chorradas de esas. Es algo bastante raro. Te sientes algo confundida al principio y terminas sintiéndote un poco borracha. Ahora siento algo bastante parecido. A veces, me tumbaba boca arriba y me quedaba mirando al techo durante horas y trataba de convencerme de que era el suelo. Si te concentras mucho, puedes llegar a hacerlo y comienzas a agarrarte a los lados de la cama, por si te caes. Aquí pasa lo mismo, solo que esto es para siempre. Y no me puedo sujetar a los lados de la puta cama, ¿verdad?

Me caigo...

CAPÍTULO SIETE

Thorne clasificaría más tarde el daño físico menor como la forma menos agresiva de convertirse en víctima durante el caso Backhand. No es que quisiera colocarse en algún lugar cercano a la cabeza de la lista. No le habían borrado la vida con la presión de un dedo experto, ni se la habían dejado en suspensión con el toque delicado y letal de una mano sobre el cuello. Nunca sintió un nudo en la garganta cuando se levantaba una sábana y dejaba ver la cara inexpresiva de una novia esposa o hija.

Asistía a sus entierros, pero no eran de su propia sangre.

Aun así, sufría la pérdida. Era, desde luego, una impresión subjetiva; pero tan solo podía presenciar cómo, una a una, iban cayendo. El proceso de puesta a punto mental fue una empresa ardua y penosa, pero llegó el momento en que Thorne abrió los ojos y vio a David Holland junto a su cama, leyendo un ejemplar de la revista FHM. El primer impulso que el cerebro transmitió a su boca fue el de soltar un taco, pero todo lo que consiguió fue tragar saliva y un buen intencionado chasquido de la lengua. Cerró los ojos; lo volvería a intentar algo más tarde.

Holland miraba absorto una foto. La modelo, una presentadora de un programa de concursos, era impresionante pero se imaginó que, en la realidad, no podía ser tan rematadamente estúpida. No podía evitar sentirse impresionado por afirmaciones como «la razón principal por la que me he puesto implantes de silicona en los pechos es que quería tener las tetas más grandes». Se preguntaba qué aspecto tendría Sophie con las tetas más grandes. Se estremeció al pensar en la multitud de impropiedades que le caerían encima si se decidiese a sacar el tema.

Al oír un ruido, plegó el periódico. El Wíbol estaba despierto e intentando decir algo.

—¿Quieres un vaso de agua o...? —Holland estiró el brazo hacia la jarra que había junto a la cama, pero Thorne estaba ya cerrando los ojos.

Holland soltó el periódico y hurgó en una bolsa de plástico. Sacó un reproductor de CD portátil y, sin saber realmente qué hacer con él, lo dejó en un extremo de la cama de Thorne.

—Cogí esto de su casa después de que se lo llevaran de allí. Pensé que podía estar... ya sabe... y he comprado esto en la tienda de música —sacó un CD y se peleó unos segundos con la envoltura de plástico—. Ya sé que le gusta el country-western o como se llame. No sé mucho del tema. Soy más del estilo de Simply Red.

Thorne volvió a abrir los ojos. Música. Era una buena idea, pero unas gafas de sol le habrían ido mejor. Tenía la visión borrosa. Echó una mirada al CD que sujetaba Holland en sus manos e intentó fijar la imagen de la carátula. Un segundo después, fue capaz de descifrar las palabras *Kenny Rogers*. Antes de que pudiera soltar una carcajada se había vuelto a dormir.

Entonces llegó Hendricks. Le puso al corriente de los detalles, incluyendo lo de su fuerte golpe en la cabeza y las drogas. Ah y los Spurs estaban pensando en

despedir a su entrenador.

Más tarde apareció Keable. No habían podido sacar nada del piso. Le pondría al corriente en cuanto volviera a estar en pie. Ah y los muchachos le enviaban sus mejores deseos.

Y finalmente, Anne Coburn.

Thorne estaba sentado en el borde de la cama, poniéndose los zapatos, cuando se descorrieron las cortinas. Estaba sonriendo.

—Muy bien, si yo hubiera estado en el hospital de Whittington habría querido darme rápidamente a la fuga.

Thorne sonrió por primera vez desde la última vez que la vio:

—¿Por qué no podía haber sido en el Royal Free, por amor de Dios? Podría haberme llevado allí uno o dos días con los pies en alto.

Anne se sentó junto a él y echó un vistazo a la sala.

—En realidad, este sitio no está tan mal. Lo que pasa es que tiene muy mala reputación.

—No creo que la gente se quede mucho tiempo aquí para comprobarlo. En cuanto vi el nombre en las sábanas empecé a sentirme mucho mejor.

Echó lo que esperaba que fuese un último vistazo. Quizá hubieran intentado hacer un esfuerzo, pero había algo de desesperado en ese intento. Habían reemplazado el tono verde amarillento de las paredes por un optimista color naranja, pero mantuvieron las cortinas de flores estampadas; después de todo, seguía siendo un hospital. Había pasado toda la noche anterior intentando inútilmente dormir entre la cacofonía de ruidosos carritos, el zumbido de las máquinas pulidoras y un sinfín de chillidos anónimos. Se habría sentido ligeramente menos miserable si le hubieran acomodado en una habitación privada, con televisión por cable, vino tinto por vía intravenosa y chicas bailando para él.

Anne extendió el brazo por detrás de su cabeza:

—¿Puedo? —Thorne bajó la cabeza y sus dedos acariciaron delicadamente los puntos—. Se quedarían más tranquilos si pasaras aquí otra noche. Ya sé que no te gustan los hospitales, pero la conmoción cerebral es impredecible, sobre todo, si te han puesto hasta arriba de Midazolam.

—Tampoco con eso ha sido muy delicado. Tengo un moretón en el culo del tamaño de una bola de cricket. Podía haber probado con el champán... seguro que habría picado, en el estado en el que estaba.

—Quizá no seas su tipo —la risa indecente.

Thorne terminó de atarse los cordones de los zapatos y miró al frente:

—Ya descubriré exactamente de qué tipo soy.

Anne apartó la mirada. Estaba empezando a hacerse una idea bastante clara.

—Te dio una dosis demasiado fuerte, Tom. No debe haber sido agradable.

—No lo ha sido.

—Puede sonar extraño, pero es exactamente por eso por lo que lo utilizamos. El

Midazolam te fríe la memoria de corto plazo y te despega de la realidad. Te quedas en un estado de sueño. Podemos estar cosiendo a una chica de diez años, mientras ella mantiene la vista en la pared, convencida de estar mirando fotografías encantadoras.

—Lo que yo he visto no era particularmente encantador —se volvió para mirarla e intentó esbozar la mejor de sus sonrisas—. ¿Qué tal está Jeremy?

Intentó mantener una apariencia severa, pero no le salió.

—Está bien. Pareció bastante preocupado cuando le conté lo que te había pasado, considerando que parece que los dos no congeniáis demasiado.

—¿Llegó bien a casa, entonces?

Anne le miró fijamente. Thorne sabía que la estaba presionando. Estaba siendo un estúpido y ella no se lo merecía.

—Quiero decir que, si estaba la mitad de borracho que yo, debe haberle costado trabajo llegar —la sonrisa era forzada, y sabía que ella se daría cuenta. Solo podía hacer una cosa. Le cogió de la mano—. Supongo que no hemos hecho buenas migas, pero una vez estuvisteis juntos.

—Fue hace veinticinco años.

—De todas formas, no pretenderás que le invite a tomarse algo conmigo en el bar, ¿verdad?

Anne le apretó la mano y sonrió. No dijeron nada. No decir la verdad era lo mismo que mentir y *tendría* celos de Bishop si no sintiera algo mucho más fuerte. Mejor que ella siguiera pensando que se trataba de celos. Mucho mejor.

Thorne pestañeó lentamente y contuvo la respiración. El olor, las chirriantes camas, el crujir de los zapatos y la sonrisa incómoda en las caras de la gente sentada junto a las camas; era la misma sonrisa que había mostrado a su madre tantas veces, sentado junto a su cama, tomándole de la mano y mirándole a los ojos azul lechoso intentando averiguar adónde coño se había marchado.

—Tom...

Las cortinas volvieron a moverse y apareció Dave Holland. Thorne soltó la mano de Anne.

—Ya ha llegado mi taxi...

Anne se puso en pie y se dirigió hacia las cortinas. Antes de que se volviera hacia él, Thorne la vio sonreír a Holland mientras le ponía la mano sobre el brazo. ¿A qué venía eso? *¿Cuida de este pobre hombre?*

—Llámame, Tom.

En cuanto Anne se fue, Thorne dirigió una intensa mirada a Holland. Estaba buscando su sonrisita, pero no la vio. Tampoco vio su libreta. Estaba claro que su visión no había recuperado la normalidad todavía.

Al caminar hacia el coche, Thorne pudo sentir en la cara el aire fresco. Definitivamente, agosto había tirado la toalla y se presagiaba la llegada del mal tiempo. Siendo honesto, lo prefería así. Se sentía más cómodo con el abrigo. Una manta de seguridad que cubría una multitud de pecados. La cálida noche en la que

salió del taxi, cantando borracho, parecía estar muy lejana. Si no hubiera sido por la cantidad de vino que engulló mientras coqueteaban y hablaban de Jimi Hendrix y de bodas fracasadas, sabía que la parte espantosa de este asunto habría acabado ya. Podía incluso haberse convertido en lo que irrisoriamente se conoce como un héroe. Si no hubiera estado borracho podría haberle visto aproximarse. Se habría dado la vuelta un segundo antes y habría sido todo suyo. Podría haber evitado el golpe en el último momento. Pero el hombre del pasamontañas con la barra de hierro y la aguja hipodérmica había jugado con ventaja, desde luego.

Debía saber que Thorne estaba borracho, ¿no es cierto?

Holland le abrió la puerta del coche, pero a Thorne no le molestó. Emprendieron la marcha hacia Highgate Hill.

—¿Ha comido algo? He echado un rápido vistazo y no me lo ha parecido.

—¿Piensas invitarme a almorzar, Holland?

—¿Quiere que paremos en algún sitio? Budgens nos pilla de camino, ¿verdad?

—Puede ir a buscarme un sándwich cuando llegemos a la oficina.

—¿Cómo dice?

Holland lanzó una mirada a Thorne, que descansaba la cabeza sobre la ventanilla del coche con los ojos medio cerrados. Se había equivocado con el Wíbol. Tenía un aspecto bastante demacrado.

—No hay demasiada actividad ahora mismo, si le soy sincero. En el Departamento de Investigación Criminal dicen que sería más conveniente que...

—A la oficina.

Holland pisó el acelerador.

Se había quedado junto a una parada de autobús, observando a Thorne y al joven oficial subir al coche y salir corriendo de allí. Thorne había estado en el hospital menos de treinta y seis horas. Estaba impresionado.

Bueno, y ahora qué.

Las cosas se habían animado un poco, ¿no es cierto? Thorne volvería a estar en primera línea de batalla, eso seguro. Todos se lo habrían tomado como algo personal, estaba convencido de ello. Así actuaban los polis. Una vez que te metes con uno de ellos, ¡cuidado! Como si fueran un montón de masones cabreados. Pero Thorne no era uno de ellos, ¿no es cierto? Repudiaría esa idea. Estaba empezando a conocer bien al hombre, paso a paso, pero de eso estaba seguro. Simplemente, necesitaba irritarle un poco, eso es todo.

El autobús llegó y retrocedió unos pasos, observando a la gente que subía y bajaba sin destino fijo, pálidos y con el sufrimiento marcado en sus caras. Se dio la vuelta, poseído por un sentimiento de asco y comenzó a caminar hacia la estación de metro de Archway.

Probablemente interpretarían lo que le había hecho a Thorne como un aviso.

Dejemos que lo crean. Thorne sabría que se trataba de algo distinto. Sabría identificar un desafío cuando se le planteaba. Se había involucrado personalmente desde la primera vez que puso sus enormes ojos marrones sobre Alison. El idiota sentimental se había sentido conmovido por ella, ¿verdad? No podía ver más allá de las máquinas. No podía oler la libertad y le importaron mucho las muertes. Eso le preocupó de veras.

Después de todo, la cosa no había salido mal del todo y el asunto con Anne había sido un extra muy gratificante.

Se detuvo a mirar el escaparate de una tienda de mobiliario de baño. Imitaciones de grifería clásica y toda esa mierda. Inodoros con asientos incorporados y con asas para los viejos y los inestables.

Qué estupidez.

Pensó en el diminuto piso de Thorne. Sin lugar a dudas era el hogar de un hombre solitario. No, no era un hogar. De todas formas, estaba ordenado y limpio, sería mérito suyo, aparte de lo de las botellas vacías. Sabía que lo había tenido en sus manos aquella noche en las escaleras de la entrada. Si Thorne hubiera estado sobrio no se habría arriesgado tanto.

Empezaba a hacer frío. Se abrochó el abrigo y fue hacia la entrada del metro. Ahora quería seguir progresando. Había agitado definitivamente las cosas y necesitaba recoger resultados. Y dejar que los criminólogos o como quiera que se llamen a sí mismos, esos maricas supercualificados, hablen de «grito de ayuda» o «deseo de que le detengan», si es eso lo que hacen para pagar sus hipotecas. Thorne no malgastaría su tiempo con verborrea psicológica, de eso estaba seguro. Y ahora que sabía qué se sentía, ahora que sabía lo que habían sentido esas mujeres antes de que les pusiera las manos encima, estaba comprometido.

Había conocido niños como Thorne en el colegio. Una vez que los provocaban no había forma de contenerlos. Chicos desquiciados capaces de arrojar mesas por la ventana o de matar ardillas en el patio si les presionabas un poco, si pulsabas los botones adecuados. Thorne no era diferente de ellos; ahora que le había dado una patada en la espinilla, le daría el golpe fatal en la nuca. Ahora Thorne no se detendría.

Una mujer alta y delgada, portando una sillita de paseo, llegó antes que él a la máquina expendedora. Se quedó observando la parte posterior de su delgado cuello, mientras hurgaba en su bolso de plástico en busca de cambio y miraba los nombres de las estaciones de metro como si estuvieran en chino. Probablemente, madre soltera. La pobre desgraciada se retorció desesperadamente, buscando un poco de desahogo. Cuarenta pitillos al día y un par de Valium para olvidarse de las penas y ayudarle a pasar las tardes.

Ahora pensaba en todas las mujeres con las que se cruzaba. Las tomó a todas en consideración. Podía adivinar las necesidades de cada una de ellas. Todas eran tan asequibles.

—Me alegro de que estés de vuelta, Tom.

Los delgados labios de Tughan se dispusieron formando una mueca que simulaba una sonrisa. Thorne pensó que se parecía a una gárgola. Holland se esfumó y Thorne se sentó en una silla frente a su colega inspector. Los saludos de otros oficiales fueron recibidos con una sacudida de cabeza y una observación desenfadada y alguna de esas sonrisas eran, sin duda, sinceras; pero había otras caras que no le agradaba tanto volver a ver.

¿Cómo tienes la cabeza, Tommy? Ahora ya sabes lo que se siente, compañero.

Sus chicas de calendario.

Sí, ya sabía qué se sentía cuando te arrebataban el control sobre tu propio cuerpo. Había estado fuera de control tantas veces que le resultaba casi familiar; pero esa pérdida le llegó junto con una sensación cálida y somnolienta provocada, en buena medida, por el exceso de alcohol. El vino le aportó algo especial que ayudó a paliar el dolor de muebles rotos o nudillos arañados. Pero la droga le llevó a escenarios que no quería volver a visitar.

Nos quitó todo lo que teníamos, Tommy...

Quería resistirme...

Todas queríamos...

... luchar por nuestra vida, Tommy.

La boca de Tughan se movía, pero el sonido provenía de mucho más allá.

Christine, Susan, Madeleine y Helen. Drogadas hasta el olvido y enfrentadas a un monstruo. Él no se había enfrentado más que con fantasmas. Las memorias de los fantasmas. Pensó en Alison. Necesitaba verla. Todavía seguía allí, trabajando en el caso, y quería que ella lo supiera. Todavía seguía allí porque era lo que quería ese cabrón. Era consciente de ello y odiaba a ese mal nacido por tener el poder de perdonarle la vida. Había decidido dejarle vivir.

Había cometido un error.

Debía haberme matado.

No digas eso, Tommy. ¿Quién nos quedaría entonces?

—¿Tom? ¿Te encuentras bien? No debías haber venido.

Thorne apartó los ojos de la pared. Se puso en pie y anduvo unos pasos hacia el escritorio, cruzando la mirada con Holland mientras le ponía la mano en el hombro a Nick Tughan.

—¿Entonces, todavía no le has atrapado, Nick? Tughan se rio:

—Eso te lo dejo a ti, Tom. Tú eres el del instinto, ¿no? —Thorne se puso tenso—. El de la experiencia —pronunció la palabra como si estuviera hablando de un abusador de menores.

—Seguimos con el trabajo, comprobando las pistas. Dos o tres son tuyas,

concretamente.

—Tom...

Keable le habló desde la puerta de la oficina. Se retiró en cuanto Thorne le miró. Inequívocamente, una invitación a reunirse con él enseguida.

—Hablaremos más tarde, Nick. ¿Por qué no me mandas un correo electrónico con todas las novedades?

Thorne se dirigió a la oficina de Keable. Pudo oír las risas de Holland y de otro oficial cuando se retiró. Todo seguía igual que siempre, pero no para él.

Anne quería hablar con Alison. El incremento en su volumen de trabajo significaba que cada vez le iba resultando más difícil pasar un largo rato diario de charla con ella y tenían muchas cosas de que hablar, para ponerse al día.

Se unió a ella, uno o dos segundos después de que entrara en el ascensor.

—David.

—Supongo que irás a hacerle una visita a tu caso de síndrome de bloqueo. ¿Algún avance?

—¿De verdad que te importa?

Presionó el botón y las puertas comenzaron a cerrarse. No había mucho a lo que mirar como táctica para evitar lo que decididamente iba a ser un encuentro desagradable. Anne se preguntó si sería posible escapar de un ascensor a través de una trampilla en el techo, como había visto hacer a mucha gente en las películas.

—Sentí mucho lo del ataque a tu amigo el policía.

Seguro que lo hicieron en *El coloso en llamas*.

—Justo después de vuestra agradable cena, a tres bandas, con Jeremy, ¿verdad?

Y Hannibal Lecter lo hizo en *El silencio de los corderos*, justo después de arrancarle la cara a ese tipo.

—¿Anne?

—Sí, fue después de la cena y no, no lo sientes, porque eres un gilipollas.

El ascensor llegó a la segunda planta y Anne salió en cuanto se abrieron las puertas. Higgins puso un pie entre las puertas para evitar que volvieran a cerrarse.

—Parece que el andar con oficiales de policía está haciendo maravillas en tu vocabulario, Anne.

—Estás perfectamente informado de todo lo que hago, David. Es bastante patético que utilices a nuestra hija para eso.

—Oh, pensaba que no había secretos entre vosotras.

No solía haberlos, pero quizá ha llegado la hora de que eso cambie. Necesitaba hablar con Rachel. Esbozaba ahora esa sonrisa siniestra que Anne recordaba que solía reservar para los pequeños triunfos, o ante la expectativa de sexo abnegado. Ella le

sonrió a él, sin sentir otra cosa más que pena.

—¿Por qué estás aquí, David?

—Que nos estemos divorciando no significa que ya no esté interesado en tu vida. Lo estoy.

Anne se acercó a él. ¿Le había visto estremecerse?

—El otro día echaron un programa en la tele sobre parejas que se divorciaban, ¿lo viste? La mujer decía que hasta que no se divorció de Duane o Marión o como se llamara, no se dio cuenta de lo mucho que le quería. Es extraño, porque a mí me está sirviendo para darme cuenta de que debía haberme divorciado de ti hace mucho tiempo.

La sonrisa siniestra desapareció y pudo apreciar que su tupé se mustió ligeramente, aunque mantenía la excitación del que encuentra una multa en su coche aparcado. Su expresión se asemejaba a la que tendría tras escupirle en un restaurante italiano. Ahora, David intentó parecer hastiado, pero solo consiguió parecer más viejo.

—Te estás endureciendo, Anne.

—Y tu pelo está ridículo. Estoy ocupada, David.

Las puertas del ascensor comenzaron a cerrarse de nuevo y a Higgins cada vez le costaba más trabajo conservar el equilibrio.

—¿Tienes el mínimo interés en mi vida, Anne, en lo que hago?

Se estaba poniendo insoportable, tergiversando así la situación. Anne estaba deseando largarse a casa.

—De acuerdo, David. ¿Te sigues follando a esa radioterapeuta?

Oyó cómo se cerraban las puertas del ascensor mientras recorría el pasillo. David no tendría la certeza de si Anne había escuchado su patética despedida: «Da recuerdos a Jeremy» pero tampoco importaba demasiado.

Estaba deseando ver a Alison.

—Siéntate, Tom.

Thorne se movió hacia la incómoda silla de plástico marrón que le ofrecían tan generosamente.

—Joder, esto suena muy serio. ¿Me van a echar una bronca por haber permitido que alguien me golpee la cabeza y me inyecte un montón de mierda?

—¿Por qué estás aquí, Tom? ¿Crees que no podemos arreglárnoslas sin ti?

—No, señor.

—Ya está bien de bromas, Tom —Keable se pasó la mano por la cara. Probablemente, intentaba parecer pensativo, supuso Thorne o, quizá estaba simplemente cansado. Todo lo que consiguió fue enmarañar sus voluminosas cejas hasta parecer un hombre lobo calvo. Keable hinchó las mejillas—. ¿Te sientes mal?

—¿Cuáles son esas pistas de las que habla Tughan?

—Había una nota, Tom.

Thorne saltó de su silla como un resorte.

—¿En el piso? Enséñamela.

Keable abrió el cajón de su mesa y cogió una fotocopia en A4 bastante sobada. Se la pasó a Thorne.

—El original sigue en Lambert.

Thorne asintió con la cabeza. El Laboratorio del Servicio Científico Forense.

—Una pérdida de tiempo.

—Lo sé.

Thorne se sentó y leyó. Mecanografiada, igual que antes. La misma petulancia familiar en cada frase. El mismo goce y seguridad en su único y maravillosamente distante sentido del humor. El mismo repugnante amor propio.

TOM. NO SOY UN HOMBRE VIOLENTO (HACE UNA PAUSA, PARA UNA RISA SARCÁSTICA Y PARA PERMITIR QUE EL INSPECTOR SE TOQUE LA CABEZA DOLORIDA). ¿HAS NECESITADO PUNTOS? LO SIENTO. ESPERO QUE LA CONFUSIÓN MENTAL NO HAYA SIDO DEMASIADO INTENSA. EL ALCOHOL Y LOS NARCÓTICOS NO SON BUENOS COMPAÑEROS DE CAMA. POR DESGRACIA, NO PUDE QUEDARME A OBSERVAR. SoLO QUERÍA QUE EXPERIMENTASES UN POCO LO QUE ES SENTIRSE DERROTADO. YA SÉ QUE NO FUE UNA RENDICIÓN EN EL SENTIDO ESTRICTO DE LA PALABRA, PERO ¿QUIÉN TIENE TIEMPO PARA SER PEDANTE? DESPUÉS DE TODO, TIENES ASESINOS A LOS QUE ATRAPAR. UN POCO DE DOLOR ERA NECESARIO, PARA ESPABILARTE. Y LAS CHICAS NO SINTIERON NADA. RECUÉRDALO. DEBO DISCULPARME POR HELEN, PERO ELLA NO QUERÍA VIVIR, EN REALIDAD. ALISON FUE LA ÚNICA CON EL SUFICIENTE PODER DE RESISTENCIA PARA CONSEGUIRLO. ¿CÓMO ERA AQUEL ANTIGUO ANUNCIO DE PESCADO EN CONSERVA? «ES PRECISAMENTE EL PESCADO QUE RECHAZA EL QUE CONVIERTE A JOHN WEST EN EL MEJOR...». ES UN POCO SUPERFICIAL, PERO ESTOY SEGURO DE QUE ENTENDERÁS LO QUE QUIERO DECIR. SÉ QUE ESTÁS FURIOSO, TOM, PERO NO DEJES QUE ESO TE CONSUMA. DALE UN USO POSITIVO A TU IRA, COMO YO HE HECHO Y DESCUBRIRÁS QUE NO HAY NADA QUE NO PUEDAS HACER. ACABO DE ARROJARTE EL GUANTE. ¡¡O, AL MENOS, UN GUANTE QUIRÚRGICO!!

HABLAREMOS PRONTO.

P.S. MI VIDA SEXUAL ESTÁ PERFECTAMENTE EQUILIBRADA Y NO ME ENCERRARON EN UNA JAULA CUANDO ERA NIÑO, ASÍ QUE NO MALGASTES DINERO NI RECURSOS VALIOSOS EN CHARLATANES.

Thorne se sentía enfermo. Suspiró profundamente y dejó la nota sobre el escritorio. Frank Keable levantó la cabeza y Thorne le miró fijamente a los ojos.

—Es Bishop.

Keable puso la nota en el cajón y lo cerró de un portazo.

—No, Tom, no es él.

Thorne no podía mirarle a la cara. Su mirada se desvió hacia la papelera verde de metal, el perchero barato de plástico negro y el caro abrigo Barbour apoyado sobre él. Siguió flotando a lo largo de la sucia pared amarilla y se detuvo en el calendario. Septiembre. Una foto bastante anodina de Exmor en la niebla. La foto de la cabeza de un venado, probablemente abatido hace mucho tiempo, era el objeto más animado de

la habitación.

—¿Qué tal fue la cena que compartisteis el doctor Bishop y tú?

A Thorne le irritó que se hubieran enterado tan pronto de eso. Sintió como si le hubieran robado la iniciativa. Hizo un gesto con la cabeza, sintiéndose impresionado y curioso.

—Había un mensaje de la doctora Coburn en tu contestador. Te deseaba que hubieras disfrutado de la velada. La hemos llamado.

—Bueno.

—A propósito, ¿disfrutaste de la velada?

—Sí.

—¿Estaban buenos los espagueti?

—¿Cómo coño...?

—Vomitaste sobre la alfombra, Tom. Espagueti y una buena cantidad de vino tinto.

Thorne sintió que podía tener solo una oportunidad y necesitaba aprovecharla mejor que la última vez. Un tono de confianza sería más apropiado. Conspirativo. Nosotros contra él.

—Esa mierda es mentira, Frank. Se fue antes que yo y me esperó.

—¿Quieres decir que predecía todos tus movimientos? ¿Se largó con la nota, que ya había preparado, en el bolsillo, y con una barra de hierro y una jeringa, escondida bajo el abrigo?

Thorne pensó rápido. ¿Llevaba Bishop alguna bolsa? ¿Vio algún maletín en el salón de Anne? No podía recordarlo. En cualquier caso, estaba bastante seguro de que Bishop había venido en coche.

—Habría dejado todas esas cosas en el coche —dijo, manteniéndose firme en su teoría.

—Vamos, Tom.

Thorne se levantó, quizá demasiado rápido. Sintió un mareo y alargó el brazo con disimulo para recuperar el equilibrio. Miró alrededor. Keable lo había visto. Daba igual.

—Valdrá la pena que le echemos el ojo, Frank.

—Lo sé, Tughan lo ha hecho. No somos imbéciles del todo. No ha encontrado nada.

—Tughan odia la idea porque es mía...

—Nick Tughan es un profesional...

—¡Y una mierda!

Thorne hacía un esfuerzo por controlarse pero sabía que, a estas alturas, el resto del equipo estaría escuchando la conversación a escondidas sin dificultad alguna. Keable levantó la mano.

—Ándate con ojo, inspector.

—Frank —dijo Thorne, mirando a los ojos a Keable. Se apartó de la pared y bajó

el tono de voz—, sé lo que piensas y soy consciente de la reputación que me he labrado.

—No entremos en eso, Tom.

Thorne mantuvo la mirada, respirando con fuerza.

—Sí, hagámoslo.

Keable apartó la mirada:

—No hay pruebas, Tom.

—El doctor Jeremy Bishop debe ser considerado como principal sospechoso. Trabajaba en el hospital del que se robó el Midazolam. Ahora trabaja en el hospital al que llevaron a Alison Willetts después de su ataque. Creo que fue él mismo el que la llevo después de agredirla para tratar, sin éxito, de conseguirse una buena coartada. No tiene coartada para ninguno de los asesinatos y cumple con la descripción del hombre al que vieron hablando con Helen Doyle la noche que la asesinaron —ya había soltado su parrafada.

Keable aclaró la garganta. Ahora era su turno:

—Bishop tuvo una relación con la doctora Coburn, ¿me equivoco?

—Hace algunos años, sí, creo.

—¿Cree?

¿No estaría confundiendo lo que pensaba de Bishop con sus sentimientos hacia Anne, verdad? Era necesario que Anne lo pensara, pero seguramente Keable vería más allá...

—Tughan no es el único profesional.

—Hablemos con sentido, Tom. Todos estamos de acuerdo en que buscamos a un médico.

—¿Pero?

—La conexión con Leicester es una pista falsa debido a la fecha del robo si es que aceptamos, en primer lugar, que esa fue la droga que se usó con las víctimas. Tu razonamiento en lo relacionado con la coartada de Willetts me parece, cuando menos, extravagante y lo que él estaba o no haciendo cuando asesinaron a las tres víctimas es irrelevante.

—¿Cómo?

—Ya sabes de qué va este juego, Tom. Si practicamos alguna detención el Servicio de Investigación Criminal no se preocupará en mirar a las tres primeras. Todo se ha relacionado mucho después de que ocurrieran los hechos. Debemos centrarnos en Willetts y Doyle si queremos asegurarnos una condena. Ni siquiera podemos establecer con exactitud la hora de las muertes de las tres primeras víctimas.

Cuando a él le pareció más conveniente, Tommy. A esa hora fue.

—Bishop estaba de guardia todas esas noches. Solo le toca una noche a la semana, así que es una jodida coincidencia, ¿no te parece? —Ahora casi susurraba.

—Sé que es él, Frank.

—Deberías escucharte, Tom. Esto no es trabajo policial, es una obsesión.

De repente, Thorne sintió mucho calor. Aquí aparecía, de nuevo Calvert. Su marca de Caín. Keable iba a escarbar en la basura.

—Lo siento, pero eres tú el que ha hablado de reputaciones. A mí no me interesan las reputaciones, pero no estaría haciendo mi trabajo si no fuera consciente de los patrones recurrentes.

—Hablas como si yo fuera un caso perdido. ¿Cuántos asesinos he quitado de la circulación en los últimos quince años?

—Tenías razón hace quince años. Eso lo sé.

—Y he estado pagando por ello desde entonces. No tienes idea de hasta qué punto.

Un minuto antes, más o menos, había sentido ganas de pelear, de meterse en un buen lío; pero, de repente, se sintió cansado, exhausto.

—Muchas veces, tuve suerte. Podía haberla jodido fácilmente. No siempre *sabía*. Pero lo supe hace quince años y lo sé ahora.

Keable sacudió la cabeza, despacio, con tristeza.

—No tenemos nada, Tom —de pronto, le sobrevino un pensamiento, un intento de sofocar un poco las llamas. Hizo una señal hacia la oficina central de operaciones—. Sabes perfectamente que la mitad de los hombres de esta oficina cuadran con la descripción general.

Thorne no dijo nada. Dios, Exmoor parecía sombrío. Incluso la majestuosa cabeza de ciervo aparentaba estar cabreada con este asunto. Thorne se imaginó adentrándose en la niebla, una pequeña y lejana figura, dejando toda esta mierda tras de sí y desapareciendo. Sintió la cortina de niebla cerrarse tras él, enredándose en sus hombros, mientras se adentraba en un terreno húmedo y repleto de musgo, escuchando a lo lejos el eco de las voces de las chicas. Sabía que serían las únicas que se preocuparían de dónde se había ido.

—Ahora siéntate, Tom, y hablemos de las cosas que podemos hacer. Ya han empezado con la reconstrucción de los hechos. Estará lista en un par de días.

—Que la haga Tughan.

Thorne se dirigió rápidamente hacia la puerta. Había pedido a Keable. No le importaba. Abrió la puerta y se volvió hacia el inspector jefe.

—Has dicho *si...* —dijo Thorne, sacudiendo la cabeza. Keable le miró fijamente—. Si realizamos alguna detención. ¡No *cuando!* Realmente, eres una inspiración para todos nosotros, Frank.

—Inspector Thorne —Keable se había puesto en pie, gritando, pero Thorne había cruzado ya la mitad de la sala de operaciones.

Aquellos con suficiente imaginación reconstruyeron conversaciones que no habían tenido lugar y los que no quisieron tomarse la molestia, simplemente miraron hacia sus zapatos. Cuando Thorne pasó junto a Tughan, este le miró, sonriendo, desde detrás de la pantalla de su ordenador:

—No sé por qué te exaltas tanto, Tom. Es solo un médico, no un profesor universitario.

Thorne siguió moviéndose. Se las haría pagar a ese bastardo por su comentario pero sería otro día; ahora no era el momento.

Holland estaba en una esquina de la habitación, sujetando un sándwich y observando a su jefe aproximarse inequívocamente hacia él.

—¿Señor?

—Muy bien, detective Holland —dijo Thorne—. Ahora puedes llevarme a casa.

Rachel Higgins estaba tumbada en la cama, escuchando a su madre, desde el cuarto de baño. Había bajado el sonido de la televisión, pero cada poco tiempo miraba a la pantalla e intentaba imaginarse de qué iba el argumento. Era una película porno barata del Canal 5, así que no era muy difícil. Oyó el ruido de la cisterna del inodoro. Mamá estaba a punto de irse a la cama.

Cogió su *Walkman* y se metió el pelo por detrás de las orejas antes de colocarse los cascos. Los Manic Street Preachers le ayudarían a hacerle olvidar la pelea con su madre. Todo el asunto había sido una estupidez. Había empezado con la habitual bronca a cuenta de los malditos exámenes para subir nota. ¿Qué importa si sus resultados en Tecnología de la Información y en Química no eran como se esperaban? No pensaba hacer ninguna asignatura de ciencias en el curso siguiente, de todas formas. Habían estado discutiendo un buen rato, hasta que ambas se pusieron de los nervios; después, empezó a echarle en cara lo de su *privacidad*. ¡Su derecho a tener su propia vida! Por amor de Dios...

Quizá su madre y ella debían dejar de fingir ser amigas al estilo de las comedias sobre familias de clase media en los sesenta. Si era eso lo que su madre quería, lo haría. Solo había estado hablando con su padre, joder. En ningún momento le había prohibido que lo hiciera.

En la televisión, un técnico de mantenimiento fofo intentaba quitarle el sujetador a una cantante o quizá era su representante; era un tipo horrible y ella tenía las tetas viejas y caídas.

Parecía que le gustaba mucho el poli, le daba igual si su madre quería tirárselo hasta dejarlo seco, pero ahora mamá estaba cambiando las reglas. Ciertas cosas eran «asunto suyo» y se le permitía tener una vida privada.

Parecía obvio que ese tipo fofo no iba a sacarse la verga. Cogió el mando a distancia, apagó la tele y se quedó a oscuras intentando no llorar.

El volumen del *Walkman* estaba al máximo. El ruido la ayudaría a quedarse dormida pronto y la riña estaría olvidada por la mañana.

No importaba demasiado, de todas formas. Su madre podía guardarse sus secretos, si quería.

Rachel tenía muchos secretos también.

Parece que Anne le ha dado lo suyo al cretino de su marido en el ascensor. Parece que se ha deshecho definitivamente de él. Me gustaría decirle que deje de perder el tiempo y que avance algún paso con ese poli regordete. Ya han cenado juntos, ahora debería ir a por él, sin dudarle. Sobre todo ahora que algún chiflado le ha golpeado en la cabeza. Atrápale mientras tenga las defensas bajas. ¡Cógelo bien mientras siga mareado!

Siempre he sido muy buena haciendo parejas. Fui yo quien consiguió que Paul comenzara a hablar con Carol. Me pregunto si habrán vuelto ya de su luna de miel. Supongo que no o se habrían pasado por aquí.

Anne y yo nos hemos reído bastante. Bueno, ella se rio mucho y yo simplemente pensé que me reía. Si te digo la verdad, es algo jodidamente extraño. Cuando estoy medio colgada, que es casi todo el tiempo (por cierto, ¿he mencionado que las drogas son fantásticas aquí?), me imagino que todas las enfermeras están en mi interior, en vez de fuera, en el mundo real. Intento imaginarme que son como pequeños gnomos que recorren mi cuerpo, haciendo todas las cosas que mi cerebro les dice que hagan. Pequeñas partes móviles de mi cuerpo. Una enfermera para abrirme los ojos. Una enfermera para limpiarme el sudor. Una enfermera para rascarme una teta que me pica (bueno, una vez que me las haya arreglado para indicarle que me pica). ¿Recordáis a los Numskulls, de esos comics antiguos? Un divertido montón de enanitos que vivían dentro de la cabeza de un tipo. Pienso hambriento y esas cositas vestidas de azul, con una gorra y un reloj de pulsera, vienen y vierten algo rico por el tubo digestivo. Pienso pipí y, sobre la marcha, otro pequeño esclavo me vacía el catéter. Ya lo sé, joder, algo tengo que hacer para entretenerme durante el día.

Eso es otra cosa. No tengo ni puta idea de qué hora del día es. Anne se esfuerza en decírmelo, pero se me olvida diez minutos después de que se haya ido. Me siento también un poco desorientada («como siempre, entonces», como dirían las chicas de la guardería). ¿Cómo estarán los chiquillos? A algunos los habrán trasladado al siguiente nivel. El pequeño Daniel se encontrará con gente nueva a la que morder. Les echo mucho de menos.

Me pregunto si aún podré quedarme embarazada.

CAPÍTULO OCHO

Hendricks llegó cargado de cerveza barata y, para las nueve y cuarto, ya les costaba bastante a los dos mantenerse despiertos. Mostrarían la reconstrucción en unos diez minutos. Hendricks, aferrado obstinadamente a sus ideas, se dedicaba a despotricar contra todas las noticias que leía, mientras que Thorne bebía despacio otra lata de cerveza y se preguntaba por qué no había llamado a Anne Coburn.

Desde luego, sabía bastante bien por qué no lo había hecho. La auténtica pregunta era cuánto tiempo más aguantaría simulando una total integridad o, al menos, que tenía un mínimo de ella.

Su determinación iba menguando, lata a lata.

El contacto más formal, la más banal de las conversaciones se vería empañada, lo sabía perfectamente, por lo que no le estaba contando a Anne. Por lo que estaba eligiendo cuidadosa y deliberadamente no contarle. Desde luego, desde el punto de vista procedimental, tenía razón en no involucrarla. Bien por él; pero quería verla. Quería decirle un montón de cosas.

Había tantas opciones.

Podía continuar viéndola sin hablar del caso o de Alison o de lo que sentía a cada hora del día, pero no estaría ofreciendo demasiado de sí mismo en compensación con lo que necesitaba de ella, ¿no es cierto? O podía decirle la verdad. Aunque, si le confiase que pensaba que su mejor amigo era un asesino en serie, su relación podría tener un comienzo bastante incierto. Si le dijese que su compañero de la facultad de medicina, antiguo amante, era un asesino psicópata difícilmente le consideraría un candidato principal para meterse dentro de sus faldas, ¿verdad?

Y ahora tenía que pasar por esto...

No era un programa que viera asiduamente. No podía negar que, a menudo, proporcionaba pistas útiles y que elevaba el porcentaje de arrestos. En el trabajo lo llamaban *Acusa a tus Vecinos* y era sorprendente comprobar cuanta gente se sentía complacida de hacerlo. Eran las reconstrucciones de los casos lo que más le molestaba, así como las imágenes granuladas, simulando material filmado por circuitos cerrados de televisión. No podía evitar que todo este asunto le resultara ligeramente cómico. Thorne solía dejar de prestar atención en cuanto aparecía el presentador hablando de «cualquier cosa que le haya refrescado la memoria». Después de todo, la ciudad estaba a rebosar de gente que aseguraba, sin pudor, haberse olvidado completamente de haber estado atrapados en mitad de un violento robo a mano armada hace solo quince días. Ese tipo de cosas se te olvida fácilmente.

Generalmente solo hacían las reconstrucciones de los casos más macabros. Sabía que se debía a los presupuestos ajustados de la policía y la televisión, pero aún así tenía algo; así que seguían adelante a duras penas. Todo el proceso se llevaba con una sensiblería que le hacía sentir incómodo. Cada «Que duermas bien», cada «No tengas pesadillas», parecía desesperadamente forzado. Enseguida mostrarían cómo tu vecino

era golpeado, violado, asesinado y lo siguiente era asegurarse de que crímenes como ese eran «extremadamente raros». La falsa seguridad de unos criminales maravillosamente maleables.

Que duermas bien, si eres estadístico.

A pesar del tono sensiblero y pesimista seguía siendo televisión. Era, después de todo, entretenimiento o en el mejor de los casos, periodismo, y esto le inquietaba.

Pensó en esos fotógrafos de la policía enfocando a Helen Doyle.

—Vamos allá —Hendricks se sentó y cogió el mando a distancia.

El presentador y los oficiales seleccionados, de entre aquellos con mayor don de gentes, enunciaron el menú de delitos que iban a tratarse en los próximos cuarenta minutos. Backhand era el primero de ellos. Después de que una atractiva inspectora del distrito mirase fijamente a la cámara para asegurar que los ataques de extraños eran muy, muy infrecuentes, Thorne se vio conducido hacia el interior del Marlborough Arms.

Vio a una joven actriz riendo, sentada junto a un grupo de chicas. La observó dirigirse a la barra y pedir una ronda de bebidas, mientras que la voz en *off* informaba al televidente de quién era y de qué estaba haciendo allí y comenzaba a dar sinistras indirectas acerca de lo que estaba a punto de ocurrirle. La joven actriz recogió su abrigo y se dirigió hacia la puerta acompañada por otras chicas.

Y vio a Helen Doyle salir hacia Holloway Road, despedirse de sus amigas y comenzar a andar para encontrarse con el hombre que iba a matarla. Vio reaparecer el color en su rostro y su pelo libre de hojas. Sabía que bajo su blusa y su falda había desaparecido la marca de la incisión en forma de Y que le practicó Hendricks y su joven piel volvía a ser suave y a estar perfumada de talco. Thorne sintió que se le tensaba la garganta mientras la sangre fluía por las pálidas piernas que conducían a Helen Doyle a través de Whittington Park, hacia una casa donde la esperaban sus padres.

Ahora Helen se detiene, se ríe y habla con un hombre y toma un trago de una botella de champán. El hombre es alto de pelo ligeramente canoso. Tendrá unos treinta y tantos años. ¿No sería algo más viejo? Helen comienza a sentirse algo mareada. Se deja caer dentro del coche de color oscuro que comienza a moverse hacia un destino desconocido donde el conductor, con mucha suavidad y gran destreza, robará a Helen Doyle y, a todos los que la quieren, todo lo que ella posee.

Entonces aparecía Nick Tughan con su mejor pinta. Thorne no podía negar que salía bastante favorecido. La chaqueta y la corbata estaban impecables. La voz cadenciosa sonaba, sin duda, estupendamente. La solicitud de información era simple y sincera. Si tienen algún dato preséntenoslo. Por Helen. Por la familia de Helen. Se dio el número de teléfono de la sala de operaciones y el programa siguió presentando una serie de robos a mano armada en West Midlands. Thorne cerró los ojos.

¿Qué piensas, Tommy?

Esperaremos, a ver qué nos aportan esas llamadas.

No, me refiero a... ¿estaba guapa, Tommy? Dímelo. ¿He salido bien? Sí, cariño, has salido preciosa.

—Tughan tiene un toque de gran presentador, a lo Terry Wogan, si quieres mi opinión.

—No la quiero y estás borracho. Así que, por mucho que odie manchar mi caro sofá cama escandinavo con escoria del Arsenal FC., puedes quedarte. Hendricks ya se había puesto dificultosamente en pie y se disponía a coger la chaqueta de piel. Una lata de cerveza medio vacía salió disparada por la habitación de una patada, en el proceso.

—Jodido patoso. Intenta llegar al metro de una sola pieza, ¿quieres?

Hendricks se despidió agitando la mano y puso mala cara al pasar delante de la ventana. Thorne recogió la cerveza derramada con una toalla de papel, puso un CD de George Jones y se dejó caer en su silla. Se alegraba de que Hendricks se hubiera ido. Quería sentarse allí solo y esperar la llamada de Holland.

Anne apagó la televisión y recorrió la habitación, apagando las lámparas. Thorne le había hablado del champán, de cómo el asesino había drogado a esa pobre chica y a Alison. Ver la recreación de los hechos en los mismos lugares donde se desarrollaron fue escalofriante. De alguna manera se sintió unida a Helen Doyle y, a través de ella, pero de manera diferente, se sintió unida a Alison. Sabía que estaba fantaseando, dramatizando incluso, pero sabía que quería devolverle a Alison su vida por razones que iban más allá de lo estrictamente profesional. Quería que fracasara el hombre que la había atacado y que había matado a las otras chicas. Quería convertirse en la razón de su fracaso.

Permaneció en la habitación a oscuras preguntándose por qué no había estado Thorne en el programa. Quizá no estaba totalmente recuperado todavía. Parecía que estaba mejorando cuando lo vio en el hospital, pero quizá se precipitó al darse de alta tan rápido. Era muy testarudo quizá también fuera un poco inconsciente. Pensó en llamarle, pero sabía que sería una larga llamada. Necesitaba descansar.

Se cepilló los dientes, pensó en David y se lo imaginó atrapado entre las puertas del ascensor. La imagen le hizo reír y le facilitó la localización de las marcas de expresión, mientras se aplicaba crema hidratante en el rostro. Apagó la luz del cuarto de baño y vio a Tom Thorne entre las sombras, sentado al borde de la cama, en el hospital, contemplando la habitación, a miles de kilómetros de allí.

Le llamaría mañana al trabajo, para proponerle tomarse juntos una cerveza.

Al entrar en su dormitorio oyó, en la puerta de al lado, el sonido amortiguado del móvil desde el dormitorio de Rachel. Escuchó a su hija musitar un *hola* antes de cerrar completamente la puerta. Anne estaba molesta pero no quería tener un enfrentamiento con ella. No tan pronto, después de su estúpida riña. Además, debía levantarse temprano para ir al colegio.

Era una hora ridícula para que la llamaran sus amigos.

Holland llamó justo al dar las once y media. El identificador de llamadas le dijo a Thorne que le llamaba desde su móvil particular.

—Mucha gente dice haberla visto andando por la calle principal. Un tipo nos llamó para decirnos que la escuchó cantar, cuando pasó junto a él.

Iba feliz de camino a casa. ¿Sería este un dato positivo?

—¿Y qué cantaba?

—¿Cómo dice?

No lo recuerdo, Tommy. Robbie Williams, quizá...

—¿Y qué hay del asesino?

—Parece obvio que había menos testigos una vez que giró hacia Holloway Road, pero nos han llamado dos. Ninguna novedad acerca de la descripción. Tres personas han llamado diciendo que creen que el coche era un Volvo. ¿Me escucha?

—¿Se ha marchado ya a casa Keable?

—Sí, se fue hace un par de horas. ¿Señor?

Thorne lanzó un gruñido. ¿Era demasiado tarde para llamar?

—Una cosa más. Pensamos que el asesino puede haber llamado.

Thorne ya había considerado esa posibilidad, pero aún así conseguía dejarle sin aliento.

—¿Quién atendió la llamada?

—Janet Noble. Hemos tenido que tratar con la dosis normal de chiflados pero, según ella, ese tipo parecía bastante convincente. A decir verdad, se quedó algo preocupada.

—Continúa.

—Una voz grave, bien modulada.

Thorne sabía exactamente cómo sonaba.

—¿Qué dijo?

—Dijo que era mejor parecido que el actor, que Helen Doyle era menos agraciada y que la marca de champán era mucho mejor.

Desde luego. Se preocuparía por detalles como esos.

—Y preguntó por usted.

—¿Qué le dijo Noble?

—Le dijo que se encontraba enfermo, señor.

Thorne sabía lo bien que caerían esas palabras. Si se las creyera.

—Gracias, Holland, te veré mañana.

—Buenas noches, entonces, señor.

—Y, a propósito, gracias por el CD. No he tenido oportunidad de...

—No se preocupe. ¿Es bueno?

Le recorrió un ligero sentimiento de culpa. *Los Grandes Éxitos* de Kenny Rogers estaban olvidados en una caja, en el fondo del armario, junto a una colección de viejos libros en pasta blanda y un armario del cuarto de baño, bastante usado, a medio desmontar. Había planeado llevarlos a un taller de la caridad durante el fin de semana.

—¿Es ese que suena de fondo, señor?

Dave Holland acopló el móvil al cinturón, se despidió de los oficiales que seguían atendiendo llamadas y, esperó a que llegase el ascensor. Sabía que este tipo de cosas podía ocurrir, especialmente con Thorne, pero nada de eso hacía su vida más fácil. No estaba completamente seguro de lo que ocurría, pero había que ser completamente estúpido para no darse cuenta de que se estaban estableciendo líneas de acción. Sabía lo que Sophie le diría que hiciera. Dedicarse a trabajar a destajo no le había ocasionado nunca ningún problema con Keable o Tughan, ¿verdad?

Ni con su padre.

Ningún problema. Solo una pensión decente y algunas historias que contar y, ni lo más mínimo de satisfacción durante treinta y cinco años. Había hablado orgullosamente de «no haberse metido en líos», justo hasta el día en que cayó fulminado, muerto a los sesenta.

Tom Thorne no había trabajado a destajo en toda su vida, quizá estaba simplemente dejándola pasar. Había estado dándole a la cerveza cuando Holland le llamó, eso sin duda.

Cuando la ambulancia se lo llevó de su casa hacía cuatro días, delirando, y Holland había intentado ordenarlo todo ligeramente, se dio cuenta de que Thorne no se consideraba mejor que ningún otro. Ni Keable ni Tughan ni el exdetective Brian Holland, muerto hace cuatro años. Simplemente, era un estilo distinto de policía. Un estilo distinto de hombre. Quizá era el tipo de hombre cuya aprobación significaba algo. Si Holland consiguiera ser así y mantenerse a salvo quizá entonces estaría en el buen camino.

Sacó el teléfono de nuevo. Si Sophie seguía despierta compraría un *curry* de verduras de camino a casa. Dejó que sonara cuatro veces y colgó. Finalmente llegó el ascensor y se metió dentro sabiendo perfectamente que, en los próximos días y semanas, mantenerse al margen no iba a ser una opción.

—¿Frank?

—¿Qué ocurre, Tom?

—Bishop tiene un Volvo.

—Cierto.

—Un Volvo azul marino. No lo incluí en mi informe inicial, pero había uno

aparcado en la puerta de su casa.

—Está en el informe de Tughan.

—Tughan lo sabía.

—Ya te lo dije. Está al tanto de todo eso.

—¡De todo eso!

—¿No podemos hablar de esto por la mañana?

—¿Y las llamadas de esta noche no cambian nada?

—Es una cosa más en la columna de los *más*, pero aún hay demasiados *menos*.

—Has pasado demasiado tiempo hablando con Tughan.

—Buenas noches, Thorne.

—Voy a hacer una solicitud formal para que me aparten de este caso, señor.

—Definitivamente, hablaremos de esto mañana.

—¿Anne? Soy Tom Thorne. Perdona, ¿te he...?

—¿Dígame?

—Mejor te llamo mañana.

—Da igual, es curioso, estaba enfadada porque Rachel estuviera hablando por teléfono hace un minuto. ¿Ha sido hace un minuto? Debo haberme apagado como un farol.

—¿Rachel está al teléfono? Voy a...

—En su móvil. No me gusta nada la idea, pero...

—Es una cuestión de seguridad.

—Hmm.

—En realidad, estaba pensando en Alison y, obviamente, quería saber cómo estás.

—Alison está... un momentito, voy a sentarme. Mucho mejor, Alison está haciendo progresos, poco a poco. Aún es demasiado pronto para avisar al terapeuta ocupacional, pero las cosas van mejorando. Y me encuentro muy bien, gracias.

—Me gustaría verla. Comprobar cómo le va. Me dijiste que está mejorando su habilidad comunicativa.

—Así es, pero aún no es demasiado fiable. Estoy intentando establecer un sistema de mi invención que, probablemente, será un completo desastre, pero bueno. ¿Qué tal está tu cabeza?

—Entonces, ¿qué piensas? ¿Podré ir a visitarte?

—¿A ella o a mí? Dijiste que...

—¿Cómo dices?

—A las dos... sí. ¿Qué tal el viernes?

—Estupendo.

—Estoy hasta arriba de trabajo.

—Lo sé... Muy bien. Siento haberte llamado tan tarde. He... tomado...

—¿Un par de cervezas?

—Un poco de todo.

—Suenan interesantes.

—No creas. Dejaré que vuelvas a la cama.

Medianoche pasada. Sentado en una incómoda silla con un nombre sueco impronunciable y tratando de poner en orden su vida o terminando de joderla por completo. ¿Por qué únicamente sentía que lograba algo cuando conseguía cabrear a otra persona? Era como el típico escandaloso, durante una partida de Trivial Pursuit, chillando al que lee las preguntas hasta probar que está equivocado. El conductor furioso, soltando tacos y deslumbrando con las luces de carretera, hasta que el otro conductor señala a un poste de tráfico que muestra quien tiene razón. El idiota que lleva sus sentimientos impresos en la cara. Esa cara emitía mensajes. Susurraba «te estás equivocando». Murmuraba «yo tengo razón». Chillaba «lo sé». Irritaba a la gente, durante tanto tiempo como podía recordar. Conseguía que sus colegas se distanciasen de él y ponía nerviosos a oficiales superiores.

Empujó a Fancis Calvert a matar niños.

Todavía quedaba una lata de cerveza. Puso otra vez su canción favorita del álbum de George Jones y subió el volumen. Un dúo de Jones y Elvis Costello.

Hay un extraño en la casa al que nunca nadie ve, pero todos dicen que se parece a mí.

Tendría que tener mucho tacto con Keable. Por mucho que desconfiara de las teorías de Thorne acerca de Jeremy Bishop, Keable sabía que había una conexión entre el asesino y Thorne. La primera nota se escribió antes de que Thorne hubiera conocido a Bishop. Había una relación. El asesino quería tener cerca a Thorne. Así que, hiciera lo que hiciese, Thorne sabía que Keable estaría observándole. Lo cierto era que Thorne no sabía lo que iba a hacer y, lo que era aún peor, tampoco tenía ni idea de lo que iba a hacer Bishop. ¿Cómo reaccionaría ante el abandono del caso de Thorne? ¿Se sentiría insultado?

¿Haría algo para atraer hacia sí la atención que pensaba que merecía?

Thorne procuraba no pensar en esas cosas que podrían hacer que se arrepintiera de la decisión que había tomado. Se dijo a sí mismo que no le habían dado muchas opciones. Ellos no le escuchaban. Peor aún, le juzgaban. Recordándole lo de Calvert. Quince años y todavía estaba en tela de juicio, cualquier instinto se tomaba como una obsesión. Cualquier observación, cualquier opinión, se sopesaba, se juzgaba y se consideraba deficiente.

No soportaría más que lo siguieran cuestionando. No necesitaba el juicio de los vivos.

Los muertos lo juzgaban cada día.

Necesitaba salir de una operación que le estaba agobiando. Tenía que salir y dejar que las cosas siguieran su ritmo. Mientras se dejaba la piel, siguiendo pistas y poniendo buena cara, Jeremy se estaba burlando de él.

Era el momento de darle la vuelta a las cosas.

Tenía que irse a la cama. La mañana siguiente no iba a ser muy agradable y debía estar lo más despierto posible. Pero aún necesitaba hacer una última llamada. Se levantó y se dirigió a la repisa de la chimenea en busca de la agenda. No recordaba, de cabeza, el número de demasiados pornógrafos.

Me alegro de que Anne vuelva a pasar más tiempo conmigo. Había empezado a pensar que había perdido interés, que la novedad había desaparecido. No la habría culpado, aunque no creo que tenga a su cargo a muchas como yo. Me dijo que su volumen de trabajo había aumentado y que el administrador era un gilipollas, así que la comprendo. Además, si no comienzo a hacer progresos podrían ponerme de patitas en la calle. Alguien podría necesitar la cama.

Ya hemos cogido la onda del «sí» y el «no» y «me duele» es una de mis especialidades, pero el pestañeo no es precisamente como el esperanto. Uno para el «sí» y dos para el «no» está muy bien en teoría, pero es la falta de control lo que me desmoraliza. Y los espacios entre los pestañeos aparecen por todas partes. Intento pestañear dos veces, pero a Anne se le hace muy difícil saber si estoy diciendo «no», o «sí, sí». Hay un montón de «¿es eso un sí, Alison?» ¿No?. ¿Es un no, entonces? Parecemos un par de cómicos extranjeros del show de Benny Hill. ¡Este pollo parece de goma! Papa solía mearse de risa con eso. A mamá nunca le gustaron demasiado los programas cómicos pero a él le encantaban. Quizá lo único que le gustaba al viejo zorro eran las chicas en bikini. Una vez sorprendí a mamá viendo uno de los videos, un par de semanas después de que papá muriera. Debió sacarlo del videoclub. Yo estaba haciendo mis exámenes finales y un día llegué a casa del colegio antes de lo normal. Ella estaba allí sentada, viendo a un tipo viejo y gordo con los ojos fuera de las órbitas persiguiendo a las chicas alrededor del jardín.

Tim también debería ponerse a trabajar en serio. Simplemente, se queda sentado allí y me coge la mano. Sé que no puede venir mucho durante el día a causa de su trabajo, pero debería esforzarse más por las tardes. Yo no lo sé todo. Él no me cuenta nada. ¿Qué ocurre en Brookside? ¿Sigue jugando al fútbol los domingos? ¿Ha puesto ya la cortina de la ducha? Si papá estuviese aquí le patearía el culo.

Es un estúpido, de verdad, porque estoy perdiendo peso y, si todo lo demás no funciona, entonces, ¡hay muchas posibilidades de que deje de envejecer! Saldré caminando de aquí, con una figura mucho más delgada y sexy que la que tenía anteriormente. Hay un enfermero muy apetitoso. Es homosexual, probablemente, pero está buenísimo. Si Tim no se anda con cuidado puedo empezar a mirar hacia otro lado.

CAPÍTULO NUEVE

Cuando se despertó seguía aún enfadado. El lamentable espectáculo dramático *amateur* que había presenciado la noche anterior había sido bastante decepcionante. ¿Y dónde diablos se había metido Thorne? Al menos, se había confirmado lo que sospechaba desde un principio: que la investigación rigurosa y de alta prioridad no había conducido a ningún sitio. Es posible que ya tuviesen el coche o una descripción algo más pormenorizada, pero todo seguía yendo penosamente lento. No había ni una aproximación del número de matrícula. La había robado, por supuesto, pero ¡por favor! Hacía ya quince días que les había dado el cuerpo de Helen para que jugasen con él y aún seguían pidiendo ayuda al público.

Malditos inútiles.

Thorne. No aparece por ningún sitio, cuando debería estar protagonizando su momento de gloria televisiva. No se había creído, ni por un momento, que Thorne estaba aún recuperándose. Los polis debían estar tramando algo, eso seguro. Era algo fuera de programa pero que no traería excesivos problemas. Si todo lo que habían conseguido su pantomima teatral y su maliciosa carta era que los chicos de azul tuviesen una simple rabieta, entonces tendría que buscar otra forma de meterles prisa, ¿no es cierto?

De todas formas ya iba siendo hora. Se suponía que los maníacos aumentaba la actividad cuando se desencadenaba la locura, ¿no es verdad? No esperarían menos de él. Había considerado la posibilidad de animar un poco las cosas. Quizá, la próxima vez, un homosexual o un anciano. No, eso solo los confundiría y no quería que estuviesen desconcertados. Después de considerar varias posibilidades estaba listo para asestar otro golpe. Estaba encantado con la idea de intentarlo una y otra vez.

Había intentado golpear a Thorne en la espinilla. Era tiempo de golpearle en el corazón.

Thorne echó un vistazo en el bar. Gente de negocios, en mangas de camisa, tomando una canasta de langostinos rebozados o un chile con carne calentado al microondas, como excusa para tomarse un par de cervezas durante el almuerzo. Probablemente se trataba de un sitio igual de bueno que cualquier otro. A los informadores no les gustaba quedar en lugares cercanos a sus casas y, en realidad, de toda la gente que había en la planta alta del *Lamb and Flag*, era Thorne el que tenía más pinta de maleante. Se sentía cómodo con esa apariencia. Sabía que tenía aspecto de ser útil. No le había causado ningún perjuicio hasta ahora, aunque le hubiera gustado haber sido más alto.

Un hosco camarero australiano vació el cenicero que no estaba usando Thorne.

—¿Vas a comer, colega? Necesitamos la mesa.

Thorne abrió la cartera:

—Tomaré otra botella de agua mineral —se aseguró de que viera claramente su identificación. El camarero chasqueó la lengua mientras limpiaba la mesa y fue por la bebida de Thorne.

El agua mineral Perrier era la única cosa que desentonaba con la imagen que sabía que estaba dando, pero el alcohol seguía aún estrictamente confinado a su pequeño IKEA. Además, quizá volviese directamente al trabajo después. Pensaba que no sería muy adecuado presentarse borracho como una cuba en su primer día fuera.

La reunión con Frank Keable del día anterior no había sido tan espinosa como se había imaginado. Keable había querido que permaneciera en la investigación pero por ninguna de las razones correctas. Le habló de la integridad del caso, fuera eso lo que fuese y, de que no podía permitirse perder a un oficial con la impresionante hoja de servicios de Thorne. En cuanto a la nota y al ataque sobre Thorne, que Keable le aseguró que se había considerado como intento de asesinato, este se mostraba bastante ambiguo. Se mantuvo inflexible en cuanto a que esta faceta del caso se investigaría estrechamente, pero Thorne podía sentir los temores de Keable en cuanto a que, una vez que se retirara del caso, sería él quien se convertiría en el macabro centro de atención del asesino.

Thorne sabía que eso no iba a pasar.

La cruda realidad era que si se iba Thorne a Keable le aterrizzaba que la prensa entrara en juego; era comprensible que no le hiciera ni pizca de gracia explicarle al superintendente la razón por la cual uno de sus oficiales más expertos abandonaba el barco. Thorne le había dicho que lo atribuyese a un enfrentamiento con Tughan o con él. Lo que más le gustase.

Keable le pidió que lo reconsiderase. Thorne desvió la mirada hacia los aburridos ojos marrones del ciervo de Exmoor y se mantuvo en sus trece.

Hacia la hora de comer ya le habían transferido al Grupo de Crímenes Graves (Oeste), fuera de Hendon, para entrar en activo a la mañana siguiente.

Esperaba que las cosas estuviesen algo más claras que cuando se fue.

El Servicio Metropolitano de Policía (SMP) se encontraba en constante estado de cambio. No solo estaba ahora bajo el mando directo de la autoridad local de Londres y del alcalde Livingston; además, estaba sufriendo una completa reestructuración funcional. La burocracia en el Servicio Nacional de Salud podía ser impresionante, pero ni se le acercaba.

El antiguo sistema de zonas ya no existía. Las cinco zonas de Londres (NO, NE, SO, SE y Central), cada una con su propio Equipo de Investigación Criminal (EIC) que habían reemplazado, a su vez, al antiguo Servicio Principal de Investigación Zonal (SPIZ) estaban ahora supervisadas por tres Grupos de Crímenes Graves (Este, Oeste, Sur), que englobaban a todas las Unidades de Mando Operativo (UMO), además de a los antiguos Departamentos del Crimen Organizado, a la Brigada Antiestafa y al Cuerpo de Bomberos.

¿El resultado de todo esto? Cientos de oficiales sin tener la mínima idea de lo que

pasaba o más bien de por qué pasaba. La línea oficial suponía que la nueva Calificación del Sistema de Seguridad (CSS) sería más efectiva. El SMP ya no tendría que quedarse sentado, esperando a que se produjese un crimen.

Era muy bueno, en teoría.

Pero era imposible anticiparse a los antojos de Jeremy Bishop.

Como inspector del tercer equipo de Beck House, en Hendon, se podía decir que Thorne había aterrizado con buen pie. Había trabajado con el inspector jefe Russell Brigstocke en Crímenes Graves durante seis meses y sabía que, exceptuando el caso de algún problema de envergadura, a Brigstocke le importaba bastante poco que Thorne dejase de estar disponible de vez en cuando.

Como desde las nueve en punto de esa mañana.

—¡Kodak!

Si Thorne aparentaba ser útil, el hombre de unos cuarenta años que asentía con la cabeza y apresuraba el paso para unirse a él, era definitivamente indispensable. Con un metro ochenta de estatura y de constitución sólida, pelo rubio, *piercing* en la nariz y una chaqueta abombada de color amarillo brillante. Pero no todo iban a ser buenas noticias. La voz de Dennis Bethell podía provocar una pelea a cien metros. Era una mecha a punto de arder.

—¿Le traigo uno, señor Thorne?

Thorne siempre sonreía la primera vez que oía aquel chillido estridente y fuera de lugar. Quien fuera responsable de esas cosas o bien la había cagado o tenía un gran sentido del humor. También había por ahí un ratón de tira cómica extremadamente cabreado que sonaba igual que Frank Bruno.

Señaló a su vaso de agua:

—No, gracias.

Bethell asintió con la cabeza al menos durante diez segundos.

Thorne vació su vaso cuando el camarero trajo finalmente otro nuevo y se llevó el dinero. Bethell estaba todavía más grandullón que la última vez que le vio.

—Los esteroides provocan cáncer, ya lo sabes, Kodak.

—Gilipolceces —chilló Bethell—, solo te dejan impotente. Bueno, ¿qué tal ha encontrado todo esto, señor Thorne? Ya sé que está todo un poco embarullado pero me ha venido bien trasladarme al oeste. Hay mucho negocio por aquí.

—Claro que sí, Kodak.

Comparado con los traficantes de porno al uso, Dennis Bethell era de los menos desagradables. Thorne había observado su carrera con interés durante veinte años. Era proveedor de cualquier cosa, desde las blandas fotos glamurosas de las revistas de coches, hasta el material más intenso y difícil de conseguir. Durante los ochenta, su material porno de máxima calidad había tenido una gran demanda y su incursión ocasional en el chantaje había causado el fin abrupto de, al menos, una destacada carrera política. Dennis era de la vieja escuela. En un tiempo en el que los vídeos de porno duro estaban a diez libras y en el que cualquier idiota que tuviese un ordenador

podía observar enanos haciéndoselo con monos, con el simple clic de un ratón, él seguía apostando firme por la fuerza y el realismo de una foto fija. Muy en el fondo, Thorne admiraba esta sucia muestra de la vida en los bajos fondos.

—Ya sabes que este antro era antes el *Bucket of Blood*.

Thorne ya lo sabía. Hace doscientos cincuenta años esto había sido un bar en el que abundaban las reyertas. Prostitutas y matones hacían su trabajo y se cortaban en rodajas unos a otros por menos de un penique mientras Hogarth se sentaba en una esquina tomando notas y haciendo bocetos. Thorne le dirigió una mirada inquisitiva. No podía evitar preguntarse si era posible que se hubiera sentido más en casa.

—Los negocios van bien entonces, ¿no?

Bethell se encendió un Silk Cut.

—No van mal del todo. Tengo una página web, ¿sabes?...

—Acabas de hacerme trizas.

—Oye, tienes que moverte con los tiempos. ¿No ha visto el material que hay por ahí fuera?

Thorne sí lo había visto. Mucho material.

—¿Y tú piensas que lo que haces es diferente?

—No hago nada que tenga que ver con niños, señor Thorne. No quiero trabajar con esa mierda. Además, el material con el que yo trabajo es mucho más exclusivo. Bastante difícil de encontrar.

—Sí, tienes que entrar de puntillas en los puestos de revistas.

Bethell parecía sentirse incómodo ante el comentario. Apagó el cigarro mucho antes de que se hubiera acabado. Se encendió otro.

—¿Podemos acabar con esto, señor Thorne?

—Por supuesto, perdona por entretenerte tanto tiempo.

—Escuche, señor Thorne, últimamente no escucho demasiados chismorreos. Me he dedicado de lleno a sacar adelante este asunto de la cámara web y, aparte de esto, está el trabajo de siempre con las modelos. No salgo tanto como solía.

El camarero volvió con el cambio de Thorne. Desde la mesa que había detrás de él Thorne oyó unas risillas burlonas. Esperaba que no fuesen dirigidas al hombretón que tenía sentado frente a él.

Behtell malinterpretó el silencio de Thorne como decepción.

—Hay muchos asuntos de drogas sobre los que puedo informarle. Las chicas de ahora no dejan de meterse éxtasis y de esnifar coca como si fuera el fin del mundo. No necesitan comer nada.

Más risillas y esta vez, también, las oyó Bethell. Thorne se volvió. Eran cuatro tipos corrientes. Pelo corto, gafas cuadradas y zapatillas de deporte que, posiblemente, les habían costado más caros que sus trajes. No le devolvieron la mirada. Volvió a mirar hacia delante y bajó la voz, como indicando a Bethell que hiciera lo mismo.

—No necesito información, Kodak.

—Bueno.

—Quiero aprovecharme de tus servicios profesionales altamente cualificados, que me prestarás a cambio de que no envíe a Vice a tu cuarto oscuro.

Bethell se quedó pensando por un momento.

—¿Quieres que saque algunas fotos?

—Un retrato en blanco y negro, lo más próximo posible. El sujeto no debe darse cuenta de que le están fotografiando —Bethell pasaba difícilmente desapercibido, pero Thorne sabía que este tipo tenía bastante experiencia en no llamar la atención. En un universo paralelo, se habría convertido en un *paparazzi* altamente cotizado.

—No hay por qué preocuparse, señor Thorne, tengo el impresionante nuevo *zoom* Nikon 1300.

Thorne se inclinó, acercándose a él un poco más.

—Mira, Bethell, este trabajo es una cagada, ¿vale? Una simple foto de la cabeza. Saliendo de su casa, montándose en el coche, da igual. No debería ser ningún problema para ti. Sin camas, ni animales, ni chicas adolescentes drogadas.

Pensó en Helen Doyle, sentada en el bar, riéndose.

Nunca hice nada de eso, Tommy. Solo soy una chica Bacardi...

Le dio la dirección a Bethell y se terminó la copa, mientras el fotógrafo siguió hablando con entusiasmo de lentes y objetivos durante unos minutos y desapareció entre la gente. Al irse, Bethell dirigió una mirada amenazante a los cuatro de la mesa de detrás de ellos.

Thorne estaba bastante seguro de que Bethell haría un buen trabajo. No solo porque su vida se convertiría en un infierno si no fuera así, sino porque sabía que aquel tipo se tomaría el trabajo como una cuestión de orgullo profesional. Thorne pensó y, no por primera vez, en lo bien que funcionaba con los criminales profesionales. Era un juego que se le daba estupendamente. Incluso los bastardos más desagradables, con los que había tenido que enfrentarse durante sus dieciocho meses en la Brigada Móvil, eran fáciles de manejar. A algunos los había atrapado y a otros no, pero no tenía que malgastar su tiempo en imaginarse las razones por las que cometían sus delitos. Dinero, casi siempre. Sexo, ocasionalmente; generalmente porque no valían para hacer otra cosa. Pero las reglas del juego eran simples: Detenlos primero y que alguien investigue los motivos después.

Bishop, y la gente como él, no jugaba siguiendo las mismas reglas. Thorne sabía que si conseguía atrapar a Jeremy Bishop sería con poca ayuda, aunque muy valiosa. Sabía que debía tomarse las cosas con mucha tranquilidad, paso a paso. Bethell era el primer paso, pero después tendría que componer él solo todo el caso. Fuera cual fuese este nuevo juego, Bishop jugaba con ventaja. Thorne estaba convencido de que el porqué era importante. Probablemente, el porqué era crucial; era precisamente en este punto en el que se encontraba más desorientado.

A Thorne no le importaba una mierda el porqué.

Cuando Bethell volvió a la mesa, Thorne se levantó y comenzó a ponerse el abrigo.

—¿Estamos de acuerdo, entonces?

Bethell sacó sus cigarrillos.

—Sí. Supongo que no vale para nada que pregunte para cuándo quieres las fotos, ¿me equivoco?

—No, no te equivocas.

Las risas que volvieron a oírse tras ellos le indicaron a Thorne que debía marcharse, cuanto antes. Bethell avanzaba ya hacia ellos.

—¿De qué os reís?

El mayor de los cuatro se puso en pie y se quedó mirando a Bethell a través de sus gafas de diseño. No era un movimiento agresivo, sino más bien persuasivo, pero eso no le importó demasiado a Bethell. El grueso dedo que hincó en el pecho de aquel tipo debió parecerle la acometida de un ariete de guerra.

—¿Os parece gracioso algo que haya dicho? Vamos, decidme —Gafas Cuadradas le dio un manotazo, para apartar el dedo; Pelo Corto se movió para proteger a su amigo y se lio.

Cuando Bethell estampó el puño, lleno de anillos y sellos de oro, en la cara de Gafas Cuadradas, Thorne golpeó de revés a su amigo en la boca. Cayó hacia atrás, sobre la mesa, golpeando botellas y vasos con sus caros zapatos de deporte. Ahora eran dos contra dos y todo ocurrió muy deprisa. El tercer hombre cogió un cenicero de metal, pero Thorne se abalanzó sobre él en un segundo, golpeándole con la cabeza en el tabique nasal y haciendo que se retorciera de dolor.

Cuando el cuarto hombre retrocedió apresuradamente golpeó un plato de sopa de pollo con *curry*, que cayó sobre el regazo de una chica joven que comenzó a gritar concienzudamente. El camarero australiano se quedó inmóvil, indeciso y la dueña del local, de pelo de color vainilla y temible aspecto, se acercó desde detrás de la barra con un taco de billar partido.

—Ya está bien. Llama a la policía.

El camarero elevó un dedo acusador hacia Thorne.

—Ya está aquí.

Thorne se acarició la frente y miró a su alrededor. Tres hombres en el suelo, de rodillas, arrastrándose por el suelo de madera, salpicado de trozos de cristal, con manchas de sangre en sus pantalones de combate de diseño y dos docenas de caras perplejas.

Supuso que no era el momento idóneo para mencionarle a la dueña que, probablemente, Hogarth habría estado de acuerdo.

Diez minutos más tarde, Thorne y Bethell se encontraban en la calle, en el exterior del club Garrick. La dueña se había aplacado un poco y los de los dientes machacados y las narices rotas se sintieron muy agraviados hasta que Thorne mencionó la palabra cocaína en la conversación y todo se perdonó y se olvidó

enseguida.

Bethell apoyó una pesada mano sobre el hombro de Thorne.

—Muchas gracias, señor Thorne. Dejar fuera de combate a esos capullos, ha estado muy bien.

Thorne comenzó a sentir que el dolor de cabeza se apoderaba de él:

—No lo he hecho por ti.

Levantó el brazo para parar un taxi.

Y no era a ellos a los que estaba golpeando...

Esperaron hasta que el novio de Alison se hubiera ido para introducir la pizarra. Bishop pensaba que Anne se estaba volviendo quizás demasiado susceptible. Después de todo, le había mantenido bien informado de los progresos de Alison, ¿no es cierto? No podía esperar que se sentara y se pusiera a cantar.

Anne solo quería esperar un poco más antes de involucrar a Tim. Si todo iba bien, tendría que contar con él. Necesitaba que él trabajara también con Alison. Tenía que saber que el esquema de trabajo básico era el correcto. Una vez que todo estuviera preparado y marchara bien lo demás funcionaría automáticamente. Sentía que no entender exactamente lo que significaban sus respuestas le daría a él una idea sesgada del estado en que se encontraba Alison.

Si no estuviese pensándolo ya, estaría seguro de que la iba a perder.

Las ruedas rechinaron hasta que el camillero dejó la pizarra a los pies de la cama. Aunque era una mujer optimista, Anne se hacía cargo de la enormidad de la tarea que trataba de emprender. Alison tenía veinticuatro años. Este era su primer día en parvulitos.

—Me pregunto qué pensarían mis pacientes si sugiriese que los anestesiaran con un mazo —Bishop daba sorbos a su café sin apartar la vista de la pizarra.

Anne no dijo nada. No era lo último en tecnología, pero a estas alturas era adecuado. Se quitó el abrigo y se puso las gafas. Cogió el mando del control remoto que había en la cabecera de la cama y presionó un botón. La cama comenzó a moverse con un profundo zumbido y Alison se fue levantando hasta quedar virtualmente sentada.

—Alison, he traído al doctor Bishop esta tarde. Quizá lo recuerdes. Te atendió la noche que te trajeron aquí —se volvió para mirar a Bishop, que estaba estudiando unas líneas de letras escritas con tiza en la pizarra.

Anne se desplazó hasta la cabecera de la cama y tomó la mano de Alison.

—Muy bien, veamos si podemos acelerar un poco las cosas. Entonces, cinco segundos después, un pestañeo. Anne apretó su mano.

—Muy bien. Aquí aparecen las letras de la A a la Z en dos líneas. También he incluido un poco más abajo otras cosas. Más adelante, podemos aumentar la lista, cuando nos vayamos acostumbrando a esto pero, de momento, empezaremos por lo básico. «Cansada», «dolorida», «hambrienta», «sedienta», «fatigada». Tendrás que

ser paciente conmigo, me temo, hasta que nos acostumbremos a la rapidez de tus respuestas. Sé que será un poco frustrante, al principio, pero creo que funcionará. ¿De acuerdo, Alison?

La vena de la frente de Alison se hinchó imperceptiblemente. Diez segundos. Un pestañeo.

Anne se movió al otro lado de la cama y bajó la persiana.

—Muy bien, vamos a intentar que estés lo más cómoda posible. ¿Puedes apagar la luz, Jeremy?

Bishop se acercó a la puerta y apagó las luces. La habitación se quedó en semipenumbra. Anne sacó algo parecido a una pluma estilográfica del bolsillo mientras se desplazaba hasta la pizarra.

—Escúchame, Alison, esto es un puntero láser. Puede facilitarte que definas las letras y me ayudará a no sentirme como si estuviera dando un informe de guerra. Empecemos por la parte de abajo para asegurarnos de que te encuentras bien —movió el puntero hasta que el punto de luz incidió directamente sobre «dolorida»—. No me digas nada si la respuesta es no. Simplemente dime que sí cuando corresponda.

Fue desplazando lentamente el puntero sobre cada una de las palabras, permaneciendo sobre cada una de ellas durante casi un minuto. Anne miraba intensamente a Alison mientras esperaba. Podía oír el ruido del tráfico en el exterior. No había reacción alguna. Cruzó la mirada con Bishop que hizo un gesto con la cabeza.

—Vale, vamos a intentarlo con esto, ¿de acuerdo? Comenzó a mover el puntero. Bishop sacó un bolígrafo y un pequeño bloc de notas de su bolsillo superior y se sentó esperando. Anne fue pasando el puntero por cada letra durante casi un minuto, pero tras la quinta, o la sexta, comenzó a ir algo más rápido. P... Q... R... S...

Pestañeo.

Anne reprimió un grito de júbilo:

—S, muy bien.

Llegó hasta el final del alfabeto sin que hubiese ninguna otra reacción.

Bishop se aclaró la garganta:

—Es una lástima que no haya muchas palabras en orden alfabético, Jimmy.

Anne se volvió para mirarle, haciendo que la luz se detuviese en su pecho como si se tratara de la mirilla láser de un rifle de precisión. Estaba escribiendo sin parar *Aegilops*.

—¿Cómo dices? —Podía sentir como empezaba a irritarse.

—*Aegilops* es una palabra en la que las letras aparecen en orden alfabético. Es la más larga de todas y, sorprendentemente, es una úlcera en una parte del ojo, aunque no entiendo por qué Alison sacaría esa palabra —dijo, sonriendo—. Me temo que volvemos al principio.

Anne se sintió estúpida por no haber considerado esto. Quizá había una forma

más eficiente de presentar las letras. Tendría que trabajar en ello más tarde. Una segunda pasada añadió las letras H, O y R.

Anne intentó ayudar.

—¿Ahora? Alison... ¿ahora?

Alison pestañeó. Anne esperó. Alison volvió a pestañear. De vuelta a empezar.

En la tercera pasada Alison pestañeó cuando el puntero láser pasó por la M. Anne miró de reojo a Bishop que seguía tomando notas en su libreta. Se levantó sonriendo y se acercó a la cama.

—Creo que está demasiado entusiasta. Está adelantándose al momento en que señalas la letra por si se le pasa.

Anne le miró. Había un cierto ápice de impaciencia en sus palabras:

—¿Y qué?

—Que si la S es la T, entonces hay que avanzar una letra respecto de la M.

Anne pensó por un momento, recompuso las palabras y se ruborizó.

—Está preguntando por nuestro amigo el inspector. Yo en tu lugar añadiría un signo de interrogación a la lista de la pizarra —Bishop permanecía en la cabecera de la cama. Bajó la mirada hacia Alison—. También, deberías dibujar una cara sonriente en algún sitio. Definitivamente muestra un brillo especial en este ojo.

Anne, algo irritada, cogió un pedazo de tiza. Quizá no debía haberle pedido a Jeremy que la acompañara. Había querido tener cerca a un colega, que fuera también un amigo que la respaldase y que estuviese decidido a ayudarla; pero, por mucho que le apreciara, podía ser también terriblemente petulante. Comenzó a escribir en la pizarra: «Me alegro de que todo ese tiempo empleado en resolver los crucigramas de *The Times* no haya sido en vano, Jeremy».

Bishop no la estaba escuchando. Estaba inclinado hacia la cama, cara a cara con Alison.

—¿Me recuerdas, Alison?

Pestañeo.

—De cuando te ingresaron.

Nada, después pestañeó.

Bishop asintió con la cabeza. Siguió hablando, susurrando suavemente.

—Eso está muy bien. ¿Y antes de eso, Alison? ¿Recuerdas algo de lo que ocurrió antes?

Un pestañeo.

Anne se volvió hacia ellos.

Otro pestañeo.

Bishop volvió hacia donde se encontraba Anne sacudiendo la cabeza. Le entregó la libreta con una sonrisa maliciosa. Alrededor de la única palabra, *THORNE*, había dibujado un corazón atravesado por una flecha. Anne se la arrebató con una mueca en parte burlona, en parte denotando genuino fastidio y fue a descorrer las cortinas.

—El señor Thorne está muy bien, gracias. Me alegra mucho que te preocupes

tanto por mi vida privada.

Caminó hacia la cama y miró a Alison. Sus ojos seguían fijos en la pizarra. No esperaba mucho menos de una descarada chica de Tyneside con una idea fija en la cabeza, puso la mano suavemente sobre el hombro de la chica. Esbozó una gran sonrisa, dirigida únicamente a ella.

Se volvió para mirar a Bishop que miraba a la pizarra y sonreía por algo. Se sintió un poco culpable por haberse irritado con él.

—¿Quieres salir a comer algo más tarde?

Respondió sin darse la vuelta.

—Lo siento, Jimmy, tengo una cita.

Anne se acercó a él, manteniendo los ojos bien abiertos, ante la posibilidad de algo de intriga:

—Eso suena a misterioso.

—No demasiado.

—Lo que tú quieras. Te lo sacaré más tarde, sabes que lo haré. A propósito, ¿qué te parece tan divertido? —Bishop dio un resoplido, mientras observaba las letras de la pizarra. Anne se le quedó mirando, aún sonriendo—. ¿Qué?

—¿Te acuerdas de aquella noche, en tu apartamento, hace veintitantos años?

—No.

—Levantando a los muertos David, tú y yo. Y esa chica de Leeds, ¿cómo se llamaba?

—Dios, aquello fue muy extraño.

—No, no tanto. David movió el vaso.

Anne simuló estremecerse, pero sintió una sacudida fría al recordarlo.

Se volvió para incluir a Alison en la conversación:

—Este tipo piensa que la pizarra se parece a una tabla de ouija.

La sonrisa se borró levemente de la cara de Bishop mientras susurraba para sí mismo: «Podría serlo».

Thorne cogió la lista de contactos de la operación Backhand de la mesa de la cocina y caminó hasta la salita para llamar a Dave Holland. Estaban echando *The Bill* en televisión. La mejor serie que habían puesto nunca en el canal ITV.

—Hola... —La novia de Holland. Joder, ¿cómo se llamaba?—. Er... hola, ¿eres Sophie?

—¿Quién es?

—Perdona, soy Tom Thorne, trabajo con Dave. ¿Está por ahí?

Percibió la distorsión del sonido cuando puso la mano en el auricular. No pudo escuchar lo que decía. Cuando Holland se puso al teléfono escuchó que bajaban el volumen de la televisión.

—Holland, soy el inspector Thorne —mejor sería no darle demasiada confianza

—. Espero no estar interrumpiendo tus deberes.

—¿Cómo dice, señor?

—*The Bill*, lo he escuchado de fondo. No es real, ¿sabes?

Holland se rio.

—Sí, pero ese al que todos le toman el pelo se parece mucho al inspector Tughan.

Esta broma le dio mucha información a Thorne. Holland sabía cómo estaban las cosas. Además, Thorne también sabía de qué personaje estaba hablando, había dado en el clavo. Había subestimado seriamente a este joven.

—Escúchame, obviamente, sabrás que estoy ahora de vuelta en Hendon, pero sigo interesado en algunos detalles del caso. A propósito, ¿quién se ha incorporado en mi lugar?

—Roger Brewer. Un tipo escocés, parece agradable.

Thorne no había oído hablar de él.

—Ya sabes, si hay novedades.

—Se las haré saber enseguida, señor.

—Cualquier cosa, lo que sea, Holland, por favor.

Rachel miró el reloj. El chico llevaba solo cinco minutos de retraso, pero no quería perderse los *tráilers*. Pensó en el chalado que se había sentado junto a ella, en el autobús de Muswell Hill y decidió que cogería un taxi de vuelta. Hurgó en su bolso. Si pagaba su billete tendría que pedirle que le prestara dinero. Además, a mamá le gustaría más que cogiera el taxi, aunque se preguntaría por qué no la había traído de vuelta el padre de Claire. Solía hacerlo después de que apareciera por allí a pasar la tarde. Podría decir que tenía el coche en el taller. Pero podría verle conduciendo su coche por la calle. O hablar por teléfono con la madre de Claire. Decidió que sería más fácil pedirle al taxista que parase el coche un poco antes de llegar a casa. Tantas mentiras seguidas no eran una buena idea. No sabía mentir demasiado bien y, además, no le gustaba mentir a su madre. Simplemente rezaría para que su madre no se encontrara con Claire durante los próximos días.

Empezaba a tener frío. Se abrochó un botón más de su chaqueta vaquera y se quedó mirando a la esquina de la calle deseando que apareciera.

Después de todo no estaba mintiendo acerca de él. Simplemente no había dicho nada. La más mínima discusión se convertiría en una jodida bronca como la que tuvieron la otra noche.

Esos putos exámenes, a los que no quería presentarse, eran el problema. No era justo: el momento en que empezabas a ir en serio con una persona coincidía con la fecha de lo que se suponía que eran exámenes muy importantes.

¿Iban los dos en serio? Parecía que sí. Aún no habían dormido juntos, pero no era porque ella no hubiese querido. Era cosa de él. Parecía que no tenía ninguna prisa. Obviamente estaba esperando el momento más apropiado. Estaba siendo delicado y

sensible; evidentemente, porque él ya lo había hecho y ella no. No quería que ella pensara que la estaba presionando, si es que no le apetecía hacerlo.

Rachel sabía que esto se convertiría en un gran problema con su madre. La experiencia del chico. Haría que se le disparasen todas las alarmas.

Se apartó el pelo de la cara con la mano y le vio aproximarse por la esquina. La saludó y se acercó hacia ella. Era muy guapo. En buena condición física. Claire estaría muy celosa. Pero mamá no se sentiría impresionada.

Sobre todo siendo mucho mayor que ella.

¡Una pizarra! ¡Hay que joderse! Anne trajo un día un prospecto sobre esos ordenadores que están diseñando en Norteamérica, que se controlan con las pestañas o algo así. Pueden interpretar virtualmente lo que estás pensando como de película. Tengo un móvil que predice las letras que vas a escribir cuando estás escribiendo un mensaje. Bastante útil, sobre todo cuando alguien escribe tan mal como yo. Cuesta unas treinta mil libras, si mal no recuerdo. Y me traen una puñetera pizarra. Todo el mundo habla de los recortes presupuestarios en el Servicio Nacional de Salud, pero esto es un cachondeo, ¿no es cierto?

Y aquí estaba yo, pensando que estarían ideando un sistema para que pudiera leer o ver la tele. Nada demasiado sofisticado, solo unos cuantos espejos y cosas así, para que no tuviera que pasarme el día tirada aquí observando el trozo de yeso que está a punto de desprenderse del techo. Supongo que no hay muchas posibilidades de que eso ocurra. Probablemente, todas estas máquinas estén también en las últimas. Esta grande que hay a mi izquierda está haciendo unos ruidos muy raros. Espero que les hayan dado bastante cambio a los enfermeros para que vayan echándole a la máquina. No quiero palmarla en mitad de la noche porque alguien se haya quedado sin monedas de cincuenta peniques.

Ya sé que nada de esto es culpa de Anne y sé que solo piensas en estas cosas cuando estás en posición crítica y todo eso. Pero, aun así.

Me puse bastante contenta cuando empezamos con todo ese tema del alfabeto. Necesitamos ingeniar un sistema para que pueda decirle a Anne que retroceda, en vez de seguir adelante. De otra forma, se hace interminable. Seguro que se le ocurrirá algo.

El médico que vino con ella era un tipo listo, desde luego, al deducir que estaba pestañeando con antelación. Tenía que intentar algo así. Si esperaba y no era capaz de pestañear a tiempo, perdía la letra que quería indicar y todo se iba al garete. Habría terminado deletreando la traducción al checo de la palabra químico o algo así.

Supongo que debo estar agradecida a ese médico si fue el primero que me atendió cuando me ingresaron. Recuerdo su cara, mirándome. Recuerdo que me decía que me despertara pero me fui dispersando. Antes de eso, solo puedo recordar a trozos. Trozos de una voz. Pero no lo que me decía. Aún no. Solo el sonido. Suave y ligera como la del doctor Bishop.

Y ahí estaba yo, preocupada porque mi móvil podía provocarme cáncer.

CAPÍTULO DIEZ

Thorne se apeó del tren en el enlace de Clapham. Salió de la estación, miró en su A-Z y comenzó a caminar hacia Lavender Hill. La casa se encontraba solo a diez minutos. Después de las cinco, estaba hecho polvo. El peso del maletín no ayudaba demasiado.

Y no es que el maletín llevase nada en su interior.

Se había pasado esa mañana una hora en Beck House, sin prestar demasiada atención, mientras Brigstocke le metía prisa sobre una serie de casos surtidos, que comprendían violaciones y robos con intimidación. Recogió la dirección de un guarda de seguridad al que tenía que interrogar y se dirigió hacia la comisaría central de Hendon. Tendría que buscar un hueco para la entrevista, antes de que fuese a Queen Square. Hoy iba a pasear bastante por Londres.

No conocía esta parte de la ciudad demasiado bien, pero había que estar ciego para no darse cuenta de que era una zona bastante próspera. Había bares en todas las esquinas, *delicatessen*, restaurantes y, desde luego, más agencias inmobiliarias que las que uno se pueda imaginar. Por curiosidad, se asomó a una ventana y miró en el interior. Un tipo con aspecto de empalagoso y con una mata de pelo, en forma de pico, entre las entradas de la frente, le sonrió desde detrás de una terminal de ordenador. Thorne desvió la mirada y prestó atención a un expositor giratorio que había en la ventana. Kentish Town no era una zona barata, pero podía haberse comprado un apartamento con dos amplios dormitorios, con jardín, por el precio que pagaría por un simple cuarto de baño en el frondoso Battersea.

Recuperó el aliento y comenzó a subir la colina. Ya estaba jadeando de nuevo cuando sonó su teléfono. El chillido era inconfundible:

—Aquí Bethell, señor Thorne.

—Ya sé. ¿Están listas?

—Oh, ¿así que ha reconocido mi voz? —rio Bethell.

Thorne tenía que separar el teléfono de la oreja. Probablemente, la mitad de los perros de la zona estarían corriendo hacia él en estos momentos.

—¿Qué tal ha ido, Kodak?

—Podía haber ido mejor, la verdad.

Maldito idiota. Debía haber cogido la cámara y haberlo hecho él mismo.

—Escucha, Bethell.

—No se preocupe, señor Thorne, tengo las fotos. Y bastante buenas. Estaba en la puerta de su casa, con un cesto en la mano. ¿A qué se dedica ese tipo? Parece un hombre de negocios, ¿no?

—¿Por qué dices que podía haber ido mejor? —Bethell se quedó callado—. Podía haber ido mejor, has dicho.

Podía oír a Bethell dar una larga calada al cigarro.

—Sí, nada que no haya podido solucionar, pero después de que se metiera en la

casa, aparece otro tipo en un coche y se detiene y, al salir del coche, mira alrededor y, no sé, quizá le cegaba la luz del sol en las gafas, pero creo que me ha visto.

—¿Qué aspecto tenía?

—No sé, alto, de unos veinte años, supongo. Con aspecto de estudiante, creo, ya sabe, un poco desaliñado.

El hijo, vendría de visita para sacarle unas cuantas libras, si lo que contaba Anne era cierto.

—¿Qué dijo?

—¿Cómo dice? No le escucho bien, señor Thorne.

—¿Que qué dijo?

—Bueno, no sé, me preguntó que qué hacía. Le dije que estaba preparando un archivo de imágenes de las aves urbanas y me quedé mirándole hasta que se largó. Ningún problema. De hecho, tengo las fotos de los dos.

Thorne sonrió. Había encargado el trabajo al hombre adecuado.

—¿Cuándo podrás dárme las?

—Se están secando ahora. ¿Un par de horas?

Eso le vendría estupendamente.

—Muy bien. En el *Bucket of Blood*, sobre la una.

—¿Cree que es buena idea?

Bethell tenía razón. Thorne dudaba que le dieran una cálida bienvenida.

—Entonces, en la puerta. Intenta no hablar con nadie.

—Allí estaré, señor Thorne.

—Kodak, eres el mejor.

Había llamado al Royal London para comprobarlo y averiguó que la noche de guardia de Bishop seguía siendo el martes. No entraba a trabajar hasta la hora del almuerzo. Con algo de suerte, Thorne le cogería en casa. Tenía un aspecto descansado cuando vino a abrirle la puerta, vistiendo un suéter de color limón y una sonrisa encantadora.

—Vaya, inspector. ¿Debería haber sabido que iba a venir?

Thorne le vio mirando por encima de su hombro, buscando algún compañero o un coche.

—No, señor, es absolutamente una comprobación del tipo «por si las moscas». Bastante descarada, para ser honesto.

—¿Qué tal va la cabeza? —Bishop se mostraba relajado, con las manos en los bolsillos. Iban a tener una agradable conversación en el descansillo.

—Mucho mejor, gracias. Menos mal que tengo la cabeza muy dura.

Bishop se apoyó sobre la puerta principal. Thorne podía ver hasta la cocina pero aún no había invitación para entrar.

—Sí, esa es la impresión que saqué esa noche en casa de Jimmy. A propósito, me lo pasé muy bien y espero que no importara que estuviese un poco sarcástico.

—Vamos, no sea tonto.

—A veces, no puedo evitarlo. Me encantan los duelos verbales.

—Mientras se quede en las palabras, señor.

Bishop soltó una carcajada. No tenía un solo empaste en la boca.

Thorne se cambió el maletín a la otra mano.

—Yo también lo pasé muy bien y por eso pensé que podía abusar un poco de usted y pedirle un enorme favor —Bishop se quedó mirándole, esperando—. Tengo que ver a alguien, justo a la vuelta de la esquina, relacionado con un caso totalmente distinto y mi compañero ha tenido que irse corriendo, porque su novia ha sufrido algún tipo de accidente.

—Nada serio, espero.

—No lo creo, se ha pillado la mano con una puerta o algo así; pero no quiero andarme por las ramas. Tengo otra entrevista y voy tarde y como estaba tan solo a la vuelta de la esquina y teniendo en cuenta que ya hemos cenado juntos.

Bishop avanzó un paso por delante de Thorne se agachó y comenzó a arrancar las hojas secas de una enorme maceta.

—Pida lo que sea.

—¿Podría llevarme a la comisaría?

Bishop se incorporó y se le quedó mirando durante unos segundos. Thorne podía sentir que había descubierto el embuste y se quedó mirándole para ver si su cara lo reflejaba también. Se sorprendería si no fuese así, Thorne apartó la mirada hacia las flores muertas.

—Hace algunas semanas debieron estar muy bonitas.

—Creo que voy a plantar arbustos de hoja perenne para el año que viene. Coníferas enanas y trepadoras. Es demasiado trabajo para algo que muere tan deprisa —cerró el puño sobre las hojas muertas y se incorporó—. En realidad, tengo que ir al centro. ¿Le viene bien?

—Sí, estupendo. Muchas gracias.

—Tengo que coger las llaves y algunas cosas. Entre un momento.

Thorne siguió a Bishop dentro de la casa y se quedó esperando en el vestíbulo. Bishop le chilló desde la cocina.

—Había un fotógrafo rondando por aquí, ayer. Una jodida molestia. Me preguntaba si sabría algo de eso.

Así que parecía obvio que su hijo se metió en la casa y le contó que había visto a Bethel escondido en el jardín o donde quiera que se escondiese.

—Probablemente se trate de la prensa, que está metiendo las narices. Se han movilizad desde que hicieron la reconstrucción del asesinato de Helen Doyle. ¿La vio?

—No —¿había detectado Thorne una pausa antes de su respuesta?—. No sabía que hubiesen establecido una conexión con el caso de Alison Willetts.

No lo habían hecho.

—No, pero alguien debe haber filtrado una lista de gente a la que hayamos

entrevistado o algo por el estilo. Ese tipo de cosas pasan, por desgracia. Lo comprobaré, si quiere.

Bishop entró en el vestíbulo con aire resuelto poniéndose una chaqueta deportiva. Cogió las llaves de la mesa.

—No me gustaría ver mi foto en la portada de *The Sun* —abrió la puerta principal y dejó paso a Thorne—. Por favor —cerró la puerta tras él y le puso la mano en el hombro a Thorne mientras caminaban hacia el coche—. Una foto discreta en la tercera página del *Daily Telegraph* es otra cosa muy distinta. Podría impresionar a algunas enfermeras jovencitas.

Bishop subió al coche, mientras Thorne lo rodeaba para sentarse en el asiento del pasajero. Se detuvo detrás del coche y sostuvo en alto el maletín.

—¿Puedo meter esto en el maletero? —observó que Bishop le miraba desde el espejo retrovisor y sonrió al oír el sonido de la cerradura del maletero, abierta desde el interior.

Cuando el Volvo pasó por Albert Embankment, Bishop deslizó un CD en el reproductor. Ciertamente, el equipo de sonido estaba un paso por delante de la pequeña cajita de música que tenía Thorne en su Mondeo. Pero seguro que mucha gente pensaba que la música *country* sonaba mejor en un chisme de esos. Bishop le lanzó una mirada.

—¿No eres mucho de música clásica?

—No demasiado. De todas formas, esto suena bien. ¿Qué es?

—Mahler. *Kindertotenlieder*.

Thorne esperó la traducción que, sorprendentemente, no llegó. El coche relucía con un brillo inmaculado. Aún olía a nuevo. Cada vez que se detenían en los semáforos, Bishop seguía la música, aporreando la palanca de cambios de madera. Su anillo de casado tintineaba al contacto con la madera de nogal.

—¿Conoces a Anne desde hace mucho tiempo?

—Dios, desde siempre. Cuando éramos universitarios estuvimos empujando camas juntos por las calles. Anne y yo, Sarah y David —dijo, riéndose—. Estoy seguro de que esa es la razón por la que los hospitales tienen tan pocas camas. Terminan cayendo a los ríos empujadas por estudiantes borrachos.

—Me habló de su mujer. Lo siento.

Bishop asintió con la cabeza, mirando por el retrovisor, aunque no había nadie detrás de ellos.

—Sinceramente, no puedo creerme que el tiempo haya pasado tan deprisa. El mes que viene se cumplirán diez años.

—Yo perdí a mi madre hace dieciocho meses.

Bishop sacudió la cabeza.

—Pero no fue culpa suya, ¿verdad?

Thorne apretó los dientes.

—¿Cómo dice?

—El accidente fue culpa mía. Estaba borracho.

Anne no había mencionado nada de eso. Thorne se quedó mirándole.

—No se preocupe, inspector, yo no conducía no hay caso que reabrir. Pero Sarah estaba cansada y tuvo que conducir el coche porque yo había bebido demasiado. Me temo que tendré que vivir siempre con esa carga.

Debes vivir con muchas más cargas.

—Ha debido ser difícil criar a dos niños. No debían ser muy mayores cuando ocurrió aquello.

—Rebecca tenía dieciséis y James catorce; sí, fue una auténtica pesadilla. Gracias a Dios, me iban bien las cosas por entonces —detuvo el coche, pisando bruscamente los frenos cuando el coche de delante decidió no saltarse un semáforo en rojo. Thorne recibió una sacudida que lo empujó hacia el respaldo del asiento. Bishop le miró fijamente, con una extraña expresión en la cara—. Se reventó completamente el pecho.

Permanecieron en silencio hasta que cambiaron las luces.

¿Por qué debía sentir compasión por ti?

—Ayer vi a Alison. Anne probaba con ella un nuevo sistema para comunicarse. Seguro que te hablará de ello.

Después, un poco de cháchara informal mientras cruzaban Waterloo Bridge en dirección a West End.

Bishop se arriesgó bastante al detener el coche en mitad de Long Acre para dejar a Thorne.

—¿Te viene bien aquí?

—Me viene perfecto. Gracias de nuevo.

—No hay de qué. Seguro que nos encontraremos otro día.

Thorne cerró la puerta. Accionó el elevavinas eléctrico para bajar el cristal de la puerta.

—No se olvide de su maletín.

Condujo tranquilamente, atravesando el Covent Garden, subiendo por Holborn y torciendo hacia el Soho. Pasó por pequeñas calles, salpicadas de tiendas recién inauguradas, con sus interiores repletos de cromados brillando a la luz de las lámparas. «Localizando exteriores», pensaba que así era como se denominaba en el mundo cinematográfico. Exteriores donde encontraría a la próxima. Había mucho donde elegir, y tendría aún una mejor selección algo más tarde, en cuanto se fuera la luz, pero empezaba ya a sentir cosas.

Agarró con fuerza el volante. No estaba aún seguro de cuál era el juego de Thorne. Le estaba facilitando mucho las cosas pero, aun así, la situación distaba mucho de ser satisfactoria. Lo único con lo que no había contado era con la ineptitud. Debió haberlo hecho. Sabía lo que ocurría la mayoría de las veces y el control que sentía en esos momentos era lo que conducía todo hacia un resultado correcto y apropiado. Pero también había segundos en los que se dudaba. Entonces sentía que lo inesperado le acechaba a la vuelta de la esquina y vendría a por él, haciendo que todo se sumiera en una insoportable confusión. No le gustaban las sorpresas.

No le habían gustado durante años.

Decidió continuar usando el mismo método pero introduciendo un pequeño cambio. Los bares habían demostrado ser útiles y, desde luego, la discoteca del sur de Londres, pero quería ajustar algo más el perfil demográfico. Quizá subiera un poco de categoría. Algún sitio rodeado de madera lacada y acero pulido, donde los decibelios forzaran la conversación a gritos a voz en cuello. Tratar con jovencitas abarrotadas de píldoras y bebidas energéticas. La mitad del trabajo ya estaría hecho.

Todo lo que tenía que hacer era seguir al autobús nocturno.

Sí, probablemente sería una chica muy joven. Más joven, incluso, que Helen y mucho más afortunada. El éxito se traduciría en la liberación de muchos más años de lucha y estrías. Esta vez lo haría bien como con Alison. Si su corazón tenía la fuerza necesaria, incluso rozando la muerte, para seguir bombeando sangre al cuerpo, entonces se ocuparían de ella.

Miró a su alrededor: a los otros conductores, hundidos en sus coches, a los peatones, asfixiándose, a los dependientes, exprimiéndose poco a poco. Todos morían poco a poco, día a día. No podía ayudarlos a todos, pero uno iba a tener una oportunidad, muy pronto.

Y Thorne tendría que empezar a hacer bien su trabajo.

El beso cuando Anne abrió la puerta de su oficina pareció un poco extraño. Las sonrisas eran auténticas y poco profesionales. Los dos querían más. Tendrían que esperar.

La pizarra descansaba apoyada en la pared. Thorne se acercó a observarla.

—¿Es este el nuevo sistema de comunicación del que me ha hablado Jeremy?

Anne pareció sorprendida.

—¿Le has visto? —Se encogió de hombros.

—Me ha llevado al centro esta mañana.

Y ahora llevaba una o dos cosillas en su maletín.

—Por cierto —caminó hacia la pizarra y, tímidamente, borró algunas marcas de tiza. Ahora, bajo las filas de letras, había dos flechas pequeñas, una apuntaba hacia delante y la otra hacia atrás.

—Está evolucionando. Espero.

Me hubiera gustado intentar algo con ella aquella noche, después de la cena. Por

numerosas razones. Las cosas ahora eran muy difíciles.

—He puesto a uno de los muchachos del trabajo a echar un vistazo en Internet —dijo—. Encontró todo tipo de aparatitos.

Anne sonrió.

—Sí que los hay. Si Alison recobra el movimiento de manera significativa, existen unas sillas eléctricas increíblemente sofisticadas. Incluso en su estado actual, podría usar el sistema de control por visión, que puede operarse con el más mínimo movimiento de un ojo. Podría manejar un ratón y escribir en un ordenador con un programa de vocalización. Podría hablar. Podría controlar virtualmente cualquier elemento que se encuentre en su radio de visión.

—Todo terriblemente caro, supongo.

—Créeme, he tenido suerte de que me proporcionaran la pizarra. ¿Quieres un café?

Thorne quería todo tipo de cochinas. Allí mismo, sobre el escritorio. Quería que le empujara de espaldas a la mesa, esparciendo papeles por el suelo. Quería bajarse la cremallera y observar cómo se aproximaba, quitándose la camisa, sonriendo.

—Me gustaría ir a ver a Alison.

—Vale, ve subiendo tú y yo voy a buscar dos cafés a la cantina. ¿Sabes dónde está, verdad?

La habitación no estaba tan repleta de máquinas como la última vez que estuvo allí. Aún daba la impresión de que había tomado el ascensor hasta el sótano y se había metido en la habitación del cuadro eléctrico, pero en menor medida que antes. Alison parecía menos enchufada a las máquinas. Había flores frescas de su novio, suponía. De repente le vino a la cabeza que aún no había hablado con Tim Hinnegan. No tenía ni idea de qué aspecto tenía ni en qué trabajaba. Se lo preguntaría a Holland.

A la mierda. Le preguntaría directamente a Alison. Cuando tuviera tiempo.

Necesitaba orinar y se apresuró a utilizar las instalaciones de Alison. Una bandeja de metal, un lavabo, una papelera. Asas dispuestas a distintas alturas y ángulos atornilladas sobre una pared de un insípido tono amarillento. Tiró de la cadena y se echó agua en la cara.

Thorne se sentó en la silla, junto a la cama y se quedó mirándola. Tenía los ojos abiertos de par en par, el de la derecha temblaba un poco. Un movimiento leve pero constante. Era increíblemente complicado mantener el contacto visual con ella.

Había un desafío en esa mirada inquebrantable: lo imaginaba, lo sabía, pero aun así, le resultaba embarazoso. ¿Cuánto tiempo eras capaz de aguantarle la mirada a alguien? ¿Unos cuantos segundos? Alison era capaz de meterse en lo más profundo de sus ojos, hasta hacerle sentir incómodo. Pronto se dio cuenta, con algo de pudor, que no aguantaba demasiado tiempo.

Le cogió la mano y la apretó contra la manta. Haber levantado la ropa de la cama habría sido aprovecharse.

—Hola, Alison. Soy el inspector Thorne —se ruborizó, recordando que acababa de estar mirándola durante un minuto. Estaba comenzando a sudar, acercó la silla a la cama un poco más y le apretó la mano—. Debes estar harta de gente que se comporta tan estúpidamente como yo.

Alison pestañeó. La lentitud del movimiento descendente de la pestaña era probablemente normal, pero Thorne quiso apreciar que había cierto matiz de complicidad en su respuesta. Creyó sentir un ligero temblor en sus dedos y la miró a los ojos, buscando confirmación. No pasó nada. ¿Cuántos amigos suyos se habrán sentado donde él estaba y habrán sentido lo mismo? ¿Cuántos habrán salido gritando buscando a una enfermera y se habrán ido a casa sintiéndose estúpidos?

En realidad, estaba comenzando a sentirse realmente relajado. El suave zumbido de las máquinas era relajante y soporífero. No era muy distinto a la sensación de estar borracho. Tenía una agradable conversación pendiente. Pero sabía que Anne llegaría con los cafés en cualquier momento y había una pregunta que necesitaba formular antes de que llegara a la habitación.

Le resultó difícil soltarle la pequeña y cálida mano, pero necesitaba abrir el maletín. Sacó una foto en blanco y negro, de diez por ocho, de un sobre de color vainilla, y la sostuvo buscando la mejor manera de plantear la pregunta.

Reconocería a Bishop, eso era seguro. Había estado en la habitación el día anterior con Anne, ¿no es cierto? No buscaba nada parecido a una identificación. Esperaba conseguir algo más. Una sensación de algo más. Un reconocimiento que fuera más allá de la simple identificación, que sabía que se produciría.

Sabía que nada de lo que ocurriese en esa habitación se admitiría como prueba. También sabía que no podía preguntarle directamente si la cara que le iba a mostrar era la del hombre que la puso en ese estado. Solo Dios sabía lo frágil que sería su estado mental. Seguramente, estaría confundida, desorientada, incluso ahora. Debería hacerlo con mucho tiento.

Por mucho que le interesase hacer esto, no quería hacerle daño.

—Alison, voy a enseñarte una foto —sostuvo la foto, frente a ella. Durante un momento no dijo nada. Tan solo se oía el zumbido constante—. Has visto antes a este hombre, ¿verdad?

Mantuvo la mirada fija sobre sus ojos.

Un parpadeo.

Sonó el teléfono móvil.

Anne no quería que se enfriasen los cafés e intentó acabar la conversación con el administrador lo antes posible. La pescó junto a la caja registradora e incluso los breves fragmentos de su monólogo habían conseguido aburrirla soberanamente. Era

un aburrido patológico que, si tuviera que pasar consulta, sería capaz de posponer el tratamiento de los pacientes de coma durante décadas. Ella sonreía y asentía con la cabeza. Sabe Dios a qué había dicho que sí.

Ahora, mientras se dirigía a la habitación de Alison, se preguntaba si Thorne sentía lo mismo que ella aunque esta fuera una cita bastante singular, tomando una taza de café con Alison de carabina.

Fue un detalle bonito por su parte que se hubiera preocupado por buscar información útil para Alison en internet. Ella tendría que hacer lo mismo: por supuesto, estaba muy bien informada de todos los avances tecnológicos que facilitaban un poco la vida de los pacientes con una discapacidad permanente. Al menos, de los que tenían mayores ingresos. Las cosas evolucionaban rápidamente y posiblemente estaría mejor informada por la Red de Redes que por la literatura médica existente.

No tenía ni idea de si Thorne era o no bueno en lo que hacía. Estaba claro que le importaba su trabajo que se involucraba. En lo concerniente a su trabajo, preocuparse demasiado no era necesariamente bueno. Sabía exactamente lo que Jeremy opinaría de eso.

Entró en la habitación con una taza en cada mano, empujando la puerta con la espalda y cerrándola con la cadera. Al volverse vio a Thorne junto a la ventana con la mirada perdida en el exterior. Vio la silla vacía junto a la cama de Alison y supo de repente que algo iba mal.

—¿Tom?

Pudo apreciar la tensión en su mandíbula. Tenía la cara pálida, como la de un cadáver.

—Alguien me ha llamado a la oficina. A mi antigua oficina, anónimamente.

Volvió la cabeza despacio hacia Alison, pero Anne comprobó que, en realidad, tenía la mirada fija sobre la pared, tras la cabecera de la cama. Bajó los ojos hasta la cara de la chica y mantuvo la mirada durante uno o dos segundos, antes de abandonar lentamente la habitación.

Anne dejó los cafés en la mesita que había junto a la cama de Alison y le siguió. La estaba esperando fuera. En el momento en que la puerta se cerró, avanzó un paso hacia ella y le habló con voz sosegada, aunque conteniendo la rabia.

—Me han acusado de acosar sexualmente a Alison.

El pulso hipnótico y machacón de la música había acaparado la atención de Thorne y conducía sus pensamientos hacia los rincones más oscuros de su mente, que generalmente, solían evitarse. Estaba sentado en el suelo, descansando la espalda sobre el sofá, presionando la lata de cerveza fría contra la mejilla.

Keable había intentado tranquilizarle.

—No te preocupes, Tom, obviamente, no es nada. Solo un chiflado que dice

haberlo escuchado de alguien en el hospital. Nadie se lo ha tomado en serio... No es que se lo hayan oído decir a Alison Willetts, ¿no es cierto?

Insensible hasta el fin, pero Thorne se alegraba de no tener que discutir contra ese razonamiento. Dejó caer la cabeza sobre el cojín del sofá y se quedó mirando al techo.

Pensó acerca de tocar a Alison.

Pensó acerca de escuchar a Jeremy Bishop suplicar.

Sonó el timbre de la puerta. Se puso lentamente en pie. Abrió la puerta y volvió directo al mismo sitio donde estaba, en el suelo, junto al sofá. Las formalidades no tenían mucho sentido ahora. Anne entró en la casa y se quedó junto a la chimenea. Soltó el bolso, se quitó el chubasquero y se quedó mirando la habitación durante cinco segundos. Lo primero que llamó su atención fue la cerveza:

—¿Puedo?

Se acercó a él, alisando su larga falda negra. Thorne le dio una lata de cerveza de la caja abierta de cuatro que tenía a su lado.

—La marca no me resulta muy familiar.

—Lo sé. Vino caro y cerveza barata y sin fuerza. No me preguntes por qué.

—Para que puedas disfrutar de la bebida, sin tener la sensación de estar borracho.

—Esa, definitivamente, no es la razón.

Se sentó en el sofá que había más atrás, a su derecha.

—Tom, esa llamada. Solo es un maniático.

Medio aplastó su lata vacía y, después, se detuvo y la depositó suavemente junto a las otras.

—Sé exactamente de qué se trata.

—Bueno, es una estupidez que permitas que eso te preocupe.

Thorne se dio la vuelta y la miró por encima del hombro.

—No, no me preocupa.

Anne pudo comprobar en sus ojos que su lado amable, el que trajo flores a Alison, no era el único que tenía. Aunque era una posibilidad bastante remota, no querría tener a este hombre como enemigo.

Anne tomó un largo sorbo de cerveza y señaló al equipo de música.

—¿Quién es?

—Leftfield. El tema se llama *Open Up*.

Lo escuchó durante un momento. Lo odiaba.

—El cantante es John Lidon —dijo Thorne, como si eso importara algo.

—Vale.

—¿Johnny Rotten... los Sex Pistols?

—Por desgracia, ya era un poco mayor para ellos. ¿Qué edad tienes, entonces? ¿Cuarenta?

—Cuarenta, hace unos meses. Tenía diecisiete años cuando sacaron el *God Save the Queen*.

—Dios, yo ya estaba en tercero de Medicina.

—Lo sé, tirando camas a los ríos.

Le dedicó lo que su padre hubiera descrito como una mirada pasada de moda.

—¿Y tú, a qué te dedicabas?

No a ir a la universidad, pensó Thorne. Le hubiera encantado tener muchas razones para no haberlo hecho.

—Estaba a punto de alistarme en el ejército, supongo, y me ocupaba de quitarme el acné —deseando, más que nada en el mundo, ser policía. Intentando que su padre y su madre se sintieran orgullosos de él. Queriendo hacer el bien y desarrollar todas aquellas estúpidas ideas que tanto daño le hicieron más tarde.

Anne vació la lata y Thorne le pasó otra. Se quedaron en silencio un instante, recordando o simulando que recordaban.

—Gracias por haber venido. ¿Has traído el coche?

—Sí. El aparcamiento aquí es un coñazo —Thorne asintió—. Pero está bien salir de vez en cuando. Rachel y yo no nos soportamos demasiado en estos momentos.

—¿Ah, no?

—Tiene que hacer un par de exámenes y dice que eso de los exámenes no va con ella. Así que ha estado un poco mordaz.

Thorne recordó su primer encuentro con Anne Coburn en un aula del Royal Free. La mordacidad era, obviamente, cosa de familia.

Anne tomó otro largo sorbo de cerveza. Disfrutándolo.

—La clásica angustia adolescente, supongo. Todavía no se ha hecho un *piercing* en el ombligo, ni ha pintado de negro su habitación pero, probablemente, es cuestión de tiempo.

—Ya se le pasará.

—Igual que pasará todo este asunto de Alison.

—Todo va bien, no van a empezar ningún tipo de investigación. Nadie se lo está tomando en serio.

—Excepto tú.

—Si es eso lo que él quiere —pronunció la palabra él como si estuviera escupiendo algo de sabor desagradable.

—¿Por qué no quieres hablar de ello, entonces?

—Anne, no necesito un médico. Ni una madre.

Anne se arrastró hacia adelante, hasta quedar sentada en el borde del sofá y bajó la cabeza.

—Vale. ¿Quieres que nos vayamos a la cama, entonces?

Thorne siempre había pensado que derramarse encima la bebida como reacción de sorpresa ante un comentario ocurría únicamente en las series televisivas, pero consiguió derramarse una cantidad nada despreciable de cerveza en el regazo. La comicidad del momento le hizo reír de modo incontrolable.

Anne también se rio, pero también estaba ruborizada hasta la médula.

—Joder... no sé qué se supone que debo decir...

—Creo que ya lo has dicho.

Se deslizó del sofá hasta sentarse en el suelo, junto a él.

—¿Entonces?

—Bueno, estos pantalones están empapados de cerveza barata. Tendré que quitármelos.

Se inclinó sobre ella y la besó. Soltó la lata en el suelo y rodeó su cuello con la mano. Interrumpió el beso y miró al suelo.

—Esta alfombra no me trae demasiados buenos recuerdos y no estoy seguro, al cien por cien, de haber conseguido quitarle el olor a vómito.

—Eres un bribón persuasivo.

—Así que... ¿vamos al dormitorio de palacio?

Ella asintió con la cabeza y se levantaron. Aún quedaba un residuo de incomodidad entre ellos. No se habían abandonado del todo e ir dados de la mano les habría parecido muy extraño. Thorne abrió la puerta del dormitorio.

—Debo advertirte de algo, aquí dentro hay una sueca virgen.

Anne arqueó las cejas y se asomó dentro de la habitación, encontrando solo un pequeño armario empotrado, una cómoda con muchos cajones y una cama perfectamente hecha y alisada. No pilló el chiste, ¿verdad?

—La cama... —dijo Thorne, acercándola a su pecho—. Olvídalo...

Thorne se despertó y miró el reloj. Eran casi las dos de la mañana y sonaba el teléfono. De pronto se sintió completamente despierto. Saltó de la cama, desnudo, y se apresuró a cruzar el pasillo hasta la entrada junto a la puerta principal, donde había enchufado el teléfono para cargarlo. No haría mucho tiempo que se había apagado la calefacción, pero el piso estaba ya helado.

—Señor, siento llamarle tan tarde. Soy Holland.

Thorne presionó el teléfono contra la oreja y se rodeó el hombro con el brazo. Aún podía escuchar a Leftfield. Había dejado el CD en modo repetición y se habían olvidado de desconectarlo.

—¿Sí?

—Es posible que tengamos algo. Acaba de llamar una mujer. Vio la reconstrucción en la tele y aguardó dos días, intentando decidir si llamar o no.

—Continúa.

—Hace nueve meses, un hombre llamó a su puerta diciendo que estaba buscando una fiesta. Dice que le pareció que tenía buena pinta, ya sabe, que parecía agradable. Le invitó a pasar. Llevaba una botella de champán.

Thorne dejó de tiritar.

—No tengo mucho más por el momento, señor. Por alguna extraña razón, abandonó la casa y ella se olvidó de aquello hasta que vio el programa. Dice que cree

poder darnos una buena descripción.

—¿Lo sabe ya Tughan?

—Sí, señor, ya le he llamado.

Thorne sintió una punzada de irritación, pero sabía que Holland no podía haber hecho otra cosa.

—¿Qué dijo?

—Dijo que sonaba esperanzador.

—¿Algo acerca de mí?

Se imaginó a Holland pensando unos instantes.

—No te preocupes por mis sentimientos, Holland, no los tengo.

—Hizo un comentario socarrón acerca de usted y la señorita Willetts, señor, no lo recuerdo bien. En realidad, era solo un chiste.

Nadie se lo tomaba en serio.

—¿Cuándo vas a entrevistarte con ella?

—El inspector Tughan y yo iremos a verla mañana por la mañana.

Thorne tomó concienzudamente todos los detalles, apuntando el nombre y la dirección en una nota adhesiva junto al teléfono. La agitación del principio había ido menguando y volvía a sentir frío. Quería volver a la cama.

—Gracias por todo, Holland. Una cosa rápida...

—No se preocupe, señor, le llamaré en cuanto terminemos de hablar con ella.

—Fantástico, gracias. Pero iba a decirte que si alguien pregunta, tu novia se ha pillado la mano en una puerta esta mañana...

En cuanto colgó el teléfono se dio cuenta de que estaba completamente despierto. Apagó la música y recorrió la salita con una bolsa de basura, recogiendo todas las latas de cerveza vacías. Durante un segundo, sintió la tentación de mirar en el bolso de Anne, que seguía en el mismo sitio donde lo había dejado. ¿Habría traído una muda de ropa?

Se lo pensó mejor y prefirió coger el edredón del armario de la salita y sentarse a oscuras en el sofá.

A pensar.

Las cosas se sucedían rápidamente. Había otros casos anteriores en los que se había sentido un extraño, observando los detalles desde un ángulo diferente, aunque sintiéndose aún, si acaso de forma nominal, parte del equipo. Todo era diferente ahora. Se alegraba de haberse marchado de la oficina de Keable pero, de vez en cuando, se planteaba si había hecho lo correcto. Se lo seguía planteando.

Sabía por lo que se había ido. Aparte de lo que Keable le hubiera contado a sus jefes sobre encontronazos políticos y personales, se trataba simplemente de una cuestión de juicio.

Su exceso de juicio o su falta de él.

Su juicio y el de ellos y el de aquellos que se habían marchado hacía mucho

tiempo. Pero ni siquiera podía confiarse siempre en el juicio de los muertos. Cualquier condena basada en tales testimonios estaría viciada. Solo había un hombre que podía juzgarle.

Y Tom Thorne era el juez más duro de todos.

Pensó en la mujer que dormía en su cama. Anne no era la primera con la que se había acostado después de un día. Había habido algún titubeo de borracho con una ambiciosa sargento y un corto flirteo con una secretaria, pero esta era la primera vez que se sentía asustado.

Anne había tenido una relación con Bishop, hacía ya mucho tiempo. Thorne no estaba muy seguro de con qué intensidad, pero tampoco importaba demasiado. El asesino que había conseguido poner su vida boca abajo había hecho el amor con la mujer que compartía, al menos por ahora, sus sábanas. De repente, se preguntó si Bishop sería celoso. La llamada anónima, la acusación, todo sonaba un poco a obsesión por perjudicarlo. ¿Sería el ataque que ocurrió aquí, en esta habitación, al menos en parte, un aviso de que se mantuviera alejado de ella? ¿Habría, por encima de todo, un asunto de rivalidad sexual? Esa idea le reconfortaba. Le devolvía cierto control sobre la situación. Había sentido cómo todo se le escapaba de las manos tras la acusación sobre lo de Alison. Ahora se sentía mucho más tranquilo.

De vuelta al hospital. *Ahora sí que va a averiguar exactamente qué tipo de persona soy...*

Un hombre originalmente entrenado para salvar vidas, las estaba quitando en nombre de algo que Thorne no podría entender jamás. No le importaba que lo entendiera.

Si Thorne iba a detenerle, era importante mantener la iniciativa.

Cogió el teléfono, acurrucándose en el sofá y marcó el 141.

Unos minutos más tarde, volvió al dormitorio, se deslizó bajo las sábanas y se quedó allí, pestañeando, incapaz de dormir.

Sobre las cuatro de la mañana, Anne se despertó, y se esforzó lo que pudo para que Thorne hiciera lo mismo.

¿Cómo te sientes?

Una pregunta que me hacen cada día. A veces, más de una vez. No es que no entienda por qué. Es por el «no sé qué decir». Mejor que quedarse allí sentados, mirando el reloj y preguntándose a qué enfermera le toca limpiarme el culo, supongo. Así son los hospitales. Hacen sentir a la gente extrañamente obligados a comprar fruta y respirar por la boca y hacer preguntas ridículas. Pero ¿por qué preguntas, maldita sea? No me hagáis preguntas. Contadme cosas, si queréis. Soy una buena oyente. Aproximándome a muy, muy buena. Cuéntame lo que te parezca. Abúrreme de lo lindo. Siéntate ahí y háblame de que tu jefe no te entiende, o de que a tu marido ya no le interesa el sexo, o de que quieres viajar, o de que el trabajo de niñera está muy mal pagado, o de que te gusta beber por las tardes y no lo haces, pero no me hagas preguntas.

¿Cómo te encuentras?

En realidad, no esperas que te responda, ¿no es cierto? Te aburrirías hasta las tetas si decidiese seguirte el juego. Si quisiera responder con un sucinto «No me va mal, gracias por preguntar, ¿y tú, qué tal estás?». Eso me llevaría, en mi actual nivel de manejo del pestañeo, y teniendo en cuenta el factor cansancio, aproximadamente unos cuarenta minutos. ¿Te arrepientes de haber preguntado? Bueno, pues no lo hagas.

¿Cómo te encuentras?

Encantada de que estés ahí, no me malinterpretes. Todos vosotros. Visitantes, enfermeras que asoman la cabeza por la puerta, empleados de la limpieza. Saludadme. Venid aquí y contadme mentiras. Únicamente, procurad no ser previsibles. La única razón por la que preguntáis, en realidad, es porque no podéis averiguarlo solo con mirarme. No con exactitud. Quiero decir, podéis dar palos de ciego. Podéis hacer suposiciones, más o menos acertadas. No necesitaríais telefonar a un amigo, ¿verdad? Estoy tirada en una cama del hospital. Totalmente jodida. Difícilmente puedo ir a dar la vuelta a la luna. Pero, la mayoría de las veces, no necesitáis preguntarle a la gente cómo se siente. Es obvio. Puedes ver si alguien está feliz o cansado o borracho porque está escrito en su cara, pero mi cara no revela mucha información. Debe decir algo, supongo pero, realmente, solo puedo suponerlo. Si existe una expresión que diga «Cerrado» o «Me he ido a almorzar» será, probablemente, algo muy parecido.

¿Cómo te encuentras? Muy bien, entonces...

Enfadada. Estúpida. Optimista. Aburrida. Cansada. Despierta. Frustrada. Agradecida. Irritada. Violenta. Calmada. Fantasiosa. Hecha mierda. Confundida. Ignorante. Fea. Enferma. Hambrienta. Inútil. Especial. Caliente. Pesimista. Avergonzada. Amada. Olvidada. Rara. Perdida. Liberada. Sola. Asustada. Drogada. Sucia. Muerta...

¿Caliente? Ya sé, lo siento, suena muy extraño. Pero estoy tumbada en un colchón muy sexy que vibra y deambula por aquí ese impresionante enfermero que, después de todo, podría no ser gay. Así que...

¿He dicho confundida? Sí.

Casi todo el tiempo. Por ejemplo, ¿por qué me enseñó Thorne una foto del doctor Bishop? Me dio la sensación de que quería llegar a algún sitio. Es parecido a lo que ocurre cuando te quedas ciega o sorda y tus otros sentidos se agudizan para compensar la falta. Como la mayor parte de mi cuerpo está hecho polvo, quizá me esté convirtiendo en alguna especie de bruja o algo así. Sé que quería hacerme preguntas, pero entonces sonó el teléfono y comenzó a hablar en voz baja y con un tono algo extraño.

Nadie me ha contado nada todavía de lo que pasó. Nada. Me refiero al crimen, claro. Sé lo que me hizo.

Pero todavía no sé por qué.

CAPÍTULO ONCE

Se subió al metro en Waterlloo. Ocho paradas, directo sin cambiar de la línea Bakerloo. El vagón estaba completamente abarrotado, como a él le gustaba. A veces, tenía que dejar pasar dos o tres trenes, hasta que llegara uno en condiciones. No tenía mucho sentido montarse cuando el vagón carecía de interés. Observaba cómo el tren hacía su ruidosa entrada en la estación, ignorando a sus compañeros de viaje, mientras se apilaban hacia el extremo de la plataforma. Estudiaba cada vagón, mientras pasaban por delante de él y hacía su elección.

Su destino podía estar solo a unas pocas paradas, pero aun así, disfrutaba moviéndose entre la multitud de habitantes de la periferia. Le gustaban las aglomeraciones. Le encantaba deslizarse entre ese puñado de frustración contenida y de periódicos arrugados hasta llegar a la posición correcta.

Generalmente, no tardaba demasiado en encontrarla.

La de hoy era alta, tan solo un par de centímetros más baja que él. Tenía el pelo oscuro, recogido en un moño y unas gafas, a través de las cuales, se esforzaba por leer todo lo posible de su ejemplar de *La Playa*, teniendo en cuenta las circunstancias. Siempre existía el riesgo, por supuesto, de que se apeara del vagón antes que él. Antes de que tuviera la posibilidad de acercarse a ella. Mucha gente se bajaba en Oxford Circus o en Baker Street. No se sentía demasiado decepcionado cuando ocurría. Siempre había un mañana. La hora punta era deliciosamente predecible.

Estableció su primer contacto cuando el tren se detuvo en Picadilly Circus. Ese frenazo maravilloso antes de que el tren se detuviera. Treinta segundos después, tendría otra oportunidad, cuando el tren iniciara la marcha. Ahora estaba detrás de ella. A veces, le gustaba estar cara a cara; para contemplar la expresión de su cara cuando miraba en otra dirección o se encogía de hombros en gesto de disculpa. Y desde luego le encantaban los pechos. Pero esto era su favorito. Le encantaba sentir sus traseros contra su entrepierna. Podía ponerle la mano sudorosa en la espalda para mantener el equilibrio. Podría oler su pelo. Y lo mejor de todo, podía volverse hacia la persona que tenía justo detrás y fingir una leve mirada acusatoria mientras crecía su excitación.

Se había lavado el pelo esta mañana. Se preguntaba si había hecho el amor la noche anterior. Si se hubiera duchado quizá hubiera desaparecido el olor, lo cual era una lástima, pero de todas maneras le encantaba el olor de su pelo y la visión de su espalda, desde algo más allá de la nuca. El tren comenzó a frenar y se detuvo en el túnel, entre Oxford Circus y Regent's Park. Otro maravilloso empujoncito.

Con el tren estático pensó, por un momento, en lo que tenía que hacer hoy. Una entrevista esta mañana. Disfrutaba con eso. Le gustaba dirigir las cosas. Podía adivinar mucho sobre la gente, eso lo sabía. Pero no ocurría lo mismo consigo mismo.

El tren reinició la marcha con una útil sacudida. Solo quedaban cuatro paradas

para llegar. Quizá una más antes de la parada fundamental. La mujer seguía mirando intensamente su libro aunque sabía que estaba pensando en él. Le despreciaba. Muy bien. Que piense que todo ha acabado, que se relaje, que crea que se ha ido o desplazado de sitio sin que ella le haya visto. No querría mirar por encima de su hombro para comprobarlo. Esperaría hasta que abandonaran Marylebone.

El tren continuó el recorrido hacia su destino final. Estaba seguro de que, esta vez, había sentido el roce de cada centímetro de su cuerpo. Había sido un segundo, no más, pero había sentido la grieta en su trasero, el roce del algodón de su falda contra el poliéster de su pantalón. Sintió que la chica se ponía nerviosa.

Solo en una ocasión se enfrentaron con él. Se bajó del tren y se dio la vuelta chillándole. Los demás pasajeros le miraron pero él sonrió indulgentemente, levantando las manos, y se perdió entre la maraña de personas que entraba en el vagón. Solo una vez. Era un porcentaje bastante favorable. Desde luego, si alguna vez fuera a peor, tenía una defensa contundente bajo las mangas.

Este era su momento preferido. Uno bueno para terminar y se acabó. En ese segundo, antes de que se abrieran las puertas, se inclinaba sobre ella y echaba el resto. El tacto de su erección contra su trasero, la cara contra la parte posterior de su cabeza. La intimidad del momento quitaba la respiración. Podían haber sido amantes, revolcándose juntos en la cama por la noche entre sábanas húmedas y olorosas.

De pronto, todo acabó y la gente comenzó a desfilar a empujones hacia la puerta de salida. Al pasar junto a ella la observó lanzando una mirada por encima del libro. Desde cerca, distaba mucho de ser preciosa, pero no le importaba. Lo único que le importaba era la tensión en la cara de la chica y el calor en su entrepierna. Después de todo, se trataba de un juego. Todo aquello era parte del ajeteo y del bullicio de la gran ciudad, ¿no es cierto? Sonrió y pensó lo mismo en que pensaba cada día antes de comenzar a trabajar: pues no vivas en Londres, cariño.

Nick Tughan se apeó del tren en Edgware Road, mientras se abrochaba los botones de la chaqueta para ocultar el pequeño bulto y comenzó a pensar en el día que tenía por delante mientras subía por la escalera mecánica.

Anne se fue temprano, arguyendo que necesitaba volver a casa antes de que se despertara Rachel, y Thorne se quedó en la cama hasta bien pasadas las nueve. Había llamado a Brigstocke para decirle que llegaría tarde. No es que tuviera nada planeado, es que esperaba la llamada de Holland. Estaba hecho pedazos.

Disfrutaba de su cuarta rebanada de pan tostado, prestando poca atención al magacín televisivo de la mañana, cuando oyó el timbre de la puerta exterior.

Reconoció a James Bishop de la foto de Kodak. La descripción de Bethell había sido bastante correcta, pensó: desaliñado era la palabra. Era alto y delgado y llevaba un largo abrigo oscuro sobre una camiseta, vaqueros y unas mugrientas zapatillas de deporte. Lo que parecía un pelo rubio, muy corto, se escondía tras un sombrero negro

de fieltro y colgada de un hombro llevaba una sucia bolsa verde.

—¿Eres Thorne?

El mismo tono, bien modulado del padre, a pesar de su desagradable acento cockney y los mismos rasgos, aunque camuflados, bajo su barba de varios días. Era como ver al doctor Jeremy Bishop cuando era estudiante.

—Sí, soy yo, James —aquello desconcertó a aquel jodido gallito. Thorne no pudo reprimir una sonrisa—. ¿Puedo preguntarte dónde has conseguido mi dirección?

—Sí. Le dijiste a mi padre en qué calle vivías. He llamado materialmente a todas las puertas de la calle.

Solo tenías que habérselo preguntado, James. Él sabe exactamente dónde vivo.

—Entiendo. ¿Has despertado a muchos vecinos?

Bishop sonrió.

—A un par de ellos. Una atractiva ama de casa me invitó a entrar para tomarme una taza de té.

—Somos muy cordiales por aquí. ¿Te apetece un trozo de tostada?

Thorne le dio la espalda y se introdujo en la casa. Pasaron unos instantes hasta que oyó al joven cerrar la puerta exterior y otros más hasta que le escuchó cerrar la puerta principal y entrar en la salita.

—No te preocupes por la tostada pero un café me vendría bien.

Thorne se metió en la cocina y observó cómo el visitante se situaba en el centro de la salita.

—¿Cómo es, entonces, James o Jim?

—James.

De acuerdo, pensó Thorne, mientras servía el café en una taza. Jim para tus colegas progres y James cuando intentas pedirle dinero prestado a papá. Llevó la taza a la salita y se la ofreció.

—Pues, tú dirás...

Bishop parecía desarmado. Evidentemente, no era así como quería que fueran las cosas. Intentaba parecer lo más amenazante posible, que no era demasiado:

—Quiero que dejes tranquilo a mi viejo.

Thorne se sentó sobre un brazo del sofá.

—Entiendo. ¿Qué es eso tan malo que piensas que estoy haciendo?

—¿Por qué le estás acosando?

—¿Acosándole?

—El otro día había un tipo sacando fotos desde el exterior de su casa, luego te presentaste allí con la patraña de que necesitabas que te llevara, le dijiste que probablemente se trataría de periodistas. Él puede habérselo tragado pero yo creo que son gilipollices. ¿Qué estabais haciendo allí?

—Soy policía, James, puedo ir prácticamente donde quiera.

Bishop comenzaba a alegrarse un poco. Ya eran dos. Avanzó un paso hacia la

repisa de la chimenea y se volvió hacia Thorne, sonriéndole.

—¿No deberías hablarme de usted?

Thorne le devolvió la sonrisa con interés.

—Si esta conversación formara parte de una investigación, entonces, quizá debería hacerlo. Pero ese no es el caso, estamos en mi piso y te estás bebiendo mi puto café.

Bishop agarró con fuerza la taza pensando en lo que podría responder. Thorne le ahorró el problema.

—Creo que tu padre está reaccionando de forma exagerada.

—Ni siquiera sabe que estoy aquí.

Vale. No. Por supuesto que no.

—Recibió unas llamadas.

—¿Cuándo?

—Anoche. En mitad de la noche. A las cuatro o las cinco, una detrás de la otra. Me telefoneó muerto de miedo.

—¿Qué tipo de llamadas?

—Dímelo tú.

El acento cockney volvió con fuerza. Necesitaba bajarle los humos con mayor contundencia.

—Escucha, he interrogado a tu padre como parte de una investigación de la que he dejado de formar parte, ¿de acuerdo? —Ante la estampa de un Bishop boquiabierto, Thorne sintió un ápice de algo parecido a la simpatía—. Y ahora cuéntame más detalles de esas llamadas.

—Como he dicho se produjeron en mitad de la noche. Se escuchaba a alguien al otro lado de la línea. El que fuera había retenido su número y seguía marcando la llamada. Una detrás de otra. Mi padre está enfadado, no está asustado. Está cagado de miedo.

Tengo serias dudas.

—¿Qué piensa hacer al respecto? —Bishop comenzaba a sonar realmente enfadado.

—Te diré lo mismo que le dije a él sobre el fotógrafo. Voy a investigarlo. Es lo mejor que puedo hacer.

—¿Estás saliendo con Anne Coburn?

Ahora, le tocaba a Thorne estar realmente enfadado.

—Cuida tus modales, James.

—Ahora que estás apartado de la investigación, esa podría ser una buena razón para ir contra mi padre ¿no crees?

—¿Qué? —Thorne respiró profundamente. Intentó no perder la perspectiva, sabiendo que era por el padre, y no por el hijo, por el que necesitaba conservarla.

—Si Anne y tú estuviésteis, ya sabes, sería una buena razón para ir a por mi padre.

Thorne se puso en pie y se acercó a Bishop. Observó un leve estremecimiento, pero se limitó a sacudir la cabeza y a retirar la taza de café vacía.

—Por lo que puedo recordar, la doctora Coburn como madrina tuya que es era responsable de tu bienestar espiritual. Viéndote ahora, está claro que ha fallado miserablemente; pero es ahí, creo, donde vuestra relación se termina. Posiblemente recibieras una medalla de plata en tu bautizo y algún extraño regalo por tu cumpleaños, pero no te incumbe en absoluto con quién se acueste o no.

Bishop sacudió la cabeza, impresionado. Después esbozó una sonrisa nerviosa.

—¿Así que es cierto que estáis...?

Thorne sonrió, mientras llevaba las tazas vacías a la cocina.

—¿A qué te dedicas, James, cuando no estás preocupándote por tu padre?

Bishop comenzó a deambular por la salita. Se paró a estudiar la pila de CD.

—Siempre me preocupo por mi padre. Estamos muy unidos. ¿No estáis unidos tu padre y tú?

Thorne hizo una mueca de dolor.

—¿No respondes?

—Hago muchas cosas. Escribo un poco. Intento convertirme en actor. Supongo que cualquier cosa que me ayude a pagar la renta.

Thorne comenzó a sentir que entendía a este joven y no es que entendiese ya demasiado a los de su edad. Este no era el inútil que le había descrito Anne. Bajo los intentos de mostrar disconformidad, se vislumbraba con claridad un convencionalismo heredado del que trataba de escapar desesperadamente. Que era, precisamente, la razón por la que quería escapar. Estaba bastante desorientado, eso seguro, pero era un chico inofensivo. James Bishop no era consciente del letal código genético sobre el que descansaba su existencia. Podía intentar marear la perdiz todo lo que quisiera, pero era inútil, no conseguía ocultar lo evidente: que era el hijo de su padre.

—¿Has estudiado algo?

—Malgasté un par de años en la universidad, sí. Pero no tengo el síndrome de la torre de marfil, ni nada por el estilo.

Thorne volvió a entrar en la salita y recogió su chaqueta.

—Sufres, más bien, el síndrome de *Tower Records*, ¿no es cierto?

—Ah, eso sí —dijo Bishop, señalando con el dedo el logotipo de la afamada tienda de música, impreso en su camiseta—. Actualmente trabajo ahí.

Thorne le abrió paso hacia la entrada con un gesto. Era hora de marcharse. Bishop, impaciente por salir, se desplazó con rapidez hacia la puerta principal.

—Bueno, quizá te vea por allí —dijo Thorne—. ¿Cuál es tu campo musical?

Bishop se rio:

—¿Y yo qué coño sé?

Thorne abrió la cancela exterior. Estaba empezando a llover.

—Es una pregunta estúpida. ¿Qué? ¿Te va más la música ambiental? ¿Trance?

¿Garaje? ¿Puedes hacerme un descuento en el último CD de Grooverider?

Bishop se le quedó mirando. Thorne cerró la cancela.

—Te has llevado unas cuantas sorpresas esta mañana, ¿me equivoco?

Margaret Byrne vivía en la planta baja de una pequeña casa adosada, en Tulse Hill. No era como esperaban Holland y Tughan. Se trataba de una mujer corriente, con el pelo cubierto prematuramente de canas. Probablemente, estaría rozando los cincuenta años y tenía un considerable sobrepeso. Tughan no pudo contener su sorpresa cuando la vio aparecer tras la puerta principal adelantando un pie para impedir que escapase un enorme gato de color rojizo. Una vez que comprobó las identificaciones, que ella misma había requerido, les invitó cordialmente a que pasaran. Insistió en prepararles una taza de té dejando a Tughan y Holland negociando el paso con, al menos, otros tres enormes gatos antes de sentarse en las cómodas sillas de su salita.

Holland lo pensó, pero fue Tughan el que, finalmente, lo dijo.

—Este sitio apesta —susurró, añadiendo secamente—. No me extraña que cambiara de opinión y se largara a otro sitio.

Tras el té y una buena selección de pastas, Holland se reclinó en la silla, tal como había sido instruido, y dejó que Tughan tomara el control de la situación.

—¿Vive usted sola, Margaret?

Puso una mueca extraña.

—Odio que me llamen Margaret. ¿Podemos dejarlo en Maggie?

—Lo siento, Maggie.

—Mi marido me dejó hace un par de años. No sé por qué le llamo así. En realidad nunca tuvo agallas de casarse conmigo, pero bueno.

—¿No hay niños?

Se apretó la rebeca contra su pecho.

—Tengo una hija. Tiene veintitrés años, vive en Edimburgo y no tengo ni idea de dónde está su padre.

Se tomó otra pasta y comenzó a acariciar al gato blanco y negro que acababa de saltar sobre su regazo. Le dijo algo, con voz susurrante y se tranquilizó, quedándose acurrucado. Holland pensó que se parecía un poco a su madre. No la veía desde hacía mucho tiempo. Quizá convenciese a Sophie para que fueran a verla.

—Muy bien, Maggie, háblenos del hombre del champán.

—¿No lo anotaron todo cuando llamé?

Holland sonrió. Tughan, no.

—Necesitamos saber algunos detalles más, eso es todo.

—Está bien. Eran cerca de las ocho, creo. Llamaron a la puerta y, cuando abrí, vi a ese tipo con una botella de champán en la mano. Me preguntó si no era allí donde organizaba Jenny una fiesta.

—¿Tiene usted alguna vecina que se llame Jenny?

—Creo que no. Dijo que estaba convencido de haber tomado correctamente la dirección y comenzamos a hablar y a reírnos por esto y lo otro. De pronto, comenzó a ponerse un poco atrevido, ya saben, diciéndome que era una lástima desperdiciar una botella de champán. Estaba flirteando conmigo, creo que iba un poco mareado.

—Cuando nos llamó, dijo que podría darnos una descripción bastante aproximada.

—¿Ah sí? Caramba. Bueno, pues, era alto, medía más de un metro ochenta, eso seguro. Llevaba gafas e iba muy bien vestido. Llevaba un traje muy elegante, bastante caro...

—¿Color?

—Azul, creo. Azul marino.

Holland lo anotaba todo manteniendo la boca cerrada, como un buen chico.

—Continúe, Maggie.

—Tenía el pelo corto, gris.

—¿Encanecido?

—Sí, verás, no era plateado, sino con un tono de gris pero no era tan mayor, no lo creo. Bueno, desde luego, no tanto como yo.

—¿Qué edad?

—¿Treinta y seis o treinta y siete? Siempre he sido muy mala calculando la edad de la gente. Bueno, eso le pasa a mucha gente, ¿no es cierto? —dijo, volviéndose hacia Holland—. ¿Qué edad cree que tengo?

Holland sintió que se le subían los colores. ¿Por qué demonios le había preguntado a él?

—Pues, no sé... ¿treinta y nueve?

Sonrió, agradeciendo la amabilidad de la mentira.

—Tengo cuarenta y tres. Sé que parezco mayor.

Tughan se aclaró la garganta, ansioso por recobrar la conversación. El gato, sobresaltado, abandonó el regazo y corrió hacia la puerta. Esto hizo que Tughan diera un salto, lo cual recordaría Holland, más tarde, como el único detalle divertido de la entrevista.

—¿Cómo sonaba su voz? ¿Tenía algún acento?

—Yo diría que bastante pijo. Una bonita voz y muy bien parecido. Era muy guapo.

—¿Así que le invitó a entrar?

Se sacudió más pelo de gato del que realmente había en su falda.

—Bueno, creo que me estaba lanzando indirectas. Como he dicho llevaba una botella de champán —miró a Tughan a los ojos y mantuvo la mirada—. Sí. Le invité a pasar.

Tughan mostró una leve sonrisa.

—¿Por qué?

Holland comenzaba a sentirse incómodo. Esta mujer podía serles de ayuda. Probablemente esa la única persona que podría ayudarles. La razón por la que invitó a pasar al hombre, que podía haberla asesinado, era una información que no necesitaban obtener ahora. Esta mujer no estaba loca, ni desesperada, ni hambrienta de sexo, por amor de Dios. La soledad no era un crimen, por mucho que Tughan pareciese disfrutar sacando el tema. En cualquier caso, no respondió y él lo dejó pasar.

—¿Qué ocurrió entonces?

—Como dije por teléfono esa es la parte extraña. Abrió el champán, recuerdo sentirme algo decepcionada al no escuchar el taponazo, y dije que iba a buscar un par de vasos. Dijo que muy bien y, que iba a hacer una rápida llamada de teléfono.

Tughan miró a Holland y, después, a Margaret.

—No mencionó esto cuando nos llamó.

—¿Ah, no? Bueno, pues así fue.

Tughan se inclinó un poco hacia delante en su silla.

—¿Hizo una llamada desde aquí? ¿Desde su teléfono?

—No. Cuando me dirigía a la cocina le vi sacando uno de esos horribles móviles. Los aborrezco, ¿ustedes no? Siempre te molestan esos pitidos y estúpidos tonos cuando vas sentada en el tren.

—¿Y usted estaba en la cocina?

—Sí, yo estaba en la cocina y acababa de coger los vasos y pasarles un trapo, porque estaban un poco sucios y oí cerrarse la puerta de la casa. Salí al exterior pero había desaparecido. Abrí la cancela pero seguía sin verle. Escuché salir un coche a toda prisa pero no pude verle.

Tughan asintió con la cabeza. Holland había terminado con sus notas.

Margaret Byrne los miró a los dos.

—¿Entonces creen que es el mismo tipo que mató a esa chica en Holloway?

Tughan no dijo nada. Se levantó y lanzó una mirada a Holland, indicándole que hiciera lo mismo.

—Si le enviamos un coche mañana, ¿tiene inconveniente en venir a Edgware Road para colaborar con un técnico de reconocimiento facial computarizado?

Asintió y recogió un gato que pasaba entre sus piernas.

Al llegar a la puerta, Tughan se dio la vuelta y la miró. Ella le devolvió una sonrisa nerviosa.

—¿Por qué ha tardado tanto tiempo en denunciar este asunto? —dijo Tughan—. Incluso ha dejado pasar cuatro días después de que emitieran la reconstrucción en televisión.

Se acercó el gato al cuello. Holland retrocedió un paso, posando la mano, quizá demasiado bruscamente, sobre el hombro de Tughan.

—Tenemos que irnos. Gracias por su ayuda.

La gratitud en los ojos de la mujer era evidente. Le agarró por la manga.

—¿Fue él?

Tughan iba ya de camino al coche. Holland le observó desactivar la alarma y entró, dando un portazo. Se volvió hacia ella.

—Creo que tuvo mucha suerte, Maggie.

Sonrió y le agarró aún más fuerte de la manga y dijo con los ojos húmedos.

—Habrás sido la primera vez.

Ahora estoy de bastante mejor ánimo. Y no me refiero en general; en eso, aún tengo altibajos. Tim dijo que antes estaba enfadada y probablemente tenga razón. Pero ahora, aquí, puedo ser una auténtica arpía. De todas formas creo que es bastante justo. Creo que merezco una medalla por los pocos berrinches que he tenido.

En fin...

Incluso aquí, siempre encuentras algo que te suba el ánimo. No es que te vayas partiendo de risa por los pasillos pero, si las buscas, siempre te encuentras con situaciones divertidas. Generalmente son de mal gusto, pero no puedes ponerte demasiado tiquismiquis. Hay una enfermera, Martina, a la que se le ha metido en la cabeza que debo estar guapa a todas horas. En condiciones normales, desde luego, le habría dicho que la perfección no puede mejorarse, pero en estas condiciones tiene un duro trabajo por delante. Siendo honesta, creo que lo hace como distracción de su trabajo habitual de cambiar el catéter y limpiarme el culo, que es una ocupación que no reporta demasiadas satisfacciones, ¿no es cierto? Al principio, no me importaba demasiado que me cepillara el pelo o que me cortara las uñas, pero cada vez se iba volviendo más ambiciosa. Debe ser una estilista frustrada o algo así. El otro día me pintó las uñas de un color horroroso y, ayer por la tarde, decidió que un poco de lápiz de labios me ayudaría a levantar el ánimo. Pintarle los labios a otro es como intentar hacerte una paja con la mano izquierda. Imposible. Parecía una p y asa en coma o como solía decir mi niñera una teta en trance.

Creo que pretendía hacerme parecer una de esas espantosas mujeres que trabajan en los grandes almacenes en la sección de cosméticos, ya sabes, las que se pasan el día rodeadas de cosméticos y no tienen ni puta idea de cómo aplicárselos. Un consejo. No usar nunca una paleta. Siempre he deseado acercarme sigilosamente a ellas y gritarles: «¡Un espejo! ¡Usa un espejo!».

No había planeado lo que sucedió esa mañana, lo juro, pero deseaba que ocurriera. Era obvio que las demás enfermeras se habían dado cuenta de que Martina se pasaba todo el tiempo acicalándose en vez de hacer el trabajo sucio y tuvo que cargar con el trabajo de limpiar el tubo de respiración. Puedo entender perfectamente que no quiera hacerlo. Es bastante asqueroso. Se supone que Martina debe sacar el tubo y limpiarle toda la mucosidad para que no se atasque. Imagínate que alguien te meta un tubo por la boca. Querrías toser, ¿no? Toser no ha sido una de mis especialidades durante estos días, así que debía estar guardándolo todo dentro. Así que allí estaba Martina, intentando ser eficiente y yo tuve que toser. No

pude evitarlo. ¡La tos salió de lo más profundo de mi garganta, por amor de Dios!

Como ya he dicho no fue a propósito y no sirvió de mucho que casi echara abajo la habitación de un grito, porque recibió un enorme grumo de flema en mitad de la frente.

Espero que ahora se mantenga alejada de mí por una temporada o al menos, que se limite a su trabajo con mi trasero. ¡Por lo menos, ahí ya sabes lo que puede venirte encima! Vamos, adelante, ¿un poco de laca de uñas?

Todo parece ir moviéndose a golpe de pestaña. Una pequeña complicación que ha surgido es que, a veces, lo fastidio todo cuando pestañeo, simplemente, porque mi cerebro decide cual es el momento exacto para hacerlo. Al igual que lo haces tú y esto no ayuda demasiado. Estoy intentando deletrear algo y, de pronto, salta una X o una J, sin ninguna razón. Como gritar de repente «cojones» en medio de una conversación.

Como Newcastle, un sábado por la noche.

CAPÍTULO DOCE

Rachel permanecía sentada frente al escritorio de su habitación, con un libro de química abierto ante ella, invisible desde hacía bastante tiempo. Sabía que esto era lo que significaba tener una relación con alguien. Altibajos. Hace tiempo había estado saliendo con un chico durante casi seis meses, y aún recordaba el dolor penetrante del teléfono que nunca sonaba y la terrible agonía de la nota que nunca llegaba. Pero esto era mucho peor.

Ahora tenía su propio armario en la sala común de la escuela y, tenía que luchar contra el deseo de correr hacia él cada cinco minutos, para comprobar si había alguna llamada perdida en su móvil. Al acabar el día siempre encontraba, al menos, un mensaje de texto. Los grababa y los releía constantemente. Los mensajes de voz eran mucho mejor. Le encantaba su voz.

Se levantó de la mesa y se tiró sobre la cama recogiendo el teléfono de donde lo había dejado para que se cargase. Una vez más volvió a escuchar el mensaje. Había una extraña parte de su ser que sabía que era común a todos los demás, que saboreaba el extraño dolor que le producía.

Como el escozor de una llaga en la boca.

No sabía si podría venir esta noche. Quizá pudiera, pero no quería dejarla plantada en el último momento. Lo sentía. Era un asunto de trabajo que no podía esperar. Tendrían que cancelar su cita. Volvería a llamarla mañana.

Como siempre se le daba la opción de que borrarse el mensaje. Lo guardó aunque, de todas formas, ya lo tenía guardado en la cabeza. Dejaba que se eternizara allí, descomponiendo cada frase y analizando cada matiz. ¿Había sonado algo distante? ¿Sería este el comienzo de una ruptura? Llamaría mañana, dijo, no más tarde, esta noche. Quería llamarle pero sabía que no lo haría. La idea de ser pegajosa la ponía enferma. Aunque sabía que, si era necesario, lo sería.

Quería desesperadamente un cigarro pero no podía arriesgarse. La noche anterior, se había fumado dos o tres en el jardín, mientras su madre estaba follando al policía. A veces, se subía en la mesa y abría la ventana para echar el humo al exterior pero su madre podría entrar en cualquier momento. Su madre fumaba pero decía que ella *no podía fumar*. Una jodida injusticia.

Mañana hablaría con él y todo se arreglaría y se sentiría patética.

Ya había dejado de ser una chiquilla estúpida. Por eso él deseaba estar con ella.

Las fibras de la alfombra que Thorne había raspado del interior del maletero de Bishop se conservaban en una pequeña bolsa de plástico. Sabía que él no podía entregárselas al forense y tampoco quería pedírselo a Holland. Pero había alguien a quien sí podía pedírselo.

Hendricks no hizo el más mínimo gesto cuando depositó la bolsa sobre la mesa de billar y mantuvo la postura, moviendo suavemente el taco, dispuesto a golpear. Metió con indiferencia la bola ocho y se puso derecho.

—Ahí tienes otra fibra —clavó los ojos en la bolsa y en su contenido—. ¿De dónde la has sacado?

Thorne le dio el dinero que se habían apostado y dejó el taco sobre la mesa.

—¿De dónde crees que la he sacado?

—Está bien, listo ¿cómo la has conseguido?

—Cuanto menos te diga, menos posibilidades hay de que abras la boca.

—Aún no he dicho que vaya a hacerlo. Además, no es que me lo estés pidiendo muy educadamente.

Thorne sabía que Hendricks lo haría, pero aun así, se sentía mal por pedirselo. Habían colaborado muchas veces, ambos se habían hecho muchos favores, se habían dejado dinero, pero ahora se trataba de trabajo. Esto era pedir mucho. Hendricks era perspicaz. Si accediera a hacerlo, lo haría asumiendo los riesgos. No perdería su trabajo, pero podía verse de nuevo haciendo trabajo de oficina. Era lo suficientemente perspicaz para adivinar que sería mucho trabajo para recibir tan poca recompensa.

—Si estás tan seguro de que es él, ¿por qué te molestas?

Dos adolescentes que esperaban para jugar avanzaron un paso. Una dejó caer una moneda de cincuenta peniques sobre una esquina de la mesa. Thorne se desplazó hacia la barra. Hendricks recogió la bolsa de plástico y le siguió. Le complació la idea de que las dos chicas se habían quedado mirándolos, convencidas de que acababan de presenciar una transacción con algún nuevo tipo de droga.

—Vamos, dímelo.

—Porque soy solo yo el que está seguro.

—Vale y si resulta que coinciden, ¿qué te indicará eso? A la mierda. Estamos bastante seguros de que el asesino conduce un Volvo y no creo que la alfombra trasera de cada uno se fabrique individualmente. Sé que son muy buenos coches pero por favor...

—Entradas para el Spurs Arsenal. Pago yo.

Hendricks tomó un largo sorbo de Guinness.

—Quiero entradas de palco.

—¿Cómo se supone que voy a conseguirlas?

—¿Cómo se supone que me voy a meter en el laboratorio forense con una bolsa llena de fibras de alfombra que han salido de la nada?

—Veré lo que puedo hacer. Escucha, Phil, ya conoces cómo va eso, nadie te preguntará nada. Son científicos, no inspectores de Hacienda. Diles que intentas ayudar y que tienes un amigo con un Volvo. De hecho, podrías llevarte más fibras del maletero de tu coche o algo así, ya sabes para que sirvan de comparación.

—No recuerdo un solo testigo que haya visto un Nissan Miera beis, ¿y tú?

Hendricks tenía razón. Quizá porque tenía el vehículo más repelente que circulaba por las calles de Londres.

—Gracias, Phil.

—¡Recuérdalo, de palco!

—Sí, sí...

—¿Sabías que el Volvo es el único vehículo comercial en el que no puedes suicidarte? Quiero decir: obviamente, puedes estamparte contra una pared, si es lo que quieres; pero tiene un dispositivo de desconexión automática, ya sabes, para que no puedas introducir una manguera por el tubo de escape y quedarte sentado esperando hasta que te asfixies.

Thorne emitió un gruñido.

—Qué lástima.

Thorne abandonó el bar veinticinco libras más pobre, pero sin la bolsa de plástico que le quemaba en los bolsillos. Dormiría bien esa noche.

No había probado el alcohol.

Diez minutos después de entrar, llamó Holland. El detective habló en tono suave, casi susurrante. Le dijo a Thorne que Sophie estaba dormida en la habitación de al lado y que no quería despertarla.

No quería que supiera a quién estaba telefoneando.

Thorne escuchó lo que tenía que contarle acerca de Margaret Byrne. Podía haber sido su primera víctima, si el asesino no hubiera salido huyendo por alguna razón. Le dijo lo que le había contado sobre la voz del asesino. Una voz agradable, pensaba ella. Elegante, tranquilizadora, pensó Thorne, probablemente dulce.

Cuando escuchó lo de la llamada telefónica, Thorne se presionó el auricular contra la oreja, tan fuerte, que se hizo daño. ¿Bishop llamándose a sí mismo? Descartó esa idea. No tenía ningún sentido. Era posible, eso lo sabía, pero ¿con qué finalidad? En cualquier caso, no había registro de la llamada, así que ¿para qué hacer elucubraciones?

Dave Holland se encogió de hombros ante la pregunta de Thorne acerca de cómo le había ido con Tughan. Un comentario displicente lo hizo por él. Había intentado olvidar la sensación de incomodidad, de malestar, que impregnaba cada rincón de la habitación de Margaret Byrne cada vez que el irlandés abría la boca. No estaba seguro si se trataba de sus sensaciones o de las de Margaret pero fue muy agobiante. Durante el resto del día se quedó con él, siguiéndole a todos lados como si fuera algo fétido.

Thorne no parecía particularmente interesado en Margaret Byrne. Cuando le anunció que la había llamado y había arreglado una cita para la mañana siguiente, Holland comprendió por qué. Intentó disuadirle. ¿Con qué finalidad? Ya habían hablado con ella y se había comprometido a pasarse por la comisaría para elaborar un retrato electrónico.

Thorne era perfectamente consciente de que ya la habían visitado.

Pero no habían llevado una foto de Jeremy Bishop en el bolsillo.

Anne disfrutó del paseo en coche de vuelta a casa, en la oscuridad de la noche.

Generalmente ponían una obra en la radio o una historia corta o algo así. Algunas veces, se había enganchado tanto en los cuarenta y cinco minutos que tardaba en llegar de Queen Square a Muswell Hill, que se quedaba sentada en el coche, en la puerta de su casa, esperando a que terminase.

Esta noche dejó la radio apagada. Tenía demasiadas cosas en que pensar.

Esa mañana, en la habitación de Alison, se había encontrado una fotografía de Jeremy. Estaba en la mesita que hay en la esquina de la habitación; probablemente, la pondría allí alguna enfermera. Ahora tenía muy claro lo que Thorne había estado haciendo en la habitación de Alison el día anterior, mientras ella iba a por los cafés, y no podía comprender qué podía significar. De alguna manera, desde luego, sí que sabía lo que significaba. No podía significar otra cosa, pero no quería ocuparse de aquello.

Al menos, de momento.

Tenía sentimientos hacia los dos hombres. Hacia uno de ellos, los sentimientos habían cambiado a lo largo del tiempo. Hacia el otro, habían cambiado de la noche a la mañana.

Su relación con Jeremy nunca volvió a ser la misma desde que murió Sarah. Siempre lo habían compartido todo, lo cual le había traído problemas con David en más de una ocasión; pero desde el accidente, Jeremy se volvió más reservado. Su actitud distante podía ser divertida pero la había cansado un poco. Recientemente se había vuelto arrogante, más arrogante y, a veces, desagradable. El trabajo se había convertido en una tarea aburrida para él. Se había vuelto una pura formalidad. Anne sabía que siempre sería una parte importante en su vida y también lo serían sus hijos, pero ya no había nada divertido en ello. Se sentía... obligada.

Incluso así, las cosas que debía estar pensando Thorne eran espantosas. Eran inimaginables.

Pasó junto a Camdem High Street. Estaba a cinco minutos de su piso.

Si hubiese encontrado esa fotografía doce horas antes habría habido un enfrentamiento. Habría exigido respuestas a las preguntas que ya no podía formular y no se habría acostado con él. Eso seguro. El sexo lo había cambiado todo. Sabía que era una forma de ver las cosas muy anticuada, pero era la suya. Siempre había sido así y le había costado demasiados años de infelicidad como para recordarlos.

Ahora tenía que compartimentar. Necesitaba ignorar una parte del hombre con el que compartía su cama. Eso lo ponía todo en peligro. Sus sentimientos hacia Thorne le dejaban pocas opciones y, los que iba perdiendo por Jeremy, no hacían sino reafirmarla en sus apreciaciones. Llegado este momento tenía que tomar una decisión. No podía pensar en un futuro con Thorne mientras se reconciliaba con el daño a su pasado que parecía dispuesto a hacer; además, un futuro con él, por muy corto que este pudiera ser, era lo que sentía que debía preservar.

Se taparía los oídos y chillaría. No tenía más opción.

Pensó en Alison, tan apartada de todo. Más que ninguna otra cosa, quería traerla

de vuelta. Pero, teniendo en cuenta el miedo, el odio y la desconfianza que parecían encerrarlo todo no podía sino preguntarse si Alison estaría mejor donde estaba.

Encendió la radio. No encontró nada que valiese la pena. De todas formas estaba llegando a casa.

El baño empezaba a ponerse frío.

Thorne se sentó y miró al reloj, que había dejado junto al teléfono móvil sobre un aplique del baño. Era casi la una de la mañana.

Permanecía echado, completamente quieto, con la cabeza sumergida en el agua. Tenía los ojos abiertos, enfocando al techo, que nadaba sobre él y, esperaba que el agua dejase de moverse, para ver cuánto tiempo aguantaba la respiración. Era un juego que practicaba de niño simulando estar muerto, echado sobre la humeante bañera de aquel enorme y viejo cuarto de baño. Dejó de hacerlo la noche en que su abuela entró en la habitación y se llevó un gran susto. Se sentó muy erguido, en cuanto escuchó el chillido, pero nunca olvidaría aquella mirada de terror.

Era una mirada que, desde entonces, había visto en muchas ocasiones.

Solía tomarse un vaso de vino en el baño pero esa noche se lo había pensado mejor. No es que pretendiera dejar de beber. Lo había intentado un par de veces y resultaba bastante aburrido. Simplemente, no pensó en tomarse una copa.

No un martes por la noche.

Aquello parecía, en muchos sentidos, el comienzo de algo. Desde la noche pasada, había pensado en Jan unas pocas veces, pero no de manera sensiblera ni sentimental. Estar con Anne no le había hecho pensar en lo que se estaba perdiendo.

Más bien al contrario, finalmente, se dio cuenta de que no había echado nada de menos. No había echado de menos a Jan.

Y esto podía ser el principio del fin de la pesadilla empapada de sudor en que se había convertido este caso. Pensó en Holland y Hendricks, exponiéndose por su culpa y deseaba que lo que fuera a pasar al día siguiente les evitase cualquier problema. Todo podía ser mucho más sencillo. No irrumpiría en la oficina de Keable como un petulante engreído, pero le faltaría poco.

Thorne salió del baño, se secó y se vistió. Atravesó la cocina, ignorando una botella de vino que había sobre la encimera, llegó hasta el equipo de música y puso *Grievous Angel*, de Gram Parsons. Ahí sí que había un hombre que era incapaz de decir que no a una copa.

Puedes hacerlo, Tommy.

Mejor no esta noche, ¿vale?

Por favor, esta noche no.

Se echó en el sofá, acosado por sus pensamientos, como si se tratara de un enjambre de enormes moscas negras.

Quería llamar a Anne, pero pensaba que a esas horas debía estar en la cama. Su padre estaría despierto todavía. ¿O trabajaría Anne hoy hasta tarde? No lo recordaba.

¿Habría ido James corriendo a casa a contarle todo a su padre sobre la charla que habían tenido? Probablemente. ¿Habría escuchado Alison la conversación telefónica? No le gustaba demasiado a la novia de Holland, eso era evidente. ¿Cómo cojones iba a conseguir entradas de palco en el estadio de White Hart Lane?

¿Cuántos años tendría ahora la mayor de las chicas de Calvert? ¿Veinticuatro? ¿Veinticinco?

El vino seguramente diluiría un poco sus pensamientos pero tenía que tranquilizar un poco las cosas. Permaneció en el sofá y el vino permaneció en la botella. Mañana, ¿quién sabe? Podría haber cosas que celebrar.

No había forma de que pudiera irse a la cama sin hacer una llamada y eso hizo. Bishop cogió el teléfono inmediatamente. El tono suave dio rápidamente paso a la impaciencia y, finalmente, a la ira. Thorne pulsó el interruptor que daba por concluida la llamada y se quedó allí, aliviado, sujetando el auricular. La tensión se relajó en un instante y un terrible sentimiento de cansancio comenzó a apoderarse de él. Cruzó los brazos sobre el pecho, sujetando el teléfono, y cerró los ojos.

Se metió en el coche y se quedó sentado un momento intentando prepararse. Tenía un duro día por delante. Había cosas por hacer que casi habían estropeado los planes de la tarde. Pero encontraría tiempo para hacerlo todo.

La luz interior del coche se apagó y comenzó a relajarse, satisfecho de haberlo dejado todo recogido en casa, por si tenía la suerte de traer a una huésped de vuelta. Depositó todo lo que iba a necesitar en el asiento del pasajero. Todo podía esconderse en un bolsillo cuando llegase el momento. Le apenaba tener que prescindir del champán pero había visto esa estúpida reconstrucción en la televisión. De todas formas, ya no iba a hacer falta ahora, pero era un detalle de estilo. Nunca había escatimado en gastos: siempre había llevado Taittinger. Quería que lo último que saboreasen sus víctimas fuera algo realmente bueno, lo último en saborear en sentido convencional.

Las conversaciones que tenía mientras esperaba a que la droga hiciera efecto, aunque solían ser tediosas, le daban una idea clara de con quién estaba tratando. Eso era importante. Los treinta minutos que estuvo hablando con Alison le hicieron sentir aún mejor por la nueva vida que le había proporcionado. En esa media hora de verborrea de borracha pudo comprender el tipo de vida de la que la estaba librando. A partir de ahora sería una lotería.

Sonrió. ¡Podrías ser tú!

Esperaba que la policía pudiera ver más allá de las razones prácticas para su cambio de método de trabajo. No quería que perdiesen el tiempo en aspectos irrelevantes. Champán la última vez, aguja esta vez, no importaba demasiado. Thorne lo entendería. Puede que ya no estuviera oficialmente al mando pero seguía involucrado.

Puso en marcha el motor del coche y encendió las luces. Se sentía confiado y capaz. Una vez de vuelta a casa y siguiendo el procedimiento, no consideraba la posibilidad de fracaso. Con las otras, esa palabra permanecía en su cabeza hasta incluso después de que la luz se hubiera apagado de sus ojos.

Se quitó las gafas y se limpió los cristales concentrándose en la tarea inmediata de preparar un nuevo paciente. Por desgracia, tendría que emplear algo de fuerza, al igual que ocurrió con Thorne, pero una vez que hallase la vena, todo terminaría rápidamente. Después, solo tendría que mantenerla quieta unos minutos y había varios métodos para hacerlo. Algo puntiagudo serviría perfectamente. De todas formas, una vez que la droga comenzara a hacer su trabajo sería incapaz de gritar, así que no tendría demasiados problemas.

El coche inició la marcha y pensó por un momento en lo que haría cuando todo hubiera acabado. Podría terminar de muchas maneras pero se preguntaba cómo miraría hacia el pasado, hacia todo lo que estaba haciendo. Lo que se estaba viendo forzado a hacer. Sería extraño empezar de nuevo pero recordaría algunas cosas con cariño. Estarían Alison y todos aquellos éxitos que el tiempo le permitiese conseguir. Podía deleitarse en eso y recordaría con regocijo la simetría de un castigo justamente administrado. Un castigo tan apropiado. Sonrió y comenzó a tararear una canción. Alguien iba a desear no haber escuchado nunca con él a Gilbert and Sullivan.

Dirigió su Volvo hacia West End y se apoyó sobre el respaldo del asiento sintiéndose tan bien como no lo había hecho en mucho tiempo.

Había conseguido tantas cosas con su destreza y determinación.

Como ya he dicho, algunos días son mejores que otros...

Este es el primer chiste que voy a contarle a Anne.

Esto es una patata joven, sexy y elegante que vuelve a su casa andando por la noche, después de pasar la tarde en la discoteca con sus mejores amigas, la chirivía y la judía, cuando, de pronto, le ataca una zanahoria chiflada. La zanahoria le hace todo tipo de cosas horribles y la deja en el hospital. Le han quitado la piel y le han hecho puré y está tirada en una cama. Lo único que aún le funciona son los ojos. Los ojos de la patata. Al día siguiente, el novio de la patata, que es un nabo, alto y bien parecido, viene al hospital y habla con los médicos y, con lágrimas en los ojos, dice: «¿Qué posibilidades quedan, doctor?». Los médicos miran a la pobre patata, tirada en la cama y le dicen: «Lo siento... pero será un vegetal el resto de su vida».

CAPÍTULO TRECE

Brigstocke había supuesto que estaba resacoso. «Duérmela» no era la respuesta tradicional a alguien que llamaba para decir que estaba enfermo pero Thorne no podía discutir. Brigstocke había trabajado con él antes y era una suposición razonable. Sabía que su paciencia no tardaría mucho en colmarse. No tenía mucho tiempo aunque tampoco creía que necesitara demasiado.

Un vistazo al buen tiempo, a través de la ventana, le había ayudado a decidirse. Optó por tomar el tren de superficie Thameslink, de Kentish Town a Tulse Hill. Era una trayectoria directa y una atractiva alternativa a permanecer sentado en el coche el mismo tiempo que le llevaría ir a Birmingham, o a la tensión y el sudor pegajoso del metro. No le encontraba ningún aliciente al metro. Para Thorne, estaba relacionado inevitablemente con la línea Norte que, curiosamente, era la que elegían la mayoría de la gente a la que le daba por tirarse frente al tren. Suponía que, probablemente, pensaban en los demás en su momento íntimo de desesperación más profunda. Si vas a joder a los usuarios, ¿por qué no fastidiar a aquellos que estaban ya inmunizados contra el caos y los retrasos?

Thorne había decidido hacía ya tiempo que, si alguna vez sintiera la necesidad, se decantaría por el estilo *puñado de píldoras, botella de tinto tirado en la cama a lo Hank Williams*. Cualquier procedimiento distinto sería querer llamar la atención.

Aunque debía reconocer que el cañón de una pistola en la boca le iba muy bien a algunos tipos.

Se asomó a la ventana cuando el tren pasaba por Blackfriars Rail Bridge. La zona sur del río era un mundo diferente, con el río como línea divisoria. Definitivamente, la zona sureste era la más aburguesada, Clapham y Richmond y, desde luego, Battersea. Había áreas muy *elegantes* en el sureste (le gustaban particularmente Greenwich y Blackheath), pero en su conjunto, aquella era la zona de la ciudad de Londres que más se parecía a una zona de guerra. El sureste de Londres no necesitaba polis, necesitaban cuerpos de pacificación de las Naciones Unidas. En aquel preciso instante, había gente en las barras de algunos bares chungos que harían cagarse encima al mismísimo Slobodan Milosevic.

Abrió su maletín y volvió a mirar las fotos. Parecían instantáneas obtenidas en alguna operación encubierta de la policía. Toda una oportunidad de iniciar carrera para Bethel si alguna vez decidiera dejar los negocios sucios. Bishop era un tipo fotogénico, Thorne sabía que lo sería, aunque cuando desaparecía la sonrisa que mostraba en público su rostro se endurecía considerablemente, apareciendo incluso severo.

Thorne estudió cada fotografía. Una de ellas mostraba a James volviendo a la casa después del encontronazo con Bethel. Miraba hacia atrás por encima del hombro intentando hacerse el duro. No lo conseguía. Thorne se preguntaba si tendría novia. Probablemente, alguna chica desgarrada de nombre Charlotte, que se haría llamar

Charlie, vestiría de negro y pasaría los domingos por la tarde en Camden Lock, atiborrada de pastillas. Buscaba la mejor foto: una en la que Bishop mirara de frente a la cámara. Quizá oyó moverse a Bethel o vio un mechón de pelo rubio sobresalir por encima de los setos. La foto no estaba allí y Thorne se dio cuenta enseguida de dónde estaba. La llamada que recibió de la habitación de Alison le dejó tan absorto que se olvidó del propósito inicial de su visita. Quizá la había recogido una enfermera y la había tirado a la basura. Seguro que Anne la había visto, lo que significaba que tenía que dar explicaciones. Pero para entonces todo habría valido la pena y ella tendría que reconocer que tenía razón. ¿A quién pretendía engañar? Cierto o no, era probable que el engaño que se escondía en todo el asunto convertiría lo que comenzó entre ellos, hace dos noches, en una relación de un solo día.

El hombre mayor que había junto a él simulaba estar leyendo el periódico pero, en cuanto tenía oportunidad, lanzaba miradas furtivas a las fotos por encima del hombro de Thorne. Quizá pensó que Thorne era alguna clase de espía o un sórdido *paparazzi*. Quizá pensó que Thorne había matado a su princesa. En cualquier caso, empezaba a convertirse en una molestia. Thorne levantó una de las fotos y se la enseñó al hombre que rápidamente agachó los ojos hacia el periódico. Thorne se arrió a él y le susurró con tono conspirativo: «No se preocupe, solo es un médico».

El hombre no volvió a despegar los ojos de su periódico durante el resto del trayecto.

La casa de Margarte Byrne estaba a un paseo de cinco minutos de la estación. No conocía bien la zona, pero parecía sorprendentemente tranquila y suburbana, teniendo en cuenta que Brixton estaba solo a dos minutos de allí. Thorne había recorrido esas calles en 1981. Nunca se sintió tan odiado. Él y muchos otros compañeros habían intentado reconfortarse con la idea de que aquello no era más que un ataque a la policía. Una excusa para quemar algunos coches y afanar algunas televisiones. Lo ocurrido desde entonces le hizo comprender que había estado equivocado y el asesinato racista de Stephen Lawrence lo había cambiado todo.

Thorne hizo sonar el timbre de la puerta y esperó. Las cortinas de la ventana frontal estaban echadas. Deben ser del dormitorio, supuso. Miró su reloj, se había retrasado casi diez minutos. Volvió a tocar el timbre. Observó a su alrededor con la esperanza de ver a alguna mujer corriendo en su dirección, después de haber salido a recoger una botella de leche, pero solo vio a una mujer en la casa de enfrente lanzándole una mirada suspicaz. Le devolvió la mirada.

Thorne acercó la cara a la ventana y miró a través de una pequeña fisura en las cortinas verdes, pero la habitación estaba a oscuras. Se dio la vuelta y volvió a ver a la señora de la casa de enfrente. Comenzó a sentirse incómodo.

Cálmate, Tommy. Probablemente, esté echando una cabezada.

Oh, Dios, ahora no.

Había un pequeño callejón a la derecha de la casa bloqueado por dos

contenedores negros de plástico. Thorne saltó por encima de ellos y caminó despacio por el callejón. La cancela que había al final del mismo estaba cerrada. Tiró el maletín por encima de la cancela y retrocedió para coger uno de los contenedores, dando por seguro que su observadora del vecindario habría llamado ya a la policía.

Intentó descolgarse del otro lado de la cancela pero la caída hasta el patio le hizo rechinar los dientes. Se encontró con un cordel en el que se habían tendido unas blusas y pantalones.

La puerta trasera había sido forzada.

Sabía que debía abrir la cancela y volver a la puerta principal de la casa.

Sabía que debía llamar para pedir ayuda.

Sabía que llevaba el móvil en el bolsillo.

La excitación fue instantánea y sobrecogedora. Había también algo de miedo, que recorría su cuerpo, apretándole los puños y aflojándole las tripas. Estaba experimentando la reacción de lucha y temor en su vertiente más básica.

Lucha o temor. Nunca habría una contienda entre ambas posibilidades.

Thorne sentía que la piel se le salía del cuerpo y caía sobre el suelo como si fuera un abrigo. Sintió la vibración de sus terminaciones nerviosas poniendo los sentidos en doloroso estado de alerta. El sonido del viento sobre los árboles se transformaba en una cacofonía. Una cara en una ventana distante, en un gigante al acecho. Podía saborear el aire. El estaño de sus empastes.

No se produjo ningún chirrido teatral cuando abrió la puerta de un empujón. Tensó todos sus músculos. Entró en una pequeña cocina. Todo estaba bien limpio, el mantelito del té permanecía doblado sobre una silla, la vajilla estaba perfectamente ordenada sobre el escurridor. Thorne venció el impulso de coger el cuchillo del pan y se quedó inmóvil, intentando controlar la respiración. La puerta abierta que tenía a su izquierda conducía a la salita. Se desplazó sigilosamente hasta la habitación observándolo todo. Estaba vacía. La alfombra marrón parecía nueva, pero era la única novedad que había introducido en la habitación; todo lo demás tenía aspecto de gastado y raído. Thorne aligeró el paso, tomó aire y abrió la puerta que había en el otro extremo.

Se encontraba ahora en una habitación contigua a la puerta principal con muy poca luz. Había otras dos habitaciones enfrente. La de la derecha, más próxima a la puerta principal, debía ser un dormitorio y la otra, supuso, sería un cuarto de baño.

Valía la pena intentarlo.

—¿Señora Byrne?

Nada.

Oyó un leve golpe sordo. El golpe que sintió en su pecho fue mucho más acusado.

Siempre está en la habitación del fondo, Tommy.

Abrela...

Entrará por la puerta principal en un momento y te sentirás como un auténtico

cretino.

Thorne abrió la puerta.

Gritó y retrocedió al sentir que algo salía siseando de la habitación y se enredaba entre sus pies. Introdujo la cabeza en la habitación, sintiendo los fuertes latidos de su corazón, mientras el gato huía despavorido hacia la salita. Oyó el estrépito de la bandeja de comida para gatos cuando la volcó el gato en su huida.

Entonces le llegó el olor.

Mierda de gato y algo más. Algo más familiar y mucho más repugnante. Penetrante y metálico, y tan fuerte que podía saborearse en el aire. Como pasar la lengua por una pila gastada.

Resignado a lo más terrible...

Resignado a la inevitabilidad de lo que iba a ver, Thorne avanzó hacia la habitación a oscuras y palpó con la mano hasta encontrar el interruptor de la luz.

Había cuatro gatos más. Uno le miraba fijamente desde lo alto del armario, mientras el otro saltaba dócilmente desde lo alto de la cómoda. Dos más estaban sobre la cama, acurrucados junto al cuerpo de Margaret Byrne.

Yacía en el extremo izquierdo de la cama, con las manos hacia un lado, la cabeza echada hacia atrás y vuelta hacia él. Tenía un ojo medio abierto, pero no tanto como la sonrisa escarlata que le recorría el cuello, siguiendo el ángulo que formaba la cabeza sobre la almohada.

Dios santo...

La sangre se concentraba bajo la clavícula y manaba por el lado izquierdo, sobre el edredón, de donde se deslizaba un hilillo que desembocaba directamente sobre la alfombra azul. Una parte de su blusa rosa estaba empapada de sangre. A pocos centímetros de donde había plantado Thorne el pie había otra mancha de sangre, seca y marrón. Algunas salpicaduras serpenteaban a lo largo de la alfombra, alcanzando la pared, frente a la cama. Comprendió que fue aquí donde sufrió el ataque antes de tirarse sobre la cama a morir, supuso Thorne, poco tiempo después. Mientras la observaba su asesino.

Un objeto brillante sobre la alfombra, junto al extremo de la cama, llamó su atención. Un pendiente, quizá. También vio un colgante, anillos y un joyero de madera tirados junto a la pared.

Margaret Byrne había intentado salvar los pocos objetos valiosos que le quedaban. Pero el hombre de quien quería salvarlos no había venido a robarle.

Una vez más escuchó la persistente voz del procedimiento. Estaba contaminando la escena del crimen. Necesitaba salir de allí.

Se arrepintió de no haberle preguntado a Holland por ella cuando tuvo oportunidad. Ahora tendría que quedarse en un matadero enmoquetado y perfumado e intentar componerlo todo. No era demasiado complicado albergar sentimientos

hacia ella. Hacerse una idea de su personalidad. Los gatos, las botellas y jarrones perfectamente ordenados sobre la cómoda ya le contaban lo suficiente. Se echó hacia atrás, buscando la solidez de la pared, se apoyó y se dejó caer suavemente hasta el suelo. El gato que había estado olisqueando toda la zona, uno blanco y negro pequeño, se acercó tranquilamente y le acarició las espinillas con el hocico. Thorne se metió la mano en el bolsillo y sacó el teléfono balanceándolo entre las rodillas.

Quería quedarse unos instantes a solas con Margaret antes de hacer la llamada.

Cuando llegaron los coches, se encontraron a Thorne sentado en los escalones de la entrada, mirando a la mujer de la ventana de enfrente. El gato, que no se había despegado de él ni un momento, se había acurrucado en su regazo. Holland llegó hasta él y esperó. Después de unos instantes, Thorne elevó el rostro con una extraña sonrisa torcida. Esperaba a Tughan y se alegró de no verle. Tampoco quería ver a nadie que pudiera ser Brewer.

—¿Te han ascendido, Holland?

Holland no dijo nada. Al recordar la conversación con Maggie Byrne en el mismo lugar, el día anterior, las lágrimas estuvieron a punto de vencerle. Thorne observó a los muchachos de la policía científica entrar en la casa con todo su equipamiento encima. Se había sentido igual que Holland hacía quince minutos, pero ahora empezaba a invadirle una extraña calma.

—La ha ejecutado, Dave. Irrumpió en su casa y la ejecutó.

Holland le miró y le habló sin alterarse, sin mostrar ninguna emoción en el rostro.

—Está muy ocupado.

TERCERA PARTE

LA PALABRA

Voy a cortar con Tim hoy. ¿Suena un poco precipitado? Lo siento, ya sé que no viene a cuento y quizá debería haberlo meditado con más detenimiento, pero llevo ya algún tiempo pensando en ello.

Pensando en ello.

Como si pudiera hacer otra cosa. Ni siquiera estoy en posición de discutir mis problemas de pareja con mi mejor amiga, ni aunque estuviera segura de que aún me quedara alguna. Bueno, podría, pero sería el chismorreó de chicas más aburrido de la historia. Agua mineral y pizarra no son un buen sustituto de cervezas y cigarros y una pizza servida en casa.

Y mirarse no es lo mismo que reírse, ¿verdad?

Pero he pensado mucho en Tim y en lo muy infeliz que debe ser. Ya sé que no es muy original, lo sé, pero es más por su propio bien que por el mío. Me refiero a cortar con él. No pienso decirle chorradas como «te quiero, pero no estoy enamorada de ti» o «creo que deberíamos ser simplemente amigos». Siendo honesta, no estoy segura de lo que diré. Estoy hablando de lo que digo, aunque, obviamente, me refiero a pestañeo y parpadeo, mientras el pobre infeliz mantiene la sonrisa plantada en la cara, mientras se esfuerza en intentar entender qué cojones quiero decirle.

Y no es que no sepa qué decir, cualquier cosa que haya escuchado en una película o en la tele. Las despedidas lacrimógenas a los amados enfermos terminales están al orden del día, pero esto es bastante excepcional. Nunca habrás visto algo así en ningún episodio de la telenovela de la tarde. Probablemente, solo sea cuestión de tiempo, desde luego. Lo alargarán un par de meses. Exprimiéndolo todo lo que puedan. Seguramente, será el gran suspense navideño, con la trágica, aunque todavía muy sexy jovencita, en la cama del hospital, pestañeando como loca mientras su novio cachas se arrodilla junto a su cama, echando el corazón en cada sollozo y diciéndole, a pesar de todo, que todavía la ama.

Ya, seguro...

Así que, en realidad, no sé por qué voy a hacerlo, pero es algo que hay que hacer. Solo he dejado a una persona en mi vida. Tenía diecisiete años y le pillé besándose con una amiga mía en una fiesta. Le había metido la mano por debajo del sujetador mientras yo esperaba en la cola del baño. Incluso así, la ruptura fue bastante peliaguda y hay que tener en cuenta que aquello ocurrió cuando era solo una mocosa.

Siendo tal como soy ahora este asunto se está convirtiendo en una pesadilla.

Ya sé que, al apartar a Tim de esta desagradable carga, me convierto en una figura desinteresada, casi angelical, pero la triste realidad es que lo hago por puro egoísmo.

Porque sé que él nunca lo hará.

Porque ya no puedo soportar verle llorar cada vez que me mira.

No sabe qué hacer, el pobre. Me habla, suavemente. Habla y utiliza el puntero, como Anne le ha enseñado, pero sé que no puede soportarlo. Siempre ha sido muy nenaza en lo relativo a los hospitales y a la sangre, y a cosas así.

Dijo que deseaba que le hubiera ocurrido a él, en vez de a mí y sé que lo dijo de corazón. Antes de que todo esto suene a que quiero dejarle libre, o alguna estupidez parecida, para que pueda encontrar a otra persona, quiero dejar claro que si alguna vez consigo salir de aquí, más le vale volver corriendo conmigo y no quiero oír nada de lo que ha estado haciendo ni con quién.

La verdad es bien simple. No puede soportar verme sufrir y a mí me ocurre lo mismo con él. Cada vez que viene a verme se queda totalmente destrozado y es culpa mía. Mido cerca de uno sesenta y no puedo mover un puto músculo y estoy exprimiéndole la vida poco a poco. Así que, por ahora, lo mejor será coger el toro por los cuernos. Probablemente, no sean las mejores palabras para definirlo, pero no estoy muy elocuente estos días.

No le va a gustar. Es muy posible que llore o incluso que grite. En realidad, eso estaría bien, no hay nada mejor que montar una escenita para que acudan corriendo las enfermeras, pero creo que cuando llegase a casa y meditara sobre el asunto, se sentiría aliviado. Por amor de Dios, nuestro paraíso encantado, nuestro escenario de ensueño, lo mejor que podríamos desear incluye sillas de ruedas y ordenadores y que a uno de los dos le toque la lotería para poder pagar todo eso; yo sería de la misma utilidad que una de mis alumnas de dos años. Eso no se lo deseo a nadie.

Tim se preocupa por mí, sé que lo hace. Pero no soporto que me tengan lástima. Que me quieran está muy bien, pero no que se compadezcan de mí.

Y «preocuparse por mí» no es lo mismo que «ocuparse de mí», ¿no es cierto?

Así que, Tim, cariño, considérate afortunado y, admite mis disculpas por adelantado, si en el momento clave de tu boda pija con una impresionante rubia, cuando el cura pregunta eso de si hay «alguna causa o impedimento», se abre la puerta de la iglesia y entra una espástica en silla de ruedas. Simplemente, ignórame y continúa con la ceremonia. Probablemente me cabrearé... Hay que joderse, ¿no has escuchado lo que he dicho?

«Si alguna vez salgo de aquí...».

Si...

CAPÍTULO CATORCE

La gata había permanecido sentada, tranquila y sin pestañear observando cómo golpeaban brutalmente, en la parte posterior de la cabeza, a la mujer que tanto la quería y cómo le abrían la garganta para que se desangrara como un cerdo. Ahora se volvía a sentar, mirando la cara de un hombre que no entendía lo ocurrido mucho más que ella. Elevándose y descendiendo con él cuando respiraba. Elevándose y descendiendo y mirándole a los ojos. Estaban cerrados, pero seguía el movimiento errante de sus pupilas tras los párpados, como si de animalitos cautivos se tratara. Buscando una salida. Buscando un punto débil. Amenazando con hacer saltar en pedazos la fina piel de los párpados.

Y Maggie Byrne sonreía, tumbada sobre la cama. Se quitó los zapatos y juntó los pies. Podía oír como crujía el nailon de sus medias. Él dijo algo, un chiste quizá. Ella soltó una carcajada echando la cabeza hacia atrás y la línea roja bajo la barbilla comenzó a abrirse. Se ruborizó y cogió una bufanda. Él dijo que no importaba pero ya había empezado a llorar. Sacudió la cabeza y sollozó, intentando liarse la bufanda alrededor del cuello. La raja se abrió aún más hasta tomar un aspecto parecido al corte de un pescadero. Su no muy esbelto cuello estaba abierto a tajos, como un atún. Rosa, después rosa oscuro y después rojo.

Y sus palabras no lograban reconfortarla. Intentaba tomarla en sus brazos, pero se deslizaban alrededor del cuello. Sus manos le presionaban la clavícula y los dedos palpaban el interior húmedo y pegajoso de la herida.

Buscando frescura.

Maggie Byrne intentó gritar pero solo emitió un silbido desde la garganta.

Finalmente, abrió los ojos.

No había estado durmiendo y aquello no era un sueño. Solo una foto instantánea mental, deformada. Un recuerdo ajustado y distorsionado por el concurso indeseado de la imaginación. Algo que habitaba en los rincones mórbidos y macabros de su subconsciente y que estaba disfrutando del momento.

Abrió los ojos.

Esperó a que esas imágenes se desvanecieran en la lejanía; tirado en el sofá, escuchando el decreciente ritmo de sus latidos, sintiendo que las gotas de sudor se evaporaban de la cara, dejando que algo se arrastrase de vuelta a su macabro rincón.

Hasta la siguiente vez.

Abrió los ojos y miró a la gata que se acurrucaba sobre su pecho.

¡Vete a la mierda, Elvis!

El gato abandonó a Thorne de un salto y salió corriendo hacia el dormitorio. Maggie era una gran fan de Elvis y le había dado su nombre a la gata antes de que supiera su sexo. Siempre pensó que aquello era divertido. Sally Byrne se había llevado algunos gatos de su madre a Edimburgo y el resto fueron a parar a la sociedad protectora de animales, pero Elvis fue de Thorne desde el momento que abrió la

puerta del dormitorio de Maggie y saboreó la sangre en el aire. La gata parecía estar contenta con él. Parecía casi necesitarle.

Casi tanto como él la necesitaba.

Han pasado dos semanas desde que abrió esa puerta del dormitorio. Solo veinticuatro horas desde el funeral de Margaret Byrne. Thorne no sabía nada de los planes en relación con Leonie Holden. Se encontraba «fuera de la onda», como escuchó describir una vez a Nich Tughan ese estado de aislamiento informativo. Su funeral podía haber sido ya. La encontraron unas horas antes de que entrase en casa de Maggie Byrne y si Phil Hendricks hubiera sacado los fragmentos que necesitaba de ella, perfectamente etiquetados en sus frascos, podrían entonces haber devuelto el cuerpo a aquellos para los que aún significaba algo real. Algo en sus corazones y en sus entrañas. Y podrían darle su último adiós.

Desde luego en su funeral habría habido representación oficial. Generalmente, se reducía a unas cuantas flores, pero se imaginaba a Tughan, en la última fila de la iglesia, vestido de negro, como un sicario. Se preguntaba si Frank Keable habría hecho acto de presencia. O alguien de mayor rango. Si la cuenta de cuerpos seguía aumentando terminarían por enviar a los inspectores. Con una leve sonrisa y un ramo de lilas en la mano, «Lo siento, hacemos lo que podemos».

Thorne no había desarrollado el hábito de acudir a los funerales de sus víctimas, de las víctimas de sus casos, es decir, de los casos en los que trabajaba. Solo acudía en las ocasiones en las que había posibilidades de que acudiese el asesino. Se quedaba en la parte de atrás, observando a los asistentes, intentando descubrir a alguien que no cuadrara. En cualquier caso, no había ninguna posibilidad de que el asesino acudiese al funeral de estas víctimas. Quería olvidarse de las muertas. Eran sus fracasos.

De repente le vino a la cabeza, como un fuerte martilleo, que no tenía ni idea de dónde habían enterrado a Helen Doyle. Enterrado, por supuesto, no incinerado. Para dejar abierta la posibilidad de un segundo examen forense si se necesitara o lo demandase más tarde el acusado.

Incluso después de muerta su cuerpo no le pertenecía.

Thorne balanceó los pies hacia el suelo se sentó y se frotó los ojos. Le escocían a causa del sudor. Estaba muerto de hambre. Empezaba a sentir dolor de cabeza.

Ya era hora de dejar de esconderse.

Apareció tímidamente a presentar los respetos que pensaba que debía a Margaret Byrne y que suponía que nunca recibió en vida. Abrazó a la hija de una mujer que solo había conocido muerta. La sujetó fuertemente contra su pecho mientras lloraba. Se rio con ella cuando le habló de los gatos y la despidió con la mano cuando se alejaba en el coche funerario.

Escrutó la iglesia, casi vacía, en busca de Dave Holland, que se sentaba erguido, con gesto pétreo, como un colegial con un incómodo traje de chaqueta. Se dedicaron un tímido gesto de saludo al cruzar sus miradas y miraron a otro sitio. Probablemente,

era mejor mantener una cierta distancia entre tanta acusación, tanta culpa que expiar, flotando en el ambiente.

Thorne había dado todo tipo de explicaciones, pero no habían sido particularmente satisfactorias. Todos sabían que fue Holland quien le habló de Margaret Byrne y le dio su dirección. No podían probarlo pero lo sabían. Eso no cambiaba nada. No explicaba cómo se había enterado el asesino o cómo averiguó el asesino que Thorne estaba a punto de conseguir una identificación positiva o de cómo pudo el asesino dejarse caer por allí, acabar con la amenaza y marcharse tranquilamente a seguir con su trabajo de cargarse a Leonie Holden.

Nada podía explicarse con facilidad, pero lo que parecía obvio a todo el mundo era que no había razón para que Thorne estuviera cerca de Margaret Byrne. No parecía digno de confianza.

Se sentía responsable.

Margaret Byrne había muerto por lo que sabía y por lo que pudo decirle. Eso estaba claro. Había muerto porque Thorne sabía quién era el asesino y porque ella podía identificarle y, porque en algún sitio, en una inepta unidad policial de la que una vez había formado parte había una fuga capaz de hundir un portaviones.

Thorne tenía una o dos ideas de *quién* podía ser, pero en cuanto a la explicación del *cómo* y del *porqué* se encontraba bastante perdido. La prensa siempre terminaba haciéndose con una información que, una vez en sus manos, dejaba de ser un misterio. La solución al enigma siempre estaba próxima, oculta en la cuenta bancada de un oficial con problemas con las apuestas o de algún sargento con una pensión alimenticia demasiado elevada a sus espaldas. Pero esto era un asunto totalmente distinto. Esta fuga había guiado a un asesino, con una barra de hierro y un escalpelo, hacia la puerta de Margaret Byrne. Esto era algo infinitamente más siniestro algo que debía haber sido custodiado con mucho más celo.

Se estrecharon filas rápidamente. Los ojos se mantuvieron bien abiertos, los dedos acusadores no dejaban de señalar; en este momento, para Thorne todo se encontraba en el extremo de una balanza. Keable le había dicho que se sentara a esperar. Thorne no discutió demasiado la orden. Estaba en problemas y las decisiones que tomar debían partir de esferas superiores. Sonaba muy bien como un plan de acción pero Thorne sabía que, en realidad, Keable no tenía ni idea de qué hacer con él.

Thorne estaba ya bastante harto de sentarse y esperar.

El acuciante dolor de cabeza comenzaba a ser insoportable. Se puso en pie y caminó hacia el baño en busca de una aspirina, pero se percató de la luz roja intermitente que parpadeaba desde la mesa que había junto a la puerta de entrada. Tenía mensajes en su contestador.

Hola, soy papá. Llámame cuando tengas tiempo.

Tom... soy Anne. Volveré a llamar.

Y, después, una voz que no reconoció. Una voz de mujer. Serena, renuente,

entrecortada...

Hola, no nos conocemos. Me llamo Leonie Holden y me asesinaron, más o menos, hace una semana. Iba a cumplir veinticuatro años la semana que viene y ahora me encuentro sola y tengo frío y, francamente, me importa una mierda quién dijo qué a quién, o el futuro de tu carrera, o las coincidencias en las fibras de las alfombras y estaría muy agradecida si pudieras intentar solucionar esto, ya sabes...

Abrió los ojos.

Una ducha fría. Un café caliente. Mensajes reales en un contestador automático real.

Es el momento de dejar de esconderse.

Muchas voces, todas inquietas. Su padre, dos veces. Anne, dos veces. Phil Hendricks, necesita hablar urgentemente. Keable, sigue intentando salvar su carrera o algo así. Sally Byrne, que se interesa por el gato. Dave Holland...

Y Thorne necesitaba salir de ese piso y hablar con todos ellos, pero de los espacios entre los mensajes se erguía un silencio que hablaba con una voz más insistente que cualquier otra. Murmurando palabras que habían estallado en su cabeza hacía más de una semana y que ahora retumbaban en su cabeza como réplicas noche y día. Todavía las escuchaba tal como se las habían dicho, como se las habían pronunciado, con indisimulado triunfalismo, con el extraño e impersonal acento de Tughan. Palabras que aún le entumecían y que se abrirían paso en cualquier conversación que mantuviese con Anne Coburn, Phil Hendricks, Frank Keable, Dave Holland o cualquier otro sobre este asunto.

Jeremy Bishop tiene una coartada sólida como el hierro.

Jeremy Bishop no pudo haber matado a Margaret Byrne.

Hora de comer; un bocadillo y una bebida energética para recuperar fuerzas y un paseo por las asfixiantes calles de Bloomsbury para observar a los moribundos.

Aún podía sentir la brusca sacudida de su brazo cuando reventó el cráneo de Margaret Byrne. Sintió cómo se partía en pedazos, como una pastilla de menta, bajo el tremendo golpe de la barra. Aquello le cerró el pico. Aquella estúpida tarada se puso a chillar y a correr de habitación en habitación desde el momento en que forzó la puerta trasera de la casa. Solo había durado unos segundos, pero seguía preguntándose si los vecinos habían podido oír algo, durante los instantes que estuvo corriendo tras ella, hasta darle alcance en el dormitorio. Mientras apretaba el brazo izquierdo bajo la barbilla, para conseguir que mantuviese la cabeza erguida, y alargaba el derecho para coger el escalpelo pensó que todo iría bien. Probablemente tenga la tele demasiado alta, nada por lo que preocuparse.

También podían haberle visto. Había percibido, un poco antes, algún movimiento

de cortinas al pasar por delante de la casa, pero esto podía convertirse más tarde en una ventaja, a pesar de la confusión que iba a causarse en algunas habitaciones. Probablemente, las joyas esparcidas sobre el suelo también les confundirían un poco. Era improbable que pensarán que se trataba de un intento fallido de robo, ¿pero quizá había habido un forcejeo? Quizá la pobre desgraciada pensaba que iba a robarle. No importaba demasiado.

Cualquier elucubración que hicieran sería errónea.

Aún sentía el paso acelerado de la cuchilla por su tráquea. Mientras la sangre brotaba y se precipitaba silenciosamente sobre aquella horrible alfombra, clavó una rodilla en la espalda y la fue empujando hacia la cama, deseando tener el tiempo suficiente para hacer bien las cosas.

Aún oía el ronroneo de los gatos, el único ruido que rompía el silencio mientras observaba cómo se escapaba la vida del cuerpo de la mujer. Si hubiera tenido más tiempo le hubiera gustado hacer que pareciera un suicidio. De esa forma, no habría lugar para la confusión. No habría problemas con la sincronización de los hechos.

Había que encargarse de ella rápidamente y él hizo lo debía. Ahora reconocía que las prisas y la forma en que se vio alterada su agenda podría ser la causa del fracaso con la chica del autobús.

Leonie, así dice el periódico que se llamaba. Desde luego, no habían tenido tiempo para llegar a conocerse.

Eso no habría cambiado mucho las cosas, eso seguro. No se había sentido lo suficientemente tranquilo durante todo el proceso. La excitación de los hechos precedentes le habían vuelto torpe y habían desbaratado su correcta sincronización.

Desde luego, el simulacro de suicidio lo habría hecho correctamente. Al estilo más corriente. Un corte horizontal en la muñeca, en lugar del corte vertical, de la muñeca hasta el codo, siguiendo la arteria radial; mucho más eficiente, pero bastante sospechoso. Aunque es posible que ni siquiera se hubieran dado cuenta de ese detalle. La investigación del caso iba tremendamente lenta.

Pero había que tener en cuenta a Tom Thorne. Siempre quedaba él. No sabía exactamente cuándo planeaba visitar a Margaret Byrne, pero dudaba que tuviera demasiadas visitas, así que tenía muchas posibilidades de salirse con la suya. Cuando los periódicos confirmaron el nombre del agente que descubrió el cuerpo de la «Señora Byrne, 43», no pudo evitar dar un grito de alegría. Lo único bueno que había traído todo esto era la marginalización de Thorne. Mirándolo de ese modo pensaba que la sincronización no podía haber sido más perfecta. Ahora, Thorne estaba más solo que nunca.

Un marginado Tom Thorne, pensó, era un factor bastante peligroso.

Así es exactamente como lo quería.

Era un paseo de veinte minutos hasta Waterlow Park. Thorne había pensado en

citarse en el cementerio Highgate, pero ese era el sitio que compartían Jan y él o que habían compartido. Era un bonito lugar para pasar un domingo por la mañana. Ella, desesperada por sentirse la heroína de una película pseudoartística en blanco y negro y él, contento de matar una o dos horas antes de un almuerzo en el Oíd Crown o en el Flask, regado de abundante alcohol. Ambos contentos de pasar tiempo juntos sin hacer casi nada, riéndose ante la tumba del desconocido Señor Spencer que se sienta frente a un mucho más famoso Marx.

Junto al cementerio, en su extremo norte, se encuentra Waterlow Park, una pequeña pero muy apreciada zona verde, que aquellos que la frecuentan describen como un «tesoro oculto». La clientela aquí era, cuando menos, extraña: una mezcla de todo tipo de charlatanes, haraganes drogados y gente de la comunidad, junto a algunas mujeres en avanzado estado de gestación, enviadas aquí desde el cercano hospital de Whittington para que paseen, con la esperanza de que la actividad empiece cuanto antes.

A Thorne le gustaba este lugar, sobre todo Lauderdale House, la casa solariega del siglo dieciséis que había a la entrada. Ahora albergaba un teatro de marionetas para los niños, ferias de antigüedades y exhibiciones de arte moderno. Tenía un restaurante decente y una bonita, aunque cara, cafetería. Pero cuatrocientos años antes, Nell Gwynne había presidido la casa como amante de Carlos II. Una vez, una señora muy estirada le dijo a Thorne que Lauderdale House fue donde la señora Gwynne había «recibido a su rey». Él le respondió que era el mejor eufemismo que había escuchado nunca, pero la señora estirada no entendió el chiste. Thorne pensó que a ella tampoco le vendría nada mal recibir un poquito del rey.

Era un lugar que siempre lograba levantarle el ánimo. Este bonito edificio había sido básicamente un burdel de alta alcurnia. Por esta sencilla razón, el parque se había convertido en su lugar preferido para sentarse y pensar, con la banda sonora por cortesía de Gram o Hank en un discman, regalo inesperado dejan de cuando cumplieron los cuarenta.

Caminó a lo largo de los extensos caminos que se dirigían hacia a un par de desgastadas canchas de tenis. Cada cien metros se encontraba con una figura esculpida en hierba o tallada en un árbol muerto. Esculturas orgánicas. Seguramente se trataría de algún proyecto Millennium de desarrollo local. Vaya despilfarro de tiempo y de dinero. Había pasado aquí un 31 de diciembre con Phil Hendricks, un pollo en salsa vindaloo y una cantidad obscena de cerveza. Los dos acabaron dormidos antes de la medianoche.

Era un sitio tan bueno como cualquier otro para una cita. Thorne se quitó la chaqueta de piel y se sentó en un banco atornillado al suelo de cemento. Al otro lado del parque podía ver la impresionante cúpula verde de Saint Joseph. El clima era agradable, considerando que octubre estaba a la vuelta de la esquina.

Una pareja de la mano venía andando en su dirección. Eran jóvenes, de unos treinta, ágiles y erguidos. Él llevaba unos pantalones beis anchos y una rebeca blanca.

Ella llevaba pantalones vaqueros blancos ajustados y un top afelpado de color crema. Caminaban tranquilamente, guardando el paso, sonriendo a algo que habían dicho un poco antes.

Cuando la pareja pasó junto a él, desenvuelta y a prueba de balas, Thorne sintió que la envidia le quemaba el cuerpo como la sosa cáustica que disuelve la grasa en un sumidero atascado. Parecían, los dos, tan ligeros y tan inmaculados. La pareja perfecta para un anuncio, después de haberse tomado un cruasán y un café y divirtiéndose en un bonito ático reformado. Thorne suponía que tenían buenos empleos y que cocinaban platos exóticos para amigos perfectos y que tendrían una fantástica actividad sexual. Disfrutaban de todo y no dudaban de nada.

No sufrían ningún daño.

Pensó en Anne y en él preguntándose si los dos no estarían comportándose como auténticos estúpidos.

¿Por qué le costaba tanto trabajo telefonarla?

Había dejado un mensaje el día después de que encontrase el cuerpo de Maggie Byrne diciendo que había pasado algo pero, desde entonces, había ignorado sus llamadas. No era solo por la conexión con Bishop. Era para mantener intacta una parte de su ser, la parte siniestra e indefinible que necesitaba para salir de esta de una pieza y acabar con los asesinatos. Estaba dispuesto a arriesgar cualquier cosa por ello y sabía que si las cosas con Anne Coburn se ponían más serias, las piezas podrían empezar a descomponerse. Era una armadura y también era un camuflaje y sabía que la menor fractura la inutilizaría. Con el tiempo, probablemente se recompondría, pero no era el mejor momento para ser vulnerable.

Aun así, quería tenerla cerca. Necesitaba su proximidad. Observó a la joven pareja, alejándose hacia la pagoda, mucho más favorecida por el intercambio de fluidos al aire libre. Decidió que estaba siendo un idiota. Llamaría a Anne en cuanto volviese al apartamento. ¿En qué diablos estaría pensando? Él era solo un poli, al menos en teoría.

¿Fisuras en la armadura? Joder...

Se imaginó brevemente a sí mismo como un boxeador, incapaz de follar antes de una gran pelea. Era una analogía ridícula, pero las imágenes que formaba en la cabeza le divertían tanto que aún seguía riendo cinco minutos más tarde cuando llegó su cita.

Había momentos en los que parecía que una mujer, privada de la facultad de hablar, era realmente la única persona con la que Anne Coburn podía hablar.

Sentada sola en la cantina del hospital, malcomiendo un poco de ensalada insípida sobre un plato de papel. Las sesiones con Alison marchaban bien, pero Anne sabía que si no se andaba con cuidado existía el peligro de que se convirtieran en auténticas sesiones de terapia y no precisamente para Alison.

Alison tenía problemas con su novio y las cosas estaban llegando a una situación insostenible, pero Anne se había pasado la mayor parte del tiempo de su última sesión incordiándola con sus propios problemas.

Problemas con su hija, con su exmarido, con su amante.

Las cosas con Rachel no iban a mejor. Por lo menos, volvían a hablarse, aunque realmente no se decían nada. Ambas se andaban con pies de plomo, conscientes de que el menor roce podía desencadenar una terrible trifulca. Se trataba del trabajo que no hacía para sus exámenes, las últimas noches en las que siempre llegaba tarde y las mentiras que, con toda seguridad, le estaba contando.

Se trataba, como Anne comenzó a sospechar. No, como Anne sabía con seguridad del chico con el que empezaba a salir.

Anne quiso sacar el tema un día, dejarlo caer, pero la reacción de Rachel con los labios apretados y gesto desafiante no le había dejado ninguna duda de que aquello estaba fuera de discusión. Era una estupidez. A Anne no le habría importado aceptar lo del novio. ¿Por qué no iba a hacerlo? Ya, antes, había habido novios. Era, simplemente, el momento elegido para ello lo que le parecía más estúpido. Esos decisivos exámenes estaban a pocas semanas vista y Rachel corría el peligro de estropearlo todo y ella no podía hacer nada por impedirlo.

Rachel era testaruda, como su padre, que ahora tampoco se hablaba con Anne. Las relaciones entre ella y David se habían congelado, rozando durante un tiempo lo absolutamente venenoso; pero desde que le habló de Thorne las cosas se habían deteriorado rápidamente. David había roto toda comunicación con ella en un momento en que la consolidación de un frente común, en lo que concierne a Rachel, sería muy bien recibida.

Lo extraño era que parecía saber de la relación con Thorne antes incluso de que comenzara. Recordó el enfrentamiento en el ascensor. Incluso entonces hizo algunos comentarios sobre ello. Por eso se lo contó. No es que quisiera anotarse algún punto, bueno quizá uno o dos, pero sus sospechas ya le estaban proporcionando bilis suficiente como para que escupiese en su dirección; así que, ¿por qué no simplemente felicitarle por su presciencia? Pero, desde que le confirmó su relación... —¿había alguna relación?— con Thorne, se había vuelto muy desagradable.

Steve Clark pasó junto a ella y le sonrió, ella le devolvió la sonrisa y se preguntó si parte de sus problemas con Rachel tendrían también alguna relación con Thorne. ¿Era Rachel celosa? Anne se había esforzado en hablarle de Thorne. Desde la gran deflagración de hacía unas semanas había intentado abrirse más hacia ella. Le había hablado a Rachel del caso y de su conexión con él. Había omitido algunos de los detalles más espeluznantes y había eludido mencionar la implicación de Jeremy, más por aplacar su propio estado de ánimo que por otra cosa. La mantenía al día de los progresos de Alison y, en general, había hecho un enorme esfuerzo por volver a tender puentes. Pero, quizá, no le había explicado a Rachel lo que sentía por Thorne.

Anne apartó a un lado el plato de ensalada casi intacto y decidió que aún no lo

había hecho porque todavía no había resuelto bien ese tema.

Se levantó, caminó deprisa hacia la parte trasera de la cantina y atravesó las puertas que conducían a la salida de incendios. Se detuvo, encendió un cigarro y se quedó observando unos grandes contenedores de acero repletos de cajas de polietileno.

Thorne...

Parecía que él se encontraba en el centro de todas sus relaciones problemáticas. Incluyendo, por supuesto, la de Jeremy Bishop.

Apenas había hablado con Jeremy desde la noche en que Thorne y ella terminaron en la cama. Este enfriamiento había sido decisión suya, aunque sentía que él también estaba manteniendo las distancias. No podía negar la posibilidad de que Jeremy estuviese celoso y, de que un elemento de esos celos pudiera ser sexual, pero sospechaba que también él estaba empezando una relación con alguien. Le había dado una o dos típicas evasivas los días anteriores a que dejaran de verse. Parecía distraído y por una razón distinta del trabajo. Deseaba que se tratara de una mujer. Deseaba con todas sus fuerzas que Jeremy fuese feliz.

Le echaba de menos.

Pero no pensaba coger el teléfono. Conocía a este hombre desde hacía más de veinticinco años y, a pesar de la estupidez de las sospechas de Thorne, el hacerlo le haría sentirse desleal hacia el hombre que conocía hace poco más de cinco minutos.

Le molestaba poner su lealtad en tela de juicio. Por todos y hacia todos. Además, ¿por qué demonios no llamaba Thorne?

La había llamado para decirle que había ocurrido un asunto muy serio relacionado con el caso. Serio, a su modo de entender, sonaba a otra palabra para *muerte*, como pudo confirmar dos días después en el periódico de la mañana. También estaba el otro asunto. No se mencionaba a Alison, gracias a Dios, pero había mucho trigo sangriento para la trilla de los medios de comunicación. El apagón informativo en el que Thorne había insistido tanto antes parecía haber llegado a su fin. Aparecían indignantes notas de editor y fotos de las cinco mujeres muertas.

Había dejado de leer los periódicos por un tiempo. Ya vivía rodeada de bastante enfermedad y muerte.

Anne no quería ninguna implicación en este espantoso caso salvo la que ya tenía por medio de Alison. No quería saber nada más.

Hasta que le cogieran.

Thorne y Holland caminaron hacia el estanque que había junto al extremo sur del parque. Se apoyaron en la barandilla y hablaron, teniendo que elevar las voces ocasionalmente para hacerse oír sobre los gritos de los chiquillos que jugaban en los columpios que se encontraban a pocos metros. Un padre fumaba y leía el periódico, mientras dos chiquillos intentaban sin éxito subir un muro y un tercero se ponía en pie sobre un columpio para que todos pudieran mirarle.

Mientras Holland miraba al agua, Thorne observaba una gran rata marrón,

escabullándose entre la basura que se acumulaba junto a los arbustos que rodeaban el estanque. Siempre había unas cuantas por aquí, pendientes de alguien que tirase algún trozo de pan y a Thorne le divertía verlas. No era una criatura demasiado bonita, pero mientras Holland dirigía la mirada hacia la gran variedad de patos y gansos, Thorne tenía una predilección natural por las ratas. Los carroñeros, los oportunistas, los supervivientes, los villanos.

Esta ciudad no podía contar con un símbolo más perfecto.

—No te había encasillado como un chico de los recados, Holland.

Holland sintió que se le enrojecía el cuello cuando se volvió hacia él.

—Eso es porque no lo soy, señor.

Thorne bajo instantáneamente el tono. Había sido un intento de humor negro, pero había sonado sarcástico. Holland ya se había olvidado de ello.

—El inspector Keable pensó que era positivo que nos encontráramos, eso es todo. Ya había intentado telefonarle él mismo.

Thorne asintió con la cabeza. Mucha gente había intentado telefonarle.

Permitir que Holland transmitiese una oferta tan singular había sido un movimiento muy sagaz. Frank Keable no era el oficial más inspirado, ni más inspirador, pero sabía lo que pasaba a su alrededor. Conocía bastante bien a sus muchachos. Siempre estaba al tanto de los pormenores de una operación, lo cual iba mucho más allá de saber quién estaba de mala leche o quién podía gustarle a quién.

La rata se apoyaba ahora sobre sus patas traseras olisqueando una papelera unida al cercado de hierro. Thorne miró a Holland.

—Bueno, ¿qué piensas?

Holland sonrió, en parte halagado por ser preguntado pero bastante consciente de que su opinión valdría bien poco.

—A decir verdad creo que es una buena oferta. Creo que se convertirá en un agente bastante libre, siempre que no se meta en demasiados líos...

—¿O mencione a Jeremy Bishop?

Holland no quiso recoger el guante.

—Podía haber sido mucho peor.

Thorne sabía que tenía razón. Keable había insinuado un expediente disciplinario tras el descubrimiento del cuerpo de Margaret Byrne pero eso, junto con el asesinato de Leonie Holden, convertía el castigo a un inspector problemático, con una imaginación hiperactiva, en un asunto de baja prioridad. Eso era, al menos, lo que Keable había dicho. O eso, o bien tenía sus propias razones para no querer hacerlo oficial todavía y estaba tomándose algo de tiempo para decidir qué hacer exactamente con Thorne. En cualquier caso, al final todo quedaría reducido probablemente a poco más que un tirón de orejas.

Holland no se lo había contado todo.

—Saben lo de las fibras del maletero del coche de Bishop.

—Mierda —dijo Thorne, dando una patada al suelo y levantando una nube de

polvo y arena que sobresaltó a la rata y la hizo correr en busca de refugio. Alguien en el departamento forense tenía la boca demasiado grande. Eso explicaría la llamada de Hendricks. Necesitaba hablar con él—. Así que estoy envuelto en problemas, que pueden esfumarse si acepto la oferta de convertirme en asesor o como coño se llame el título que se ha inventado Frank Keable. ¿No es así?

—No dijo eso exactamente, señor.

Asesor. Se preguntaba cuáles serían las trampas, aparte de la obvia.

Leonie Holden fue vista por última vez en un autobús nocturno dirigiéndose a Ealing y su cuerpo se descubrió cuatro horas más tarde, cubierto de tierra, en Tufnell Park.

A menos de un kilómetro del apartamento de Thorne.

El significado de este último mensaje del asesino a su inspector favorito no pasó desapercibido para nadie.

¿Asesor? Un término más acertado sería «cebo humano».

—¿Qué opinas de Jeremy Bishop?

Holland articuló su respuesta con cuidado.

—No creo que matara a Margaret Byrne, señor.

—Se suponía que tenía una coartada perfecta para Alison Willetts también y encontramos algunas fisuras en ella.

—Aún sigo sin entender nada. No me puedo imaginar cómo pudo hacer todo lo que le hizo a Alison y llevarla a tiempo al hospital. Y eso, sin mencionar el porqué. ¿Por qué tomarse tantas molestias para asegurarse una coartada que hacía aguas por varios sitios?

—Lo averiguaré, Holland. Y averiguaré también cómo mató a Margaret Byrne.

—No lo hizo, señor.

—Algo más temprano vieron a un hombre que cuadraba con su descripción, deambulando sospechosamente por el exterior de su piso.

—Son coincidencias. Deben serlo. Además, la mujer que vive enfrente es una chalada. Pensó que yo era sospechoso —Holland hablaba con calma, sin el propósito de llevar cortésmente la contraria a Thorne, sino limitándose simplemente a exponer los hechos—. He estado en el Royal London y he hablado con todos allí, exceptuando los pacientes en coma profundo. A ella la mataron en algún momento entre el mediodía y la tarde y Bishop estuvo pasando consulta en el hospital todo ese tiempo. Hay docenas de testigos. Es absolutamente imposible que se desplazara de Whitechapel a Tulse Hill y vuelta sin que nadie le echara de menos.

Thorne se sentía agradecido hacia Holland por el esfuerzo realizado. Sin duda, lo había realizado en su tiempo libre, siendo consciente de que si Tughan se enterase de algo se vería cubierto de mierda hasta los ojos.

—*No hay coartada para Leonie Holden* —ahora Thorne pensaba en voz alta.

—Señor...

No hay coartada para Leonie Holden. Porque la mató. Ese cabrón la mató y la

dejó tirada en mi puerta.

—¿Entonces también piensas que estoy errando el tiro, Holland? ¿O crees que simplemente estoy dando palos de ciego?

Holland suspiró. Las preguntas se iban endureciendo.

—He estado rondando la idea de considerar a Bishop el sospechoso principal, señor. Realmente, no hay nadie más en escena, y aunque todo sea circunstancial, deseaba... mantener esa primera línea de investigación. Pero Maggie Byrne... ella y Leonie Holden tenían que haber sido asesinadas por la misma persona.

Permanecieron en silencio. Thorne no tenía nada que decir. Holland tenía mucho pero pensó que sería mejor guardárselo. Tras ellos, un chiquillo se cayó de un columpio y comenzó a llorar ruidosamente.

Holland aclaró la garganta.

—Por otra parte, esa teoría tiene un aliciente importante para que se considere con seriedad, señor.

—¿Ah, sí? —murmuró Thorne—. ¿Y cuál es?

—Es la suya.

Thorne no podía mirarle a la cara. Apretó la mandíbula. Durante uno o dos segundos temió que su cara podía mostrar demasiada gratitud si miraba a Holland. Eso habría sido brillante, desesperado y patético.

La cara que mostraba demasiado de todo.

Se dio la vuelta y comenzó a caminar hacia la cancela. Su movimiento repentino volvió a sobresaltar a la rata que dio un respingo. La pequeña bastarda había estado sentada sobre sus patas traseras limpiándose los bigotes. No sentían ningún miedo. En una ocasión una corrió hacia él y pasó entre sus zapatos.

Dejó escapar una mirada esquiva por encima del hombro. Holland le seguía a una docena de pasos por detrás.

Por muy duro que fuera la tarea que le aguardaba, Thorne no tenía intención alguna de aflojar el paso, pero presentía que Holland podía ser el tipo de hombre, el tipo de poli, que cerraría filas en torno a él y caminaría a su lado.

Quizá, trabajando juntos, podrían desenmascarar a Jeremy Bishop.

Se calculaba que en Londres uno se encontraba siempre a menos de dos metros de una rata. Thorne sabía que tampoco se encontraba mucho más lejos de una raza de alimañas mucho más indeseable.

Más enfermiza. Más humana.

Definitivamente, no existe Dios. Y si existe, él o ella es un bastardo morboso. ¡Cómo si esto no fuera suficientemente duro!

Así es como Anne me lo explicó.

Tienen que levantarme cada diez jodidos minutos para que no se me formen llagas, incluso en mi fantástica cama vibradora. Así que una de las enfermeras, no estoy segura de cual, pero apuesto a que se trataba de Martina, en venganza del episodio del esputo en la frente, al intentar moverme, me sacó accidentalmente la

sonda nasogástrica; para que nos entendamos, el «tubo de la nariz». Solo tres o cuatro centímetros, pero lo suficiente. El resultado es que el suero, esa mierda blanca, supuestamente repleta de proteínas y otras sustancias maravillosas, en vez de entrar hasta donde se supone que debe ir, se derrama en el interior del pecho. A borbotones. Ahora tú o cualquier otra persona que pueda toser y escupir, intenta toser y escupir esa mierda fuera de tu cuerpo y en pocos días, desarrollarás una agradable infección en las vías respiratorias.

Aunque, no yo. No, no.

Ese suero es como el néctar para las putas bacterias. Les encanta. Se congregan alrededor de él y ¡sorpresa! Contraigo una jodida neumonía. Una cosa así tenía que pasar tarde o temprano. Aparentemente, soy proclive a las infecciones. ¿No es maravilloso?

Así que, de vuelta a la ventilación automática. Un gran fuelle mecánico, que respira por mí y, de nuevo, vuelvo a sentirme justo igual que cuando entré aquí.

Todo ha quedado interrumpido hasta que me recupere. La terapia ocupacional ha quedado en suspenso. La comunicación iba bastante bien, eso tengo que admitirlo. Nos hemos inventado un sistema bastante bueno usando un alfabeto basado en las veces en las que una letra en particular va a ser usada. Así que ya no es A, B, C, D, E. Puede ser tanto A-Z como E-X. También hemos ideado atajos para ir hacia atrás o para dar saltos hacia delante, para repetir palabras; Anne se ha convertido en el equivalente humano a esa cosa en mi móvil que predice lo que voy a decir. Termina las palabras por mí y, la mayoría de las veces, da exactamente en el clavo. También se ha ido acostumbrando a mis palabrotas.

Ahora, todo debe detenerse hasta que me ponga más fuerte. Hasta que esté mejor. Bueno, ya sé, cuando estás como yo el término mejor es un concepto relativo.

La pizarra ha desaparecido de los pies de mi cama. Estoy frustrada hasta la médula.

Para ser sincera, cuando he dicho que la comunicación iba mejorando, me refería en comparación con hace unas semanas, pero no han facilitado en absoluto las cosas con Tim. Todo lo que había planeado decirle se fue volando por la ventana en cuanto empezamos a hablar.

Se quedó allí, con el puntero en la mano, con gesto de no entender una palabra.

Incluso si fueras capaz de pronunciar con rapidez las palabras más difíciles del mundo, seguirían siendo solo palabras, ¿no es cierto? No puedes transmitir sentimientos con un puntero y un párpado. No conseguí hacerle comprender.

Al final, todo lo que conseguí fue deletrear la misma palabra una y otra vez.

A.D.I.O.S.

Adiós, adiós, adiós...

CAPÍTULO QUINCE

Me encantará tenerte cerca, Tom, pero dicho esto...

Keable estaba detrás de su escritorio, soltando su discurso. Tughan se apoyaba contra la pared con el pelo grasiento y mirada asesina. Obviamente, Keable le daba la bienvenida a Thorne de vuelta a la operación Backhand, aunque de forma imprecisa y poco ortodoxa pero, en realidad, estaba estableciendo las nuevas normas. ¿Cuáles eran esas normas? Eso es algo que Tughan tendría que aclarar más adelante. Ahora tenía la mirada puesta en su viejo amigo, el ciervo de Exmoor.

Cada vez que observaba este deprimente sucedáneo de representación del oeste de Inglaterra encontraba algún nuevo matiz. Hoy lo miraba desde su silla y vio algo en la mandíbula del animal que denotaba agresividad. Probablemente, solo se trataría de miedo o su disposición para cargar contra el fotógrafo en cualquier momento, pero Thorne añadió mentalmente un pensamiento junto a la cabeza del animal que decía «no queremos a los de tu calaña por aquí». Era solo cuestión de días que se descubriera la impresionante panorámica que acompañaba al mes de octubre en el calendario.

Estaba convencido de que Keable esperaba impacientemente ese momento cada mes. ¿Con qué fascinante imagen se encontraría Thorne la próxima semana? «Tejón al Atardecer», quizá. Se preguntaba si duraría el tiempo suficiente para verla.

Keable había terminado.

—¿Bien?

Thorne dedicó a Keable toda su atención. La expresión en el rostro del inspector parecía ser abierta y dócil. Hasta ahora, todo había ido mucho mejor de lo que se esperaba.

—Deberíamos dejar claro —interrumpió Tughan—, que nadie te está preguntando si estás interesado en aceptar esta oferta; porque, en realidad, no se trata de ninguna oferta. No tienes elección.

Thorne sabía que estaba bastante convencido, pero aún quería luchar un poco más. Ignoró a Tughan y se dirigió directamente a Keable.

—Te agradezco que hayas mantenido la discreción en lo relacionado con los últimos eventos, Frank, pero aún estoy un poco confuso y no sé qué quieres exactamente de mí a cambio.

Porque, en realidad, no estaba escuchando, lo siento.

—Asesor, arma secreta, suplente de lujo, como decidas llamarlo. Seguiré siendo el inspector que sobra. Brewer sigue aquí y no creo que Nick planea dejarnos.

Sonrió a Tughan y este le devolvió la sonrisa con el gesto inexpresivo.

—Así que, ¿qué es, en realidad, lo que voy a hacer día a día, Frank?

Keable se tomó unos segundos para formular una respuesta. Cuando esta finalmente salió, lo hizo con suavidad, aunque el acero que escondía era fácil de

detectar.

—Fuiste tú, en primer lugar, quien quiso salirse de la operación, Thorne, y conseguiste lo que pedías. Ahora no estás en posición de cuestionar nada.

Thorne asintió con la cabeza. Necesitaba ser cauteloso.

—Sí, señor —dijo, mirando de soslayo a Tughan. Esta vez, la risa de ese bastardo era auténtica.

Keable se levantó y caminó alrededor de su mesa. Se detuvo frente a un pequeño espejo que había en la esquina sobre un archivador y se ajustó el nudo de la corbata:

—Quiero que formes parte de esta operación de modo extraoficial. Ya sé que eres de todo menos estúpido y te harás cargo de que mientras estés aquí el asesino sabrá dónde encontrarte.

Sabría dónde encontrarme en cualquier sitio donde estuviese. Está observándome.

—Parece importante para él y lo que es importante para él, es importante para mí. No manejamos demasiada información en relación con este caso, pero el asesino tiene cierta afinidad contigo, de lo que pienso sacar buen provecho. Si no te gusta, mala suerte —Keable siguió caminando. Su corbata lucía perfecta—. ¿Está claro?

Thorne sacudió la cabeza. No estaba en absoluto disconforme con la idea. No es que pretendiese quedarse sentado esperando a que apareciera un día el asesino. La iniciativa que había mantenido en un primer momento se había evaporado. Había *permitido* que se evaporase y ahora quería recuperarla.

Keable pasó junto a Tughan, de vuelta a su mesa.

—Además, si estás aquí, también sabremos dónde encontrarte.

Thorne casi sonrió.

—Solo una pregunta, señor.

—Adelante.

—Jeremy Bishop. ¿Es terreno prohibido?

Thorne observó la mirada que intercambiaron Keable y Tughan. Casi podría jurar que oyó cómo bajaba la temperatura.

—Ahora iba a hablar de eso. El doctor Bishop sabe perfectamente que tu visita de hace una quincena fue una farsa. Ya puedes estar agradecido de que no sepa que recogiste ilegalmente fibras de la alfombra del capó de su coche.

Todavía no había hablado con Vhil Hendricks. Le llamaría más tarde.

—Se engancharon en mi maletín cuando él me ofreció que lo guardase en el maletero.

—Seguro que lo hizo —dijo Tughan, burlándose.

—¿Y coinciden?

Keable se quedó con la boca abierta.

Tughan se separó de la pared:

—Creo que la gente tiene razón, Thorne. Creo que has perdido el maldito juicio. Sí, coinciden, pero eso ocurriría con las fibras extraídas de cualquier Volvo que hicieron de ese modelo y color desde 1994. ¿Tú te crees que no comprobamos esas cosas? ¿Tienes idea de cuántos coches como ese hay en las calles?

Thorne no la tenía, ni le importaba demasiado.

Keable recuperó el testigo de la conversación.

—El doctor Bishop ha llamado varias veces quejándose de unas llamadas anónimas. Está empezando a hacer acusaciones.

Thorne le miró a los ojos sin pestañear. Keable fue el primero en apartar la mirada.

—Esas llamadas son cada vez más frecuentes.

¿Cuántas veces había llamado a Bishop desde el funeral? Apenas lo recordaba. Parecían acciones que realizaba en sueños.

—El doctor Bishop está previsiblemente molesto y enfadado y es su hijo el que ha venido aquí a quejarse; ahora, su hija se ha apuntado también. Ayer llamó para preguntar qué se estaba haciendo.

La hija uniéndose a la ofensiva. Qué interesante.

—Si alguna vez me entero de que sabes más de esto de lo que me estás contando, Tom, no podré salvarte. No querré salvarte.

Thorne intentó parecer escarmentado. Después sonrió, intentando suavizar las cosas.

—Aún no has respondido a mi pregunta, Frank. ¿Es o no terreno prohibido?

Las cosas no se suavizaron.

—Inspector Thorne, ¿tienes alguna duda de que la persona que mató a Margaret Byrne es también el responsable de las muertes de Helen Doyle, Leonie Holden y las demás?

Thorne se pensó la respuesta unos segundos.

—No tengo ninguna duda de que la persona que mató a Leonie, Helen y las otras fue también el responsable de la muerte de Margaret Byrne.

Keable se le quedó mirando, mostrando una inclinación en sus pobladas cejas que denotaba inequívoca confusión. Entonces comprendió la sutil diferencia. Su cara enrojeció instantáneamente y su voz se tornó un susurro amenazante.

—No emplees tus jodidos juegos de palabras conmigo, Thorne.

—No es un juego de palabras.

—No quiero volver a escuchar toda esta mierda. Los psicópatas no contratan sicarios.

Jeremy Bishop no era un psicópata ordinario pero, en el fondo, Thorne sabía que Keable tenía razón. La coartada debía tener algún fallo. ¿Y si no lo tenía?

No tenía ni idea de qué hacer en ese caso.

—Entonces, ¿ni siquiera se me permite mencionar su nombre?

—No seas infantil. Si quieres malgastar tu tiempo puedes pensar lo que quieras,

pero no malgastes el mío, ni el de esta operación. Tom... —Thorne elevó la mirada. Keable había echado el cuerpo hacia delante y le miraba intensamente a los ojos—. Han pasado cuatro semanas desde que asesinaron a Helen Doyle, dos meses desde que atacaron a Alison Willetts, seis meses desde que mataron a Christine Owen y solo Dios sabe cuándo empezará a planear su siguiente macabra majadería.

Cuando robó los fármacos. Algo relacionado con el robo del Midazolam por parte de Bishop seguía preocupando a Thorne. Le martilleaba insistentemente en la cabeza, pero no podía adivinar de qué se trataba. Como una melodía que no podía identificar.

Keable dejó claro su punto de vista.

—A pesar de las chorradas que han salido en la prensa y de las caras serias en las ruedas de prensa seguimos sin tener nada, Tom.

Tughan agachó levemente la cabeza. ¿Escondía ese gesto un atisbo de culpa? Thorne volvió la vista hacia Keable.

—Sigo sin entender por qué te niegas a contemplar este asunto con amplitud de miras. No existen más sospechosos. Hasta ahora, esta operación no ha dado resultados positivos.

Tughan no pudo contenerse.

—Cada oficial de esta operación ha estado trabajando hasta dejarse el pellejo, Thorne. Hemos hecho todo lo que debíamos, todo. Hallamos a una testigo bastante creíble en Margaret Byrne.

Thorne le interrumpió.

—Y dejasteis que la mataran.

Las palabras golpearon a Tughan como un mazo. Cruzó la habitación gritando, salpicando baba en la cara de Thorne.

—Jeremy Bishop no tiene nada que ver. Nada. Mientras has estado viviendo en el puto país de las maravillas, los demás hemos estado realizando nuestro trabajo. Bishop no es sospechoso. El único tribunal que va a visitar será el que trate la demanda de acoso que va a poner contra ti.

Thorne saltó de la silla en un segundo. Cogió a Tughan por la muñeca y comenzó a apretar. La sangre comenzó a brotar de la cara del irlandés. Keable se puso en pie y Thorne aligeró la presión. Tughan, respirando con dificultad, volvió rápidamente junto a la pared.

Thorne levantó el brazo lentamente y le dio un manotazo a algo que nadie más en la habitación alcanzó a ver. Cogió su chaqueta del respaldo de la silla y se la puso muy despacio, murmurando.

—No hay otros sospechosos, Frank —avanzó hacia la puerta.

Keable gritó.

—¡Pues encuéntrame alguno más!

Incluso Tughan, que se frotaba la muñeca en un rincón, se quedó sin palabras.

El inspector jefe Frank Keable intentaba parecer duro pero Thorne le miró a los

ojos y solo vio desesperación.

Holland trabajaba en su ordenador, ignorante de que había alguien a sus espaldas, hasta que escuchó la voz.

—Bonito día, ¿verdad? Creo que me voy a dar un paseíto.

Holland no se volvió hacia él.

—¿Algún sitio en particular?

—Bristol estaría bien.

Holland siguió trabajando.

—El tráfico es una auténtica pesadilla en la M4 los viernes.

—Había pensado en tomar el tren. Hora y media de trayecto. Comprar los periódicos, visitar el restaurante...

—Suena bien. Yo compro el periódico si usted paga el café.

—Probablemente tendrás que mentir acerca de dónde vas.

Holland apagó el ordenador.

—Me estoy convirtiendo en un mentiroso profesional.

Thorne sonrió. Holland estaba cerrando filas.

Echó un vistazo en el quiosco de prensa y se detuvo en una portada en particular. Le llamaban «Charlie Champán». Uno o dos días después de la muerte de Margaret Byrne la prensa se había enterado de todo.

De los crímenes en serie.

Al principio se sintió molesto y enfadado. No se trataba de un asesino en serie. Pero comprendió que tenía sentido. Obviamente, no se había revelado la historia completa, no toda la verdad. Suponía que la policía había accedido a cooperar únicamente si la prensa se comprometía a no publicar detalles fundamentales y así evitar confesiones falsas y posibles imitadores.

No tenían motivo para preocuparse. Cuando decidiese reaparecer sabrían que se trataría de él.

Disfrutaba a diario de su dosis de especulaciones y majaderías de la prensa sensacionalista. La ausencia de progresos de este «horrible» caso lo había convertido en un asunto de prioridad nacional. Nunca se había propuesto dejar a los policías por estúpidos, ni mucho menos; pero las vagas garantías, que ofrecían todo tipo de comisionados y delegados en sus manifestaciones en los periódicos y en las ruedas de prensa, le divertían enormemente.

Champán Charlie. Poco imaginativo, pero bastante predecible e irónico, considerando que no volvería a utilizar jamás el champán. Con Leonie la inmovilización y el pinchazo habían funcionado bien. Sin olvidarse, desde luego, de la presión de la cuchilla sobre el cuello, mientras esperaban. Todo ocurrió muy deprisa. El champán siempre obligaba a unos cuarenta minutos de cháchara. La echaba de menos: hacía que lo que sucedía más tarde fuese mucho más interesante.

Pero con la ayuda de la aguja, la diferencia en la velocidad con la que todo ocurría era notable. La adrenalina había acelerado tanto la absorción de la droga en el torrente sanguíneo de la chica que, pocos minutos después de que se apeara del autobús, ya la llevaba en el coche, de camino a casa. Ni siquiera había llegado a oír bien su voz.

Solo había podido pronunciar dos palabras convertidas en un suspiro desesperado.

Por favor...

Y volvió a fracasar de nuevo. La distracción provocada por el asesinato de Margaret Byrne, solo unas pocas horas antes, era una excusa conveniente pero comenzaba a convencerse de que la suerte no le acompañaba. Había elegido realizar un procedimiento terriblemente complejo. Eso podía aceptarlo. El índice de éxito sería exiguo. Todo eso lo sabía bien. Sin embargo, el fracaso le molestaba profundamente.

Pero en cuanto consiguiera hacer bien las cosas toda esta desazón habría valido la pena.

Había disfrutado inmensamente al asesinar a Margaret Byrne. Fue una sacudida de genuina vergüenza admitirlo, pero el autoengaño no habría tenido mucho sentido.

Había intentado ponerse en su lugar. Imaginándose la sutil melodía del frío acero mientras cortaba su piel. Aguantando la respiración durante el sublime instante que transcurre desde que finaliza esa bella melodía hasta que comienza a brotar la sangre.

Es un sentimiento que llegó a experimentar una vez y le encantó y casi había olvidado.

El simple asesinato no contaba con la prolongada belleza y la elegancia de su trabajo habitual. También se precisaba algo de destreza, desde luego, pero un cadáver pálido y tieso no podía compararse con lo que consiguió con Alison. Aquello había sido algo soberbio, algo único.

A pesar de todo, el porcentaje de éxito era incomparable.

Su trabajo era tremendamente innovador, de eso estaba convencido, pero solo había alcanzado el éxito en una ocasión. Las dudas comenzaban a trepar por su mente como un enjambre de arañas negras invasoras. ¿No sería una rápida muerte lo mejor para su próximo paso? ¿No sería esta forma de eutanasia un gran servicio en sí mismo? No contaría con el mismo futuro brillante, latente e indoloro que le había proporcionado a Alison; pero, al menos, era un final.

Intentó apartar esa idea de su cabeza. No podía imaginarse a sí mismo recorriendo las calles con un escalpelo en el bolsillo. Ese no sería él.

Llevó el periódico al mostrador y se metió la mano en el bolsillo en busca de cambio. Una mujer se detuvo frente a él. Una revista de crucigramas, un boleto de lotería y un montón de chocolate. La chica le sonrió y, entonces, recordó lo importante que seguía siendo su trabajo. Sí, matarla sería sencillo y ella, sin duda,

estaría mejor muerta. Pero nada que valiera la pena podía conseguirse con facilidad. La muerte era algo medieval. Él podía ofrecer un futuro a la gente.

Durante el corto trayecto en taxi desde la estación de Temple Meads hasta el hospital, Thorne y Holland prepararon el plan para hablar con la doctora Rebecca Bishop. Simplemente, no tenían ningún plan. Holland llamó con antelación para asegurarse de que trabajaba hoy y, aparte de eso, irían improvisando sobre la marcha.

Hace un año, el Hospital Bristol Royal había sido objeto de sospecha y numerosas denuncias, tras la alarmante tasa de mortalidad de bebés y niños que habían sufrido una operación de corazón. El escándalo resultante arrojó una oscura sombra, sobre el hospital en particular y sobre la profesión médica en general que muchos supusieron bien justificada. Los médicos perdieron la confianza en su autorregulación.

Al igual que ocurre con los oficiales de policía.

Desde que Thorne comenzó a trabajar en este caso, nada de lo que sucedía en los hospitales podría sorprenderle. Se estaba acostumbrando rápidamente a las estrategias que empleaban las personas que trabajaban en ellos para sobrevivir al día a día. Sin embargo, la comisión investigadora del hospital Bristol Royal había hecho algunos descubrimientos sorprendentes. Un ala del edificio recibía el nombre de «la sala de la despedida».

Susan, Christine, Madeleine, Helen. Thorne sabía bien lo insistentes que eran las voces de aquellos cuyas vidas habían sido cercenadas. Se compadecía de los que seguían oyendo las voces de veintinueve niños fallecidos.

Rebecca Bishop trabajaba en el departamento de cirugía ortopédica. Sentada frente a ellos, en sillas de plástico verde en un pasillo junto a una sala de espera, su comportamiento dejaba a Thorne pocas dudas de la fuerza y la confianza que albergaban los genes de esta singular familia.

—Les concederé media hora. Después de eso, voy a asistir a una fascinante clase de biomecánica y reparación de fracturas a la que están invitados.

Les sonrió con frialdad. Dejando aparte su cabello oscuro y encrespado y su barbilla ligeramente alargada, Rebecca compartía los rasgos de su padre y hermano. Era una mujer bien parecida, al igual que ellos eran hombres bien parecidos. Bien parecida, pero no guapa. No había dulzura en sus facciones. Thorne se preguntaba dónde se encontraría la influencia de Sarah Bishop. ¿Habría sido dulce o guapa?

Quizá se lo preguntara a Jeremy algún día cuando tuvieran tiempo de hablar. En una sala de interrogatorios, quizá.

Thorne abrió la boca para responder pero Rebecca Bishop tenía su propia agenda.

—Podrían empezar por decirme por qué han enviado al hombre al que acusa mi padre de estar acosándole para hablar conmigo acerca de ello.

Thorne parpadeó a Holland que le dedicó en respuesta el equivalente facial al encogimiento de hombros.

—Nadie está acosando a su padre, doctora Bishop. Al menos, no que nosotros sepamos. El hecho de que me haya desplazado hasta aquí en persona debería servir de garantía de que nos estamos tomando en serio sus acusaciones.

—Me alegra oír eso.

—Pero debe entender que tenemos otras prioridades.

Rebecca se levantó y permaneció junto a un tablón de anuncios.

—¿Cómo atrapar a Champán Charlie? Ya lo he leído en la prensa.

A Holland le apeteció hacer el papel del compañero elocuente.

—No crea en todo lo que lee en los periódicos, doctora Bishop.

Miró a Holland y Thorne creyó percibir cómo comenzaba a ruborizarse. ¿Se sentiría atraída por él? Tanto mejor. Intentó mirar a Holland a los ojos pero no pudo. Rebecca Bishop se giró y miró a Thorne, manteniendo las manos en el fondo de los bolsillos de un enorme abrigo marrón.

—¿Y mi padre es sospechoso, inspector Thorne?

Mentir nunca es agradable, pero era muy fácil.

—No, desde luego que no. Se le interrogó rutinariamente y se le descartó de la lista de sospechosos.

Rebecca le lanzó una dura mirada, él no sintió nada. Los doctores estaban acostumbrados a mantener a los pacientes en la ignorancia. Lo mismo ocurría con los policías y el público en general.

Holland tomó la palabra.

—¿Podemos hablar de ese asunto de acoso? Dígame exactamente qué cree que está sucediendo.

La doctora se sentó de nuevo.

—Ya he pasado por todo esto por teléfono —Holland sacó la libreta al instante. A Thorne no le quedó más remedio que admirar su sincronización. Rebecca suspiró y continuó—. Está bien. Papá ha estado recibiendo esas llamadas de alguien... Ah y había alguien sacando fotos desde el exterior de la casa, pero lo que más le preocupa son las llamadas telefónicas.

—¿Tu padre te ha contado todo esto?

—No, mi hermano James me telefoneó para contármelo. Papá está muy molesto y enfadado y James pensó que yo debía saber lo que estaba ocurriendo. Para añadir una voz profesional de queja más, supongo. No es que James y yo hablemos a diario, así que pensé que se trataba de algo importante cuando recibí su mensaje.

Comenzó a mordisquearse intensamente una uña. Thorne apreció que todas las uñas estaban devoradas al raso; alguna de ellas, incluso, habían comenzado a sangrar.

Había llegado el momento de profundizar un poco.

—¿Así que usted y James no están muy unidos?

Levantó la mirada y Thorne observó que estaba considerando qué respuesta debía expresar y si la iba a dar o no. ¿Era este un territorio en el que se encontraba cómoda dejando entrar a extraños? Quizá fue la sonrisa de Holland la que hizo el truco.

—No somos una familia perfecta. Ya deben tener una idea de eso.

Ambos la miraron como si no supieran nada al respecto.

—James y yo no somos grandes amigos, no. Papá y yo tampoco tenemos una buena relación, ¿sabe usted?, pero eso no quiere decir que me guste verle preocupado.

Holland asintió, lleno de comprensión.

—Por supuesto que no.

Rebecca comenzó a hablar despacio, pero con un deleite fácilmente detectable.

—A James y a papá les gusta pensar que están muy unidos pero, en realidad, es todo mentira. Se separaron mucho hace unos años, cuando James se apartó del buen camino. Ahora, simplemente ve al viejo como a un pretencioso director de banco, cuya única misión es repartir coches y regalar créditos para casas, y el bueno de James puede quemar todo el dinero que pille, sin preocuparse demasiado por ello.

Thorne estiró algo más del hilo.

—Seguro que sí le preocupa.

—Sí, claro, ya ha tenido el placer de conocer a James, me lo dijo. ¡Dios, que sarcástico ha sonado eso! —Intentó reírse, pero la risa se quedó atascada en algún resquicio de su garganta.

El tono de voz de Thorne continuaba tranquilo, medido.

—¿Y cómo se siente su padre?

—Culpable —fue una respuesta instintiva. Asociación de palabras.

Thorne se esforzó por mantener el semblante inexpresivo. Dejemos que siga sacando a relucir todos los trapos sucios de la familia.

—Culpable de que mamá estuviese atiborrada de tranquilizantes y él tan borracho que era incapaz de coger el coche. Culpable de haberla metido en los putos tranquilizantes, en primer lugar. Culpable de haber destrozado la vida de sus dos hijos. Culpable de no haber muerto, en vez de ella. Todos los Bishop estamos ahogados en culpa, pero Jeremy es el que más.

Tranquilizantes. Esto tenía sentido. ¿Tendría el Midazolam, en pocos minutos, el mismo efecto en sus víctimas que el que tuvieron en su mujer los tranquilizantes a lo largo de los años? ¿Tenía todo esto que ver con algo tan prosaico como la venganza? No, no exactamente venganza, sino... Thorne no sabía qué.

Tan pronto como lo pensó, se dio cuenta de que era demasiado simplista y, de alguna extraña forma, demasiado poético. La solución a este caso no se hallaría oculta en motivos cotidianos, dispuesta a salir por sorpresa, oculta entre lazos de charol, como un regalo de Navidad.

Pero se estaba metiendo en la piel de Jeremy Bishop.

Lanzó una mirada inquisidora a la hija de Bishop. Parecía exhausta. Acababa de articular unas palabras que no había pronunciado en mucho tiempo, o esa era la impresión que le daba a Thorne. Hablaba como si Holland y Thorne no estuvieran presentes. Thorne debía recordarle delicadamente que sí estaban.

—¿Y qué pasa con usted, Rebecca? ¿De qué se culpa?
Miró a Thorne como si estuviera loco. ¿No era obvio?
—De no haber estado en ese coche.

Mientras Tom Thorne se entrevistaba con Rebecca Bishop; a ciento cincuenta kilómetros de allí su padre almorzaba con la mujer que, al menos en teoría, se acostaba con él.

La había llamado el día anterior. Anne cogió el teléfono, deseando que fuese Thorne y se sintió bastante desalentada cuando escuchó la voz de Jeremy. Acordaron reunirse el día siguiente. En un restaurante especializado en pasta, en Clerkenwell, más o menos, a medio camino entre Queen Square y el Royal London.

El abrazo fue, quizá, un poco forzado pero el vino los relajó pronto y la conversación fluyó fácilmente. Hablaron de trabajo. Estresante..., era difícil irse a casa y relajarse. Agotador... ¿Cuándo cambiaría la rutina? Bishop comenzó a pensar en un cambio de dirección; Anne estaba intrigada. Estaba decepcionada y preocupada por el revés de Alison, él se mostró comprensivo.

Hablaron de sus niños. ¿Exigía demasiado de Rachel? ¿Estaba siendo demasiado insistente? Bishop le dijo que no se castigara demasiado por ello. En su caso, siempre había esperado lo mejor de Rebecca y James y casi con total certeza *había* sido demasiado insistente. Estaba orgulloso de Rebecca y, quizá, muy pronto a James le empezaran a ir bien las cosas.

Le dijo que debería sentirse orgulloso por los dos.

Hubo un momento de silencio que comenzó a hacerse incómodo; Bishop se apresuró a romperlo:

—¿No me has llamado porque tu novio te dijo que no lo hicieras?

Anne encendió un cigarro, el tercero desde que terminaron de comer.

—Tampoco tú me has llamado.

—Me preocupaba que te resultara poco oportuno. He estado leyendo los periódicos y parece evidente que no puedo seguir siendo sospechoso, pero él sigue teniendo esa especie de fijación conmigo.

Anne sacudió la inexistente ceniza sobre el cenicero.

—No he hablado con Tom desde hace casi una semana —Bishop levantó la ceja. Más sacudida de ceniza—. En realidad, nunca hemos hablado de ti, Jeremy. Es conveniente establecer una separación entre lo personal y lo profesional.

Bishop se inclinó hacia delante y sonrió, entrecruzando sus largos dedos y apoyando sobre ellos la barbilla. La miró profundamente a los ojos.

—Puedo entenderlo perfectamente, Jimmy, sé que esto debe ser duro para ti. ¿Pero qué piensas, en realidad?

Mantuvo el contacto visual e hizo todo lo posible por imaginarse a este hombre de la misma forma que lo hacía Thorne. No podía hacerlo.

—Jeremy, yo no...

—Ayer escuché una historia acerca de un médico de familia adicto a la morfina. Se la prescribía a sus pacientes y después los visitaba a su casa para quitarles la droga. Volvían a la consulta pensando que la habían perdido, ya sabes, maldiciendo su edad. Él les sonreía, lleno de comprensión y, les prescribía un poco más y así sucesivamente.

Anne no parecía muy sorprendida. Muchos doctores tenían problemas de adicción. Existía incluso un centro de rehabilitación reservado exclusivamente para trabajadores médicos. Bishop continuó hablando.

—El tipo que me contó esto conocía a ese hombre desde hacía veinte jodidos años y no tenía la más mínima idea.

Ella le miró conteniendo la respiración. La voz de Bishop se tornó un susurro.

—La gente guarda secretos, Anne.

Anne bajó la mirada y fijó la vista en el cigarro que aplastaba contra el cenicero. Meticulosamente, sofocó todo resto de ceniza candente. ¿Qué esperaba que le dijera? ¿Se trataba de otra típica muestra de extravagancia teatral y provocativa o...?

Alzó la mirada e hizo una señal hacia la cuenta, que acababa de dejar el camarero; seguidamente, se volvió hacia él, sonriendo.

—Hablando de secretos, Jeremy, ¿estás saliendo con alguien? —Su humor pareció cambiar súbitamente. Ella lo percibió claramente y pensó en echarse atrás pero finalmente decidió lo contrario. Quería darle la vuelta a las tornas un poco, para disfrutar de su *incomodidad*—. Sí que lo estás, ¿no es cierto? ¿Por qué estás tan evasivo? —Anne pudo percibir en sus ojos algo parecido a una respuesta—. ¿La conozco?

Bishop mantuvo la mirada fija en el mantel.

—No es nada serio y, probablemente, no durará demasiado por toda una serie de razones, pero si hablo de ello sería como si maldijese la relación condenándola a una tumba prematura.

Anne rio.

—¿A qué viene esta superstición repentina? Vamos, ¿desde cuándo lleváis...?

—No —su tono hizo que se borrara la sonrisa de su cara y dejó poco lugar a dudas. Fin de la conversación—. Sería como desear que se acabara.

Thorne llegó a casa, nervioso e inquieto. Necesitaba hacer algunas llamadas. A su padre, a Hendricks y a Anne, por supuesto. Pero se sentía demasiado lleno de energía.

Todo había sucedido al salir de la estación de metro de Kentish Town, mientras se preguntaba que afortunada tienda de licores tendría el privilegio de su visita de camino a casa. La conversación que escuchó a sus espaldas era, más o menos, así.

«*Revista Metro...*».

—¡Búscate un puto trabajo!

—¡Este es mi trabajo, gilipollas!

Y ahí empezó todo.

Thorne entró uno o dos segundos después de que los primeros puñetazos y patadas empezaran a volar. Se estremeció de dolor al recibir un puñetazo perdido a un lado de la cabeza. Cogió por el cuello al dependiente «búscate un trabajo» y lo lanzó contra una puerta cercana con más fuerza de la estrictamente necesaria. El vendedor de *Metro* se agachó a recoger los ejemplares esparcidos por el suelo y se acercó a echar un vistazo.

Thorne le miró a los ojos:

—¡Lárgate de aquí!

Volvió su atención al que sí tenía un techo. Borracho, por supuesto, o quizá drogado hasta los ojos. Un estudiante, supuso Thorne, a quien un hilo de sangre le brotaba del labio y le manchaba la camisa blanca.

Thorne le dejó apoyado contra la pared, rodeándose el cuello con las manos y le dio una leve sacudida con la rodilla entre las piernas mientras se sacaba la placa y se la ponía frente a los ojos:

—Ahora, a ver si imaginas en qué trabajo yo.

De vuelta a casa abrió la primera lata de cerveza barata. Se preguntaba qué habría pasado si no hubiera estado por allí con una placa en el bolsillo y ganas de golpear a alguien.

Si uno de ellos hubiera llevado una navaja.

Esos eran asesinatos típicos. Crímenes simples, banales y comprensibles. La gente moría por ira o frustración o por una básica falta de espacio vital. Morir por una gran causa o por un comentario estúpido o por unos cuantos peniques.

Los asesinatos entre parejas con los puños y con martillos; entre hombres que pretenden ser muy hombres, con alcohol y navajas; entre traficantes de drogas, usando armas con la misma ligereza que un cepillo para el pelo.

Thorne podía entenderlo. Esas muertes ocurrían regularmente en la ciudad. Sabía perfectamente que cada una de ellas tenía sentido a su extraña y particular manera.

Pero esto no. Muertes como efecto colateral. Cadáveres como subproducto de alguna asquerosa locura enfermiza.

Apuró el último sorbo de la cerveza, se puso la chaqueta y en cuarenta minutos se encontraba caminando por una calle de Battersea, observando la silueta que se movía bajo la luz, tras la ventana de un segundo piso.

Se quedó allí cerca de una hora, ocultándose entre las sombras a cada movimiento de las cortinas, real o imaginario. Después, se escondió rápidamente entre las sombras cuando Jeremy Bishop abrió las cortinas y se asomó a la calle.

Bishop dirigió una dura mirada a Thorne o al lugar donde *había estado* Thorne, viendo una sombra, quizá, pero seguro que nada más. Cuando Thorne volvió a mirar, sintió un estremecimiento helado, que agitó cada hueso de su cuerpo al observar el repentino cambio en la cara de Bishop.

Desde la distancia, Thorne no podía estar seguro.

Podía haber sido una mueca.

Podía haber sido una sonrisa.

Ya sé que otras veces he hecho chistes sobre el Servicio Nacional de Salud y la falta de fondos y todo eso. Me reí de la pizarra cuando la vi por primera vez al compararla con los deslumbrantes aparatos que tienen en América.

Pero ¿y esto?

Anne lleva diciéndome algún tiempo que ella y el terapeuta ocupacional iban a improvisar un par de dispositivos para que pueda leer y ver la televisión. Obviamente, me lo he tomado un poco a broma, sobre todo después de haber vuelto a conectarme a este jodido ventilador. Cuando una máquina tiene que respirar por ti, ¡la vida puede ser muuuuy aburrida, queridos! Pero no me imaginaba que se refería literalmente a improvisar. Honestamente, es lo más rudimentario que te puedas imaginar.

Han atornillado una especie de brazo pivotante en el techo, de donde han colgado la tele, así que puedo verla directamente desde la cama. Estupendo. Si estuviera en un hospital de Nosedónde, Illinois, o por ahí, podría incluso controlar el volumen y, lo que es más importante, cambiaría de jodido canal con el movimiento de las pestañas. Aquí, en el viejo Londres, en el viejo Servicio Nacional de Salud, esos pequeños detalles parecen haber sido pasados por alto. Así que tengo que esperar a que aparezca una enfermera y pestañearle para indicarle que cambie de canal. Lo hace y se larga otra vez, dejándome el Canal de Compras o algún programa cutre de cocina, hasta que vuelve a asomar la cabeza por la puerta, veinte minutos más tarde y me vuelvo loca intentando pestañearle, para que me deje puesto el fútbol.

No quiero parecer desagradecida, pero esto es el cielo en comparación con mis nuevos arreglos de lectura.

Se basa en un atril de música, creo, aunque también podría tratarse de un antiguo perchero. De acuerdo, exagero un poco, pero no demasiado. Me incorporan un poco y me ponen este aparato contra las tetas, con unas pequeñas pinzas que sujetan en su sitio el libro o la revista que toque. La teoría está bien. Primero, no me encuentro en posición de realizar solicitudes complejas. Me estrujo los sesos pensando en los libros con un título corto que me gustaría leer. Lo mismo ocurre con las revistas, aunque estoy más o menos servida con el ¡Hola! y el ¡OK! No me cansa tanto las pestañas. De todas formas, el problema es el mismo que con la tele. No es que sea el cerebro más privilegiado de Inglaterra, pero hasta yo puedo leer una página de lo que sea en veinte minutos o en el tiempo que decida tomarse la enfermera en volver a aparecer por aquí. No es que espere que vengan perdiendo el culo cada veinte segundos para pasar la página pero debería poder hacer algo.

Yo no puedo pagar por todo, ni tengo familia que pueda pagar un penique o que intente recolectar dinero, pero aún así...

Todo son soluciones a medias.

Soluciones a medias para una persona a medias.

CAPÍTULO DIECISÉIS

Thorne y Anne pasaron juntos casi todo el día en la cama. Él se levantó una vez durante una media hora. El tiempo suficiente para hacer unas tostadas, poner el disco *American Recordings*, de Johnny Cash y recoger los periódicos: *The Observer*, para él (leía la sección de deportes); *The Mirror* y *The Screws*, para ella (leía los suplementos). Pensaba no volver a levantarse hasta que abrieran los bares.

Se había despertado unas cuantas horas antes, solo, con la imagen de la cara de Jeremy Bishop mirándole fijamente, capturada en negativo cuando cerraba los ojos, como si hubiera permanecido demasiado tiempo en exposición.

Mantuvo los ojos abiertos y puso al día algunas de sus tareas pendientes. El teléfono se encontraba sobre una pequeña mesita, junto a la cama y apoyó un par de cojines sobre el cabecero de la cama. Una oficina extremadamente cómoda. La llamada a su padre fue sorprendentemente entretenida. Jim Thorne odiaba los domingos y sus comentarios irascibles sobre cualquier tema, desde los viveros, hasta los «temerosos de Dios», provocaron las carcajadas de Thorne varias veces. Acordaron salir juntos una noche, la semana siguiente.

Thorne quedó en encontrarse con Phil Hendricks en un par de días, pero esa idea era bastante menos divertida. El patólogo había sonado muy distante y tenso. La llamada había durado menos de un minuto. Thorne se preguntaba para qué querría verle Hendricks. Estaba totalmente seguro de que no tendría nada que ver con entradas para el Spurs-Arsenal.

Entonces telefoneó a Anne.

Estaba desayunando con Rachel. Las dos habían planeado pasar el día juntas y le dijo a Thorne que volvería a llamarle. Lo hizo pasados quince minutos. Rachel no parecía haberse quedado demasiado desilusionada ante el cambio de planes, casi al mismo momento en que se tiró en la cama con su móvil, su madre hizo lo mismo con Thorne.

Después de resarcirse por el tiempo perdido se habían tomado unas copas, pero ahora, rodeados de pedazos de periódico, permanecían relajados en la cama envueltos en olor a sexo y migas de pan de las tostadas. Comenzaron a hablar.

Era una conversación de una naturaleza muy diferente de la que habían tenido casi un mes antes, la noche en la que Thorne fue a cenar a su casa; la noche en la que fue atacado y drogado en su propia casa. En aquel momento, por lo que a él respecta, había habido muchas mentiras. Mentiras implícitas en el flirteo y mentiras escondidas tras sus preguntas acerca de Jeremy Bishop.

Había muchas cosas que no le había contado. Demasiadas mentiras por omisión.

En esta ocasión hablaron con soltura y con sinceridad. Dos personas en el lado equivocado de los cuarenta, con pocas razones para darse bombo o contarse verdades a medias. Hablaron de David, Rachel, Jan y del profesor universitario. Divorcios con niños contra divorcios sin niños. Sobre los siete años de piano que había estudiado

Anne, de lo que había trabajado en su casa y de las copas de tenis que había ganado antes de ir a la universidad. Él habló de lo mucho que odiaba el té aguado y el pan moreno y de lo buen jugador de fútbol que había sido hasta que empezó a ganar peso.

De las veces que ella había salvado una vida y de las que él había disparado un arma.

Hablaron de lo absolutamente incompatibles que eran y rieron y volvieron a hacer el amor.

Durante unas cuantas horas de una húmeda tarde de domingo de finales de septiembre, era como si el caso que había cambiado sus vidas, que las retorcería y deformaría aún más antes de que se resolviese, no hubiera existido nunca.

Entonces, una mujer cogió el teléfono en Edimburgo y lo cambió todo.

Había disfrutado de sus domingos en el pasado. Habían sido una parte vital en el proceso. Habían sido los días en los que había seleccionado a algunas de las primeras. Observó a Christine un domingo, aunque estaba rodeada de amigos. Y a Susan, sola en casa, tragándose una película muy antigua. Incluso después de que dejara de trabajar en otras casas, el domingo seguía siendo un día para hacer balance. Para planear.

Pero hoy no le gustaba lo que veía. Todo se iría a la mierda. Se sentía al borde de una depresión, que sabía que tendría catastróficas consecuencias si permitía que tomara forma.

Los días que precedieron a Helen habían sido duros, pero había visto la luz al final del túnel. La certeza de que el éxito era posible, de que tenía la capacidad de alcanzar dicho éxito.

Y en los días después de Alison. Experimentó una felicidad que no había conocido hasta entonces.

Hoy no veía luz alguna. La duda asaltaba cada centímetro de su cuerpo y empezaba a hacer mella en su ánimo y esperanza.

Se trataba de algo más que su propio fracaso, desde luego. Thorne estaba fracasando también, o al menos, no estaba siendo capaz de obtener resultados positivos.

Sin Thorne, nada de esto tendría sentido.

Sus canales de información estaban claros. La prensa, los rumores, la palabra. Ninguno era acertado. Les había facilitado mucho las cosas a todos y ninguno había funcionado bien. Habían perdido todas las pistas que había ido dejando cuidadosamente en sus narices.

Se sentó y se quedó contemplando la pared de un blanco immaculado. Cualquier cosa que ocurriese, fuera lo que fuese, siempre quedaría Alison. Ella permanecería como testimonio suyo y de su trabajo. La otra parte de todo esto, *la otra mitad*, no saldría exactamente como lo había planeado, pero eso no era culpa suya. Era el

resultado de involucrar a otras personas. Había otras formas de conseguir un fin similar por sus propios medios.

El castigo no iba a estar a la altura del crimen pero pensaba administrarlo de todos modos.

No había terminado, todavía no, pero comenzaba a sentirse cansado.

Doce días antes, con el cuerpo de Margaret Byrne enfriándose donde lo había dejado y siguiendo en coche tranquilamente al autobús nocturno que conduciría a Leonie Holden hacia él, se había sentido brillante e invencible. Hoy, ni siquiera estaba seguro de poder arrastrarse hasta la calle.

Aún así, más tarde tendría que hacerlo.

Ambos reían divertidos, mientras discutían sobre sus gustos musicales. El tema que se escuchaba era *Delia's Gone*, en el que Johnny Cash relataba cómo amarraba a su novia a una silla y le disparaba un par de veces, esencialmente porque estaba *endemoniada*. Thorne no veía el problema en ello.

Entonces, sonó el teléfono.

—¿Tom? Soy Rally Byrne.

Thorne soltó una risotada.

—Hola, Rally. Elvis está bien. Lo está destrozando todo, pero está bien.

Anne, que no había visto al gato todavía, le lanzó una extraña mirada desde el otro lado de la cama. Thorne le sonrió por encima del hombro, sacudiendo la cabeza. No te preocupes. Anne cogió el periódico y siguió leyendo.

—En realidad, no llamo por el gato, Tom.

Thorne comenzó a incorporarse lentamente. Comenzó a tener de repente un extraño estremecimiento, un hormigueo, una punzada, una excitación creciente entre los omóplatos.

—Le escucho, Rally.

—Se trata de algo un poco extraño y que, probablemente, debería haber contado al oficial irlandés. ¿Cuál es su nombre?

—Tughan. *Continúa...*

—Resulta que he estado inspeccionando las cosas de mamá, ya sabe, seleccionando algunas cosas para dárselas a caridad y, al echar un vistazo a las joyas, me he encontrado con un anillo de hombre.

Thorne estaba ya fuera de la cama y dirigiéndose hacia el salón, intentando ponerse una bata.

—¿Tom?

—Disculpe. ¿De qué tipo de joyas estamos hablando?

—A eso me refiero, son las cosas que tiró su gente, la policía científica, en la escena del crimen. Me lo devolvieron todo después del funeral, diciéndome que ya no lo necesitarían. No sé dónde encontrarían este anillo, en el suelo, junto al resto de las cosas, supongo y obviamente pensaron que era de mi madre pero no lo es.

—¿Seguro que es de hombre?

—Seguro. Es de oro. Parece un anillo de boda.

—¿Y no puede ser de su padre?

—¿Habla en serio? Ese bastardo nunca habría llevado un anillo de boda. Podría haber estropeado sus opciones con sus amiguitas.

Thorne comenzaba a perder el hilo de lo que le contaba Rally Byrne. Una melodía se iba colando en su cerebro, extendiéndose por cada pliegue del mismo. Una melodía clásica. Lastimera e inquietante. No podía recordar cómo se llamaba. Algo Alemán. Pero no recordaba dónde la había escuchado. Y recordaba el ritmo, el tempo, marcado por el tintineo de un anillo de bodas contra una palanca de cambios.

—No sé, seguro que no es importante, Tom, pero...

Cuando Thorne volvió a entrar al dormitorio, unos minutos más tarde, Anne supo que algo había cambiado. Thorne intentó parecer despreocupado. Preguntó si le apetecía un té.

Anne se levantó y comenzó a vestirse.

Fuera lo que fuese que hubiera pasado no era importante. Ella sabía que el asesinato y la sospecha habían vuelto a la habitación con ellos y tenía que irse. Sus movimientos se volvieron mucho más torpes, incómodos y se quedaron helados durante medio segundo al ver el reflejo del otro en el espejo del vestidor.

Thorne percibió algo parecido a una acusación y se odió por desear que se fuera de la casa para que él pudiera telefonear a Dave Holland.

Anne percibió cómo iba subiendo el voltaje de la excitación en Thorne.

Vio cómo aparecía el hambre que debía saciar.

Vio la cara de Jeremy Bishop y la oscura tristeza que se había instalado en sus ojos cuando le susurró: *La gente tiene secretos, Anne.*

Se sentaron en una mesa, en la parte trasera de la habitación; no en oscuridad total, pero casi. Parecía que era así como él lo quería. La condujo hacia la mesa, ignorando los asientos vacíos, junto al escenario. Probablemente fuera una buena idea, considerando que no querían que la gente mirase y que ella era menor de edad.

Rachel miró a su alrededor. Ella no era la única.

De hecho, no había tenido problema alguno en venir. El club tenía una iluminación muy tenue y la mujer que había en la puerta no apartó la mirada de su monedero mientras entraban. Había empleado mucho tiempo maquillándose. Incluso permaneció unos minutos bajo las luces de la barra, cuando fue a pedir unas copas, mirándose en el espejo que recorría toda la pared que había tras la barra. Podía pasar fácilmente por una chica de dieciocho años; de veinte, incluso.

Este pequeño club de la comedia, bajo un *pub* de Crouch End era, según le dijo su acompañante, uno de sus sitios favoritos. La audiencia era muy variopinta. A nadie le importaba tu aspecto ni tu edad. No era precisamente el mejor local de Londres pero, a veces, actuaban allí los mismos comediantes que en los grandes espacios escénicos

de la ciudad, sin tener que pelearse en las colas para sacar una entrada.

A Rachel le había gustado como sonaba y le pidió que la llevara allí. Él le habló de otra noche, en el mismo club, en la que hacían las llamadas representaciones abiertas. Solía asistir a ellas, tan a menudo como podía, si no tenía que trabajar. Una docena de voluntariosos aficionados subían al escenario y hacían lo que podían en un par de minutos. Ninguno de ellos era demasiado bueno. Claramente, se trataba de una terapia para todos ellos, pero era digno de verse. Como un accidente de coche. Verlos luchar, verlos *morir*, era una experiencia sorprendente, le aseguró.

El comediante que ocupaba el minúsculo escenario era un escocés socarrón, de pelo rojo y traje vistoso, que chillaba mucho y soltaba muchas palabrotas. Hablaba de sexo muy gráficamente y Rachel se ruborizaba en la oscuridad. Miró con el rabillo del ojo al hombre que tenía al lado, así podría reírse cuando lo hiciera él. No quería parecer demasiado joven o estúpida o poco sofisticada.

Podía apreciar que él se lo estaba pasando bien. Parecía un poco tenso cuando la recogió en la puerta del Green Man pero ahora parecía mucho más relajado. Le observaba mucho más a él que a lo que ocurría en el escenario. Él no dejaba de mirar, absorto, al comediante o a los otros miembros de la audiencia. Era un observador feroz, crítico e incansable. Eso era algo que le gustaba de él. Le encantaba cómo vivía con intensidad cada momento, exprimiendo hasta el más mínimo detalle y saboreándolo. Le encantaba su intensidad, su rechazo al compromiso.

El comediante contaba un chiste acerca de sus padres y Rachel comenzó a pensar en su madre. Anne se había portado de forma extraña cuando volvió a casa de casa del policía, supuso Rachel. Había sido él, sin duda, el que había telefoneado esta mañana. Probablemente habrían estado enrollados los dos todo el día.

Pensaba mucho en la idea de Thorne follándose a su madre.

Pensaba mucho en follar.

Había habido un poco de mal ambiente en casa cuando le anunció que iba a salir, pero su madre no se atrevió a decirle nada, después de la forma en la que había cambiado sus planes esta mañana.

La gente a su alrededor comenzó a aplaudir y ella hizo lo propio. El presentador volvió a subir al escenario para presentar la siguiente actuación. Dijo que habría un intermedio después. Rachel se preguntaba si saldrían a comer cuando terminase el espectáculo; había montones de restaurantes en la zona. Después podrían quedarse un rato en el coche antes de que le llevara a casa.

El siguiente comediante era una mujer. Era más delicada y empezó con una canción muy divertida sobre lo patéticos que son los hombres en la cama.

Rachel tomó un sorbo de cerveza y le sonrió, sintiéndose un poco mareada. Él le devolvió la sonrisa y le apretó la mano. Cuando se la soltó ella deslizó la mano entre su espalda y la silla.

Rachel se sentía más feliz que nunca.

Apoyó la mano en su cintura... la audiencia soltó una carcajada... llevaba una

bonita camisa de hilo, que ella sacó de los pantalones... la audiencia gimió ante un chiste muy cursi... siempre llevaba ropas muy elegantes... la mujer del escenario comenzó a cantar otra canción... Rachel quería rozar su piel... un borracho, sentado al otro lado de la habitación, comenzó a animar y a tocar las palmas... deslizó la mano bajo su camisa y acarició la piel de su estómago con las yemas de los dedos...

De pronto, profirió un sonoro grito.

Fue en ese preciso instante, en el que todo se desbordó, él se levantó bruscamente, le derramó encima su bebida y la mujer del escenario les señaló; fue entonces cuando Rachel se dio cuenta de que había gritado. Joder, claro que lo había hecho. Había sido un bramido. Como si le hubieran quemado con un cigarro.

El rostro se le ensombreció. Ella intentó sujetarle del brazo, pero la llamó estúpida zorra mientras recogía su abrigo y se marchó apresuradamente entre las mesas golpeando algunas sillas vacías a su paso.

La mujer del escenario se rio y le dijo algo mientras se marchaba, a lo que él respondió mandándola a la mierda y la audiencia comenzó a abuchearle. Se volvió hacia ellos, con gesto de querer hacerles mucho daño.

Cerró la puerta de un portazo al marcharse. Rachel sintió que la cerveza le empapaba la falda. Las miradas le abrasaban. La mujer se acercó al micrófono y se puso una mano sobre las cejas mirando al rincón oscuro donde permanecía Rachel, deseando estar muerta.

—¿Una pelea doméstica, cariño?

Algunas personas de la audiencia se rieron. Rachel comenzó a llorar.

Holland escuchaba la ronda deportiva en Radio 5 Noticias, por tercera vez en varias horas, cuando vio las luces desde su espejo retrovisor y se volvió a observar a Jeremy Bishop que detenía el vehículo frente a su casa.

Thorne había telefonado sobre las seis lo que no había gustado demasiado a Sophie. Supo inmediatamente que se trataba de Thorne. Ella lo sabía *todo* inmediatamente. Se hubiera enfadado, de todas formas, si su novio tuviera que abandonar la casa a esas horas; pero Thorne, por lo que a ella respectaba, representaba un futuro incierto para él en el cuerpo. Un futuro del que debía huir a toda costa. Un futuro sin ascensos, sin estabilidad, sin seguridad y, por extensión, sin ella.

No podía discutir con ella. Todo lo que le decía tenía perfecto sentido. Pero las suyas eran voces que resonaban desde la tumba. Las palabras de su padre. Sophie daba voz a los sentimientos de un hombre al que había amado pero por el que nunca sintió admiración.

Era difícil no admirar a Tom Thorne.

No podía discutir con Sophie así que no se molestaba. Abandonó la casa en silencio y siguió mentalmente la discusión con ella mientras conducía hacia Battersea

y se detenía allí a esperar.

Thorne se aferraba desesperadamente a un clavo ardiendo, eso desde luego. Jeremy Bishop, que según había comprobado Holland, trabajaba en ese momento en el hospital Royal London, perdió un anillo en la habitación de Maggie Byrne, mientras la asesinaba. De acuerdo. Mirándolo racionalmente, eran las locuras de un hombre del que muchos colegas opinaban que se había pasado de la raya. Pero había algo en la voz de Thorne. Sí, probablemente, se tratara de la desesperación, pero había algo más. Una excitación, un celo, una *pasión* que hizo que Holland cogiera el abrigo y se preguntara cómo iba a explicárselo a Sophie antes de que colgara el teléfono.

Salió del coche y cruzó la calle.

Bishop, que acababa de cerrar el Volvo y se disponía a abrir la cancela principal, vio aproximarse a Holland. Suspiró teatralmente y se apoyó contra el coche, metiéndose las manos en los bolsillos.

Holland había preparado un gesto de disculpa y todas las frases apropiadas. Solo unas pocas preguntas más. Investigando una nueva pista. Agradecidos por la ayuda y cooperación prestadas. Al aproximarse a él se dio cuenta de que Bishop le recordaba. No le importaba. Sostuvo la placa con la mano derecha y le ofreció cortésmente la izquierda.

—Detective Holland, señor.

Bishop se separó del coche y avanzó un paso hacia él.

—Sí, lo sé. ¿Cómo va la mano de su novia? —dijo con tono impaciente, indicando con una sonrisa que sabía que todo era una patraña.

Holland se quedó perplejo, pero solo durante un segundo.

—Bien.

—¿Cuánto va a durar esto?

—No va a durar demasiado.

Cuando Bishop comenzó a hablar le ofreció la mano izquierda, en respuesta a la que le ofrecía Holland. Se dieron la mano y, con una rápida y disimulada mirada, Holland pudo comprobar aquello a lo que había venido. A lo que Thorne le había enviado.

No había ningún anillo de boda.

Últimamente leo mucho. Generalmente, siempre la misma página, una y otra vez, pero ¿qué le voy a hacer? Antes, había mucho interés por encontrar algo interesante que leer y así, mientras me observaban, comprobaban el funcionamiento de su nuevo cacharro. El terapeuta ocupacional me trajo algo de literatura oficial del hospital para que la leyera.

Qué aburrimiento.

Bueno, eso es lo que pensé antes de comenzar a leer. Es un tema fascinante. Esto es una cita del libro y puedo recordarla perfectamente después de releerla durante veinte minutos: «El Hospital Nacional de Neurología y Neurocirugía, junto con el

Instituto de Neurología, se convierte en un recurso primordial para el estudio, formación e investigación en el terreno de la neurología y las neurociencias. El trabajo del personal académico y su labor investigadora se integran íntimamente con el cuidado que el hospital presta a sus pacientes».

Bueno, hasta aquí me resulta bastante fácil de entender. La parte del cuidado parece, más bien, un añadido; una etiqueta que alguien ha añadido al recordar que esto se supone que es un hospital y, francamente, se pueden ir directos a la mierda.

Soy una paciente. Créanme, preferiría no estar aquí, pero si lo estoy, entonces mi título es el de paciente, compañeros. No soy el recurso de nadie. Ni la puñetera ayuda al estudio de nadie.

«Ahora, echemos un vistazo a esta pobre chica, completamente jodida a causa de un trauma en el tallo del cerebro. ¿Puedes pestañearnos un poco, querida?».

No, gracias.

Vale, quizá esté exagerando un poco, pero me preocupé mucho cuando leí aquello por primera vez. Me quedé despierta toda la noche, preguntándome si realmente alguien estaba haciendo algún esfuerzo porque mejorase.

Aún me lo sigo preguntando.

¿Soy de mayor utilidad para ellos en mi estado actual?

CAPÍTULO DIECISIETE

Keable y Tughan tenían preparadas las preguntas y Thorne tenía muchas respuestas. Pero antes, había que solucionar un pequeño asunto relacionado con otra queja de Jeremy Bishop.

—Afirma que había alguien vigilando su casa el sábado por la tarde —dijo Keable, mirando a Thorne.

Thorne se encogió de hombros y miró inocentemente a Holland.

—¿Te mencionó algo de eso anoche?

Tughan tomó la palabra antes de que Holland pudiera responder.

—Te estás moviendo en la cuerda floja, Thorne.

Thorne sonrió. Se sentía eufórico y no había nada que dijese Nick Tughan que pudiera alterar su estado de ánimo. Algún día, muy pronto, arreglarían cuentas. Por ahora, lo mejor era ignorarlo.

Tughan se sentó en una silla apoyada contra la pared, bajo el calendario y Holland se quedó de pie, apoyando la espalda contra la puerta. La oficina parecía abarrotada. Thorne puso las manos sobre la mesa de Keable y se inclinó hacia él.

—¿Qué vamos a hacer ahora, Frank?

Keable arrastró la silla, alejándose de la mesa. Levantó una mano.

—Lo primero, vamos a pensar en lo que tenemos realmente. ¿Cómo diablos puede estar tan segura de que el anillo no es de su madre?

—Está completamente segura.

Tughan lanzó un gruñido.

—Vive en Edimburgo y nunca visitaba a su madre, joder. El anillo podía ser de cualquiera. ¿Quién sabe cuántos hombres la visitaban?

Holland habló con cautela.

—No creo que Margaret Byrne recibiera a muchos hombres, señor.

Tughan se volvió hacia él y le miró fijamente. Holland no desvió la mirada.

—La policía científica no halló huellas en el cuerpo.

Thorne dio un manotazo en la mesa.

—Si la policía científica no la hubiera cagado y hubiese catalogado una evidencia vital como parte de las posesiones de la víctima, ahora no estaríamos aquí. Todo habría acabado a estas alturas.

—No hay huellas en el cuerpo, Tom. El asesino llevaba guantes, así que, cuéntame cómo demonios perdió el anillo.

Thorne respiró profundamente. *Responde a la pregunta. Correcta y tranquilamente.*

—Creo que se puso los guantes una vez que la víctima estaba inconsciente. Guantes quirúrgicos. Se los puso para usar el escalpelo. Para practicar la incisión. El anillo pudo caérsele en cualquier momento, antes de aquello. Parece obvio que la víctima ofreció resistencia.

Keable miró a Tughan, que sacudía la cabeza.

—¿Qué dice Bishop?

Holland avanzó un paso y descansó una mano sobre el respaldo de la silla de Tughan.

—Afirma haberlo perdido hace algunas semanas.

Tughan seguía agitando la cabeza. Sin querer aceptar nada de lo que se estaba diciendo.

—¿Cómo se *pierde* un anillo de boda? —dijo, empezando a girar el suyo con los dedos—. No podría quitarme este cabrón ni aunque quisiera.

Holland tenía respuestas, igual que Thorne.

—El suyo se sacaba con bastante facilidad, según me dijo. Se lo quita en el trabajo. Se quita todos los anillos. Dice que alguien pudo sustraerlo de su taquilla.

Keable se detuvo en ese detalle.

—¿Le sustrajeron algo más?

—Su monedero y un reloj. Un Tag Heuer.

—¿Denunció el robo?

—Ni se preocupó por hacerlo. Dice que hay cosas que desaparecen de las taquillas constantemente.

La mirada de Thorne cambiaba rápidamente de uno a otro. Holland lo estaba haciendo muy bien. Keable no seguiría adelante con esto sin pruebas. Necesitaba una carga de razones que apoyara esta teoría y Holland se las estaba proporcionando.

—¿Cuándo ocurrió?

—Hace casi tres semanas. El día once.

Keable sacudió la cabeza.

—El día antes de que asesinaran a Margaret Byrne.

Thorne no dijo nada. *El día en que le engatusó para que le llevara a la ciudad. Bishop llevaba el anillo entonces.* Dejando que fuera Keable el que tomara la decisión. Era importante que sintiera que la decisión era suya. Seguían sacudiendo la cabeza.

—¿Qué quieres, Tom?

—Quiero una orden de registro.

Tughan se puso en pie de un salto empujando la silla hacia atrás. Keable levantó una mano.

—Echemos mano de ese anillo y llevémoslo a los muchachos del departamento forense. Entonces, hablaremos de órdenes de registro. Nick, llama a Lothian y a Borders. Quiero que me lo traigan aquí, ¿entendido?

Tughan fue el primero en salir. Holland le abrió paso. Cuando Thorne se disponía a seguirle, Keable le detuvo.

—Hay una conferencia de prensa programada para el mediodía, Tom. Quisiera verte en la tarima, por favor.

El tono de Keable implicaba que no aceptaba ningún tipo de discusión. No iba a

tener ninguna. La adrenalina fluía por el cuerpo de Thorne. Estaba volando alto como una cometa. Si se lo pidiera habría aparecido sin rechistar en el *show* más cutre de televisión.

Thorne...

Caminando hacia el centro de operaciones. Evitando el contacto visual con nadie. Reconociendo las palabras amables y las miradas de aprobación. Poniéndole la mano en el brazo a Holland y saboreando la sonrisa que recibe en respuesta. Disfrutando del ceño fruncido de Nick Tughan, mientras el irlandés se pasa los dedos por su grasiento pelo amarillo y coge el teléfono.

Y disfrutando del tono esperanzado en las voces de las mujeres.

Pronto se acabará, ¿verdad?

¿Tommy? ¿Ya lo tienes?

¿Lo vas a atrapar, Tommy?

Agarra a ese cabrón.

Christine, Madeleine, Susan y, finalmente, Helen. Arrojando esperanza para todas ellas, en sus palabras. Una esperanza a la que ya no temía defraudar.

Sí, voy a cogerle. Muy pronto.

Y desde algún lado, en la lejanía, la risa de Leonie Holden.

Lo vio dos veces. En cada edición de las noticias del mediodía, BBC e ITV. Las dos veces extasiado. Las dos veces rio hasta casi perder la voz y aplaudió al final.

Ahora se encontraba con mucho mejor humor. Parecía que las cosas iban mejorando y el abatimiento del día anterior se había evaporado con unas simples noticias. Habían llegado con un poco de retraso, pero eran más que bienvenidas. Aún no tenía una gran urgencia por intentar el procedimiento de nuevo pero parecía que, después de todo, las cosas empezaban a salir como se habían planeado.

Comandante Sincero, Inspector Jefe Cejas y Tom Thorne. Aplaudió cuando, finalmente, presentaron a Thorne a la nación. Todo volvía a marchar sobre ruedas, ¿no es cierto? Tom estaba de vuelta en el equipo.

El comandante habló de «nuevas pistas» y de «nuevas e interesantes líneas de investigación». ¡Ya iba siendo hora! Dijo que *seguiría* siendo bien recibida cualquier pista que pudieran proporcionar acerca del número de matrícula del Volvo azul y *aún* mostraban ese horroroso retrato robot cortesía de algún paseante cegato del día en que se llevó a Helen Doyle.

Del caso de Margaret Byrne se hablaría con bastante más precisión.

El Comandante Sincero presentó al oficial que iba a dirigir un «mensaje directo al hombre responsable de estas terribles muertes». La cámara se movió hasta enfocar a Thorne. Parecía un poco nervioso. Distraído.

Se preguntaba cómo se manejaría Thorne con la cámara. Tiene que haber hecho este tipo de cosas antes, debía ser bueno. El irlandés había estado un poco blando pero suponía que Thorne aportaría algo más. Poder, quizá, alimentado por una furia genuina.

Seguro que lo haría. Thorne era un hombre que seguía los dictados de su corazón.

No quedó decepcionado. No traía nada escrito. No necesitaba apuntes. Thorne miró directo a la cámara y habló serenamente pero con fuerza y precisión.

Arrastró la silla un poco hacia delante, colocando la cara a pocos centímetros de la pantalla de la televisión, con la boca abierta de par en par. Era como si Thorne le estuviera hablando directamente a él.

Y, en realidad, así era.

«Aún no es demasiado tarde. Debes hacer que acabe todo esto ya. No puedo prometerte nada, pero si te entregas ahora, si te entregas *hoy*, tu caso se estudiará desde una perspectiva mucho más favorable».

«A ninguno de nosotros se le ocurre por qué has decidido hacer estas cosas. Quizá sientas que *no tienes* ninguna opción. Tendrás la oportunidad de explicárnoslo todo si dejas de matar ahora».

«Por supuesto, sabes que usaremos cualquier medio a nuestro alcance para detenerte. Cualquier cosa que haga falta. No puedo garantizarte que no salgas herido. O peor. No queremos ver a nadie más herido y eso también te incluye a ti. Puedes creértelo o no. Es tu elección».

«Así que, párate a pensarlo. Ahora mismo. Solo unos minutos. Cualquier cosa que quisieras demostrar, considéralo hecho y coge el teléfono».

«Acabemos con esta locura. Ahora. Entrégate hoy y ponte en mis manos, en las nuestras y encontrarás a mucha gente dispuesta a ayudarte».

De repente, Thorne se acercó un poco más a la cámara con la mirada fija en la pantalla.

«De una u otra forma, esto acabará muy pronto».

Rachel lo había perdonado casi al instante.

La llamó a primera hora y parecía muy avergonzado por lo que había hecho. Sabía que su comportamiento había sido imperdonable y comprendería perfectamente que quisiera acabar con todo.

Esa era la última cosa que ella quería hacer.

Sus disculpas la hicieron sentirse extrañamente poderosa. Era como si hubiera habido un cambio repentino. Podía haber desaparecido pero no lo hizo. Ahora necesitaba su perdón y, una vez que se lo hubiera dado, sentía que su relación alcanzaría un nuevo equilibrio.

Le dijo que las cosas no iban bien en el trabajo. Que había un par de personas con las que no se llevaba bien y que eso le ponía muy tenso. Obviamente, eso no servía de

excusa para lo que había hecho, pero quería que supiera que estaba muy estresado, eso era todo. Ella preguntó que por qué no se lo había comentado. Quería compartir ese tipo de cosas con él. Quería compartirlo todo con él. Podía haberle ayudado. Le respondió que *quería* compartirlo todo con ella y que lo haría muy pronto.

Rachel sintió que se le secaba la boca. Sabía que hablaba de sexo.

Le preguntó si lo había pasado muy mal después de que abandonara el club de la comedia de aquella forma. Ella contestó que la mujer del escenario le dio un poco la lata, pero que hubo un intermedio y aprovechó para marcharse sigilosamente. Se rieron preguntándose lo que habría dicho de ellos el resto de la audiencia. Le dijo que le compraría una falda nueva en compensación por la que le llenó de cerveza. Le dijo que le compraría un montón de cosas.

Se entretuvieron un rato con la despedida pero, finalmente, Rachel le dijo que debía irse. Le dijo que le llamaría más tarde y que le quería y los dos colgaron el teléfono a la vez.

Siguió preparándose para ir a la escuela.

Anne estaba en una reunión que duraría un par de horas más. A Thorne no le desencantó demasiado la idea. Había preguntado en recepción y ahora se dirigía a los ascensores exhalando un suspiro de alivio. Habría estado bien encontrarse con ella. Ambos lo habrían llevado bien; pero ahora, probablemente, sería mejor dejar pasar un día o dos.

Confiaba en que todo habría terminado para entonces.

El día antes, después de la llamada de Sally Byrne, no fueron capaces de hablar de nada. En cuanto se hiciera un arresto, en cuanto se hiciera *el* arresto, podrían hablar tranquilamente de ello. No sería muy fácil para Anne pero él estaría allí para ayudarla.

Si es que ella aún le quería a su lado.

Lo había vivido muchas veces con gente próxima a los asesinos. Recordaba lo duro que había sido para la madre y el padre de Calvert, aunque aquello había sido muy distinto.

Era un tipo de muerte por la que debería guardarse el debido luto. Anne sufriría la pena del amigo que había perdido. Lo perdería en muchos sentidos y estaría apenada por cada uno de ellos y esto aparte del sentimiento de culpa que la invadiría, la vergüenza que sentiría por haber sido amiga suya y el sentimiento de culpa que sentiría por la vergüenza.

Con toda probabilidad, ella también sería la primera persona a la que llamarían sus hijos y necesitaría consolarlos y cuidar de sus maltrechos sentimientos. Después, tendría que ocuparse de la prensa. Si no podían acechar a un asesino, acecharían a la amiga del asesino. Nada de eso iba a ser fácil.

Anne buscaría a alguien a quien echarle la culpa.

Sería mejor, entonces, evitar cualquier confrontación por una temporada. Alejarse de la línea de fuego. Aun así, todo podía irse a la mierda, de todas formas. Thorne conocía muchos casos, mucho más sencillos que este, en los que un buen resultado se les había escapado de las manos en el último minuto. Una cagada o, más jodido aún, un tecnicismo legal aguardaba tras una esquina para enterrar en el fango a inspectores engreídos. Thorne no quería vender la piel del oso antes de cazarlo. En cualquier caso, se encontraba lo suficiente optimista como para estar aquí, entrando en el ascensor y preguntándose exactamente cómo iba a explicarlo todo.

Al entrar en la habitación de Alison se llevó una desagradable impresión. Anne no le había dicho nada de que la habían vuelto a conectar al ventilador, aun siendo consciente de lo vulnerable que era a las infecciones.

La habitación volvía a ser muy ruidosa, atestada de cosas, pero la chica que había en el centro seguía atrapando su mirada y su corazón. Le habían cortado el pelo desde la última vez que estuvo allí. Fue aquel el día en que trajo la foto de Bishop, justo antes de que le hablaran de las acusaciones *anónimas* y de que las cosas se salieran de control.

Ahora todo volvía a estar bajo control.

Se movió lentamente hacia la cama, pasando junto a la pizarra, ahora plegada y apoyada en la pared y cubierta con una sábana blanca. ¿Le habría oído Alison entrar? Sabía lo limitado que era su campo de visión y no quería que diera un brinco al sobresaltarse.

¿Un brinco? *Estúpido bastardo*. No sabía casi nada de cómo era su vida. En lo que se había convertido. Se había prometido a sí mismo que procuraría descubrirlo y no lo había hecho. Había oído hablar de gente que había sufrido amputaciones y que aún podía sentir el miembro que le faltaba. ¿Qué ocurriría con Alison? ¿Podría aún sentir, o incluso imaginar que sentía, lo que era saltar o correr o dar patadas o besar?

Se detuvo en un extremo de la cama desde donde sabía que podía verle. Su globo ocular tembló durante unos segundos y pestañeó.

Hola.

Se desplazó hasta el lateral de la cama, cogiendo la silla de plástico naranja y mirando a su alrededor, con indiferencia, como si fuera otro visitante que se acercaba a la cama para cumplir con las cortesías de rigor. No veía flores por ningún lado.

No había nada que hacer, excepto empezar a hablar.

—Hola, Alison. Espero que no te importe que me haya pasado por aquí, pero hay unas cuantas cosas que quería explicarte. Porque, en realidad, *nadie más* lo ha hecho y creo que tienes derecho a saberlas. La doctora Coburn te ha dado todos los cuidados médicos, la parte sanitaria de las cosas, pero yo quería intentar explicarte lo que te ocurrió esa noche después de que dejaras el bar. Obviamente, no sabemos cuánto puedes recordar de aquello. Probablemente nada.

Se sirvió un muy necesitado vaso de agua de la jarra que había sobre la mesita. Se preguntaba para qué habrían dejado una jarra allí, si Alison no podía beber.

—Solo podemos hacer conjeturas acerca de lo que te pasó desde que saliste del bar hasta que llegaste a casa, pero no importa. Podrás decirnos dónde te encontraste con el hombre con la botella de champán cuando te quiten este ventilador y te sientas mejor, pero sabemos que entró en tu casa y que la droga que había mezclado con el champán comenzó a hacer efecto y que no había nada que pudieras hacer cuando... te puso la mano encima.

Se oyó un fuerte golpe en el pasillo. Pudo observar la reacción de Alison. Una tensión en la piel de los ojos casi imperceptible. Obviamente, los sonidos eran importantes.

Thorne tenía que hacerlo ahora. Ya estaba bien de perder el tiempo. Le había contado a muchos padres cómo habían muertos sus hijos. ¿Por qué le resultaba esto tan difícil?

—Muy bien, Alison, las cosas son así. No sobreviviste. Quiero decir... sí, por supuesto que lo hiciste, pero eso era lo que él quería.

Le dio un golpecito a un lado de la cama, desvió la mirada a las máquinas, los monitores, los tubos y volvió a centrarse en Alison.

—*Esto...* es lo que buscaba, lo que pretendía conseguir.

—Parece una locura, ya lo sé y es precisamente lo que es. No intentaba matarte. Podría haberte matado fácilmente porque, en realidad, lo que te hizo es increíblemente difícil. Lo había intentado antes y después no ha conseguido repetirlo... y otra mujer ha muerto, así que...

¿Así que *qué?* Thorne dudaba si debía haber empezado con esto. ¿Qué le diría ahora? ¿Lo afortunada que había sido?

—Así son las cosas. No voy a decirte que fuiste afortunada por no haber muerto. Eso es algo que únicamente tú puedes considerar. Pero fuiste lo suficientemente fuerte para no morir, así que, estoy seguro de que eres lo suficientemente fuerte para salir de aquí.

—No tengo ni idea de por qué lo hizo, Alison. Ojalá pudiera darte alguna razón. Podría hacer alguna conjetura, pero la jodida verdad es que no tengo la más mínima idea.

—Sin embargo, puedo decirte una cosa y, si te soy sincero, supongo que es por eso por lo que he venido. Muy pronto él mismo me dirá por qué lo hizo. Quiero que lo sepas. Muy pronto. Me mirará a los ojos y me dirá por qué lo hizo.

Le tomó la mano y la apretó.

—Y voy a meter a ese cabrón en la cárcel para el resto de su vida.

¿Seguro? Entiendo. Gracias por dejarte ver por aquí y aportar esos interesantes datos a la conversación.

Me ha hecho esto deliberadamente. Me quiere en este estado. Conectada a la máquina, totalmente jodida.

Vale...

Es difícil aceptar las noticias de otra manera que no sea sosegada cuando te encuentras en este estado. Mis reacciones tienden a parecer muy similares siempre. Al menos, desde el exterior. Puedo parecer estar muy tranquila. Cualquiera que me mirase, pensaría: Qué bien se lo ha tomado, ¿verdad?

Desde el interior, ya es otra historia.

Enfurecida. Comprendo qué significa que te hierva la sangre, porque puedo sentir cómo burbujea. Siento cómo fluye por mis venas, como lava incandescente. Porque ahora lo sé. Porque ahora estoy segura.

Más o menos me lo había estado imaginando.

Ya suponía que tenía que tratarse de algo así.

De algo asquerosamente retorcido.

He tenido mucho tiempo para pensarlo y no hace falta ser un genio para averiguar qué ocurría algo extraño.

No me convertí en su víctima por algún rasgo físico en concreto.

No había motivación sexual. Anne me lo había dicho.

Al principio, consideré que intentaba partirme el cuello, pero no me dejó ni una sola marca. Admito que es bastante fácil matar a alguien si realmente se quiere y me he estado preguntando por qué no quiso.

¿Así que conmigo le salió bien? ¿Me he convertido en el testamento vivo y casi coleando de la pericia de ese tipo?

Mientras otras mujeres murieron.

Percibo que la sangre crepita y sisea por las arterias. Mi piel comienza a humear.

Thorne parecía bastante confiado en que iba a atraparlo. Algo en su voz me indica que, el que me hizo esto, va a sentirlo mucho cuando Thorne le eche el guante. En realidad, no creo que conocer sus razones ayude a que me sienta mejor. Pero sí me ayudará saber que lo han atrapado. Thorne dijo que no sabía cuánto podía recordar. Yo tampoco.

Pero si eso sirve de ayuda para coger a este bastardo, voy a hacer un jodido esfuerzo por averiguarlo.

CAPÍTULO DIECIOCHO

3 de septiembre de 1994. Jan le abandona por primera vez.

18 de junio de 1985. Calvert...

Mientras Thorne conducía hacia Camden, durante esta tarde del martes, no tenía ni idea de que al siguiente día, el dos de octubre de 2000, sería otra fecha para añadir a la lista. Quizá el día más significativo de todos. Eran días que se esforzaría por olvidar pero que no podría evitar seguir recordándolos.

Días que forjaron su personalidad. Días muy, muy largos. Días penosos. Días que le habían enseñado mucho acerca de quién había sido hasta entonces y en quién se convertiría de ahora en adelante.

En *qué* se convertiría.

Este día, la víspera de todo, no había empezado bien y no podría hacer otra cosa que empeorar. El anillo llegó desde Edimburgo la noche antes y fue a parar directamente al laboratorio forense en Lamberth. Thorne telefoneó a primera hora a Edgware Road para que le informaran de cualquier nuevo detalle. No había nada todavía y era difícil que lo hubiera hasta el día siguiente. Todo lo que recibió a cambio por su insistencia fue otra reprimenda de Keable que comenzaba a estar muy nervioso. Jeremy Bishop había llamado para saber qué estaba pasando. James Bishop había hecho lo mismo. Así que, mientras Rebecca Bishop se mantenía en silencio, parecía como si Thorne y Holland hubieran decidido escaparse con su viaje a Bristol.

Thorne sonreía para sus adentros, mientras conducía por Regent's Park, junto a las impresionantes mansiones de diplomáticos y magnates del petróleo. Sonreía ante su bravuconería con Keable, su llamada de teléfono de farol, su actitud de «vete a la mierda» con Tughan.

Sabía que estaba en terreno seguro. Todo esto, las llamadas, las fibras de la alfombra, las visitas a la casa de Bishop, se olvidarían en cuanto Thorne consiguiera lo que estaba buscando.

Tan pronto como probara que Jeremy Bishop era un asesino múltiple.

Entonces, Keable estaría demasiado ocupado, aceptando las felicitaciones del comandante (que sonreiría a la prensa y recibiría las palmadas en la espalda de los contentísimos comisionados), como para preocuparse por algunas llamadas de madrugada. Un pequeño tirón de orejas, quizá. Un discursito acerca de la conveniencia de seguir el procedimiento, probablemente. Una advertencia acerca de sus métodos, en el peor de los casos.

En cuanto la prueba vital se obtuviese con claridad, Thorne sabría que conseguiría una confesión. Sabía que esa prueba estaba ahí fuera, a su alcance. En la casa de Jeremy Bishop, en Battersea. Solo necesitaba una orden de registro.

Thorne pasó una mañana anodina, lo que un entrenador de fútbol, como el de los Spurs, que seguía aún aferrado a su trabajo, denominaría de *juego libre*. En la práctica, esto significaba responder al teléfono, pasarle un montón de anotaciones en

trozos de papel a Nick Tughan y resistir la tentación de desplazarse al laboratorio forense para observar, por sí mismo, los resultados de las pruebas del anillo de boda de Bishop. Volver a formar parte de esta pesada máquina era bastante frustrante, pero estaba dispuesto a hacer lo que fuera necesario y esto no iba a durar demasiado.

Una vez en Camden, Thorne aparcó el coche bajo el enorme supermercado de Sainsbury, junto al canal. El aparcamiento era libre para los clientes y unas cuantas latas de cerveza sin marca le parecieron un buen negocio a cambio de aparcamiento gratuito en pleno día.

Caminó junto al antiguo edificio de la TV-am, donde se concentraba una multitud embobada de jóvenes ante la grabación de un programa para la MTV, en un pequeño estudio con el frontal de cristal, instalado en los aparcamientos. Se detuvo a observar durante unos minutos. Los presentadores, una chica y un chico, eran jóvenes y guapos y, por un segundo, pensó que se trataba de la pareja que vio unos días antes en Waterlow Park.

Se quedó observándolos un rato, ignorando las miradas de perplejidad de las quinceañeras que le rodeaban, mientras los sonrientes presentadores ponían posturas absurdas tras el cristal. Después se marchó pensando que, probablemente, sabía mucho más que ellos de la música que presentaban y se dirigió a Parkway donde debía reunirse con Hendricks.

La cafetería era barata y cutre, lo que Thorne prefería claramente a lo caro y glamuroso. Era un lugar donde, a lo largo de los años, los dos habían hablado de trabajo y fútbol mientras daban rienda suelta a su pasión compartida por la fritanga y los postres grasientos.

Cuando llegó Thorne Hendricks estaba ya allí, esperándole mientras tomaba una taza de té y con aspecto de estar algo más que descontento de volver a verle. Thorne traía noticias que sabía que animarían a ese cascarrabias. Hizo una seña para que la mujer que había tras la barra le sirviera un té y se sentó a la mesa, cogió un menú y comenzó a leerlo intentando parecer despreocupado.

—Creo que lo tenemos —Hendricks le miró, aunque sin poner mucho interés. Thorne continuó hablando—. Sé que lo tenemos y, en cuanto recojamos los resultados del examen forense, conseguiré una orden de registro y...

—Ahórrate el discurso, ¿quieres?

Thorne dejó el menú sobre la mesa. El poco apetito que tenía se desvaneció enseguida.

—¿Qué? —dijo Thorne, mirando a Hendricks. El patólogo no dejaba de agitar el té, sin apartar la vista de la cuchara—. Evidentemente, tienes algo que decirme.

Hendricks se aclaró la garganta. Lo había estado ensayando.

—¿No se te ha ocurrido, ni por un segundo, que cuando ese tiquismiquis petulante del laboratorio forense llamó a tu jefe para decirle que un patólogo había entrado allí con una bolsa de plástico, que contenía fibras de alfombra...

—Phil, iba a intentar...

—... iba a llamar también a mi jefe? ¿No se te pasó por la cabeza?

—¿Qué ha ocurrido?

—Que estoy de mierda hasta el cuello, eso ha ocurrido. Porque fui tan estúpido como para hacerte un favor y ni siquiera tuviste el detalle de coger el puto teléfono para preguntarme cómo iba todo.

—Había pensado en hacerlo, más de una vez, pero no lo hice. Lo siento, Phil, hubo otro asesinato y...

—Ya sé que lo hubo. Yo le hice la autopsia, ¿recuerdas? Y considerando cómo nos ganamos la vida los dos, no creo que un cuerpo sea una jodida excusa, ¿no te parece?

No lo era y Thorne lo sabía. Hendricks tenía todo el derecho de estar enfadado, pero intentar explicarle exactamente lo que pensaba, sentía... después del asesinato de Margaret Byrne, no habría sido nada fácil.

—Entonces, ¿qué ha ocurrido?

—El cretino del director clínico que había estado buscando cualquier excusa, pues no concuerdo con su idea de lo que debería ser un patólogo, me ha llamado la atención delante del director ejecutivo y del director de personal.

—Joder...

—Sí, joder. He recibido una amonestación verbal, por comportamiento poco profesional y siguen pensando en llevar el caso ante el jodido Consejo General Médico, así que no intentes pedirme más favores, ¿queda claro?

Thorne recibió su té con alivio, pero Hendricks aún no había acabado con él.

—Estás completamente obsesionado, ¿sabes? —Thorne intentó reírse, pero no lo consiguió—. No hablo de este caso, me refiero en general. No tienes ni puta idea de lo que pasa a tu alrededor, ¿no te parece?

Thorne le lanzó una sonrisa desafiante a la cara.

—¿Se supone que debo responder a estas preguntas o me estás aleccionando?

—Me importa una mierda, simplemente te lo estoy diciendo. Probablemente, yo sea lo más próximo que tengas a un amigo y no hablamos una mierda —Thorne comenzó a hablar, pero Hendricks le interrumpió—. Fútbol y trabajo, eso es todo. O hablamos de sexo o decimos estupideces. Jugamos al billar, nos comemos una *pizza*, nos contamos chistes y no hablamos de nada.

Thorne decidió que debía defenderse desde su esquina.

—Para un momento. ¿Y qué pasa contigo? Te hablé de Jan cuando cortamos, sé que lo hice. Nunca me confiaste nada de tu vida privada.

—¿Y de qué hubiera servido?

—Nunca me has contado una palabra de tu familia o de tus novias —Hendricks soltó una risotada. Thorne se le quedó mirando, perplejo—. ¿Qué?

—Soy gay, cabeza de chorlito. Marica, ¿entiendes?

Por razones que no pudo explicar, Thorne se ruborizó profundamente.

Medio minuto después elevó la vista por encima de su taza.

—¿Y por qué no me lo habías dicho? ¿Te preocupaba que creyese que te gustaba? Hendricks volvió a reírse pero ninguno de los dos lo encontró divertido.

—No pude decírtelo. A ti no. Todos los demás lo saben.

—¿Cómo? ¿Y por qué no decían nada?

—No en el trabajo —dijo Hendricks, elevando la voz. Thorne miró de reojo, avergonzado, a la mujer de la barra, que sonreía por nada en particular—. Me refiero a todos los que, en realidad, me importan. Mi familia, mis auténticos amigos... Dios, es bastante obvio para mucha gente. ¡Mira qué pinta tengo, por amor de Dios! Estás tan encerrado en ti mismo. No lo viste porque no te afectaba. ¡Siempre llevas puesto unos tapaojos y ya estoy hasta las narices!

Anne colgó bruscamente el teléfono y se fumó tres cigarrillos, uno detrás de otro. Ahora se sentía mareada además de furiosa. Se dirigió hacia la máquina de café de la recepción, dándole más y más vueltas a la cabeza...

Había llamado a Thorne al móvil y, aunque no tenía ni idea de dónde estaba, o de lo que hacía, era obvio que la estaba poniendo de muy mal humor.

Y se lo había traspasado a ella.

No hablaban desde el domingo. Entonces, supo que algo importante ocurría, en relación con el caso y ese sentimiento había destilado algo más, tras verle en la conferencia de prensa televisada.

Algo cercano al terror.

Sentía que algo iba a pasar. Sentía un estremecimiento como si una gran nube negra se cerniera sobre ellos. Sobre todos ellos: Thorne, Jeremy, ella misma. Levantó el auricular del teléfono, en busca de una palabra amable, de algo de ternura. Quería también proporcionarle lo mismo a él sabiendo que, probablemente, lo necesitaba.

Todo lo que consiguió a cambio fueron diatribas. Le dijo, no... le *ordenó* que se mantuviese apartada de Jeremy Bishop. Le aseguró que era por su propia protección y no es que pensara que corría daño físico. Era simplemente, lo mejor. *Lo mejor*, le dijo. Le explicó que había intentado mantener separado el asunto, para no herir sus sentimientos y evitar un posible conflicto de intereses, pero las cosas habían llegado a un punto crítico y decidió sacarlo todo a la luz.

¡Gilipolces!

Había evitado el asunto hasta que se metió bajo su falda y ahora *se acostaba* con la ley. Anne no lo aceptaba y se lo dijo con total claridad.

La máquina del café devolvía insistentemente la moneda de veinte peniques. Siguió echando la moneda, recogéndola y volviendo a introducirla, una y otra vez.

La conversación fue subiendo de tono, especialmente, cuando oyó el sonido de una lata al abrirse. En el sitio en que estuviese, estaba bebiendo. Esto, teniendo en cuenta la supuesta gravedad de lo que le estaba contando... la seriedad de la situación que pretendía que comprendiese... la sacó de sus casillas. ¿Cómo coño se atrevía?

Después, le preguntó si podía ir a su casa por la noche.

Le dio un fuerte manotazo al panel de la máquina del café...

Y fue en ese momento cuando le colgó.

Abandonando la idea del café, Anne dejó la máquina y se encaminó hacia la UVI. Tenía muchas ganas de visitar a Jeremy esta noche. No lo haría, por supuesto. Se pasaría toda la tarde con Rachel si estuviera en casa y bebería demasiado vino y vería cualquier estúpido programa en televisión, preguntándose qué haría Thorne.

Procuraría mantenerse cómoda mientras la sombra se hacía más grande.

La última vez que se encontró en esta situación, tenía la cara cubierta y su puño se aferraba con fuerza a una barra de hierro.

Hoy debía mandar un mensaje mucho más sutil. Había llamado varias veces, para asegurarse de que el piso estaría vacío, tomando la precaución de ocultar su número. Sonreía cada vez que aporreaba el 141. Era, desde luego, un truco con el que Thorne estaría muy familiarizado.

Las cosas no podían haber ido mejor. La excitación del procedimiento, el sentimiento de ira que le había invadido, se había trocado en algo distinto ahora que había admitido que nunca volvería a obtener otro éxito. Un tipo distinto de goce espoleado por un propósito muy diferente.

El goce del juego con Thorne.

Desde el principio el juego había sido parte importante. Una parte vital. Había ido de la mano con, sonreía, el trabajo de campo. Lo complementaba, arrojaba luz sobre él, lo situaba elegantemente en contexto.

Había jugado la partida extremadamente bien.

Mientras se desplazaba hacia la puerta delantera se preguntaba si Thorne, en secreto, también había disfrutado. Sospechaba que sí. Había algo en sus ojos que se lo decía.

Miró alrededor y llamó a la puerta. Cómo un hombre corriente, visitando a un amigo. ¿No hay nadie en casa? Una nota servirá para el engaño.

Se sacó la mano del bolsillo del pantalón, enfundada en un guante y, sacó el sobre del interior de la chaqueta. Así es, un tipo distinto de goce. No era como palpar el pulso de una arteria con los dedos, pero disfrutaba de su innegable delicadeza. Abrir un buzón le proporcionaba una excitación totalmente diferente de la que sentía cuando una vida ordinaria se esfumaba bajo sus expertas manos. Pero, en su propio contexto, seguía siendo una potente excitación.

El final del juego estaba cerca.

De una forma u otra, todo acabará pronto.

Estaba disfrutando mucho era casi una lástima dejar que Thorne ganara.

El aparcamiento comenzaba a vaciarse. Thorne decidió que era el momento de

marcharse. Llevaba sentado en el coche casi cuatro horas, durante las cuales, se había bebido seis latas de cerveza sin marca del supermercado.

Nunca se había sentido tan sobrio.

Después de su encuentro con Phil Hendricks, sintiéndose aturdido, había estado deambulando en dirección al coche.

Entró en el supermercado para comprar la cerveza, leyó el periódico y se sentó en el coche a escuchar la radio, a beber y a darle vueltas a lo que le había dicho su amigo. *¿Amigo? ¿Le quedaba algún amigo?*

Sabía que Hendricks estaba en lo cierto. Todo lo que le había dicho tenía sentido. Así que meditó sobre ello un buen rato, dejó que una lata de cerveza se convirtiera rápidamente en cuatro y transformó un día malo en jodidamente nefasto cuando decidió telefonar a Anne.

¿Qué había ocurrido con la cautela del día anterior? Había decidido que lo más inteligente sería evitar la confrontación hasta que el caso estuviese resuelto. Entonces, ¿por qué diablos la llamó para decirle que se apartara de Bishop?

Había algo de fanfarronería en todo este asunto. Una parte de él quería jactarse de su victoria. Se trataba de algo más que de resolver un caso y detener a un asesino. El objetivo comenzaba a transformarse en *derrotar a un asesino*. Como superar a un rival. Fue como si la llamara para decirle, «Échate a un lado, esto no va a ser agradable», demostrando autoridad.

Quería que Anne supiera lo bueno que era en su trabajo. Lo acertado de sus conjeturas.

Ella le respondió que le parecía patético. Absolutamente patético.

Lanzó el teléfono al asiento de atrás del coche, subió el volumen de la radio y se pulió las dos últimas latas.

La calle estaba oscura. El supermercado cerraría pronto. El guarda de seguridad que patrullaba el aparcamiento empezaba a echarle miradas envenenadas y a refunfuñar entre dientes.

Thorne cayó en la cuenta de que estaba muerto de hambre. Solo se había metido seis latas de cerveza en el estómago desde el desayuno. Sabía que debería dejar el coche donde estaba y dirigirse a la estación de metro. Se encontraba a una única parada de casa. Joder, solo era una caminata de diez minutos.

Thorne puso el coche en marcha, salió del aparcamiento y puso su Mondeo en dirección sur, alejándose de casa, hacia el centro.

No podía decirse que no estuviera cómoda. Esa es la palabra que suelen usar los hospitales, ¿no es cierto? Cuando llamas y preguntas por alguien. Han sido acomodados. Como si descansaran sobre colchones de plumas, mientras les dan masajes. Bueno, reconozco que estoy cómoda sobre mi colchón último modelo, en mi cama ajustable por control remoto, con mi tele y mi atril para las revistas.

Cómoda.

Lo único que me apetece hacer es gritar hasta que me duela la garganta. Quiero

gritar y chillar y, quizá sea pedir demasiado, pero también quisiera pegarle un puñetazo a alguien en la cara, tan fuerte como pueda y romper unas cuantas cosas, si es posible. Romper cosas. Espejos, objetos de cristal. Sentir la sangre en los nudillos, sentir...

¿Parezco frustrada? Pues sí, lo estoy. Frustrada. ¡FRUSTRADA. HASTA. LA. JODIDA. MÉDULA!

Hay cosas que me gustaría decir, sobre las que quisiera conversar y ahora tengo menos posibilidades de hacerlo de las que tenía hace una semana. Ahora estoy enchufada de nuevo a este jodido acordeón anticuado.

Desde que averigüé por qué estoy en este estado, desde que me dijeron que alguien lo planeó así, he intentado recordar lo que ocurrió con todas mis fuerzas. Cualquier cosa que pueda ayudar. Lo que sea que les permita atrapar a ese bastardo.

Ahora rondan por mi cabeza algunas cosas, que sé que no forman parte de un sueño, o de algo que haya podido imaginarme. No sé si serán de alguna ayuda. Para mí, seguro que sí.

Son recuerdos, que luchan por abrirse camino.

Recuerdos sobre lo que ocurrió después de la fiesta. No son tanto imágenes como palabras. En realidad, ni siquiera son palabras. Son sonidos. Escucho palabras, pero suenan como si alguien las pronunciara desde debajo del agua. Están distorsionadas y no puedo identificarlas bien pero puedo recomponer su sentido. El tono de voz.

Muy pronto sabré exactamente de qué palabras se trata.

Fueron las palabras que me dijo mientras lo hacía. El hombre que me puso aquí.

CAPÍTULO DIECINUEVE

Faltaba un cuarto de hora para medianoche y Tower Records bullía de gente. Docenas de compradores de última hora se mezclaban con aquellos que venían simplemente a escuchar música, a leer las revistas o a matar el tiempo.

El joven que había tras la caja registradora ni siquiera elevó la vista.

—Sí, ¿puedo ayudarte en algo?

—Sí, quisiera llevarme estos dos —dijo Thorne— y hay un disco de importación de Waylon Jennings que me gustaría encargar.

James Bishop enrojeció furiosamente.

—¿Qué coño quieres? Ni siquiera debería hablar contigo.

Thorne dejó tres CD sobre el mostrador, frente a Bishop y buscó su billetera en la chaqueta. Se quedó mirando a Bishop hasta que este recogió los artículos, con cara de profundo resentimiento, les quitó la etiqueta de seguridad y los registró en caja. No miró a Thorne a los ojos, sin embargo, dirigía miradas nerviosas a sus compañeros mientras tiraba los CD bruscamente en una bolsa, intentando despacharle lo antes posible.

Thorne se apoyó sobre el mostrador agitando su tarjeta de crédito.

—¿Qué ocurre? ¿No quieres que tus compañeros sepan que tienes un amigo que compra discos de Kris Kristofferson? Quería comprarme el último disco de Fatboy Slim pero los habéis vendido todos.

Bishop cogió la tarjeta de crédito la golpeó contra el mostrador y miró fijamente a Thorne.

—No eres amigo mío. ¡Solo eres un capullo!

—Supongo que no servirá de nada que te pida el descuento de la casa, ¿no?

—¡Vete a la mierda!

Thorne sacudió la cabeza, con gesto de tristeza.

—Sabía que debía haber ido a la tienda de al lado.

De repente, se acercó un dependiente con un pendiente de metal atravesado en el labio.

—¿Todo va bien, Jim?

Bishop le lanzó la bolsa a Thorne.

—Todo bien —miró por encima del hombro de Thorne a la chica que esperaba tras él—. Sí, ¿puedo ayudarte en algo?

Thorne no se movió del sitio.

—¿Cuándo termina tu turno?

La chica de atrás chasqueó los labios con impaciencia. Bishop le miró con una media sonrisa desafiante y desvió la vista a su enorme reloj.

—En quince minutos, ¿vale?

Thorne se dirigió hacia la puerta.

—Nos vemos en el *Dunkin' Donuts*. Te recomiendo el de canela, pero tú eliges.

Veinte minutos después, Thorne terminaba su segundo café y su cuarto donut cuando James Bishop apareció por la puerta y se sentó junto a él. Vestía una chaqueta roja de pana y la misma camiseta negra que llevaba en la tienda. Thorne cogió otro donut y empujó la caja hacia él. Bishop la rechazó con otro empujón.

—Contrólate —dijo Thorne. Bishop se le quedó mirando—. No he comido en todo el día. ¿Quieres un café?

Bishop sacudió la cabeza y dibujó de nuevo en su boca esa extraña sonrisa.

—Bueno, ¿de qué se trata? Quieres saber si mi padre ha perdido ya el control, ¿no? Si tus estúpidas llamadas a media noche están afectando a su trabajo costándole, quizá, la vida a alguien. Una jodida irresponsabilidad, ¿no te parece?

Thorne se le quedó mirando unos segundos, sin dejar de masticar.

—¿Lo ha hecho?

—¿Si ha hecho qué?

—Perder el control.

—Joder... —Bishop sacó del bolsillo un paquete de Marlboro. Thorne le hizo una indicación hacia la izquierda con los ojos y Bishop desvió la mirada hasta el cartel de no fumadores. Tiró el paquete sobre la mesa.

—Está cabreado por lo que estás haciendo y más cabreado aún porque estás consiguiendo salir impune. Quiero que sepas que ninguno de nosotros piensa permitir que te salgas con la tuya. Pase lo que pase, seguiremos montando jaleo hasta que vuelvas a vestir un puto uniforme.

Thorne pensó, durante uno o dos segundos, en la vida sencilla de oficial de policía: trabajo doméstico, multas, tráfico. No se la desearía ni a su peor enemigo.

—Ninguno de los cargos de que me acusáis tu padre y tú están fuera de la ley, James.

—No te escudes en la ley, es patético. Especialmente, teniendo en cuenta que no le tienes ningún respeto.

—Respeto el núcleo importante de la ley.

—Tú no eres un poli, Thorne, eres un acosador.

Thorne cogió un pañuelo y se limpió lentamente el azúcar de los labios.

—Solo hago mi trabajo, James.

Bishop se mostraba inquieto. Estaba así desde que entró. Mordiéndose las uñas a cada momento, aporreando la mesa con los dedos. En todo momento, movía nerviosamente alguna parte de su cuerpo. Taconeaba en el suelo, movía los brazos. Se mostraba ansioso. Thorne se preguntó si tendría algún problema con las drogas. No le costaría mucho creérselo. Si así fuera, estaba claro que debía ser financiado por su padre. Quizá el doctor le prescribía algo.

Otra buena razón para querer protegerle.

—Tu hermana piensa que pretendes estar muy unido a tu padre, únicamente para

poder seguir exprimiéndole.

—Es una estúpida zorra —espetó.

Thorne se quedó sorprendido pero hizo un esfuerzo para que no se le notara.

—Te ha ido muy bien con él, ¿no?

—Escucha, me regaló un coche y me ayudó con la entrada para mi apartamento, ¿vale? —Thorne se encogió de hombros—. Esto no tiene nada que ver con el dinero. Está cabreado y eso me cabrea, así de simple. Es mi padre.

—¿Así que no es capaz de ninguna perversidad? —Thorne no tenía ni idea de por qué había utilizado esa palabra. Mientras seguía preguntándose de dónde la había sacado, Bishop se quedó mirándole, como si fuera un ser recién llegado de otro planeta.

—Es mi *padre*.

—Así que lo tienes que proteger a toda costa.

—Por mucho que te pese, sí... Usas la ley como forma de venganza, solo porque atendió a una mujer a la que atacó el hombre al que buscas y porque estás liado con la mujer con la que, una vez, mantuvo una relación. Le protejo contra eso, sí.

—Mi trabajo es descubrir la verdad y si esto molesta a alguna gente, mala suerte.

Bishop respondió, en tono burlón.

—Dios, ¿te crees un tipo duro, verdad? Un poli incomprendido y vigilante. Te compararía con un dinosaurio, pero ellos tienen más cerebro —se levantó de la silla, dispuesto a marcharse.

Thorne le detuvo.

—¿Y qué tipo de poli serías tú, James? ¿Qué harías en mi lugar?

Bishop se dio la vuelta y se metió las manos en los bolsillos. Hizo una mueca torciendo unos labios igual que los de su padre. Thorne descubrió al jovencito escondido bajo la fachada de la arrogancia.

—¿Y qué pasa con la justicia? —dijo desdeñosamente—. Tenía la estúpida convicción de que era algo muy importante.

Thorne se imaginó a una chica joven en una cama cubierta con un edredón rosa pálido, atrapada en un cuerpo frágil y flácido, por falta de uso. Se imaginó una cara, con los rasgos parcialmente ensombrecidos, mirándole desde el segundo piso de una casa enorme. Seguidamente, volvió a mirar, con gesto severo, a la cara juvenil del hombre que tenía delante.

—Sí que lo es, James. Muy importante.

Thorne le siguió hasta la puerta.

—¿Te dejo en algún lado?

Bishop sacudió la cabeza y miró hacia la puerta, tras la que se divisaba la enorme masa de gente que seguía deambulando por Piccadilly Circus, en las primeras horas de la madrugada de un frío día de octubre. Sin mediar palabra se sumergió en ella, desapareciendo de inmediato.

Thorne se quedó unos segundos, observando cómo desaparecía en la distancia la

cazadora de pana roja. Después, se giró en dirección contraria y fue a buscar su coche.

Thorne se detuvo en seco cuando descubrió la silueta en la entrada y se le heló la sangre cuando empezó a moverse.

Respiró hondo, aliviado, cuando la silueta se concretó en la figura rechoncha de Dave Holland. El primer pensamiento de Thorne es que le habían herido.

—Dios, Dave... —Se acercó a él rápidamente, sujetándole por el brazo. Entonces, olió el alcohol.

Holland se puso en pie. No estaba impedido, pero estaba de camino.

—Señor, me he sentado aquí a esperarle. Ha tardado un siglo.

Hace mucho tiempo que Thorne había dejado el *whisky*, el mismo que el tabaco, pero aún podía reconocer su olor enseguida. Instintivamente, se apartó de él durante un par de segundos. Era un olor que le dominaba. Punzante y patético. El olor de la necesidad. El olor de la miseria. El olor de la *soledad*.

Francis John Calvert. *Whisky*, orina, pólvora y camiones recién lavados.

El olor de la muerte en un apartamento de alquiler un lunes por la mañana.

Holland se apoyó contra la pared, respirando trabajosamente. Thorne se metió la mano en la chaqueta de cuero, buscando las llaves.

—Vamos, Dave, pasemos dentro y tomemos un café. ¿Cómo has llegado hasta aquí?

—En taxi. He dejado el coche.

No tenía mucho sentido preguntarle dónde había dejado el coche. Lo averiguaría más tarde. La llave giró en la cerradura. Thorne abrió la cancela con el pie y comenzó a buscar la llave de la puerta de casa.

Había un sobre blanco en el pórtico, en la zona comunitaria.

Thorne la miró y pensó: Otra nota del asesino.

«¿Qué es eso?» o «¡Qué extraño!» o incluso, «Me pregunto sí...». Supo lo que era de inmediato y lo dijo. Holland se despejó casi instantáneamente.

Thorne sabía que ni el sobre, ni la nota que guardaba en su interior, servirían de mucho en un estudio forense. Estarían limpios, ni una sola huella, ni una fibra, ni un pelo. No obstante, tomó las precauciones necesarias. Holland sostuvo la carta con los dedos envueltos en papel de cocina, mientras Thorne improvisó unas pinzas con dos cuchillos, para poder sacar el papel.

El sobre no estaba cerrado. Thorne lo habría abierto con vapor de agua, de todas formas, pero el asesino no dejó nada al azar. Quería que se leyera su nota enseguida. Que la leyera Thorne.

Usó los cuchillos para estirar el papel. La nota estaba cuidadosamente mecanografiada, como las otras. Thorne sabía que era solo cuestión de tiempo que la máquina con la que se había escrito se envolviese, etiquetase y se cargara en la furgoneta del servicio forense.

Esta sería la última nota de Jeremy Bishop.

TOM.

HABÍA CONSIDERADO ALGO DISTINTO, UN MENSAJE DE CORREO ELECTRÓNICO, QUIZÁ, PERO SUPONGO QUE LA TECNOLOGÍA NO ES LO TUYO, ASÍ QUE HE RECURRIDO A LA TINTA Y AL PAPEL.

POR CIERTO, ENHORABUENA POR TU ACTUACIÓN EN EL PROGRAMA DE TELEVISIÓN, MUY INTENSO. ¿DECÍAS EN SERIO ESO DE QUE TODO ACABARÍA PRONTO O TE ESTABAS HACIENDO EL DURO FRENTE A LAS CÁMARAS? NO HAY NADA COMO LA CONFIANZA EN UNO MISMO, ¿NO ES CIERTO? ¿O INTENTAS PONERME NERVIOSO CON LA ESPERANZA DE QUE COMETA UN FALLO? TENGO UNA PREGUNTA.

HAY ALGO QUE ME GUSTARÍA SABER, ¿QUÉ SENTISTE CUANDO LA ENCONTRASTE? ¿FUISTE EL PRIMERO EN ENTRAR? ¿FUE TU PRIMERA VEZ, TOM?

ESTÁS ACOSTUMBRADO A LA SANGRE, ¿VERDAD?

BUENO, SI ESTÁS EN LO CIERTO SUPONGO QUE NOS VEREMOS MUY PRONTO.

SALUDOS.

Holland se derrumbó en el sofá. Thorne leyó la nota una segunda vez y una tercera. Su arrogancia era pasmosa. No parecía tener mucho sentido. No hacía ningún tipo de revelación o anuncio. Era solo una exhibición.

Entró en la cocina, inclinó la tetera y sirvió dos tazas de agua hirviendo. ¿Por qué había sentido Bishop la necesidad de hacerlo? ¿Por qué le acosaba con el caso de Maggie Byrne, cuando Thorne había picado el anzuelo hacía mucho tiempo?

Thorne seguía pensando mientras añadía unas cucharadas de café soluble.

Había algo retorcido en la nota que Thorne no llegaba a identificar. Algo casi forzado. Quizá, el asesino comenzaba a perder el control que ejercía sobre casi todo. Quizá, su último fracaso le había puesto en una situación extrema o también era posible que estuviera comenzando a preparar su alegato de desequilibrio mental que presentaría cuando llegara el momento.

Ese momento estaba próximo.

Agitó las bebidas. No había nada artificial en su locura. Nadie en sus cabales haría lo que había hecho este hombre. No obstante, Thorne lucharía con uñas y dientes para que nada frenase su caída.

Quería que fuese una caída muy dura.

Desde luego, habría un grupo de personas que harían presión para que recibiera tratamiento psiquiátrico, para cuidar de él. Siempre había gente así. Había mucha gente para los que la muerte violenta era un pasatiempo, o un objeto de estudio, o un chollo del que aprovecharse. Los lunáticos le escribirían pidiéndole consejo o autógrafos u ofertas de matrimonio. Los defensores de los derechos humanos. Los escritores de novelas... éxitos de ventas, antes de que los cuerpos comenzaran a descomponerse. Los directores de películas...

Y los policías que recordaban el olor de la sangre.

¿Fue tu primera vez?

Thorne entró en el salón con los cafés, pero se frenó en seco en cuanto vio a Holland sentado en el sofá con la mirada perdida en la pared de enfrente. No era la mirada perdida propia de la borrachera, el cansancio o el aburrimiento.

Thorne comenzó a sentir los latidos de su corazón.

Para empezar, no le había preguntado a Holland para qué había venido hasta su casa.

Holland se volvió hacia él.

—Hemos estado intentando localizarle.

Thorne se acordó de su teléfono, olvidado en el asiento de atrás de su coche.

—¿Qué ha ocurrido, Dave?

Holland intentó articular una respuesta y, de repente, Thorne reconoció su mirada. La había visto hacía quince años, en el fondo de los vasos, en los escaparates y en los espejos. Era la mirada de un hombre joven, que había presenciado demasiada muerte.

Holland respondió, con la voz, los ojos y el gesto ensombrecidos.

—Michael y Eileen Doyle, los padres de Helen Doyle. La vecina de la puerta de al lado ha sentido el olor.

Aparentemente, la apoplejía ha afectado solo a una pequeña parte del cerebro. A la base del tallo cerebral.

El «tronco encefálico», así se llama exactamente esta zona minúscula, ¿te lo puedes creer?

Por desgracia, resulta que esta zona controla todas las cosas. Por él pasan todas las comunicaciones. Si tu cerebro es la estación de Paddington, este punto sería como la garita de señales. Básicamente, las señales siguen apareciendo, o cambiándose o lo que sea. Cuando me apetece mover un pulgar, oler algo o hablar la instrucción sigue saliendo con normalidad. Una cosa llamada célula transmisora es la que se supone que hace que funcione: transmite la señal a la siguiente célula y después a la siguiente. Es como una versión microscópica del pásalo, directo hasta el pulgar o la nariz o donde sea. Por desgracia, en algún eslabón de la cadena, hay una célula que no está jugando bien y ahí se acaba la cadena. En términos profanos, eso es lo que me pasa.

Lo extraño es que, aunque algunas partes del cerebro estén jodidas, parece que hay otras partes que cambian, tratando de compensar. Todo lo relacionado con la percepción de sonidos. Parece que se ha desarrollado mucho. Puedo distinguir claramente entre sonidos muy parecidos. Puedo identificar a una enfermera por el sonido de sus pisadas y puedo decirte a qué distancia están las cosas. Los sonidos me proporcionan una imagen mental en la cabeza, como si me estuviera convirtiendo en un murciélago.

Eso me está ayudando a recordar.

Los sonidos de debajo del agua se aclaran cada vez más. Las palabras van tomando forma. Puedo recordar casi todo lo que hablamos, yo y el hombre que me metió en este hospital.

Fragmentos de una banda sonora.

La mayor parte es mío, desde luego, eso no me sorprende, parloteando sobre la fiesta y la boda y todo eso. Dios, sueño bastante borracha. Puedo oír cómo baja el champán por la garganta y le escucho reírse de mi estado, chistes de borrachos.

Me siento jugando con el llavero ante la puerta principal. Invitándole a pasar para terminar la botella en casa. Palabras estúpidas y sin mucho sentido. Palabras que no merece la pena recordar. Las últimas palabras que saldrían de mi boca, para siempre.

Aún sigo intentando recordar las que salieron de la suya.

CAPÍTULO VEINTE

Thorne luchaba por mantenerse despierto mientras conducía en dirección a Edgware Road. Le ayudaba el sonido que hacían las seis latas vacías, chocando entre sí sobre la alfombrilla del coche, pero debía seguir luchando. Había sido una noche muy larga y muy gris. Ni siquiera el espectáculo de ver a Holland al teléfono por la mañana, retorciéndose con cara de dolor, mientras intentaba explicarle a Sophie dónde había pasado la noche, había conseguido levantarle el ánimo.

Hablaron mucho esa noche. Holland le dijo a Thorne lo que le había ocurrido a Michael y Eileen Doyle. Lo habían hecho con pastillas. Una vecina avisó a la policía que se presentó enseguida en la casa de Windsor Road. La señora afirmaba que habían decidido irse con sus parientes después de lo que le había pasado a Helen.

Un oficial de policía los encontró en la habitación de la planta de arriba, sujetándose de las manos.

A pesar de lo que ya había bebido Holland, Thorne sacó unas cuantas latas más mientras hablaban de esto y lo otro. Padres, parejas, trabajo. A medida que la bebida y el cansancio iban surtiendo efecto, Holland comenzó a dispersarse y Thorne a divagar vagamente sobre las chicas. Sobre Christine, Susan Madeleine y Helen. No le habló de lo de sus voces. No le dijo lo extraño que le parecía no haber escuchado la voz de Maggie Byrne ni una sola vez.

Thorne se preguntaba si Holland las escuchaba. Nunca llegó a preguntárselo.

La nota descansaba en el asiento del conductor, convenientemente envuelta. Se imaginaba a sí mismo, entregándola a cambio de una orden de registro. Se escuchaba, leyéndole sus derechos a Jeremy Bishop. Se veía, llevándose al buen doctor por el camino de la entrada, entre sus macetas de terracota, llenas de flores secas y moribundas.

Al llegar al trabajo, todo eso se desmoronó.

—No pudieron sacar nada. Lo siento, Tom.

Keable tenía aspecto de estar abatido. Pero no tan abatido como Thorne. Le habían estado esperando, Keable y Tughan, para joderle la mañana en cuanto saliera del ascensor.

—Un anillo es una pieza bastante difícil para recoger ningún tipo de huella. Una superficie demasiado pequeña. Este estaba hecho un asco. Contiene docenas de huellas parciales, pero ninguna que valga realmente la pena. Incluso lo hemos enviado a Scotland Yard. Allí tienen un equipo mucho más moderno, pero...

—¿No se ha encontrado piel muerta en su interior, pelos del dedo? —Thorne trataba de sonar convincente.

Tughan sacudió la cabeza.

—El tipo con el que hablé dijo que ese anillo era la pesadilla de un forense. Por

amor de Dios, ha estado recorriendo el país, pasando por las manos de un montón de gente.

Thorne se apoyó contra las puertas del ascensor y sintió la batalla interior que mantenían su furia y su cansancio, para hacerse con el control de su cuerpo.

—¿Pudisteis, al menos, comprobar el sello de calidad? Comprobadlo y descubriréis que ese anillo se hizo el mismo año en que Bishop se casó.

Keable sacudió la cabeza, pero Tughan no estaba de humor para reírse de Thorne.

—Escucha, aunque encontráramos algo, la conexión como prueba es inexistente.

La furia ganó la batalla.

—¿Y quién cojones tiene la culpa? Esto ha sido una gran cagada, de principio a fin. Debería tener una orden de registro a estas alturas. Debería haber puesto la casa de ese bastardo patas arriba. El caso debería estar resuelto ya... ¡cerrado!

Tughan retrocedió hacia su mesa.

—Nunca pasó de ser una posibilidad remota, Tom. Todos lo sabíamos, menos tú. Además, ¿qué pensabas hacer? ¿Comprobar si entraba en el dedo de Bishop, como si fuera un jodido zapato de cristal?

Thorne aguardó a que desapareciera la risita autoindulgente del rostro de Tughan.

—¿Cómo piensas gastarte el dinero que te pagó el periódico, Nick?

Sus profundas mejillas enrojecieron de repente. Keable le miró fijamente un segundo y volvió a mirar a Thorne, decidiendo que sería mejor dejar las acusaciones para otro día.

—Escucha, Tom —dijo Keable—. Nadie está más preocupado por este hombre que yo y voy a hacer todo lo que esté en mi mano, confía en mí.

Súbitamente, Thorne sintió que le dominaba el cansancio. Le costaba mantener erguida la cabeza. Cerró los ojos, manteniéndolos cerrados unos segundos, hasta que Keable volvió a hablar.

—Ahora tenemos esta última nota. Es un suceso significativo.

—¿Otra rueda de prensa?

—Creo que sería buena idea, sí.

Thorne llamó de nuevo al ascensor. Levantar la mano y pulsar el botón fue todo un desafío. Pudo hacerse una idea del tremendo esfuerzo que suponía parpadear para Alison. Quería irse a casa. No tenía ninguna intención de quedarse allí respondiendo al teléfono.

Una pregunta final.

—¿Es Jeremy Bishop el primer sospechoso de esta investigación?

Keable dudó unos instantes antes de responder, pero el zumbido de sus oídos no le permitió oír la respuesta.

Conducía demasiado rápido por Marylebone Road. El tremendo esfuerzo que le suponía controlar el volante, mantener la concentración, le había empapado en sudor

que goteaba cada vez que se inclinaba hacia adelante casi paralizado por el agotamiento. Consumió casi toda la energía que le quedaba aporreando el volante, intentando mantener el ritmo de la música que escupían los altavoces.

Subió el volumen al máximo e hizo una mueca de dolor. Sus altavoces baratos distorsionaban el sonido, convirtiendo los tonos agudos en sonido de cristal, a punto de hacerse añicos y, los bajos en truenos. La música, si todavía podía denominarse así, hacía temblar todo el coche, pero la habría hecho sonar más fuerte si pudiera. Quería que el ruido le martillease, que le hipnotizase.

Quería sentirse anestesiado.

Giró bruscamente hacia una calle interior, cogió el teléfono y se detuvo, justo después del Madame Tusaud.

Bajó la música y marcó el número en su móvil.

Había una larga lista de turistas haciendo cola en la lluvia, esperando entrar para quedarse embobados ante las réplicas de cera de estrellas del pop, políticos, deportistas y, desde luego, de asesinos en serie: la Cámara de los Horrores era siempre la atracción más popular.

En todos sitios.

El reclamo de la muerte violenta.

Anne cogió el teléfono.

—Soy yo... siento lo de ayer.

—Muy bien... —dijo, sonando insegura, ocultando sus pensamientos.

—Escucha, Anne, todo ha cambiado, todo está jodido, si te soy sincero y quería decirte que... —*tu exnovio se ha librado del atolladero*—... la prueba en la que confiaba no se ha materializado, así que ignora lo que te dije, ¿de acuerdo?

—¿Y qué ocurre con Jeremy?

—¿Puedo verte más tarde?

—¿Sigue siendo sospechoso?

Esta vez, era el turno de Thorne de dudar un buen rato antes de responder.

—¿Puedes venir a casa más tarde?

—Escúchame, Tom, no te diré que no me agrada porque no sería sincera. Yo también siento lo de ayer.

Thorne escuchó el sonido de fondo de la megafonía, llamando a un médico. Esperó a que acabase la alocución.

—Anne...

—Estaré allí sobre las cinco. Estoy de guardia esta noche, así que saldré temprano, ¿de acuerdo?

Estaba muy de acuerdo.

Había contado con cierta dosis de ineptitud. Le había concedido cierto margen de error a sus planes, pero esto iba más allá de cualquier cosa que hubiera podido imaginar.

Jodidos cretinos. Malditos idiotas...

Sería estúpido por su parte esperar cualquier tipo de equilibrio, eso lo sabía, pero esta jodida impredecibilidad era insoportable.

En cuanto colgó el teléfono, comenzó a sentir que la depresión iba tomando su cuerpo envolviéndole como una manta oscura y rasposa.

Comenzó a andar arriba y abajo, en línea recta. De una placa del suelo a otra. Moviéndose lentamente, en sentido vertical, a través de la habitación. Subía una, sintiendo en el pie el frío de la madera descolorida y bajaba otra, acariciando con los dedos de los pies cada nudo espiral de la madera finamente pulida. Arriba y abajo, mientras acariciaba con la yema de los dedos las arrugas de la piel sobre su estómago.

Arriba y abajo, ralentizando la respiración, relajado por la blancura pálida de las paredes.

Sabía reaccionar ante los reveses. Era muy adaptable, ¿no es cierto? Champán o intravenosa. Su casa o la de ellas. Despedidas de soltera o autobuses nocturnos. Lo que fuera necesario. Este no iba a ser el final que había previsto, pero serviría. Su plan inicial, su escenario mágico perfecto, el producto resultante de su labor médica, implicaba, desde luego, algo de sufrimiento distribuido a lo largo de un amplio espacio de tiempo. Una gran dosis de sufrimiento rápido demostraría ser igual de placentero.

Cogió el teléfono para llamarla de nuevo. Le haría feliz que la llamase. Seguro que se pondría contentísima con la invitación. Tremendamente excitada ante la perspectiva de lo que podía deparar la tarde. Aunque no tan excitada como él, obviamente, pues él sí sabía exactamente cómo iba a ir la tarde.

Era el momento de entrar en acción.

El momento de encontrar una nueva forma de infligir daño.

Anne se las arregló para salir de Queen Square antes incluso de lo que pensaba, pero para cuando llegó al piso, sobre las cuatro, Thorne llevaba ya encerrado casi seis horas entre cuatro paredes.

Había intentado irse a la cama pero fue inútil. Cada músculo se retorció de sueño pero el cerebro no se daba por enterado. Había una fuerza descontrolada en su interior, una energía desbocada, que luchaba por salir. Aunque su cuerpo se sentía más cansado que nunca la mente trabajaba a un ritmo frenético. Rugía y retumbaba vertiginosamente, hasta que descarrilaba y se detenía. Entonces, comenzaba de nuevo a girar y a rugir.

Podría hacer frente a Bishop con el asunto del anillo.

Decirle que había hallado pruebas que le incriminaban.

Plantarle en la cara la puta prueba...

Conseguiría sacarle una confesión. Dios, sería fantástico sentir cómo le crujen los huesos de la cara bajo los golpes de sus puños; no parar de golpearle hasta que Bishop se debatiese entre la vida y la muerte, para que supiera qué se siente siendo

Alison Willetts.

Lo que sea necesario, Tommy.

Helen, siento mucho...

No te preocupes, Tommy. Simplemente, ocúpate de atraparlo. Aún puedes atraparlo, ¿no es cierto?

Una parte de él se imaginaba que Anne barrería todo esto de su mente con sus besos, con su sexo y que se quedaría plácidamente dormido sintiéndose revitalizado.

Eso fue prácticamente lo que sucedió.

Entró en su salón, entusiasmada como una colegiala, y provocó su primera sonrisa del día, que hizo que le doliera un poco la cara; le dijo que se tumbara y fue a preparar un par de tazas de té.

Thorne le había dicho una vez que no necesitaba una madre. En este caso, no puso ningún impedimento.

Anne trajo las bebidas a la habitación.

—Parecías algo desquiciado cuando me llamaste.

Thorne lanzó un resoplido. Cuando Anne le retiró el cojín con el que se cubría la cara, se sintió tranquilizada al ver que sonreía.

—¿Cómo estás?

—He tenido muchos altibajos últimamente, cientos de ellos.

Le dio su taza de té.

—¿Y no te ha dado por...?

Thorne sacudió la cabeza.

—Solo alcohol y tabaco. Las drogas de la clase trabajadora.

—Esas son las más peligrosas.

Thorne le dio un sorbo a su té, con la mirada perdida en el techo.

—Lo que necesito es una estancia de seis semanas en una de esas cómodas y confortables habitaciones que tenéis en la UVI. Tirado en la cama, drogado y con una médico *sexy* atenta a todas mis necesidades. ¿Está libre la habitación que hay junto a la de Alison? ¿Tiene buenas vistas? Pagaría bien, obviamente...

Anne soltó una carcajada y se sentó en el sofá.

—Te avisaré en cuanto se nos quede una libre.

—¿Qué tal está? No sabía que había vuelto a la ventilación automática —Anne le dirigió una mirada inquisitiva—. Fui a verla el otro día. Estabas en una reunión, creo.

—Lo sé. Ha estado un poco distraída, desde entonces...

Thorne ignoró la pregunta implícita.

—¿Se encuentra mejor?

Anne sacudió la cabeza, sintiéndose cansada por primera vez.

—Siempre estará expuesta a infecciones de este tipo.

Anne levantó una ceja.

—¿Qué le dijiste a Alison? —dijo, recordando la última vez, en la que encontró la

fotografía.

Thorne resopló, adoptando una mueca de autodesprecio.

—Fui para decirle que pronto arrestaríamos a Jeremy Bishop.

La cháchara duró tan poco como el té.

El silencio que se hizo entre ambos amenazaba con ser definitivo, pero Anne habló despacio, sin mirarle.

—¿Por qué pensaste que era él, Tom?

—¿Pensaste? En pasado. No para Thorne.

—Obviamente, todo comenzó con el robo de la droga. Después, la conexión con Alison y la falta de coartada para los otros asesinatos. La descripción física y el coche —suspiró profundamente, frotándose fuertemente los ojos con los dedos índice y pulgar—. Es pura teoría. No tengo pruebas, ni una orden de registro para poder conseguir las.

—¿Qué crees que encontrarías?

—Una máquina de escribir, quizá. El fármaco, probablemente. A menos que lo guarde todo en el hospital, lo cual...

Anne se puso en pie bruscamente y comenzó a caminar nerviosamente por la habitación.

—Sigues obsesionado con esos fármacos, pero no tiene sentido. ¿Por qué demonios necesitaría robar tal cantidad de droga, Tom? Jeremy trabaja con ese material cada día. Si quisiera, podría haber cogido cuanto quisiera sin levantar la más mínima sospecha. Podría haberse guardado una ampolla, o incluso dos, en el bolsillo cada día, durante seis meses y nadie se habría dado cuenta. Así que, ¿para qué atraer la atención hacia sí mismo, robando una gran cantidad de una sola vez? Cuando desaparecen fármacos en esas proporciones siempre se organizan registros. Jeremy no necesitaba hacer eso, Tom.

Y ¡boom! Ahí estaba. La melodía que había sido incapaz de situar. Eso era lo que había estado preocupándole tanto tiempo, martilleándole el cerebro, escurridizo y evasivo. Ella tenía razón, desde luego. ¿Por qué nadie se había molestado en sentarse a hablar con un jodido médico? ¿Cómo se les pudo pasar? ¿Cómo se le pudo pasar?

Muy fácil: No había querido que la solución estuviese allí.

Hendricks: *Tienes puesto los tapaojos y ya estoy hasta las narices.*

Sentía que le faltaba la respiración. Dios, todo se desmoronaba frente a él.

—Lo siento, Tom.

Cerró los ojos. Los cerró fuertemente. Sabía que no era Anne la que debía pedir disculpas. Había gente a la que él tenía que pedir disculpas.

La primera vez que le puso los ojos encima, pensó que se parecía al médico de *El Fugitivo*. Aquel médico resultó ser inocente también.

—Me temo que mezclé mis sospechas con el ansia que tenía de que fuera él.

—Sssssh... —Anne se sentó junto al sofá y le acarició el pelo.

—Se convirtió en un asunto personal. No establecí la distancia suficiente.

—Tom, ahora no importa. Nadie resultó herido.

—Estaba tan seguro, Anne. Tan seguro de que Calvert era el asesino.

Thorne sintió que la mano dejó de acariciarle. Acarició la cabeza. Intentó reírse. Había sido un lapsus.

—*Bishop*, quiero decir Bishop.

—¿Quién es Calvert?

Whisky, orina y pólvora. Y camisones recién lavados. No, joder, no...

—Tom. ¿Quién es Calvert?

Y comenzaron a fluir las lágrimas. Todo salió a la superficie, cada momento repugnante y hediondo. Por primera vez en quince años, se remontó completamente atrás. Jan nunca había tenido ni el tiempo ni el estómago suficiente para esto, pero ahora no pensaba guardarse nada. Sin luces de aviso para personas sensibles.

Thorne luchó por controlar sus sollozos.

Se lo contó todo.

CAPÍTULO VEINTIUNO

Viernes, 15 de junio de 1985 casi la hora de volverá casa.

Es uno de los grandes. El mayor desde el Destripados Quince mil entrevistas en dieciocho meses y no han conseguido nada. Los de la prensa se están volviendo chiflados, pero no *tan* chiflados, obviamente. No es que esté matando mujeres o tipos corrientes, después de todo. La medida justa de atrocidad, con una pizca de sentimiento de autosuperioridad moral y con comentarios ocasionales acerca del «riesgo inherente de elegir ese estilo de vida».

Sin motes chabacanos, aunque si a los de *the Sun* se les hubiera ocurrido lo de «Asesino de Maricas», seguro que lo habrían usado.

Simplemente «Johnny Boy».

La cuarta víctima le había dicho a un amigo que iba a encontrarse con otro amigo que se llamaba John para tomarse una copa. Eso ocurrió una o dos horas antes de que le sacaran el corazón y le cortaran los genitales. Un cartel con una aproximación de lo que podría ser la cara de Johnny Boy colgaba de todas las comisarías del país. Tiene el pelo rubio grasiento y tez amarillenta. Sus ojos son azules y muy muy fríos.

Es uno de los grandes.

El detective Thomas Thorne se apoya sobre la pared de una sala de interrogatorios, en la estación de Paddington, mirando a un hombre con el pelo rubio grasiento y ojos azules.

Francis John Calvert. Treinta y cuatro años. Albañil autónomo de la zona de Londres Norte.

—¿Podrían conseguirme un cigarro? Me muero por dar una puta calada —Calvert sonríe. Una sonrisa de ganador. Dientes perfectos.

Thorne no dice nada. Se queda mirándole hasta que vuelve el inspector Duffy.

—¿Seguro que no tengo derecho a fumarme un puñetero cigarro? —La sonrisa de estrella de cine comienza a desvanecerse.

—Cierra el pico.

De pronto, la puerta se abre y Duffy entra de nuevo. El interrogatorio continúa y Tom Thorne no vuelve a abrir la boca.

No se trata de nada fascinante. Duffy no se emplea demasiado a fondo. Después de todo, es pura rutina. Calvert está ahí únicamente por su ocupación.

Una semana antes de morir, la tercera víctima le dijo a un compañero de piso que había conocido a un hombre en un bar. El hombre le había dicho que era albañil. El compañero de piso hizo un chiste acerca de las herramientas de trabajo y el trasero de los albañiles. Siete días y un cuerpo más tarde, el chiste dejó de ser divertido, pero el compañero de piso recordó lo que le había contado su querido amigo.

Se interrogó a miles y miles de albañiles. A algunos en sus casas, a otros en su lugar de trabajo. Calvert recibió una llamada de teléfono y se acercó a Paddington para tener una charla.

Más tarde, desde luego, diría que ya había tenido alguna charla antes con la policía.

Duffy y Calvert hablan durante unos minutos. Duffy le da a Calvert su cigarro.

Quiere irse a casa.

Thorne también quiere irse a casa. Lleva casado menos de un año. Es todo oídos para las respuestas que recita Calvert.

En casa, con su mujer... tres niñas son una buena carga... le gustaría poder salir por las noches... no a ese tipo de sitios, obviamente. Otra vez esa sonrisa. Se muestra decidido a ayudar, preocupado. La esposa estará encantada de hablar con usted, si quiere. Desea que atrapen a ese chalado y que lo linchen. No importa lo que hagan esos pervertidos con su vida privada, lo que hace este asesino es repugnante.

Duffy le pasa a Calvert un breve informe para que lo firme y eso es todo. Una cruz más en la lista. Le da las gracias.

Uno de estos días tendrán mejor suerte.

Duffy se levanta y se dirige a la puerta.

—Muéstrale la salida al señor Calvert, ¿quieres, Thorne? El inspector se retira para empezar con el proceso tedioso de anotar todo. La investigación está inundada de papel. Se escuchan rumores lejanos sobre la llegada de los ordenadores que, muy pronto, simplificarán la tarea. Pero eso es todo lo que son. Rumores lejanos.

Thorne abre la puerta y Calvert pasa hacia el pasillo. Pasa por delante de otras salas de interrogatorio, con las manos en los bolsillos, silbando. Thorne le sigue. Oye el sonido lejano proveniente de una radio, probablemente del vestuario. Se trata de una de sus canciones favoritas *There Must Be An Angel*, de Eurythmics. Jan le regaló el disco la semana pasada. Se pregunta qué le habrá preparado para cenar. Quizá pueda pasarse por un establecimiento de comida rápida. Pasan entre las primeras puertas correderas y se dirigen a la izquierda, por otro pasillo que conduce hasta recepción. Calvert se detiene y espera hasta que Thorne se pone a su altura. Le sujeta la puerta.

—Apuesto a que estarán haciendo una pasta en horas extra.

Thorne no dice nada. Está deseando verle la espalda al jodido gallito. Pasan junto a otro retrato de Johnny Boy. Alguien ha añadido un bocadillo con unas palabras. Dice, «Hola, marinero». Thorne tararea la canción de Eurythmics mientras camina.

Llegan a las últimas puertas. El sargento le hace una señal de saludo con la cabeza desde el mostrador. Thorne pasa por delante de Calvert, abre las puertas y se detiene. Hasta aquí piensa llegar. Esto no es un hotel y él no es un puto botones. Calvert atraviesa las puertas, se detiene y se da la vuelta.

—Ánimo, entonces.

—Gracias por su ayuda, señor Calvert. Nos pondremos en contacto con usted si volvemos a necesitarle.

Thorne le ofrece la mano instintivamente. Mira hacia el sargento del mostrador,

que mueve los labios para comunicarle algo sobre una fiesta que están organizando para una de las secretarías que se va. Thorne siente cómo la mano, grande y callosa, toma la suya y se vuelve para mirar a Francis John Calvert.

Todo cambia.

No es el parecido con el retrato robot. Miró la foto en cuanto puso los ojos en Calvert, pero los apartó enseguida. No es el parecido, pero es la cara.

Thorne mira la cara de Calvert y, de repente, lo sabe todo.

Lo sabe.

No dura más de un segundo o dos, pero es suficiente. Puede ver lo que hay tras esos profundos ojos azules y lo que ve le llena de terror.

Ve alcohol sí y fútbol los sábados y silbidos a las chicas y una furia incandescente que no puede contenerse dentro de la cómoda conformidad de un matrimonio sin amor, sin sexo.

Ve algo profundo, oscuro y podrido. Algo fétido. Algo burbujeante de sangre, que se derrama sobre la tierra.

No puede explicarlo, pero sabe sin la menor sombra de duda, que Francis John Calvert es Johnny Boy. Sabe que el hombre que tiene frente a él, el hombre que le está dando la mano, es responsable de acechar y masacrar a media docena de homosexuales durante el último año y medio.

Thorne se queda helado, sin saber con seguridad si podrá volver a moverse. Está paralizado por el miedo. Se va a orinar en los pantalones en cualquier momento. Entonces ve lo más terrorífico de todo.

Calvert *sabe* que lo sabe.

Thorne piensa que su cara está helada, sin expresión. Muerta. Obviamente, se equivoca. Observa el cambio en la mirada de Calvert cuando encuentra sus ojos. Solo una pequeña sacudida. El matiz más insignificante.

La sonrisa que comienza a desaparecer.

De pronto, todo acaba. El apretón de manos concluye y Calvert sigue caminando por el vestíbulo hacia la puerta principal de la comisaría. Se detiene un segundo y se da la vuelta, la sonrisa ha desaparecido completamente. El sargento sigue parlotando sobre la fiesta, pero Thorne observa cómo Calvert abandona el edificio. La mirada que ha percibido en su cara es algo parecido al miedo o, quizá, al odio.

Mientras, desde la distancia, una voz aguda y dulce sigue cantando a unos ángeles imaginarios.

No se lo dice a nadie. Ni a Duffy, ni a ninguno de sus colegas u oficiales. ¿Qué podría decirles? No se lo dirá ajan, desde luego. Ella tiene la mente en otras cosas, de todas formas. Están intentando tener un niño.

Ese fin de semana, con ella en casa sabe que se muestra distante. El sábado por la tarde, mientras pasean por los alrededores de Chapel Market le pregunta si ocurre algo. Thorne no dice nada.

El domingo por la noche ella está dispuesta a hacer al amor, pero cada vez que

Thorne cierra los ojos ve a Francis Calvert, con un brazo alrededor del cuello del chico al que besa intensamente apretando su boca contra la suya. Mientras gime y entra en su joven esposa, visualiza la otra mano de Calvert, fuerte y callosa, buscando en el bolsillo su cuchillo dentado de veinte centímetros.

Mientras Jan duerme profundamente a su lado, permanece despierto toda la noche. Por la mañana, se convence de que se está comportando como un estúpido y una hora más tarde, se encuentra sentado en su coche, en una callejuela junto a Kilburn High Road. Vigilando el piso de Francis Calvert.

Lunes, 18 de junio de 1985.

Necesita volver a verle, eso es todo. Una vez que lo observe saliendo de la puerta, lo verá tal como es. Un pozo de inmundicia, seguro, pero eso es todo. Un desgraciado al que, probablemente, hayan multado por conducir sin seguro, que miente para no pagar el canon de la televisión pública y que, posiblemente, pegue a su mujer.

Pero no un asesino.

Una mirada más y Thorne se convencerá de que se ha comportado como un estúpido. Comprenderá que lo que ocurrió en ese pasillo fue una aberración. Lo quejan denominaría una caída mental.

Espera fuera durante bastante tiempo. La gente no ha comenzado aún a abandonar sus casas para dirigirse al trabajo. La furgoneta Astra blanca de Calvert sigue aparcada en la puerta.

Durante la siguiente hora se dedica a observar a la gente saliendo de sus casas. Observa cómo se abren las puertas, escupiendo hombres y mujeres, portando bolsas y maletines. Se montan en sus coches o motos, caminan deprisa hacia la parada del autobús o al metro.

La puerta de Calvert sigue cerrada a cal y canto.

Thorne permanece sentado y observa la polvorienta furgoneta blanca. Lee la inscripción en el lateral:

«F. J. CALVERT. ALBAÑIL».

Carnicero.

¡Estúpido! Está siendo un estúpido. Debería arrancar el coche y dirigirse al trabajo, reírse con algunos compañeros, ayudar a organizar la fiesta de despedida y olvidarse completamente de Francis John Calvert. Sin embargo, se sorprende a sí mismo cruzando la calle.

Se sorprende llamando a una sucia cancela verde.

Se sorprende empapado en sudor al no recibir respuesta.

En la euforia respetuosamente contenida de los días venideros, ante el hecho insólito que supone que Calvert haya sido interrogado hasta en cuatro ocasiones, ante las resignaciones, ante el escándalo nacional... habrá palabras de elogio para el detective Thomas Thorne. Un oficial joven con iniciativa que hace bien su trabajo sin

pensar en los riesgos para su integridad física.

Sin pensar.

Es como si se observase a sí mismo, comportándose como un transeúnte entrometido. No tiene ni idea de por qué está frente a la puerta, de por qué se apoya contra ella. Vuelve apresuradamente al coche y saca una porra del maletero.

La mujer de Calvert parece sorprendida de verle. Observa sus ojos bien abiertos al entrar en la cocina, con la respiración contenida y el corazón a punto de estallar. Está tirada en el suelo, con la cabeza apoyada en la sucia puerta blanca del armario que hay bajo el fregadero. El moratón que tiene en el cuello está empezando a ennegrecer. Aún sujeta en la mano una cuchara de madera.

Fue la primera en morir. Tenía que serlo. Las niñas le darán esa información.

Dense Calvert. 32 años. Estrangulada.

Thorne se mueve por el piso como un submarinista explorando los restos de un naufragio. El silencio le golpea los oídos. Sus movimientos son lentos y estilizados y, los fantasmas bucean en el agua que le rodea.

Las encuentra finalmente en la pequeña habitación situada al final del apartamento. Permanecen inmóviles en el suelo, unas junto a otras, entre las camas y un pequeño colchón.

No puede apartar la vista de los seis piecitos.

Se siente incapaz de rellenar sus pulmones, se deja caer de rodillas y gatea por el suelo. Empieza a asimilar lo que tiene ante sus ojos, pero algo en su interior se niega a procesar correctamente la información. Consigue tomar algo de aire y deja escapar un grito. Grita a los cuerpos de las niñas. Les hace una súplica. *Por favor... Llegaréis tarde al colegio.*

En realidad, les estaba suplicando que le salvaran.

Al tomar aire percibe el olor del champú en su pelo. El olor fresco de los camisones recién lavados y el de la orina que los empapa. Ve la mancha en el colchón del suelo, donde debió colocarlas a las tres. Las niñas habían sido dispuestas con los brazos cruzados sobre el pecho, en una grotesca representación de paz.

Pero no murieron en paz.

Lauren Calvert. 11 años. Samantha Calvert. 9 años. Anne-Marie Calvert. 5 años. Asfixiadas.

Tres niñas pequeñas que gritaron, lucharon, patalearon y corrieron, hasta descubrir a su madre y que siguieron gritando aún más fuerte con su madre ya muerta, en el único estado en el que puede soportar tanto horror sobre sus hijas. El hombre al que quieren y en quien confían cerró la puerta del dormitorio y comenzaron a agitarse, presas del pánico, como polillas atrapadas en un farol. Se golpearon contra las paredes, se abrazaron unas a otras y, cuando agarró a una y la tiró sobre el colchón, las otras le mordieron, arañaron y gritaron; se defendieron como

podieron, arañando con sus pequeños deditos la carne de esas manos fuertes y callosas.

Thorne tenía que creer en eso. No podía aceptar que se quedaran sonriendo a su papá, mientras les colocaba la almohada sobre la cara.

No podía aceptarlo.

Pasarían unos treinta minutos hasta que descubrió a Calvert. No tenía ni idea del tiempo que había pasado en esa pequeña habitación, intentando digerir lo que había pasado. Pensando en Jan. En el niño que ambos intentan conseguir desesperadamente.

Abre bruscamente la puerta de la salita y sus sentidos se tensan inmediatamente. Percibe el olor a *whisky*, tan fuerte que casi se ahoga en él y, el aroma penetrante de la pólvora, que hasta entonces, solo había conocido en el campo de tiro.

Descubre el cuerpo en el suelo, frente a la chimenea.

Los sesos están desparramados por el cristal que hay sobre la base de la chimenea.

Francis John Calvert. 37 años. Suicidio con arma de fuego.

Thorne se desplaza sobre la alfombra de un pálido color champiñón como un sonámbulo. Sin bajar la mirada al golpear una botella vacía de *whisky* con el pie. Sin quitar los ojos de encima a Calvert. El brazo estirado sigue aún sujetando el arma. Sus calzoncillos están marrones de la sangre coagulada. ¿Cuándo ha ocurrido esto? ¿La noche pasada o a primera hora de la mañana?

Las manos no muestran señales de dedos pequeños.

Thorne permanece junto al cuerpo, con los brazos colgando pesadamente a los lados, respirando profunda y desesperadamente. Se inclina hacia delante, sabiendo lo que está a punto de suceder, sorprendido, teniendo en cuenta que no ha desayunado nada. Siente un espasmo que le sacude rápidamente desde las tripas, al pecho y luego a la garganta y desparrama su vómito, humeante, amargo y húmedo sobre lo que queda de la cara de Francis Calvert.

—No ha sido culpa tuya, Tom. Sé que ha debido ser horrible, pero no puedes pensar que todo ha ocurrido por tu culpa.

Thorne permanecía sentado en el sofá, mirando el techo de un pálido color magnolia. Desde la distancia, se percibía el sonido desesperado de la sirena de un coche de bomberos o de una ambulancia.

Anne le cogió con fuerza de la mano, sintiéndose doctora. Pensó de repente en Alison.

—Tenías razón cuando pensaste que era una aberración. El encontrarte con ellos fue tan solo una coincidencia. Una horrible coincidencia.

Thorne no tenía más que decir. El cansancio que había sentido durante todo el día

le atenazaba y no se sentía con fuerzas para luchar más contra él. Anhelaba la paz de la inconsciencia, una oscura sombra que lo envuelva todo y que devuelva a su lugar todo lo que recordaba y describía. Que volvería a poner todo en orden.

Cerró los ojos y dejó que le invadiese.

Anne había aguantado el tipo mientras Thorne le contaba su historia, haciendo un esfuerzo por no mostrar ninguna expresión en la cara, pero ahora sentía que le invadían las lágrimas. Pensando en los pequeños pies de su propia hija.

Era fácil descubrir qué guio a este hombre. Lo que había provocado esta obsesión por saber. Deseó que, con el tiempo, los sentimientos de Thorne hacia Jeremy desaparecieran como fantasmas, como ecos distorsionados de un horror pasado. Quería que se esfumaran.

Ella estaría ahí para ayudarle.

Sintió un ligero escalofrío. La sombra seguía cerniéndose sobre ellos y su frialdad le envolvió el hombro. Descansó la cabeza sobre el pecho de Thorne que, en pocos segundos, comenzó a subir y bajar regularmente en sueños.

Las imágenes aún están borrosas, pero las palabras aparecen ahora más claras. Es como si viera una película que ya he visto antes, pero desde la última vez que la vi, la visión se ha vuelto borrosa y todo aparece muy difuso.

Estamos en la cocina. Él y yo.

Le digo que deje su bolsa por cualquier lado y yo sigo balanceando la botella de champán y preguntándole si quiere un café o una cerveza o lo que sea. Me habla muy bien del piso. Cojo una lata de cerveza que Tim se ha dejado en el frigorífico. La abre y sigo hablándole de la fiesta. Sobre los indeseables de ese club. Gente que va de coca. Él me sigue la corriente, diciéndome que ya sabe cómo son los hombres y que no puedo echarle la culpa de eso a él, ¿verdad?

La música suena durante unos segundos cuando enciendo la radio, después desaparece mientras busco una buena emisora y termino por dejarlo.

Dice que necesita hacer una llamada de teléfono y lo hace, pero no le escucho decir nada. Solo mueve los labios. Sigo balbuceando cosas, pero no puedo entender lo que digo. Solo farfullo palabras. Algo acerca de que comienzo a sentirme un poco mal, pero no me está prestando atención.

Me disculpo por estar tan mareada. Debe pensar que estoy hecha una puta pena, tirada en el suelo de la cocina, apoyada en el armario de la cocina, casi incapaz de hablar. No hay de qué, me dice y le oigo abrir su bolsa. Busca algo dentro. No hay nada malo en pasar un buen rato, me dice. Yo voy a hacerlo.

Tienes toda la puta razón, le digo, pero no es así como sale de mi boca.

Percibo el sonido de mis zapatos, chirriando contra las baldosas, mientras me arrastra hacia el otro lado de la cocina. Oigo el tintineo de mis pendientes y mi collar cuando los tira sobre un plato.

El ruido de los gruñidos viene de mí.

Sueno como si no supiera hablar. No puedo. Como un bebé. O como un anciano

sin dientes al que se le ha ido la cabeza. Intento decir algo, pero solo emito sonidos.

Me dice que me quede quieta. Me dice que no me moleste en intentarlo.

Me pone las manos encima y me describe todo lo que me hace. Diciéndome que no me preocupe y que confíe en él. Hablándome durante todo el proceso. Me dice los nombres de los músculos que va tocando.

Nombres estúpidos. Médicos.

Aguanta la respiración y permanece quieto unos instantes. Un par de minutos.

No puedo escucharme diciendo una sola palabra durante ese intervalo. Ni una palabra de queja. Solo el goteo de la baba, saliéndome de la boca y precipitándose sobre las baldosas que tengo delante.

Consigo emitir un sonido gorgojeante.

Suena también un par de gruñidos, pero el sonido comienza a desvanecerse mientras me voy escurriendo del todo.

Entonces ocurre algo importante. La última cosa que consigo oír. Cuatro palabras que suenan con un eco extraño, como si viniesen de muy lejos. Como si me las susurrara desde el otro extremo de un tubo, como cuando mi amiga decía mi nombre a través del tubo de la aspiradora, cuando éramos niñas.

Necesito contar esto, creo.

Me dice buenas noches. Hasta mañana...

Lo que dice después suena casi a bobada. Utiliza un tono dulce y encantador. Es una palabra que he vuelto a escuchar desde entonces.

Una palabra que escuché cuando me desperté y me encontré en este estado.

Una palabra que describe bastante bien lo que soy.

CAPÍTULO VEINTIDÓS

Cuando despertó Thorne ya había anochecido. Miró el reloj. Poco más tarde de las siete en punto. Había estado fuera de combate durante dos horas y media.

Aún no lo sabía, pero solo restaban dos horas para que todo acabase.

Anne se había ido. Se levantó del sillón para prepararse un café y vio la nota sobre la repisa de la chimenea.

Tom.

Espero que te encuentres mejor. Sé lo difícil que ha debido ser para ti contármelo todo.

No temas estar equivocado.

Espero que no te importe, pero voy a ver a Jeremy esta noche para decirle que todo va bien. Creo que él también merece sentirse mejor.

Llámame más tarde.

Besos. Anne.

Se preparó el café y volvió a leer la nota. Se sentía mejor y era gracias a algo más que a las dos horas de sueño. Hablar de lo sucedido hacía tantos años le había ayudado a limpiarse por dentro; a *purgarse*, quizá sonara demasiado fuerte pero considerando que su caso se había ido a la mierda, que no le quedaban amigos y que tenía todo tipo de problemas con sus superiores, podía haberse sentido bastante peor.

Tom Thorne se había resignado.

No era tanto que temiese estar equivocado. No había considerado esa posibilidad. Ahora debía hacer mucho más que considerarla. Tenía que vivir con ella.

Anne iba a ver a Bishop para decirle que estaba fuera de la escena. Era justo. En realidad, nunca había estado en la escena, a decir verdad. Solo en la cabeza, dura como la roca, de Thorne. Era el momento de afrontar la dura realidad.

Anne hacía lo correcto. Bishop merecía saber lo que ocurría. Merecía saber cómo iban las cosas.

No era el único.

Thorne cogió el teléfono y marcó el número de Anne. Quizá la pillara en casa antes de que se fuera. Rachel respondió casi al instante, casi sin respiración, molesta y con inconfundible aire de adolescente.

—Hola, Rachel, soy Tom Thorne. ¿Puedo hablar con tu madre?

—No.

—Vale...

—No está. Acaba de irse.

—Va de camino a Battersea, ¿verdad?

Su tono cambió de impaciente a algo más estridente.

—Sí. Se ha ido a decirle a Jeremy que ya no es el enemigo público número uno.

—Ya era hora, si me preguntas mi opinión.

Thorne no dijo nada. Ya se lo había dicho Anne. Ahora ya no importaba, de todas

formas.

—¿Cuánto tiempo hace que...?

—No lo sé. Antes iba a ir de compras, creo. Va a prepararle la cena.

—Escucha, Rachel...

No le dejó hablar:

—Mira, tengo que irme, voy a llegar tarde. Llámala al móvil o, más tarde, a casa de Jeremy. ¿Tienes el número?

Thorne le dijo que sí lo tenía. Entonces, cayó en la cuenta de que estaba siendo sarcástica.

Llamó al móvil de Anne, pero no consiguió hablar con ella. Quizá lo había apagado. Si estaba en el metro, habría perdido la cobertura. Después recordó que estaba de guardia y supuso que iría en su coche. Tenía el número de su busca por algún lado.

Cogió la chaqueta. Haría lo que Rachel le había sugerido y la llamaría más tarde a casa de Bishop. Esta vez no tendría que mantener oculto su número.

Tampoco era tan urgente; tan solo quería preguntarle hasta qué hora podía recibir visitas Alison Willetts.

Llevaba una de esas camisas blancas recién planchadas que sabía que a ella le gustaban tanto. Se había mirado en el espejo de cuerpo entero mientras se abrochaba lentamente los botones, observando cómo desaparecían las cicatrices bajo el algodón blanco inmaculado.

Ahora miraba el reloj mientras dirigía su coche hacia el norte, cruzando Blackfriars Bridge. Iba un poco tarde. Ella estaría allí puntual.

Era una chica muy, muy entusiasta.

La recogería, como siempre, en el exterior del *Green Man*. Era una lata atravesar todo el puente, para después tener que dar la vuelta y volver de nuevo en dirección sur, pero prefería hacer eso antes que dejarla coger el metro o el autobús. Quería tenerlo todo bajo control. Si llegase tarde o perdiera el autobús podría echar por tierra la correcta sincronización de todo.

Cuando le dijo que irían a su casa, sabía lo que ella pensaría. *Oh, Dios mío, esta noche es la noche*. Casi podía oler el torrente de estrógeno adolescente y escuchar el chirrido del engranaje de su estúpido cerebritito, intentando decidir qué perfume aplicarse entre las tetas y qué bragas le pondrían más a tono.

Bueno, sí, sería una noche para recordar, eso desde luego.

De vuelta a su casa.

Estaría un poco atestada de gente.

Thorne no necesitaba pensar en nada durante el trayecto hacia Queen Square. Ya

sabía lo que iba a decirle a Alison Willetts. Solo necesitaba relajarse un poco más para poder decírselo.

Sacó la cinta de Massive Attack y metió una de Merle Haggard.

Relajándose lo necesario para pedir disculpas.

¿Tommy?

Sí, y a ti también.

Después de dar vueltas alrededor de la plaza durante cinco minutos, maldiciendo en voz alta, aparcó el coche en segunda fila y colocó un cartel sobre el cristal delantero del Mondeo en el que podía leerse «Asunto Policial».

La mañana se estaba volviendo fría. Se arrepintió de no haber cogido una chaqueta más gruesa antes de salir. Al caminar apresuradamente hacia la entrada principal del hospital, comenzó a sentir las primeras gotas de lluvia y recordó cuando, dos meses antes, hizo el mismo recorrido en sentido contrario. Parecía que había pasado una eternidad, desde aquel día en que vio a Alison Willetts por primera vez. Había llegado corriendo al coche, bajo la lluvia y encontró aquella nota. Había empezado a comprender la naturaleza del hombre con el que trataba.

Hoy, en el mismo punto, con la lluvia incipiente, Thorne estaba aceptando el hecho de que aún no tenía ni idea de quién era ese hombre.

Eran casi las ocho. La hora en que hasta más tarde había permanecido Thorne en el hospital. Parecía un sitio diferente después del atardecer. Sus pasos resonaban en el mármol centenario, mientras atravesaba la parte más antigua del edificio, en dirección al ala Chandler. Había poca gente en los pasillos y aquellos con los que se cruzaba le observaban detenidamente. Parecía que estudiaban su cara. Nunca había sido consciente de tal escrutinio durante el día.

Desde la distancia, creía oír algo que sonaba como un gemido apagado. Se detuvo a escuchar, pero el sonido no volvió a oírse.

Incluso la parte más moderna del hospital parecía más fantasmagórica. Las luces que brillaban sobre el suelo de madera del área de recepción de la UVI se habían atenuado. Los únicos sonidos perceptibles eran los rumores de conversaciones lejanas y el ligero zumbido de alguna maquinaria distante; quizá para limpiar las moquetas, quizá para mantener a alguien con vida.

Miró la hilera de teléfonos públicos en recepción. Volvería a llamar a Anne en cuanto hubiera visto a Alison. Se había olvidado de traer el móvil.

Al salir del ascensor vio a una mujer tras el mostrador de cristal de la oficina de recepción. Le saludó y reconoció a la secretaria de Anne. No recordaba su nombre. Thorne señaló hacia las puertas y ella sacudió la cabeza, indicándole que entrase. Recordaba el código de tres dígitos que abría las pesadas puertas de madera y las cruzó para internarse en la Unidad de Vigilancia Intensiva.

Le dijo a la enfermera de guardia hacia dónde se dirigía y siguió camino hacia la habitación de Alison. Al pasar junto a las demás habitaciones cayó en la cuenta de que no sabía nada de los demás pacientes. Nunca había hablado con Anne de sus otros pacientes. Suponía que ninguno de ellos estaría sufriendo en la misma medida que Alison, pero que todos habían visto cómo cambiaba su vida en unos pocos segundos.

El tiempo que tarda un cerebro en sufrir un cortocircuito.

Se quedó escuchando ante la puerta de la habitación frente a la de Alison. Percibió, desde el interior, el mismo zumbido revelador de la maquinaria, como el tenue palpar de la colmena adormecida, que se despereza y vuelve lentamente a la vida después del largo invierno. La persona que ocupara esa habitación, estaría allí a causa de un accidente. Esa era la diferencia fundamental.

Thorne se dio la vuelta y se dirigió hacia la habitación de Alison. Golpeó suavemente la puerta con los nudillos y se dispuso a girar el picaporte.

Gritó sobresaltado cuando la puerta se abrió bruscamente desde el interior y David Higgins le empujó hacia el pasillo.

—No está aquí —dijo Higgins, con el gesto crispado.

—¿Cómo? —Thorne intentó apartarlo de su camino para entrar en la habitación.

—No ha tenido suerte, Thorne. Lo siento.

Thorne le miró a los ojos, sin entender nada. Higgins comenzó a elevar el tono de voz.

—Mi jodida esposa. Mi jodida esposa a la que se está tirando. Ella. No está. Aquí. Thorne podía saborear el coraje holandés.

—No he venido a ver a Anne. Apártese.

—Desde luego. Que se divierta.

Higgins se apartó un paso hacia la izquierda, pero Thorne permaneció inmóvil, mirándole a los ojos con frialdad.

—¿Y eso qué quiere decir? —dijo, sabiendo exactamente lo que quería decir, pero queriendo escucharlo de su boca.

—Bueno, en ausencia de la dulce Anne que, de todas formas, tampoco lo disfruta demasiado, también podría sacar tajada de alguien que no tiene mucho que decir del asunto. Como una muñeca hinchable con pulso.

Thorne siempre había pensado que las acusaciones sobre su relación con Alison eran un poco burdas para el asesino. No estaban a su altura. Ahora sabía quién era el responsable. La motivación estaba clara, pero Thorne preguntó de todos modos.

—¿Por qué?

Higgins tragó saliva y se enjugó los labios.

—¿Por qué no?

Thorne contrajo el brazo y lo soltó con rapidez, lanzando la mano abierta. Un manotazo parecía más apropiado. Higgins no era lo suficientemente hombre como para un puñetazo.

La mano abierta golpeó a Higgins en la mandíbula y la oreja, mandándolo directamente al pulido suelo. Permaneció quieto unos instantes, gimoteando como un niño.

Sin mirarle, Thorne pasó por encima de él y entró en la habitación de Alison Willetts.

En cuanto la miró, esta comenzó a pestañear. Una, dos, tres veces. Thorne supuso que había oído el ruido de fuera y estaba inquieta. Quizá debería llamar a una enfermera. Además, ¿qué estaría haciendo Higgins en la habitación? Probablemente, buscando a Anne, pero ¿no podía haber preguntado por ella en recepción?

La mente de Thorne trabajaba deprisa. Necesitaba calmarse si quería ser capaz de decir lo que había venido a decir.

Alison seguía pestañeando. Un pestañeo cada tres o cuatro segundos.

—Tranquilízate, Alison. Intentaré ser lo más breve posible. Es referente a lo que te dije el otro día, con relación a estar muy cerca de él, del que te hizo esto...

Seguía pestañeando.

Joder, por amor de Dios, cierra la boca y escucha. Coge la pizarra...

—¿Qué ocurre? Sus ojos se posaron sobre la pizarra, todavía apoyada sobre la pared y cubierta por una sábana. Volvió a mirar a Alison. Un pestañeo. Sí.

¡Sí!

Cruzó la habitación, retiró la sábana y arrastró la pizarra hasta el pie de la cama.

Tenía una cierta noción de cómo funcionaba el sistema. Se apresuró a apagar la luz y usó el control remoto para incorporar la cama de Alison, hasta que se encontró casi sentada. Cogió el puntero, lo conectó y puso el pequeño punto rojo del láser sobre la primera letra: E.

Comenzó a mover lentamente el puntero por las letras.

Nada.

Comenzó a ir más rápido, estudiando su cara, atento a la más mínima reacción.

Vamos... vamos...

De pronto, un pestañeo. Thorne se detuvo.

—¿D? ¿Ha sido una D, Alison?

¡Sí, joder!, ¡claro que sí! Vamos, aprisa.

Mover. Esperar. Observar. Mover. Esperar. Observar. Mover...

Otro pestañeo. Thorne sudaba copiosamente. Se quitó la chaqueta.

—O, ¿verdad? Bien, tenemos D y O. Sigamos.

De vuelta a empezar y... un pestañeo. No, dos pestañeos.

—¿Estás diciendo que no es la S, Alison?

No, joder, no estoy diciendo un puto «no». Dos pestañeos seguidos generalmente

significan «no», pero cuando hacemos esto, significa «la anterior». ¿No te ha hablado Anne de todo esto?

—¿O te refieres a la R? ¿Es eso? De acuerdo. D, O, R, ¿M?... ¿Dormir? ¿Quieres dormir, Alison?

Joder, joder, joder...

Dos pestañeos fuertes. Uno, dos.

No, no quiero. ¿Tienes alguna idea de lo duro que me resulta esto?

Thorne volvió a levantar el puntero. Señalar. Parar. Mirar. Señalar. Parar. Mirar. Señalar. Parar... Un pestañeo. Sin lugar a dudas. Una clarísima I.

—¿Tienes sueño? Lo siento, Alison, puedo volver en otro momento, cuando...

Alison comenzó a pestañear mucho más rápido. Repetidamente.

¿Tengo pinta de tener sueño? ¿La tengo? Vamos, Thorne, tienes que estar más listo...

El sudor le empapaba la camisa. Estaba cada vez más liado. Un intento más y saldría a buscar a alguien. Volvió a usar el puntero. Y Alison pestañeaba. Y volvía a pestañear.

—Una L. Una O. Una N. Otra A.

La palabra se hizo obvia.

Un escalofrío se extendió por el estómago de Thorne.

Como en un archivo de memoria, una cadena de sonidos se hizo audible en su cabeza. Algo presionó el botón *Play* y encendió la mecha. La carga fue prendiendo en sus tripas y las explosiones resonaron en sus oídos, despidiendo chispas verdes, rojas y doradas que danzaban tras sus ojos, mientras apretaba la mano de Alison con fuerza.

Se metió las manos en los bolsillos y buscó monedas para el teléfono.

Salió apresuradamente de la habitación.

—¿Bishop? Soy Thorne...

—¿Qué? —dijo, cansado y asustado.

—Ya sé lo que le dijiste. Sé lo que le dijiste a Alison antes de que le provocaras la apoplejía. Lo mismo que les dijiste a las demás.

—¿De qué estás hablando?

—«Hasta mañana, dormilona». Lo mismo que me dijiste cuando me anestesiaste para mi operación de hernia del año pasado.

Su lengua se hace cada vez más pesada en la boca, su voz se debilita mientras cuenta atrás desde veinte, preguntándose si le dolerá cuando se despierte y contempla la cara sonriente del anestesista, inclinada sobre la suya. Murmurando...

—¿A qué viene todo esto, Thorne? Espero una visita.

—Es lo mismo que me dijiste a mí, Bishop. «Hasta mañanita, dormilón».

—Mira, si eso te sirve de ayuda, sí, es algo que digo a los pacientes a veces, cuando se van quedando dormidos y les digo: «Despierta, dormilón», cuando están volviendo en sí. Es un estúpido juego de palabras. Una superstición. Por amor de Dios, solía decírselo a mis niños cuando los llevaba a la cama por las noches. ¿Te sirve esto de ayuda, Thorne? ¿Te sirve?

—Estaba a punto de dejarlo pasar, ¿sabías? Estabas a punto de escapar. Pensé que estaba equivocado, pero no lo estaba, ¿no es cierto? Ahora estoy convencido.

—Necesitas ayuda, Thorne. Ayuda profesional sería...

—Tú eres el que necesita ayuda, Jeremy. Voy a por ti. Voy a por ti, ahora.

Joder... joder... joder...

Pensé que nunca lo adivinaría.

Creí que sería importante, porque lo escuché cuando me desperté y mientras me lo estaba haciendo.

La misma palabra.

Pensé que, probablemente, sería algo significativo; así que, en cuanto oí entrar a Thorne, sabía que debía intentar decírselo, pero no me esperaba que saliera pitando de aquí de esa manera.

Se fue cagando leches, como diría mi viejo.

Obviamente, seguía bastante excitado después de golpear a la antigua pareja de Anne.

Como una muñeca hinchable con pulso. Valiente hijo de puta. Ojalá Thorne le haya hecho tragar los dientes a ese cabrón.

Así que debe haber sido aquel médico que me atendió. El anestesista que vino aquí un par de veces con Anne es el puto Charlie Champán. Su propio amigo. El de la foto que trajo Thorne. Parece evidente que siempre lo ha estado sospechando.

¿Cómo puede un médico hacer esto?

Joder, pensé que iba a durar toda la vida. Es la vez en la que mejor lo he hecho. Anne habría estado superorgullosa de mí, estoy convencida. He estado de primera.

¡Un pestañeo por Inglaterra! Sabía que sería capaz de hacerlo, ¿no os parece?

Aunque ha sido muy duro.

Ahora sí que me siento una dormilona...

CAPÍTULO VEINTITRÉS

Dave Holland miraba la película que había alquilado Sophie, sin enterarse ni de una palabra. Se sirvió varios trozos de lasaña, aunque no tenía demasiada hambre.

Pensaba en Tom Thorne.

No había estado presente cuando Thorne entró apresuradamente en la oficina de Edgware Road. Todavía intentaba reponerse después de la noche anterior, en la que había bebido demasiado, intentando olvidarse de los padres de Helen Doyle. Habían tenido una mala noche, Thorne y él. Aunque estaba muy borracho y había estado dormido casi todo el tiempo, recordaba casi todo lo que Thorne le había dicho. Echado sobre el sofá, a altas horas de la noche, con los ojos cerrados y un dolor punzante en la cabeza, mientras Thorne hablaba de sangre y voces. Cosas que Dave Holland tardaría mucho tiempo en olvidar.

Ahora, nadie parecía saber dónde estaba Thorne o, incluso, si alguna vez volvería o no.

Aquellos que habían estado allí esta mañana y habían presenciado el estado en que se encontraba el inspector al salir del ascensor, *estupefacto*, según habían dicho algunos, se mostraban impacientes por contar los detalles en cuanto Holland puso un pie en la oficina.

—Esto te va a encantar... —le decían, sarcásticamente.

Parecía que una línea de investigación, abierta personalmente por el inspector Thorne, había sido desacreditada oficialmente.

Parecía que le habían puesto definitivamente en su sitio.

Holland se volvió silenciosamente a su puesto de trabajo. Comprobando el móvil cada media hora por si había recibido algún mensaje.

De repente, se dio cuenta de que la imagen de la televisión se había congelado. Se había quedado en pausa. Se giró para ver a Sophie, que le estaba diciendo algo mientras sujetaba el mando a distancia en la mano. ¿Para qué se había molestado en ir hasta el videoclub? ¿O en hacer la cena? ¿O para qué se preocupaba en intentar hablar con él?

Se disculpó con ella y le dijo que aún se sentía un poco aturdido, como consecuencia de su sesión intensiva de bebida con sus colegas de la noche anterior. Sophie cargó contra él, aunque secretamente no le dio demasiada importancia. No le importaba que saliera por la noche a tomar cerveza con los muchachos. Siempre que no se convirtiera en un hábito y supiera exactamente cuál era su sitio.

Siempre que no decidiera que su sitio estaba junto a ese perdedor de Thorne.

Anne estaba molesta. Llevaba en la mano una bolsa de la compra llena, con todo lo necesario para la cena que pensaba preparar para Jeremy. Estaba lloviendo a mares y no encontraba ningún aparcamiento libre en su calle. Finalmente, encontró un

huevo junto a una esquina y salió corriendo del coche, esforzándose por evitar los charcos.

Se quedó muy sorprendida cuando lo vio sentado en el coche, en la puerta de su casa.

Golpeó varias veces el cristal de la ventanilla con los nudillos y se rio cuando este se sobresaltó. La luna eléctrica del Volvo se bajó y Anne se inclinó sobre ella.

—¿Qué haces sentado aquí?

—Pensando en muchas cosas. Esperándote —la lluvia se colaba por la ventanilla y le golpeaba la cara.

Anne hizo una mueca de confusión.

—Estarías mucho más cómodo en casa —no le respondió nada y se quedó inmóvil, con la mirada perdida en el parabrisas, empapado de agua de lluvia. Anne cerró fuertemente las bolsas de plástico con la compra. Comenzaba a llover con fuerza—. ¿Vamos dentro?

—¿Quieres entrar un momento antes? Por favor, Anne, necesito hablarte de algo. Solo un momento.

Anne quería entrar en la casa. Estaba empapada y tenía mucho frío. Le apetecía tomarse un té o, mejor aún, un buen vaso de vino antes de prepararse para la cena. Sin embargo, Jeremy parecía estar muy preocupado. Así que se apresuró a rodear el coche y se metió en el asiento del conductor dejando la bolsa a sus pies.

Dentro del coche se estaba mucho más cómodo y cálido: era evidente que la calefacción llevaba conectada un buen rato. No la miró al entrar. Anne comenzó a pensar que algo grave había ocurrido.

—¿Va todo bien? ¿Ha ocurrido algo?

No le respondió, así que comenzó a mirar instintivamente a su alrededor. ¿Hallaría la respuesta a lo que ocurría en el coche? Había algo en el asiento trasero, cubierto con una manta de viaje de tela escocesa.

Entonces, le miró.

—¿Qué diablos...?

Supo instintivamente que no recibiría respuesta alguna y, con un gruñido de esfuerzo, se levantó de su asiento y tiró de la manta del asiento trasero.

Sus labios dejaron escapar un grito entrecortado.

Ni siquiera sintió el dolor punzante de la aguja que se introdujo bajo su brazo.

Thorne procuró mantenerse en calma. La lluvia había ralentizado el tráfico y había tardado unos desesperantes veinte minutos en recorrer la distancia entre Queen Square y Waterloo Bridge. Ahora parecía que había remitido un poco y el Mondeo ponía a prueba cada radar de velocidad con que se cruzaba en su trayecto hacia el sur, rumbo a Battersea.

El reloj del salpicadero marcaba las nueve menos cuarto y, a través de los

maltrechos altavoces del coche, Merle Haggard se quejaba del estado en que le había dejado la botella mientras el coche circulaba velozmente junto al hospital St. Thomas.

Pensaba en el patólogo cuyo poder de observación y sentido de la *curiosidad* había hecho que todo comenzara, hace meses. Debía estar trabajando en estos momentos de la noche, en una de esas oficinas intensamente iluminadas, uno de esos cuadrados de un blanco brillante que veía Thorne, mientras conducía a gran velocidad. Comenzaría a sentirse cansado, probablemente, mientras seguía mirando a través del microscopio, sintiendo el pulso de la excitación cada vez que descubría alguna inconsistencia, algún detalle curioso que pudiera alterar la vida de cientos de personas para siempre.

No sabía a ciencia cierta qué haría el día que se encontrase con ese hombre: si le daría las gracias o le escupiría en la cara. Lo único que tenía claro era que, sin su concurso, ahora no estaría a punto de enfrentarse con un asesino. No tenía ni idea de lo que iba a pasar entre Bishop y él. Se enfrentarían, sí, ¿y qué más? ¿Le arrestaría? ¿Le intimidaría? ¿Le haría daño?

Lo sabría cuando llegase allí.

Pisó bruscamente los frenos, demasiado tarde y demasiado fuerte, al aproximarse a los enormes semáforos de Vauxhall Bridge. El coche patinó ligeramente antes de detenerse, atrayendo la atención de los moradores de los semáforos. Los limpiacristales que trabajaban a cambio de unas monedas y los raterillos menores se habían visto extrañamente reemplazados por todo tipo de animadores callejeros. Uno de ellos, que llevaba un enorme sombrero multicolor de bufón y lanzaba al aire tres bolas de colores, se acercó a Thorne, caminando entre la lluvia, con una amplia sonrisa.

El malabarista miró a Thorne a la cara y se retiró rápidamente, dejando caer las bolas mientras se iba. La luz del semáforo, reflejada en los charcos de agua y aceite, cambió de rojo a verde y el Mondeo reinició la marcha.

Los semáforos se pusieron de su parte durante Nine Elms Lane y Battersea Park. Giró hacia la izquierda, con la luz en ámbar, a la altura del *pub* Latchmere y pisó el acelerador de camino a Lavender Hill. Pocos minutos más tarde llegaba a la tranquila calle de Jeremy Bishop.

Apagó la música y respiró profundamente. Había coches aparcados a ambos lados de la calle y Thorne aminoró sensiblemente la velocidad, buscando un aparcamiento libre. La lluvia arreciaba ahora, de manera que, incluso con el limpiaparabrisas a velocidad máxima, tenía que inclinarse hacia delante y pegar la cara al cristal para poder ver la calle.

De repente, a unos cincuenta metros, unas luces se encendieron y un gran coche negro se puso en marcha y aceleró. El primer pensamiento que le asaltó es que ya había encontrado aparcamiento, pero un segundo más tarde, cayó en la cuenta de que se encontraba en problemas. El coche avanzó velozmente hacia él en dirección contraria. Protegiéndose los ojos con una mano y cerrándolos un segundo antes del

inminente impacto, dio un volantazo hacia la derecha y consiguió esquivar al coche, que pasó por un espacio casi inexistente, a su izquierda.

Un coche en cuyo asiento del pasajero se encontraba Anne Coburn.

Thorne pisó el freno con fuerza y observó el Volvo desde su retrovisor, deteniéndose al final de la calle y girando hacia la izquierda, en dirección oeste.

Podía estar equivocado, pero pensó que ni Bishop ni ella le habían reconocido. Ambos miraban hacia delante. ¿Qué estarían haciendo? No tenía sitio para dar la vuelta con rapidez. Sin pensárselo dos veces, puso la palanca de cambio en marcha atrás y pisó el acelerador.

Durante unos pocos minutos, mientras cruzaba la parte norte de Clapham Common, Thorne se sentía satisfecho de poder circular dos o tres coches por detrás del Volvo, mirando sus llamativas luces de frenos, siguiéndole de cerca. Ahora estaba convencido de que Bishop no sabía que le seguían. Thorne quería que siguiera pensándolo y se contentó con mantener una velocidad moderada. Dejándolo que llegase al lugar al que se propusiera ir. Siguiendo el procedimiento ordinario, por una puta vez en su vida. Manteniendo la distancia de seguridad, pensó.

Manteniéndose *relajado*. Mientras esta palabra tomaba forma en su mente, el coche que tenía enfrente giró hacia la derecha, permitiendo una vista clara del cristal trasero del Volvo.

Algo parecía ir muy mal.

Enseguida se dio cuenta de qué se trataba. Ya no podía ver a Anne.

Estaba convencido de que el coche no se había detenido en ningún momento. Estaba allí hacía un par de minutos, con la cabeza apoyada sobre la ventana. Solo había una explicación.

Tenía que estar inconsciente.

Los acontecimientos comenzaron a sucederse a un ritmo frenético. Otro coche se interponía entre el Volvo y el suyo. Intentó adelantarlo al girar hacia Clapham Park Road y el Volvo aceleró bruscamente cuando intentaba mirar en su interior. Parecía como si, después de todo, Bishop sí supiera que estaba allí.

Thorne nunca había sido demasiado bueno en esto. Había participado en muchas persecuciones, pero nunca había estado al volante. Conducir a setenta y cinco kilómetros por hora en medio de una avenida abarrotada de tráfico a las nueve de la noche bajo una fuerte lluvia... era para cagarse de miedo.

¿Por qué querría Bishop hacer daño a Anne? ¿Por qué ahora? Thorne sabía que debía pedir refuerzos. No llevaba radio en el coche. Se había dejado el móvil en el apartamento. Pensó en detener el coche y buscar una cabina. Pero para cuando un coche patrulla interceptara el coche de Bishop podría ser demasiado tarde. Tenía que mantenerse tras ellos.

A más de ochenta kilómetros por hora por Acre Lane. Cegado por las luces antiniebla traseras del Volvo. Envuelto por el ruido ensordecedor de las bocinas de los demás coches.

Sin apartar los ojos del Volvo ni un solo segundo, Thorne introdujo un casete en la ranura y subió el volumen. Cambió un tipo de música por otro. Canciones reemplazadas por sonidos. Melodía suplida por un ritmo que parecía emanar instantáneamente del interior de su cabeza. El ruido palpitante se tornaba en tenue zumbido, que penetraba en su cráneo como la banda sonora de un videojuego de carreras.

Centrando la atención. El volante vibra bajo sus dedos. El coche de enfrente: su objetivo. Calle abajo, a toda velocidad, hacia las luces del cine. Los peatones chillan ante el rechinar de las ruedas, al girar a la izquierda a demasiada velocidad, hacia Brixton Road.

De repente, Thorne entiende adonde se dirigen.

Brixton. SW2. Recuerda la dirección de una página de su libreta. La página con el encabezado «Niños». Thorne nunca ha visitado esa dirección, pero ¿para qué diablos habría de hacerlo?

Thorne sabe ahora que, incluso con una orden de registro, no habría encontrado nada en la casa de Battersea. Ahora se dirigen al lugar de trabajo de Bishop. Al mismo sitio donde habría traído a Helen y Leonie. Un lugar para el que tendría una llave. Un lugar cuya renta ayudaba a pagar. Un sitio que, casi con toda seguridad, estaría vacío a altas horas de la noche, si su ocupante se encontraba trabajando. Muy fácil de averiguar con una simple llamada de teléfono.

El ritmo y la velocidad se incrementaban mientras la lluvia azotaba el parabrisas con fuerza. Las manos de Thorne se aferran al volante, guiadas únicamente por las dos luces rojas que le preceden. Sus ojos se mantienen fijos en esas dos luces que centellean ante el frenazo repentino del Volvo, como los ojos de algún lustroso y tétrico monstruo que ruge y se separa rápidamente de él al saltarse los semáforos y que no le deja otra opción que obrar de la misma forma.

Mira de soslayo las luces azules y rojas del coche de la patrulla de tráfico que se sitúa a su izquierda y las del otro coche que se sitúa frente a él, a unos mil metros.

Es lo último que necesita en este momento. Un par de jodidas ratas negras trabajando conjuntamente.

Thorne aminora la marcha, golpeando el volante con los puños, mientras observa frente a él los ojos del tétrico monstruo, haciéndose más y más pequeños.

Cuando el agente, una bola de grasa con la cara picada por la viruela y bigote de morsa, se acercó lentamente a la puerta del pasajero del Mondeo, lo primero que vio fue la identificación de Thorne apoyada contra el cristal. Lo primero que este vio al retirarla fue la mirada de suficiencia que dedicó el agente a su compañero del coche de patrulla: Mira lo que *tenemos* aquí.

Thorne respiró profundamente. Esto iba a ser interesante.

El *cara de morsa* hizo un movimiento circular con el dedo índice. *Abajo la*

ventanilla. Thorne contó hasta tres y bajó la ventanilla, como un buen chico.

—Inspector Thorne. Brigada Criminal Oeste —no hubo reacción alguna. A decir verdad, Thorne no se esperaba un saludo cortés y un «siga su camino, señor», ni mucho menos. Esto iba a ser bastante más complicado.

Resentimientos que venían de antiguo. Policías de uniforme y policías de paisano. *Cualquier otro* y la Policía de Tráfico.

—A ochenta por hora, saltándose un semáforo en rojo, en mitad de la lluvia. No parece una forma inteligente de conducir, ¿no le parece? —dijo, forzando el acento lo máximo posible para parecer sarcástico.

—Estoy persiguiendo a un sospechoso —dijo serenamente Thorne. El agente se giró para ver cómo desaparecía el coche en la distancia y sonrió, mientras la lluvia resbalaba por la visera de su gorra. Thorne intentó mantener la calma—. *Estaba persiguiendo a un sospechoso.*

—*Estaba* conduciendo como un chiflado.

Thorne salió del coche, a punto de perder el control.

—¿Es así como tratan normalmente a la gente?

Otra sonrisa maliciosa, otra mirada a su compañero del coche.

—Usted no es parte de *la gente*, ¿me equivoco?

Thorne se puso en pie, mirando hacia el frente, sintiendo las gotas de lluvia sobre la espalda de la chaqueta. Volvió a recordar la primera nota del asesino. Pensó en Anne tirada sobre asientos de piel, incapaz de moverse. Probablemente, Bishop estaría escuchando música clásica... Joder, seguro que ya habrían llegado allí.

Joder, joder, joder...

—¿Ha estado bebiendo, señor?

—¿Cómo? —empezaba a sentirse al límite.

—Es una pregunta bastante simple. Los cabrones como tú piensan que están por encima de la ley.

Thorne le agarró de la chaqueta, lo empujó bruscamente y lo tiró contra el coche, haciéndole perder la gorra, que cayó en el desagüe de la calle. Thorne vio de soslayo al compañero, que salía apresuradamente del coche de patrulla. Sin volverse a mirar, le chilló en mitad de la lluvia.

—Soy inspector de policía, ahora vuelve a meterte en el puto coche.

El compañero de la morsa hizo lo que le mandaron. Thorne volvió a centrar su atención en el primer agente, inclinándose hacia él. Con la lluvia palpitando fuertemente sobre los dos. Cara a cara, a un lado de la calle. Los coches que pasaban tocaban el claxon para mostrar su aprobación. A los conductores de Brixton les agradaba ver que un poli recibía su merecido de un conductor inocente.

Thorne elevó la voz lo suficiente para que se le entendiese perfectamente entre el sonido de la lluvia, que resbalaba por el impermeable reflectante del agente.

—Escúchame, sebosa bola de grasa, me voy a meter en el coche y voy a largarme de aquí y, si veo que levantas una sola pestaña, vas a estar meando sangre durante una

semana. Eso ha sido una advertencia. Lo siguiente es una orden. ¿Entiendes lo que te digo?

El cara de morsa asintió con la cabeza. Thorne aflojó la presión sobre la chaqueta, pero solo un poco.

—Y esto es una orden, ¿entiendes? Métete en el coche ahora mismo y conecta la radio. Quiero que contactes con un compañero de la operación Backhand, en Edgware Road. Pregunta por el detective Dave Holland.

En mis sueños aparezco corriendo.

No estoy en ningún paraje impresionante. No atravieso ningún campo de maíz, ni corro por una playa, junto al rompeolas, ni siento el fragor de la tempestad. No corro al encuentro de nadie. No veo a nadie en la distancia con los brazos abiertos ansioso por besarme. A ningún soldado que vuelve de la batalla o a una estrella del cine. Ni a Tim. Estoy solo yo.

Corriendo.

Es muy curioso, porque siempre he odiado correr. He hecho siempre todo lo posible para evitarlo. Tengo piernas flacuchas y rodillas de cristal. Nunca he servido para ningún tipo de deporte y estoy totalmente fuera de forma.

Corro a por el autobús si no tengo más remedio, pero ese es mi límite y seguro que me deja destrozada para el resto del día. Pero aquí estoy.

Sigo trotando, corriendo y parece fácil.

No sé qué ropa llevo, ni qué tiempo hace. Nada de eso parece importante. Supongo que el viento me golpeará la cara, pero a decir verdad, no lo siento en absoluto. Lo que sí siento es el viento entrando a borbotones en mi boca abierta, inflándome los pulmones. Noto cómo los pulmones expulsan el aire por la boca.

Estoy corriendo.

Noto cómo mis piernas me llevan lejos y los brazos se mueven rítmicamente, arriba y abajo y percibo que los músculos de la boca trabajan a destajo; todos y cada uno de los puñeteros músculos. Cada músculo trabaja en armonía con el resto. Engranándose perfectamente con los demás. Forzando los labios a separarse, elevando las comisuras de los labios, empujando suavemente la lengua contra los labios superiores. Haciéndome reír.

Me marchó corriendo.

CAPÍTULO VEINTICUATRO

Era una estrecha puerta verde, sin ventanas. Podía confundirse fácilmente con una verdulería o una zapatería de una pequeña calle aledaña a la concurrida Brixton Road. Thorne no veía el Volvo por ningún lado. Quizá había otra entrada. Eso tendría sentido, después de todo. Una puerta trasera para poder introducir los cuerpos sin ser visto.

Sí, era posible que estuviese completamente equivocado. Podía tratarse de una coincidencia que pareciera que se dirigían hacia esta dirección y era posible que ahora, en el preciso instante en que Thorne permanecía en pie bajo la lluvia mirando una estrecha puerta verde sin ventana, Bishop podía estar llevándose a Anne hacia un sitio donde nunca la encontraría.

¿Estaba haciendo todo esto únicamente para hacerle daño a él?

Thorne apretó la oreja contra la puerta y escuchó. Ni un solo sonido.

Estaba seguro de que Bishop sabía que le seguían. Thorne esperaba haber encontrado la puerta abierta. De par en par, invitándole a pasar. Nada de trampas, nada tan vulgar.

Más bien una invitación.

Presionó la mano contra la puerta. Estaba cerrada.

Tocaba retirarse y esperar a que Holland llegara con los refuerzos. No tardaría demasiado, siempre que esos cretinos de la Policía de Tráfico hubieran hecho lo que les ordenó. Volver a su coche y esperar, eso sería lo más apropiado.

Volvió a apoyar la cabeza en la puerta, pero esta vez añadió la presión del hombro. No fue un movimiento violento. Solo una presión mantenida, usando su peso.

La puerta cedió sin dificultad, como si hubiera empleado una llave. Casi no se produjo ningún sonido.

Con el haz de luz que se proyectaba desde la fachada de enfrente, Thorne pudo vislumbrar un pasillo, que conducía a una escalera que se perdía en la oscuridad. Todo lo demás parecía estar en las dependencias superiores, sobre la verdulería.

Se introdujo silenciosamente en la casa e intentó cerrar la puerta tras de sí. La cerradura no podía cerrarse una vez forzada, así que dejó la puerta encajada. Se volvió hacia el interior y escuchó.

Lo único que oía era el sonido de su propia respiración, el crepitar de la lluvia y el sonido del tráfico desde la avenida. Buscó a tientas el interruptor de la luz y se topó con uno de esos pulsadores de botón diseñados para ahorrar energía. Elevó la mirada hacia el final de la escalera.

Aquel lugar estaba muy desordenado. Había publicidad y cartas sin abrir esparcidas por la deshilachada alfombra de la escalera. Flotaba en el aire el olor a comida rápida de algún tipo: china, quizá.

La cocina se encontraba en el otro extremo de la escalera. Allí se encontró con

otro pulsador de luz, idéntico al de la escalera; justo cuando este saltó, dejó la casa a oscuras.

Era un cuchitril diminuto y miserable. El suelo marrón de vinilo estaba cuarteado y pringoso y las paredes mostraban manchas de grasa seca. Se notaba el poso de decenas de bolsas de té usadas, que se amontonaban en el lavadero como estiércol. Una mancha reseca de ketchup se escurría por el lado de un cubo de basura que, una vez, fue blanco. Obviamente, la comida rápida era una opción bastante razonable en estas condiciones.

Thorne retrocedió y salió de la habitación. Otra media docena de escalones conducían al segundo piso. Desde donde se encontraba, podía ver una puerta al frente y otras dos a la izquierda. Comenzó a moverse lentamente hacia la siguiente planta, deteniéndose unos segundos a escuchar a cada paso que daba. Las dudas que había mantenido en un principio en el exterior de la casa dieron paso a la certeza, fría y viscosa, de que no estaba solo.

Estaba llegando a su fin. Podía sentirlo. En algún lugar de este piso se encontraba la pared contra la que apoyaría su espalda, buscando protección.

Thorne siguió avanzando, hacia delante y hacia arriba, sabiendo que se aproximaba al lugar donde asesinaron a Helen Doyle y Leonie Holden. Las paredes del descansillo estaban desnudas y grasientas. El papel reseco que las ornamentaba se desprendía a jirones como hojas muertas. La superficie de la alfombra estaba arenosa y salpicada de manchas. Tenía la extraña sensación de que se movía bajo sus pies.

No era el sitio ideal para traer a nadie a morir.

La primera puerta a la izquierda daba paso a un pequeño cuarto de baño, no mucho mayor que un armario empotrado. Thorne asomó la cabeza durante algunos segundos. Era suficiente. No había ningún tipo de adorno. Simplemente, un mugriento inodoro blanco y muy mal olor.

Seguidamente, se encontró con el dormitorio. Quizá algo más limpio, pero repleto de cachivaches, muy desordenado, y con un rancio aroma a sudor. Había varios pares de zapatos alineados junto a la chimenea. Junto a una de las esquinas se encontraba un espejo de cuerpo entero, en el que se apoyaba una tabla de planchar. Había montones de revistas desperdigadas sobre el suelo de corcho. La cama deshecha destacaba en el centro de la habitación y, junto a la pared de enfrente, se apilaban varias cajas de cartón.

Aquí no es.

Al retroceder hacia la entrada del dormitorio percibió un sonido, desde algún lugar, en un nivel superior. Se quedó helado. El tenue crujido de la madera bajo el peso de una pisada.

Una pisada.

Aunque no hubiera sentido ese ruido, Thorne se habría saltado la última habitación de todas formas. Al avanzar hacia ella, miró a su derecha y descubrió el

sitio al que debía dirigirse. Las escaleras que conducían hacia lo que debía ser la planta superior habían sido decapadas y cuidadosamente cepilladas. Cada escalón, además del pasamano, estaba cubierto de cinta de polietileno.

Completamente estéril.

Alzó la vista. La escalera se elevaba abruptamente unos siete metros hacia lo que debía ser un ático o un desván. Todo lo que podía ver desde su posición era un cuadrado de luz, un agujero en el suelo de la habitación que se abría sobre su cabeza. Sopesó la situación con rapidez. Sabía que se quedaría a ciegas. No podría ver nada de lo que había en el interior de la habitación hasta que su cabeza asomase a través del suelo.

No había otro sitio adonde ir.

Todo se decide siempre en la puerta del fondo, Tommy.

Volvió a sentir el sonido, casi imperceptible, del crujido de la madera sobre su cabeza. Un segundo más tarde oyó una débil voz humana.

Anne...

Thorne levantó la cabeza y comenzó a subir.

A pesar del ataque que sufrió en su casa y del hecho de que ese hombre había asesinado, al menos, a seis mujeres, Thorne no pensó instintivamente en Bishop como en una persona violenta. Mientras seguía subiendo lentamente, peldaño a peldaño, hacia el futuro incierto que le aguardaba en el ático, no pensó ni por un momento que pudiera sufrir ningún daño físico. Bishop podía tener la ventaja de la sorpresa y de la situación, pero Thorne supuso que no estaría esperando a que su cabeza apareciera a través del suelo, centímetro a centímetro, preparado para darle un puntapié en los dientes o a golpearle con una barra de hierro.

Ya casi estaba arriba. Faltaban pocos centímetros.

No sentía el más mínimo temor por su integridad física, pero no había estado tan asustado en su vida.

Los dos últimos peldaños.

No le preocupaba lo que iba a sentir...

Se impulsó en el último escalón y alzó el cuerpo.

... Estaba aterrorizado por lo que iba a ver.

Elevó la cabeza a través del agujero hacia la intensa luz blanca. Parpadeó con rapidez para ajustar la vista y abrió los ojos. El último pensamiento de Thorne, antes de quedarse paralizado por un escalofrío helado, fue que tenía razones para estar aterrorizado.

Lanzó el cuerpo al nivel del suelo, como un naufrago que sube a un salvavidas lleno de agujeros y se quedó mirando, atónito.

Paredes muy, muy blancas y suelo pulido y brillante. La luz, procedente de una hilera de faros halógenos unidos a la pared, se reflejaba en el metal lustroso de la bandeja y del carrito de herramientas. Un elegante grifo de cromo pulido alimentaba

dos piletas de un blanco immaculado. En un lado había una rudimentaria silla negra, el único mobiliario de la habitación. Todo lo demás era frío y funcional. Útil para seguir el procedimiento adecuado.

Bishop estaba en el centro de la habitación, muy ocupado. Elevó la cabeza y dirigió a Thorne una sonrisa extrañamente triste.

Thorne miraba los ojos de la chica, resaltando las órbitas al intentar resistirse, con las exiguas fuerzas que le restaban, a la manipulación de su agresor sobre el cuello, aunque sin conseguir lo más mínimo. La droga que fluía por las venas de Rachel Higgins había dejado sus miembros tan inútiles y poco cooperadores como estarían el resto de su vida, si el procedimiento que Bishop se disponía a desarrollar llegara a completarse con éxito.

Thorne sintió un gruñido a su izquierda. Se dio la vuelta. Anne yacía inmóvil contra la pared, con los ojos completamente abiertos y un hilillo de baba cayéndole por la boca. El Midazolam estaba haciendo efecto sobre ella también y no podía hacer otra cosa que mirar desesperadamente las manos que trabajaban sobre su hija.

Una voz hizo que Thorne girara rápidamente la cabeza. Bishop acariciaba la parte trasera del cuello de la chica.

—Hola, Tom. Vienes a estropearnos la fiesta, ¿verdad?

Thorne se quedó completamente quieto, mirando a Bishop. Sin querer moverse, por miedo a sobresaltarle. Incapaz de moverse, aunque hubiera querido. Con la boca completamente seca y la voz convertida en un tenue susurro.

—Hola, James...

Había un montón de preguntas difíciles que hacerse y descifrar un puñado de posibles motivaciones y aberraciones psicóticas, pero durante unos pocos segundos, ante la terrorífica escena que se desplegaba ante él, Thorne lo vio todo con claridad. Acaso brevemente, durante uno o dos latidos de su corazón, todo aparecía claro y supo exactamente qué, quién y por qué. Visualizó claramente cómo le habían manipulado, cómo le habían usado. Cómo James Bishop había jugado con él, incitándole, provocándole, explotando sus puntos débiles y aprovechándose de su fuerza. Cómo había estado absolutamente acertado y completamente equivocado. Por qué había muerto Margaret Byrne y por qué podría haber estado aún con vida, si no hubiera sido por él.

Cómo se había dejado llevar por su jodido olfato.

Completamente superado.

James Bishop estaba desnudo de cintura para arriba. Media docena de rugosas cicatrices rosadas se entrecruzaban sobre su estómago, como gusanos gigantes que reptaban bajo su piel. Eran heridas de cuchillo, pensó Thorne. Autoinfligidas.

Anne: ... *estaba un poco neurótico.*

Rebecca: ... *James se había apartado del buen camino.*

Las cicatrices eran el detalle más insignificante. El pelo corto estaba encanecido. Un *spray* de tinte era la explicación más convincente. *Tratando de convertirse en*

actor. *Cualquier cosa que ayudara a pagar la renta.* Llevaba unas gafas idénticas y era fácil confundirse, incluso desde aquí, en una habitación bien iluminada, a pocos metros de distancia. Por la noche, en la calle, con la única luz de los faroles o sin ninguna luz en absoluto, a nadie se le podría culpar por pensar que veía a un hombre diez años mayor de lo que era en realidad.

Era Thorne el que había visto a Jeremy Bishop.

Thorne miró a Rachel y a Anne.

—¿Qué sentido tiene todo esto, James? ¿Qué tiene esto que ver con nada?

Bishop sonrió. ¿No era obvio?

—Bueno, como has fallado tan estrepitosamente en tus esfuerzos por arrestar y condenar al hombre equivocado...

—A tu padre.

—A mi padre, sí. Voy a acelerar las cosas un poco. Con algo menos de sutileza. No es lo que hubiera preferido, pero conseguiré el efecto deseado.

—¿Y cuál es?

Bishop sacudió la cabeza.

—Definitivamente, no eres el hombre que pensaba que eras, Tom.

—Podría decir exactamente lo mismo de ti, James...

—Que la propia hija de Anne se convierta en uno de sus pacientes es bastante sublime, ¿no te parece? Es posible que ni siquiera él pueda vivir con esa carga — James seguía manipulando la base del cráneo de Rachel—. No te preocupes, él ya ha vivido bastante tiempo soportando su propia carga.

Los ojos de Thorne no se separaban de sus dedos, largos y huesudos. De las manos enfundadas en guantes quirúrgicos de látex. Manos expertas.

James en su piso. Pavoneándose, inmaduro y tan transparente. *He pasado un par de años en la universidad, sí. No cumplo demasiado con el modelo de la torre de marfil.*

La pregunta que Thorne nunca hubiera pensado que formularía. Tres estúpidas palabras.

¿Y qué estudiaste?

Era importante que siguiera hablando.

—¿Y de eso se trata todo, James? ¿De hacer daño a tu padre? ¿De vengarte?

Bishop le miró, quitándose la máscara de cortesía.

—Eres un jodido estúpido, Thorne. ¿De qué va todo esto? —dijo, con ojos de desprecio. Entonces suavizó la voz y cambió a un tono más discreto, de preocupación, aunque con la fuerza que manaba de la convicción—. Se trata de intentar conseguir la perfección. De coger algo viciado, imperfecto y podrido y librarnos de ello. De eliminar la dependencia. De dejar que el cerebro, la única parte del cuerpo que tiene alguna utilidad, florezca, sin el lastre del cuerpo. Se trata de conseguir la libertad.

Thorne lanzó una rápida mirada a Anne. Una mirada que pretendía indicarle que todo iría bien. Se metió las manos en los bolsillos, intentando aparentar tranquilidad y se volvió lentamente hacia Bishop, con mirada inquisitiva.

—La fragilidad del cuerpo humano. ¿Es algo que te enseñó tu padre?

—Una de tantas cosas... —La voz había vuelto a cambiar. Superficial, desinteresada.

—¿E intentas incriminarle por ello?

Bishop apartó una mano de la cabeza de Rachel y se acarició el nudo de cicatrices de su estómago. La otra mano permaneció donde estaba, masajeando los músculos de la parte trasera del cuello. Thorne estaba pensando en abalanzarse sobre él, lo atraparía en un segundo. Pero un segundo era lo que Bishop necesitaba para hacer daño a Rachel. Así que Thorne prefirió ofrecerle una respuesta a la pregunta.

—Así que quieres matar dos pájaros de un tiro.

—Muy acertado. Excepto por la parte de matar, obviamente. Ese verbo no es el más apropiado.

Thorne no estaba muy de acuerdo.

—Ya has matado bastante, James —Bishop se encogió de hombros.

Un arma equilibraría bastante las cosas. Los ojos de Thorne se posaron en el carrito de herramientas, sobre los brillantes instrumentos, perfectamente alineados. Pinzas, fórceps, un escalpelo.

Bishop le leyó las intenciones.

—Por favor, no pongas en peligro el procedimiento, Thorne —dijo, sonriendo y fijando la vista en el escalpelo—. Creo que lo cogería antes que tú.

Thorne asintió lentamente con la cabeza. Sentía la presión de los ojos de Anne sobre él. Suplicándole.

Bishop acarició el músculo de la base del cráneo de Rachel.

—El esternomastoideo, Tom. ¿No te resulta familiar?

A Thorne le resultaba bastante familiar. Sabía lo que buscaba Bishop. Lo que pretendía.

—¿Por qué me atacaste, James? Es algo que aún no he llegado a comprender.

—Sabía que pensarías que se trataba de mi padre. Sabía que estarías convencido de ello. Era muy fácil. Tu relación con Anne fue muy oportuna. Quizá tus pelotas te nublaron un poco el buen juicio. Ha sido tan fácil incitarte, Tom, tan fácil provocarte.

El rostro de Thorne se ensombreció levemente ante lo incontestable de esta afirmación: había caído mansamente en cada una de las trampas que le había tendido Bishop, siguiendo dócilmente las miguitas de pan que le había ido dejando en su camino: las drogas, la sincronización de los asesinatos, el coche...

—¿El Volvo?

—El viejo es un entusiasta de los Volvos. Cuando se compró el coche nuevo, le persuadí para que me dejase el antiguo. Creo que le di cien libras por él, lo que, evidentemente, es menos de lo que tendría que haber pagado simplemente por el

garaje, pero ya sabes, así son los padres.

Thorne cayó en la cuenta de que esa era la clave. Nadie conocía mejor a Jeremy Bishop. Su hijo conocía sus movimientos; por dónde salía, las palabras que usaba. Sabía todo lo que su padre le había contado sobre Alison, sobre el caso. Sabía cómo robarle el anillo de compromiso.

—Siento que no saliera bien lo del anillo, James. Me temo que estás comprometido por el análisis forense.

—Esas cosas ocurren. Lo siento por la señora Byrne. Lo siento por todas las mujeres que han muerto, lo digo sinceramente, pero ya te lo había dicho, ¿no? Aunque, desde luego, no habría tenido que morir si no te hubieras encabezonado en irrumpir allí con tus estúpidas fotografías en la mano. ¿No te has parado a pensar en eso, Tom?

James en su piso. Observando la dirección de Margaret Byrne escrita en un trozo de papel, junto al teléfono.

Thorne se había equivocado radicalmente. Margaret Byrne no había muerto porque pudiera identificar a Jeremy Bishop. Había muerto precisamente porque podía decir con seguridad que Jeremy Bishop *no era* el asesino.

Se miraron fijamente a los ojos, a través de dos metros de espacio blanco reluciente, entre el sonido de la lluvia que martilleaba en el tejado sobre sus cabezas.

Thorne dio un respingo y ambos giraron la cabeza cuando enmudeció el busca.

Recordó que Anne estaba de guardia. Llevaba el busca en el bolso que permanecía tirado en el suelo junto a ella.

Thorne había deducido una nueva clave del caso para cuando el aparato dejó de sonar. La llamada de teléfono que Margaret Byrne le había visto hacer: Bishop llamaba a su padre, para comprobar si habían solicitado su presencia en el trabajo. Comprobaba su disponibilidad.

—Llamaste a tu padre de camino al hospital. Aquella noche, con Alison. Probablemente estuvieras sentado en el exterior, esperando a que llegara tu padre, proporcionándole una coartada casi hermética, poniendo su nombre en la lista — Bishop sonrió modestamente—. Lo mismo que con los fármacos, en Leicester.

Bishop le interrumpió.

—Sí, un error considerable, obviamente. ¿Nadie se dio cuenta de eso?

Thorne volvió a lanzar otra mirada a Anne. *Todo iba a ir bien.*

—Anne lo descubrió.

Bishop sonrió.

—Estoy impresionado. Pero ocurrió tal como dices y aquello puso el nombre de mi padre en la lista. Ese era el gancho. Hizo que picaras el anzuelo.

Desde luego, había conseguido ese efecto.

—Pero nunca habría funcionado, James. Era todo demasiado circunstancial. No había ninguna prueba sólida.

—Eso nunca pareció preocuparte demasiado, ¿no es cierto, Tom?

Tom no podía decir nada, tenía la lengua seca y pegajosa.

De repente, Bishop esbozó una extraña sonrisa. Thorne supuso que había colocado los dedos en la posición correcta y observó en su cara un gesto parecido al éxtasis.

—Esta es mi parte favorita, Tom. Todo comienza aquí.

Los músculos del pecho de Bishop se flexionaron cuando comenzó a presionar la arteria carótida de Rachel. Thorne recordó las manos de Hendricks sobre su cuello, mostrándole el procedimiento. Tenían unos dos minutos hasta que dejara de respirar.

Thorne miró a Anne de soslayo. Su mirada era desesperada. Un gruñido ahogado surgió de lo más profundo de su ser.

Salva a mi hija.

Thorne no sabía cómo podría hacerlo. Bishop mataba cuando necesitaba hacerlo, eso era obvio. Las manos que exprimían la vida de Rachel eran tan peligrosas como cualquier arma. Podía romperle el cuello en un abrir y cerrar de ojos...

Thorne se sentía plomizo, inútil. Momificado.

Ya habían transcurrido diez segundos. La lengua de Rachel comenzaba a asomar tras las comisuras de los labios.

—¿Cuánto dolor le provoca esto a él, James? ¿Cuánto le hace sufrir?

Bishop no dijo nada. Movía los labios mientras contaba mentalmente el tiempo que restaba para que todo acabase.

—Esto no te devolverá a tu madre, James —Thorne chillaba ahora. Intentaba desesperadamente que reaccionase, que se detuviese.

James estaba concentrado en su trabajo, preparándose para la parte más difícil, una vez que la niña dejase de respirar. La manipulación.

El tiempo seguía pasando. Thorne sentía el paso de los segundos, a toda velocidad, escuchando la respiración entrecortada de Rachel y permaneció inmóvil, helado e inútil.

Por favor, Tommy...

¿Helen?

Es solo una niña...

¿Qué puedo hacer? ¿QUÉ PUEDO HACER?

De repente, escucharon una voz que procedía de la planta inferior.

—¿James?

Una reacción de Bishop. Una reacción a *la voz de su padre*. ¿Miedo, quizá? Con certeza, una mueca de tensión en su cuerpo y en su cara. Tensión en sus dedos.

—¿James? Vi cómo te marchabas con Anne. ¿Qué ocurre? ¿Va todo bien? Alguien ha forzado la puerta principal.

Ya había pasado medio minuto...

No había forma posible de averiguar cómo reaccionaría James cuando llegara su

padre pero a Thorne le quedaban pocas opciones.

Solo noventa segundos. Rachel estaba ya a medio camino de la muerte. Thorne gritó.

—¡Bishop! ¡Estamos aquí!

Jeremy Bishop apareció en el ático, como el fantasma que aparece en mitad del escenario, impulsado por una trampa. La caracterización se completó instantáneamente, cuando la sangre abandonó su cara y la luz de los ojos se disipó.

Thorne pudo apreciar un ejemplo claro de cuál sería su aspecto cuando muriese.

—Dios mío... ¿James? Se inclinó hacia delante y, por un segundo, Thorne tuvo la impresión de que iba a desmayarse. En el último momento, se percató de que se movía hacia su hijo, para agarrarle un brazo e intentar detenerle. Bishop le miró con ira y entonces, como si acabara de despertar de un sueño, asintió suavemente con la cabeza, aceptando las horribles implicaciones de la escena que se desplegaba a su alrededor.

Anne. Rachel. James.

Thorne observó la mirada del hijo al padre. No podía faltar mucho más de un minuto...

La voz de James sonaba infantil, provocadora.

—¿Qué sientes? ¿Horror? ¿Rabia? ¿O tan solo sorpresa de que sepa cómo hacerlo? Un procedimiento bastante avanzado, considerando lo inútil que soy. Considerando la gran decepción en que me había convertido.

—Por favor...

James gritó.

—¡Cierra la boca! ¡Cierra la puta boca!

Los ojos de Rachel se movían sin rumbo fijo. Sesenta segundos, como mucho...

—Siempre he querido preguntarte algo. ¿Desde cuándo exactamente comenzaste a creer en las cosas que piensas? Debió haber un tiempo en el que pensabas igual que ellos. Acerca del cuerpo humano, me refiero. Todas esas cagadas acerca del milagro del diseño, la perfección y la eficiencia. Joder, me alegro de que me enseñaras toda esa basura. Tu fe ciega en la tecnología fue muy inspiradora, ¿sabes? Realmente inspiradora. Solo siento no haber podido pagarte como mereces por la fe académica que depositaste en mí. Pero, incluso cuando lo estaba jodiendo todo, incluso cuando estaba fracasando tan brillantemente en mi intento por convertirme en el médico que siempre quisiste que fuera, aún entonces, seguía creyendo en las mismas cosas que tú —comenzó a llorar—. Aún recordaba todo lo que me enseñaste.

Las lágrimas cesaron tan repentinamente como comenzaron y la voz recuperó la firmeza.

—¿Cuándo ocurrió? ¿Cuándo comenzaste a pensar que el cuerpo humano era solo un patético montón de desechos? ¿Fue cuando comprobaste lo fácil que era manipularlo con drogas? ¿Adormecerlo y darle forma, después de atiborrarlo de tranquilizantes? ¿Se convirtió ella en el tipo de mujer que querías, entonces? Becks y

yo solíamos llamarla Blancanieves... ¿no lo sabías? Becks decía que cada vez que veía al médico, se quedaba embobada y grogui.

El ritmo de la respiración de Rachel comenzó a disminuir. Solo medio minuto...

—No, apuesto a que sé cuándo ocurrió. Fue cuando comprobaste lo fácil que podía dañarse ese cuerpo, ¿no es cierto?

Lo frágil que era. Lo fácil que puede cuartearse la piel cuando la atraviesan cientos de cristales rotos o lo poco que hace falta para que se aplaste o se retuerza un torso; o quizá fueran las dos cosas a la vez. Al comprobar lo lento que reaccionaba un cuerpo apaciguado con tranquilizantes ante una emergencia, en un accidente, convirtiéndose en un objetivo fácil. Sí, eso tiene sentido. Yo lo denominaría un momento tipo *camino de Damasco*, ¿no te parece? Desde entonces y en adelante, simplemente veías pacientes que se descomponían ante tus ojos. Desmembrándose, pudriéndose, *muriéndose*, mucho más rápido de lo que podías recomponerlos, o apuntalarlos, o ponerlos a punto. Aprendiste una valiosa lección. Una poderosa lección y, una vez aprendida correctamente, era el momento de enseñárnosla a nosotros y después meternos más y más presión.

Rachel dejó de respirar. Tan solo exhalaba desordenadamente el poco aire que le restaba en los pulmones.

—Me hubiera gustado verte en prisión. Observar cómo se amarillea tu piel, se resecan tus huesos y se evaporan tus esperanzas. Eres blando y vanidoso y la prisión te habría matado muy lentamente. Habrías experimentado en tus propias carnes la fragilidad del cuerpo. Demasiado frágil, papá...

Thorne ya no escuchaba la respiración de Rachel.

James Bishop cerró los ojos y susurró.

—Hasta mañana, dormilona.

Anne Coburn dejó escapar un fuerte grito. Un rugido que provenía directamente de las tripas y, de pronto, la habitación se envolvió de ruido y movimiento. Jeremy Bishop avanzó hacia él, gritando el nombre de su hijo, como si ordenara a un perro que se detuviera y se echara al suelo. James se movió con la obediencia instintiva de un chiquillo asustado, retrocediendo, apartando las manos de Rachel, dejándola caer hacia delante, golpeándose la cara contra el suelo.

Thorne corrió hacia la chica, le dio la vuelta y comenzó a buscarle el pulso.

Vamos...

Lo encontró. Aún seguía respirando. La levantó y la acercó hasta donde estaba Anne, sentándola cuidadosamente junto a su madre. Los ojos de Anne se volvieron hacia él, conservando su brillo, dejando escapar la tensión en cada lágrima que se deslizaba por su mejilla y caía sobre la cara de su hija.

Hubo un momento de calma.

Tan solo el sonido de la lluvia, como miles de alfileres golpeando las tejas, a pocos centímetros de sus cabezas.

Thorne se dio la vuelta y vio a Jeremy Bishop moviéndose despacio hacia su hijo, con los brazos extendidos y la cara pálida como el mármol.

James retrocedió hacia el carrito de herramientas que rodó, con un repiqueteo metálico, apartándose de él. Se detuvo y sonrió, con la cabeza inclinada hacia un lado y elevó el brazo lentamente.

Casi como si se preparase para golpear.

Fue un movimiento lento y extraño, como si quisiera rascarse la espalda. Thorne vislumbró el brillo del acero en su puño, un segundo antes de que la sangre comenzara a manar de la arteria de su cuello.

—No... —La voz de Jeremy surgió como un susurro que podía haber demolido una casa.

Thorne se apoyó contra la blanca pared mientras observaba a James, que caía postrado de rodillas, seguido por su padre. Jeremy apretó la mano contra el cuello de su hijo, pero la sangre se filtraba a borbotones entre sus dedos, deslizándose por su brazo y precipitándose sobre las placas de madera blanca pulida del suelo.

Primero a una placa... después a otra. Primero una placa... después otra.

Jeremy se volvió hacia Thorne, con la cara y el pelo cubiertos de sangre.

—Avisa a una ambulancia, pide ayuda —la voz estaba marcada por la desesperación. El gesto de su cara imploraba auxilio.

Al igual que la de su hijo.

James Bishop miró a Tom Thorne, suplicando con la mirada una rápida muerte. Esos mismos ojos pidieron permiso para enfocar la cara de su padre y observar cómo se contraía de dolor, mientras su cuerpo se vaciaba de sangre. Quería morir viendo sufrir a su padre.

Thorne se sentía tentado a permitirselo.

La voz de Jeremy apareció de nuevo entre sollozos.

—Por amor de Dios, Thorne...

Entonces, mientras Thorne consideraba la idea de sentarse y observar cómo se desangraba James Bishop, se imaginó a Maggie Byrne y a Bishop presenciando cómo se evaporaba su vida sobre un mugriento edredón.

Recordó la promesa que le hizo a Alison Willetts.

Morir sería fácil. Iba a ver a ese cabrón procesado y encerrado. Iba a observar cómo desaparecía toda esperanza para James Bishop.

Jeremy sollozaba nerviosamente, envolviendo con el brazo el cuello de su hijo, empapado de sangre.

Con una última mirada a Anne, Thorne abandonó la habitación blanca y salió corriendo escaleras abajo, hacia la calle, donde esperaba encontrar a Holland.

CUARTA PARTE

EL SILENCIO

No me malinterpretes, estoy encantada de que esté muerto.

Estoy encantada con la idea. La prisión está muy bien y todo eso, pero no me hubiera gustado quedarme aquí tirada, pensando en ese tipo escribiendo la historia de su vida, creyéndose el jodido dueño del mundo, probablemente en libertad antes de cumplir los cincuenta. O interno en algún hospital, convenciendo a todo el mundo de que está chiflado, mientras se pasea tranquilamente sobre cómodas zapatillas, construyendo maquetas de aviones y recordando a las mujeres que mató.

Recordando lo que me hizo.

A la mierda con eso. Prefiero que esté muerto. Si alguna vez me pudieran sacar a dar un paseo durante el día, llevándome a donde quisiera en una furgoneta especial, les pediría que me llevaran a ver su tumba. Obviamente, bailar sobre ella no iba a ser una opción válida, pero me conformaría con que me dejaran echada sobre ella. Que me colocasen sobre él, con la cara pegada a la lápida, pensando cosas terribles que se filtrarían por la tierra y corromperían su ataúd como el ácido.

Me alegro de que esté muerto. Tieso y rígido, como yo.

No, no como yo. Él no araña desesperadamente la tapa del ataúd, ¿no es cierto? No se destroza los dedos intentando salir de ahí. No le alimentan. No le limpian. No respiran por él.

A propósito, no hay cambios. No respondo a los antibióticos y no hay posibilidad de que me retiren la ventilación asistida en un futuro próximo. Aparentemente, la neumonía de los pulmones se ha visto complicada por una infección. Virus y hongos. Como si me hubiera convertido en un jodido invernadero.

Lo que realmente no puedo digerir es que fue su elección.

Eligió esto por mí y eligió la muerte para él.

¿Sabes lo más irónico de todo? En realidad soy una persona muerta muy positiva. De verdad, lo soy. Puede que no te lo creas y sé que he tenido algunos altibajos, pero no me puedes culpar por eso. Prueba a hacer lo siguiente: tumbate de espaldas y fija la vista en el techo hasta que te lloren los ojos e imagínatelo. Imagínate estar medio vivo, medio muerto, sin que las dos partes se pongan de acuerdo. Anulándote por completo.

No es fácil estar feliz siempre.

Soy una persona positiva. Pero desde que estoy aquí echada, he dejado de pensar en mí como en una persona. Ni siquiera en una persona solitaria, sin nadie a su alrededor. No sentiría autocompasión por eso, si ese fuera el caso, pero no me siento así. Me siento como una pieza de museo.

Me siento como la criatura que él creó.

No creo en Dios ni en nada parecido desde entonces. Lo siento, pero ya no. Creo en las cosas como son. En como soy yo. Creo en la capacidad de la gente de hacer cosas terribles, como las que él hizo y creo que también hay alguna gente capaz de hacer el bien.

Me gustaría hacer el bien. Me gustaría hacer algo.

Mucha gente no tiene elección acerca de muchas cosas. No eligen ser infelices, o pobres y no eligen perder algún hijo o contraer cáncer. Pero así es la vida, ¿no es cierto? Es como una lotería. Es así para todos nosotros. Pero él eligió matar a la gente y eligió hacerme esto a mí; arrebatarme mi vida y darme la que decidió que debía tener; entonces, cuando estuvo preparado, eligió la forma de su propia muerte.

Anne vuelve al trabajo la semana que viene, creo. Tenemos que hablar.

No puedo hacer mucho, pero también puedo elegir. Quiero poder decir algo.

No quiero dejarle ganar.

CAPÍTULO VEINTICINCO

Thorne no había podido cumplir con la promesa de comprar las entradas para el fútbol. Hendricks no estaba muy satisfecho, pero retransmitían el partido por televisión de todas formas, así que accedió a conformarse con media docena de latas de cerveza barata y un encargo de comida rápida del *Bengal Lancer*.

No montaron ninguna escena; ningún momento de aprobación o de perdón. Hendricks llamó en cuanto se enteró de lo ocurrido y charlaron durante un rato. Era todo lo que necesitaban.

Ha pasado casi un mes.

Thorne se culpó a sí mismo cuando James Bishop murió en la mesa de operaciones, pero el examen forense reveló la existencia de la droga; así que, aunque hubiera reaccionado más rápido, el desenlace habría sido el mismo. *Warfarina*. Un fármaco que se prescribe para tratar ciertos desajustes del corazón y los pulmones y que, irónicamente, se emplea para evitar la apoplejía. Es un anticoagulante. Una droga que evita que la sangre se cuaje.

No podían estar seguros, pero suponían que llevaba tomándola desde, al menos, dos semanas. ¿Lo tenía todo planeado desde entonces? ¿O había estado tomando la droga por si había que llegar a un desenlace? Un desenlace final entre él, su padre y un escalpelo.

Nunca lo sabrían con seguridad.

Jamás llegarían a saberlo, aunque Thorne estaba bastante convencido de que fue Bishop el que había hablado con la prensa. Revelando paulatinamente detalles para liberar los canales de información. Y una vez practicados varios agujeros en el velo del misterio, podía estar perfectamente al tanto de todo lo que ocurría en relación al caso. El conducto que proporcionaba información a Bishop había sido muy complejo, fluyendo en muchas direcciones y a distintas velocidades, partiendo del mismo Thorne, a través de Jeremy Bishop, Anne y, desde luego, Rachel, con quien James se reunía desde hacía algún tiempo.

Nunca volvió a presentarse a los exámenes.

Anne no sabía con seguridad cuándo volvería Rachel al colegio o cuándo ella misma volvería al trabajo. Eso es lo que había dicho hacía unas semanas. Thorne había hablado frecuentemente con ella durante algunos días que siguieron a la noche del ático, pero nada más. Pensaba mucho en ella, pero nunca dejaba de preguntarse si su propia estupidez había contribuido a precipitar las cosas. ¿Sería el responsable de que Anne y Rachel se encontraran en ese ático?

Una de tantas preguntas sin respuesta con las que le gustaba torturarse.

No había actuado de esa forma aquella noche, en el ático, para que Anne se sintiera inclinada a pensar mejor de él. No había habido héroes. Solo gente que murió y gente que estuvo a punto de hacerlo.

Quizá Anne llamase algún día. Eso es algo que debía salir de ella.

Sabía que debía pasar algún tiempo para que cicatrizaran algunas heridas invisibles, pero comenzaba a sentirse mejor. Se había equivocado y sabía que volvería a hacerlo más veces. Era un pensamiento reconfortante. Había estado maravillosa, horriblemente equivocado y, en realidad, se sentía como si se hubiera levantado el hechizo que pesaba sobre él.

El haberla cagado podía, después de todo, haberle salvado.

¿Y Helen, Susan, Christine, Madeleine y Leonie? Las chicas se habían retirado en silencio. Thorne sabía que esto no se debía a que estuvieran *en paz o vengadas*, ni nada por el estilo. No creía en ese tipo de chorradas. Estaba bastante seguro de que el silencio iba a ser solo temporal. Volverían a hacer bastante ruido cuando llegase el momento. Ellas u otras como ellas.

En este preciso instante, simplemente, no tenían nada que decir.

Permaneció en silencio, confuso durante algunos segundos, mientras Hendricks brincaba del sillón y comenzaba a bailar en medio de la salita. Volvió a mirar la pantalla de la tele, justo a tiempo para ver la repetición. El Arsenal acababa de meter un gol. Tres nuevos puntos que se perdían y otro clavo más para el ataúd de la temporada.

Simplemente, otra cosa más a la que Thorne se había resignado.

EPÍLOGO

Alison y Anne habían decidido aligerar las cosas.

El proceso estaba cerrado y no admitía preguntas. Fue lento y pesado, pero así tendrían que ser las cosas cuando aquellos que toman las decisiones debían estar seguros. No quedaba sitio para juicios velados, ni opiniones imprecisas y mucho menos, para prisas de última hora. El acuerdo de las partes, el sello de caucho de un segundo especialista y, finalmente, la sesión ante al juez. Esos eran los pasos a seguir necesariamente en el proceso.

Divorcio, custodia de los hijos, violencia doméstica. El Área de Familia del Tribunal Supremo ejercía su dominio sobre muchas vidas y Alison no tenía ninguna prioridad. En todo caso, su proceso se consideraría mucho menos urgente que otros. Así que llevaría algún tiempo. Alison había retomado sus conversaciones con ella dos semanas atrás y tras las lágrimas, las discusiones, las dudas, Anne tomó la determinación de hacer lo que le había pedido.

Ayudar a una amiga.

Ya estaba todo dispuesto, pero para Alison todo discurría demasiado lento.

Anne se dirigió hacia la UVI haciendo un esfuerzo por caminar cada paso, por seguir avanzando. Armándose de valor.

Jeremy iba progresando, pero necesitaría algún tiempo. La relación que había establecido con una estudiante se había ido a pique solo unos días antes de la muerte de James; pero, aunque hubiera tenido a alguien cerca que le apoyase y le reconfortase, a Anne le habría gustado estar a su lado de todas formas. Ahora se encontraba solo y desesperado y los veinticinco años que duraba su amistad implicaban que ella siempre estaría cerca, dispuesta a ayudarlo.

De igual modo, no podía volver a ver a Thorne jamás.

Era como si ambos hubieran sobrevivido a un accidente de avión pilotado por Thorne. Aliviados, pero incapaces de volver a mirarse a los ojos. El sentimiento de culpa y responsabilidad y los malos recuerdos no debían permanecer en su futuro.

Su futuro era Rachel.

Habían trasladado a Alison a una habitación cercana hacía dos semanas. No se veía directamente desde la cabina de las enfermeras y no la molestarían.

Anne abrió la puerta. Alison estaba despierta, y encantada de volver a verla.

Se desplazó hasta la ventana y corrió la cortina. La habitación era incluso más amplia y funcional que la anterior. Anne recordaba el jarrón de flores medio secas que había traído Thorne y, durante un momento, se preguntó dónde estaría y cómo se sentiría. Cerró los ojos, limpió su imagen de la cabeza y se volvió hacia Alison.

Pasaron un rato de risas y llantos, antes de que Anne se fuera a trabajar. Sus movimientos eran rápidos, precisos, muy profesionales. Apartó la cápsula del oxímetro del dedo de Alison y lo dobló, formando un ángulo de noventa grados con el cable. Era algo que nunca se comentaba, pero muchos médicos sabían que esto

anularía la alarma y evitaría que sonara cuando el ventilador dejase de funcionar. En unos veinte minutos volvería a conectarlo, cuando todo hubiera pasado, y el ventilador volvería a funcionar con normalidad. Había sido idea de Alison. No te arriesgues, haz que parezca natural.

No jodas tu carrera, cariño.

Anne se inclinó sobre el ventilador y apartó la tapa de plástico que protegía el interruptor, como si fuera el botón que iniciara el lanzamiento de un misil nuclear. Miró hacia la cama.

Alison había cerrado ya los ojos.

Independientemente de la calidad de la extraña e irrisoria vida que había experimentado Alison durante los últimos meses, esta había estado acompañada permanentemente de una banda sonora de zumbidos, silbidos, pitidos, goteos... Veinticuatro horas al día. Una vida caracterizada por los sonidos.

James Bishop la había condenado a esa vida, pero Alison se negaba a convertirse en su víctima.

Ahora, finalmente, el sonido se detuvo.

Más que nunca, Anne Coburn deseaba que Alison se aferrara a la vida el tiempo suficiente para disfrutar de este silencio.

NOTA DEL AUTOR

Mis investigaciones sobre el síndrome de bloqueo me han dejado una cosa bastante clara: no existe un caso típico. Se puede decir con certeza que no existe tampoco una recuperación típica, si es que esa recuperación se produce en absoluto.

Una vez dicho esto, quiero resaltar que todas las libertades que me he tomado con los tiempos, los procedimientos y todo lo demás, han seguido un interés puramente literario o se tratan de simples y honestos errores.

No se pretende verter en este libro ningún tipo de crítica contra la eficiencia, dedicación, o compromiso del personal médico de ninguno de los hospitales que se mencionan. Cualquier comentario sobre el calamitoso estado del Servicio Nacional de Salud no pretende poner en evidencia a los trabajadores, sino a los políticos y burócratas que, mientras incrementan su patrimonio personal, rehúsan destinar fondos al Servicio Nacional de Salud, con la esperanza de que avance plácidamente hacia una muerte tranquila.

Mark Billingham, 2000